

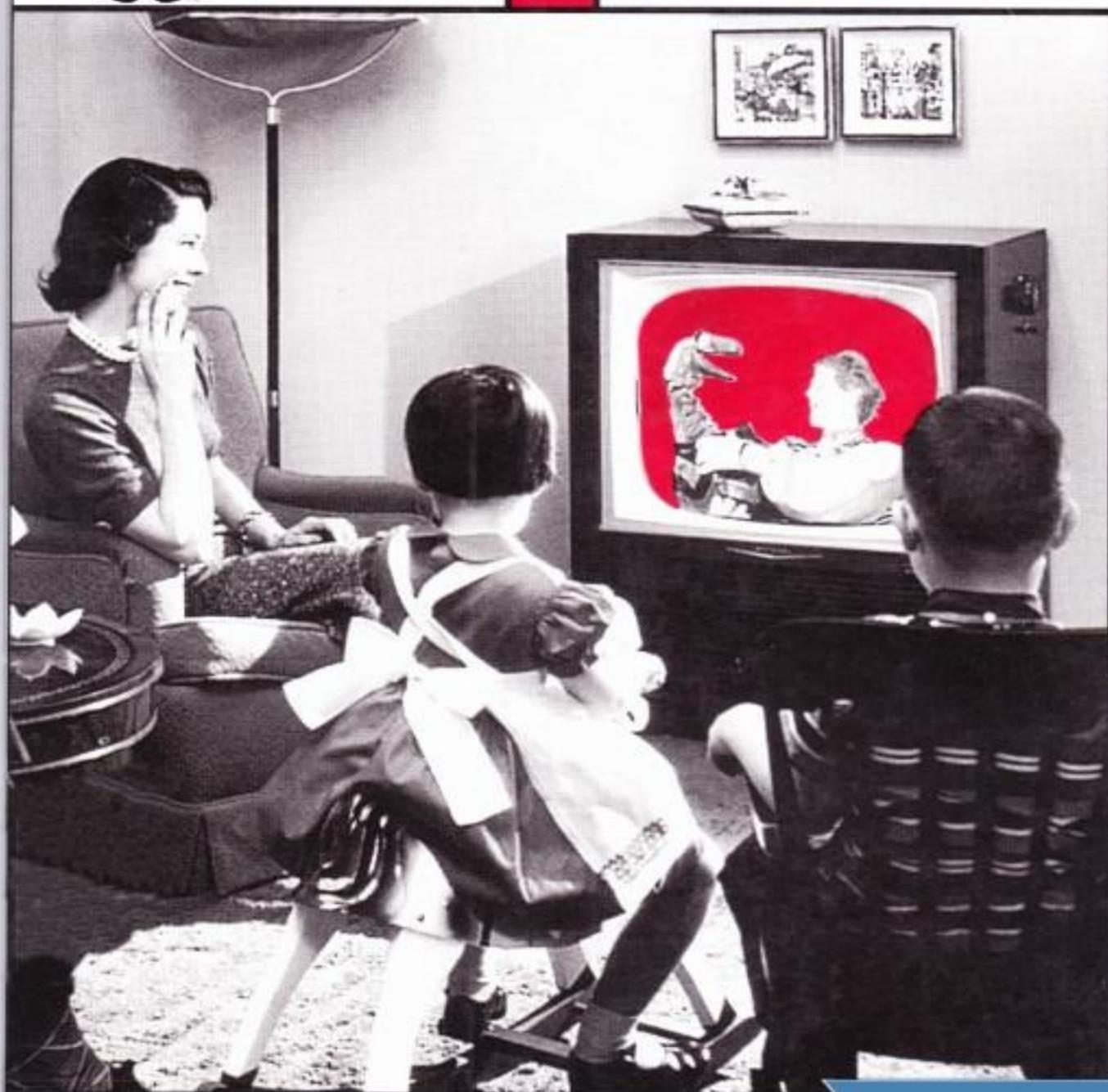
Tonino Benacquista



Saga

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia

de



Lectulandia

«Hagan lo que les dé la gana, con tal de que salga lo más barato posible». Ésas son las instrucciones que una gran cadena de televisión da a un cuarteto de guionistas para escribir una comedia de situación que se emitirá a altas horas de la madrugada. Llegados del borde del abismo, unidos por una tristeza y un deseo de escribir similares, los protagonistas aportan al guión sus fantasmas y anhelos, hasta que los personajes cobran vida. La imaginación, la libertad y, finalmente, el delirio creativo se adueñan de la ficción. El resultado es *Saga*, un embrollo entre familias vecinas que al principio sólo siguen unos cuantos insomnes y algún desesperado. Sorprendentemente, el audímetro sube y el país entero cae rendido. Sin embargo, el productor decide despedir a los guionistas, quienes, para vengarse, urden una terrible venganza que desencadenará la cólera de todos los telespectadores.

Tonino Benacquista desnuda en esta novela el mundo de la industria del ocio, embarcándonos en una historia en la que la ruptura de los límites entre ficción y realidad trasladada a la televisión lo que sucedía dentro del cuarto de estar, y a las calles de París lo que sólo podría ocurrir tras la pantalla. Y es que, con ironía, dramatismo y una capacidad de fabulación libérrima, tanto la *Saga* televisiva como la novelesca se convierten en un manifiesto personal, emotivo e hilarante a favor del arte de contar historias. Sin duda, uno de los títulos europeos más importantes de los últimos años. «Atrapado en la felicidad de su relato, Tonino Benacquista orquesta con maestría la *mise en abyme* de las múltiples historias de esta novela en perpetua ebullición». Michel Abescat, *Le Monde*.

«Hace tiempo que no sentía tanto placer al sumergirme en una novela francesa..., un delirio sabiamente dominado; mezcla sátira, ternura, amor, humor, suspense, al hilo de incesantes golpes de efecto...». Annie Coppermann, *Les Echos*.

«*Saga* es una novela subyugadora, libre y ligera. Lleva la marca de fábrica más original de Tonino Benacquista». Thierry Bayle, *Le Magazine Littéraire*.

«Benacquista revienta el audímetro». Françoise-Marie Santucci, *Libération*.

«Los mandamases de todas las cadenas de televisión y los responsables de la Comisión de Control Televisivo deberían tener *Saga* como libro de cabecera..., aun a riesgo de pasar algunas noches en blanco pobladas de espectros de amas de casa encolerizadas y audímetros socarrones». André Rollin, *Le Canard Enchaîné*.

Lectulandia

Tonino Benacquista

Saga

ePub r1.0

Titivillus 09.11.2017

Título original: *Saga*
Tonino Benacquista, 1997
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia
Fotografía del autor: Jacques Sassier / GALLIMARD

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Préstamos de Groucho, Bergman, Shaffer, Prévert y otros cuantos.
Pero, ante todo, estoy en deuda con César, mi padre.*

Doy las gracias a Daniel, Jean-Philippe, Francis y Frédéric.

Escribía los radioteatros a medida que se iban radiando; comprobé que cada capítulo le tomaba apenas el doble de tiempo de su interpretación, una hora.

.....

—El ginecólogo Alberto de Quinteros está haciendo parir trillizos a una sobrina y uno de los renacuajos se ha atravesado. ¿Puede esperarme cinco minutos? Hago una cesárea a la muchacha y nos tomamos una yerbaluisa con menta.

Mario VARGAS LLOSA
La tía Julia y el escribidor

La literatura es un lujo,
la ficción una necesidad.

G. K. CHESTERTON

LA TRIPULACIÓN

Louis

Estaba tendida en el parquet, con la frente ensangrentada y la mano izquierda perdida entre las cortinas.

—Inspector, van a salir sus pies en la foto —dijo el de identificación.

El inspector jefe retrocedió un paso para dejarle tomar unos cuantos planos generales del cuerpo.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—¿Habría forma de hacernos un cafelito?

—El vecino oyó una gresca a eso de las siete de la mañana.

—¿Podemos retirar el cuerpo?

—En principio, esta buena mujer no debería haber estado en casa. El agresor debió de llevarse una buena sorpresa.

El más joven de los dos inspectores alzó las narices de su libretita, miró de refilón a su colega y lanzó una hipótesis antes de que alguien se la quitase.

—Parece cosa de un reventapisos de esos que sólo curran en agosto y pierden los papeles en cuanto se les presenta cualquier imprevisto de nada.

—En cualquier caso, tenía las llaves del piso. Anduvo revolviendo un buen rato, puso patas arriba todo lo que pudo y, claro, despertó a la víctima, que se levantó para ver qué estaba pasando en el salón.

Aquel peculiar ballet alrededor del cuerpo de Lisa había llegado al culmen; de todos lados brotaban retazos de frases que pocas veces hallaban eco.

—Le entró el pánico, agarró el cenicero que estaba en la repisa de la chimenea y le arreó dos golpes en toda la cabeza.

—Pues fino debía de ser el canguelo que le entró para pegar con esa fuerza.

—¿Se sabe ya qué ha robado?

El poli joven señaló una caja de marquetería con incrustaciones de nácar.

—Lo que hubiera aquí dentro, joyas lo más seguro. Y, por lo visto, nada más.

—¿Y la familia?

—No tenía chavales. Vivía con su marido, que está en Barcelona y vuelve esta tarde.

—¿Podemos llevarnos el cuerpo?

—Seguro que no hay huellas.

—El portero y la asistenta tienen copia de las llaves.

—Me los citáis. Y al vecino también.

La camilla se deslizó pasillo adelante. Como de costumbre, en cuanto retiraron el cuerpo, la habitación se vació casi de golpe. El inspector jefe se subió la cremallera de la cazadora y su colega echó un último vistazo por la ventana.

Una ráfaga de silencio recorrió por fin la habitación.

Faltaba poco para las once y ambos inspectores cruzaron unas frases sueltas y deshilvanadas acerca del almuerzo y de aquel mes de agosto que parecía un mes de octubre. Lo primero era pasar por comisaría, y Didier, el más joven, propuso ir por la calle de Provence para no tener que meterse en los Grandes Bulevares.

—A nadie le habría gustado acabar como han dicho ustedes...

Los dos polis, que ya iban por el pasillo, se volvieron al tiempo.

—A nadie le habría gustado acabar como han dicho ustedes.

Allí estaba Louis, en la habitación de la que acababan de salir, sentado en una silla encajada entre una estantería repleta de libros y la puerta del despacho contiguo. Había conseguido formar parte del entorno con sigilo camaleónico, pues lo hacían invisible su insólita inmovilidad y el traje que llevaba, del mismo tono pardo que la madera vieja de los muebles. No veía la necesidad de ponerse de pie y conservaba esa imperturbabilidad que se le daba tan bien en las situaciones tensas.

Didier se sintió culpable por no haber reparado en el intruso.

—¿Cuánto lleva usted ahí?

—Media horita larga. Pasaba por casualidad y nadie se ha fijado en mí. No suelo resultar llamativo.

—¿Y qué hace usted aquí?

—Soy como de la familia. Hace dos años, todavía estaba casado con ella. Pidió el divorcio para volver a casarse con un actor conocido. Yo nunca habría podido costearle un piso así.

—¿Y cómo se llama?

—Louis Stanick.

Sin dejar de mirar a Louis de pies a cabeza, el inspector jefe se quitó la cazadora con ademán irritado.

—¿Y dice que pasaba usted «por casualidad»?

—Tenía una cita de trabajo aquí cerca. Sabía que su marido no estaba; había leído un artículo sobre la película que está rodando en España. Pensaba decirle que pasaba «por casualidad» y, por una vez en la vida, igual me había dejado entrar.

El inspector jefe se preguntó qué lo molestaba más, si la inconcebible naturalidad de Louis o aquella forma de obviar cuanto había de extraño en la situación.

—¿Tiene llave del piso?

—No. Pero tengo una coartada para primera hora de la mañana.

—Oiga, que esto no es una serie americana.

Louis tenía recién cumplidos los cincuenta. El bigote recto y las cejas pobladas le daban un aspecto serio que los ojos claros hallaban un pícaro gusto en desmentir. Se levantó, enderezó de golpe el cuerpo largo y nudoso e hizo crujir los dedos. Un toque de tristeza le empañaba, en lo hondo de la garganta, el pulido tono de voz.

—En una serie americana, llevaría ya un buen rato llorando. Prefiero dejarlo para más tarde.

—Ahora que lo dice... —exclamó Didier—. Me da la impresión de que se está

usted tomando la situación... bastante bien...

El inspector indicó a su joven colega, con una mirada, que debería haberse ahorrado el comentario. El propio Didier estaba ya asombrándose de haber dicho algo así.

—Pues se equivoca, porque un poco sí que me ha impresionado encontrarme con la puerta de par en par y un montón de individuos alrededor de su cadáver. Pero, de momento, lo que más apenado me tiene es la versión que están dando ustedes de los hechos.

El poli se llenó los pulmones de una buena ración de aire para que los nervios le estallaran por dentro. Con Louis, no quedaba más remedio que improvisar, aunque se corriera el riesgo de salir trasquilado.

—¿Y qué le pasa a la versión que estamos dando de los hechos?

—Pues que es verosímil, pero no muy realista. Creíble, pero totalmente alejada de la realidad. No, a nadie le gustaría acabar así.

—Si tiene usted alguna información, díganos lo que sea.

—¿A quién le iba apetecer morir porque un golfo de poca monta le diera un trompazo con un cenicero antes de salir por pies llevándose las joyas?

—En nuestro oficio, se ven muertes bastante más absurdas.

—Pues en el mío, no. ¿De verdad le tienen mucho apego a esa historia de una caja de nácar llena de joyas?

—Su marido nos lo confirmará. O, a lo mejor, la asistenta.

Louis estuvo a punto de decir que a buenas horas iba a saber la asistenta algo de Lisa que no supiera él; y el marido, mucho menos.

—A Lisa no le gustaban nada las joyas. Una suerte, porque, en diez años de matrimonio, yo no habría podido regalarle ni una. Si hasta perdió la alianza cuando estábamos de viaje de novios.

—¿...?

—Supongan que en esa caja había otra cosa. Algo muy valioso para ella. Algo concreto que su agresor venía a buscar.

—De momento, no es más que un simple ladrón que perdió la sangre fría.

—Me parece que eso se puede mejorar.

Louis lo dijo sin el más remoto toque de ironía. Antes bien, se le notaba el esfuerzo por ser riguroso, que ponía empeño en hacer bien las cosas.

—Usted vivió diez años con ella. Así que cuéntenos.

Un rayo de sol daba en el respaldo de una butaca. Louis se arrellanó en ella y la luz le hizo guiñar los ojos.

—Lisa tenía un sueño de lo más ligero. Nadie habría podido poner manga por hombro el piso sin que ella se enterase. Vio cómo ese individuo lo hacía. Y no tenía llaves, así que ella lo dejó entrar.

—Siga.

—A él y a mí se nos ocurrió la misma idea: vino esta madrugada porque sabía que

el marido de Lisa estaba en España. A las siete de la mañana, sólo se abre la puerta a las personas de confianza.

—¿A un amante?

—¿Y por qué no? Lo de tener amantes era muy de Lisa. Bien que estuvo liada durante los dos últimos años de nuestro matrimonio con el actor este, con el que acabó casándose.

—Y ese amante, ¿qué iba a andar buscando en la caja de marras?

—De entrada, podemos considerar una o dos posibilidades. E, incluso, una tercera, pero más retorcida y, en consecuencia, de poca importancia. Supongamos que el amante venía a decirle, así, de repente, que quería terminar su relación con ella. Pero Lisa ni lo sospecha; quiere aprovechar por fin una ocasión inesperada para pasar con él toda la noche sin correr el riesgo de que se presente el marido. Y al amante ni se le ocurre hacerle ese regalo de despedida y llega lo más tarde que puede, de madrugada, para ponerla ante el hecho consumado. Hasta es posible que le soltase algo así como: «Cuánto me hubiese gustado haberte pertenecido; pero nada más he sido tu amante». Lo malo es que todavía no está libre del todo. Tiene que recuperar sus cartas.

—¿Qué cartas?

—Las cartas desenfrenadamente románticas que le escribió mientras duró el idilio. A ella le encantaban esas cosas, necesitaba pruebas así para sentirse querida. ¡Les daba mucho más valor que a las joyas! Sé lo que me digo, la conquisté con mis cartas. Escribía yo muy bien por aquel entonces.

—¿Tiene usted alguna idea de quién podía ser ese amante?

—Ni por asomo. Pero era un hombre casado. Condición *sine qua non*. Lisa nunca se habría interesado por un admirador joven que la hubiera estado acosando hasta que se quedase libre. Sólo la encandilaban las situaciones ambivalentes, el adulterio doble. También el actor estaba casado cuando lo conoció. Y Lisa no se conformaba con el primero que llegase; aspiraba a hombres que la hicieran cotizarse alto, tíos muy conocidos, del mundo del espectáculo, por ejemplo, ¿me siguen?

—Más o menos.

A Louis le gustaba comportarse como si lo insólito fuera siempre lo normal. Pura convicción.

—Así que al amante no le quedaba más remedio que destruir las cartas, porque Lisa seguro que las habría utilizado en contra de él. A fuerza de vaciar cajones, acaba por dar con la caja de nácar. Ya está salvado, aunque empieza a entrarle cierta nostalgia, y le dice algo así como: «Ahora queda lo más duro, Lisa: olvidarme hasta de que existes, convertir tu existencia en un recuerdo remoto, y, luego, olvidar ese recuerdo». Lisa, rabiosa, lo amenaza con contárselo todo a su mujer. A él lo ciega el miedo, ella lo abofetea, él agarra el cenicero y...

Silencio.

El poli estuvo un ratito mirando la caja de nácar y le dijo a Didier que fuera a la

cocina a ver si quedaba café, aunque estuviera frío.

—¿Esa versión de los hechos le gustaría más, señor Stanick?

El inspector se había quedado convencidísimo. Un asesinato así tenía mucha más clase. Prefería con mucho un crimen pasional entre gente de pasta que un infeliz reventando un piso.

—Pues no sé —contestó Louis—. La verdad es que me habría gustado que el misterio de su muerte me aclarase el secreto de su nacimiento.

—¿A qué se refiere usted?

Didier regresó con un pocillo más que mediado. Louis sacó un cigarrillo del paquete. El inspector le pidió otro y aprovechó para buscarle la mirada.

—¿No sabían que Lisa era una niña expósita?

Antes de que nadie se lo pidiera, Didier sacó la libretita y leyó los datos que le había proporcionado el Registro Central.

—Es cierto. Lisa Colette, encontrada en Caen, en 1957, delante de un hospital. Tenía dos años.

—Estuvo en el hospicio hasta los dieciséis años —dijo Louis—. Corría por entonces el rumor de que tenía un hermano, pero nadie supo nunca nada de él.

—Parece usted mucho más informado que el resto del universo.

—Y eso que Lisa no soltaba prenda. Aquel secreto me hacía estar aún más loco por ella...

Con creciente impaciencia, el poli le pidió que siguiera con la historia.

—Suponga que el hermano de Lisa haya querido ponerse en contacto con ella.

—¿Por dinero?

—Habría dado señales de vida mucho antes.

—¿Por motivos sentimentales?

—¿Después de cuarenta años?

—Entonces, ¿por qué?

—Sólo hay una razón posible: necesita un trasplante de médula.

—¿Cómo dice?

—Busque otro motivo y verá que no lo hay. Y la única que puede ayudarlo es su hermana...

—¿...?

—Pero una operación quirúrgica de tanta envergadura no puede pasar inadvertida. Y Lisa no quiere saber nada de ese pasado que se le viene encima. Se niega en redondo. Su hermano no se resigna; le va la vida en ello. Esta mañana hace un último intento y viene a suplicarle que lo salve. Ella sigue negándose. Él sabe que está condenado; se morirá, vale, pero de una cosa está seguro: de que esa zorra no le va a sobrevivir.

Igual que un alcohólico intenta a toda costa que no se le note nunca que está borracho, el poli cifraba la negra honrilla en disimular cuánto lo sorprendía el tono de sinceridad de Louis. Didier, por su parte, estaba de brazos caídos y esperaba las

reacciones de su superior.

—¿Y Lisa iba a firmar la sentencia de muerte de su propio hermano?

—Era la única forma de que no volviera a interferir en su vida nunca más.

—Nos está usted describiendo a un monstruo.

—Sólo los monstruos provocan pasiones.

El inspector estaba empezando a echar de menos sus investigaciones rutinarias. Sobre todo cuando Louis añadió:

—Bien pensado, le puedo sugerir otra versión.

Como si se lo estuviera maliciando, el poli alzó los ojos al cielo y crispó el puño. Louis seguía impertérrito. Sincero.

—Suéltelo y acabemos de una vez.

—¿A usted que le parece, inspector? ¿Quién puede cargarse a un monstruo?

—Otro monstruo —dijo Louis.

Didier ahogó un suspiro, disimulándolo tras un carraspeo.

—¿Se acuerda del caso de André Carliers?

Los otros no reaccionaron.

—Sí, hombre, aquel criminal de guerra tras el que andaban todos los cuerpos de la policía y que desapareció en la región de Caen en 1957. Nunca lo encontraron.

—No lo he oído mencionar en la vida.

—Un día vi, por casualidad, en el bolso de Lisa un recorte viejo de periódico que refería el caso. Y no podía tratarse de una coincidencia. Lisa era la hija de André Carliers.

Al inspector no le dio ni tiempo a parecer sorprendido.

—Ella pensaba que estaba lejos, y que, a lo mejor, hasta había muerto. Pero, al fin, el fantasma regresó. ¿Para qué? ¿Para ver por vez postrera a su tierna hija antes de morir? ¿Para hacerla cantar de plano? ¿O, antes bien, para legarle su tesoro de guerra? ¿Quién lo sabe? Esta mañana, Lisa dejó entrar a ese hombre al que nunca había visto y que, en su día, la abandonó. Tras un reencuentro que nunca sabrá nadie cómo transcurrió, el padre golpea a Lisa en la cabeza y la mata.

—¿Por qué dice usted que nadie sabrá nunca cómo transcurrió?

—Imagínese al personaje del padre. Nunca se redimió de su pasado; es viejo, está acorralado y sólo lo ha mantenido vivo el propósito de ver a su hija. ¿Creen ustedes que puede seguir viviendo tras una escena como la que han interpretado los dos juntos esta mañana? En los próximos días, patrullen por las orillas del Sena. No sería imposible que, con treinta años de retraso, apareciera el cuerpo de ese mal bicho.

El inspector tenía los brazos cruzados y la mirada ausente. Pensativo. Didier abrió la libreta y apuntó unas palabras.

Por primera vez, a Louis se le nubló la mirada al fijarse en el contorno del cuerpo de Lisa trazado con tiza en el suelo. Fue quizá en ese preciso instante cuando comprendió que ya no iba a verla nunca más.

—Señor Stanick, tengo que redactar un informe. Incluiré en él todo lo que acaba

de contarnos.

—No merece la pena, inspector. Olvídese de cuanto le he dicho.

—¿Olvidarlo?

Louis cerró los ojos para evitar que le asomaran las lágrimas; siempre se ganaría algo de tiempo.

—Tenía usted razón, inspector. Lo más probable es que a Lisa la matase un ladrón de joyas.

—¿...?

—Pero a los de mi profesión no nos entra en la cabeza que las personas puedan morir de forma tan tonta. Sobre todo las personas a las que hemos querido. Nos gustaría proporcionarles una muerte apasionante.

Louis se encaminó despacio hacia el cuarto de Lisa. Los otros lo siguieron, estupefactos.

—Y... ¿qué profesión tiene usted?

Tras un breve silencio, Louis se arrodilló junto a la cama.

—Soy guionista.

Metió la mano entre las sábanas revueltas y hundió el rostro en la almohada.

Mathilde

El amor.

El amor nunca le había reportado un céntimo a Mathilde. O en contadas ocasiones. Llevaba veinte años a su servicio, echándole la dedicación de una operaria de un taller de alta costura, obligándolo a dar de sí cuanto pudiera. El amor era su oficio y su afición, se sabía al dedillo todos sus trucos y sus apaños. A veces, inventaba otros nuevos. Antes de rendírsele, el amor le imponía sus caprichos y rodeos. De la mañana a la noche, día tras día. ¿Para qué andar contando las horas, si lo que está en juego es el amor? ¿Acaso el amor duerme? ¿Acaso se va de vacaciones? El amor siempre exigía más, y nunca daba nada espontáneamente. Mathilde sabía sacar partido a sus recónditos tesoros de ternura. Los veinte años de sacrificio que había dedicado al acoso y derribo del amor le habían enseñado que el don del propio ser es un inagotable filón de material en vivo.

Y, además, no valía para otra cosa. Victor se lo repetía a diario.

—Ese talento tuyo es un regalo del cielo. No vales para otra cosa; pero, coño, hay que ver qué bien se te da lo que haces.

Mathilde había acabado por creer en esa imagen de gran sacerdotisa del amor, cuyo reflejo se complacía Victor en mostrarle. Hechicera del corazón, maga de las pasiones y celadora de la llama: Victor nunca se paraba en barras cuando se trataba de infundirle bríos para que trabajase a más y mejor. Y Mathilde se creía *todo* lo que salía de los labios de Victor; se lo había creído desde el primer día.

Ni por un segundo se había planteado no caer en la trampa que él llevaba en la mirada. Mathilde dejó de golpe de escribir su diario íntimo en aquel preciso instante, en la esquina de aquella mesa de una tasca de la plaza de Les Vosges. Él supo embaucar su alma de modistilla con su carisma de predicador que ha colgado las creencias. Y supo también convertirse, ese mismo día, en su primer amante. Mathilde no había cumplido aún los dieciocho años. Y en modo alguno habría tenido Victor la oportunidad de estrecharla entre sus brazos más que una única tarde, de no haber mostrado ella enseguida unos dones extraordinarios para todo lo mejor y lo peor que el amor tiene.

Diez años de dicha. Ella, trabajando en lo suyo; él, llevando la caja. Parecía una canción de la *Ópera de cuatro cuartos*. Victor sabía aconsejarla y proporcionarle todas las comodidades que ella precisaba para ejercer con tranquilidad. A veces, la sacaba a algún sitio, por aquello de distraerla un poco y que le diera un poco el aire. Le bastaba con un detallito de nada para ahorrarse el tener que decirle «te quiero» a la mujer que sólo eso ambicionaba.

Y todo se volvió rutinario y desconsoladoramente previsible. Victor pasaba cada tres semanas por el dormitorio de la calle de Monsieur-le-Prince para recoger el fruto

del trabajo de Mathilde. Ella dejaba que la gozase en cinco minutos, en un rincón de la cama, sin pedirle nada más. Aún le quedaban reservas para seguir queriéndolo durante los diez años siguientes. Y eso fue lo que hizo. Incluso cuando Victor se casó con la primera que se presentó; incluso cuando vinieron, luego, dos hijos. «El amor no tiene nada que ver con la familia», decía él. Y Mathilde había acabado por creérselo: a los treinta años, él la había convertido en una amante de toda la vida a quien ya no se le hace promesa alguna.

Mathilde trabajó aún con mayor ahínco. Ni ella habría sabido decir si lo hacía para olvidarse de Victor o para colmarlo de todo. Él siempre exigía más y le pedía, a veces, que pusiera picante a lo cotidiano.

—¿Picante...? ¿A qué te refieres?

—¡Obsesiones, calenturas, coño! ¡Deja que hable la perra que llevas dentro!

A los cuarenta, Mathilde lo había aceptado todo. El sacrificio de su juventud y el de los hijos que nunca tendría. Y todo ¿para qué?

¿En nombre del amor?

—Lo siento mucho, guapa. No he vendido ni mil ejemplares de *La amante olvidada*.

—Pero, Victor... Si hice todo lo que me dijiste. Añadí todos esos capítulos que transcurren en el Eros Center.

—Ya sé que te esforzaste mucho, pero las historias de coños y pichas ya no gustan a los lectores.

—Es por el seudónimo. ¿A quién le puede interesar leer la última novela de Clarisse Grandville? El próximo libro, lo firmo como Patty Pendleton. Hace mucho que Patty no publica nada.

Patty Pendleton. *Con todo el corazón*, *La mansión sin amor*, *La que espera*. Treinta y cinco mil ejemplares de cada obra. Patty Pendleton y los quiebros que sabía darles a las situaciones, su romanticismo más allá de cualquier ley y sus casas de campo en Sussex.

—Eso fue hace quince años, Mathilde. Hoy, ya no cubrirías ni el coste del papel.

—¿Y Sarah Hood? ¡Todos los fans de Janice están esperando más aventuras tuyas!

Janice y la dama de corazones, *Janice se va a la guerra*, *Janice tiene una hermana*, *La herencia de Janice*. Y tantas otras.

—¿Y qué te ibas a sacar de la manga? ¿*Janice en Internet*? ¿*Janice pierde la dentadura postiza*? A nadie le importa un huevo esa pánfila.

—Seguiré con la colección *Extasis*.

Sueños de azufre, *Escalofríos exóticos*, *Andréa*, *la muchacha salvaje*, *El oasis de los placeres*, etc.

Victor, sentado tras su mesa de despacho, lanzó una carcajada de espantoso sarcasmo y sacó un libro de las estanterías que cubrían la pared.

—¿Tú? ¿Sexo, tú? ¿Quieres que te lea un párrafo al azar de *La escandalosa*...?

«Edwina sentía que su voluntad se derrumbaba bajo la mano experta de David. Sabía que tarde o temprano acabaría por ser suya, y al fin había llegado esa hora. Se arrodilló a los pies de su amante y sus labios fueron subiendo por el mástil». ¡El mástil! ¡Si es que habría que tener sesenta años para entender de qué va, joder! ¡Al carajo con tu encanto arcaico! Y lo peor es que ni siquiera tienes tú la culpa. ¿Cómo pretendes que nadie se crea tus *Extasis* de chicha y nabo, si en toda tu vida no has sabido más que dos posturas, y la segunda la dejas para las fiestas de guardar?

—¿...?

—Siento mucho decirte esto, Mathilde, pero vas a tener que volver a escribir lo último que me has dado.

—¿Qué estás diciendo?

—No pienso publicarlo.

—¿...?

—Si no consigo que suban un poco las ventas, tendré que vender parte del negocio. Y bastante he luchado para compartirlo a estas alturas con unos desconocidos.

Lívica, sin resuello, Mathilde se inclinó por encima de la mesa para cogerle la mano a Víctor.

—Las Ediciones del Fénix somos nosotros dos... Desde hace veinte años... Esta empresa la hemos creado juntos... Tú la diriges, pero yo te proporcioné los primeros libros, sin anticipos, sin contrato... Y sigo lo mismo... Nuestro trabajo se ha basado siempre en la confianza... Siempre hemos sido un equipo. ¿O no?

Esperaba que él le sonriera. Pero ni siquiera la miraba a los ojos. Debía de sentirse violento. O sería que ella le daba asco.

—Llévate tu libro. Mañana recibirás lo que te debo de *La amante olvidada*.

Mathilde se pasó por la frente una mano helada. Un ademán *a lo Janice*, rebosante de exquisitez y énfasis, como el de las enamoradas cuando las sacrifican.

—Tengo que dar una oportunidad a otros autores, igual que tú tuviste la tuya. Tienen un estilo más contemporáneo, que conecta más con lo que pide el público. Has trabajado demasiado estos últimos años, guapa. Tómate unas vacaciones. Intenta hacer algo diferente durante una temporada.

Mathilde se aferró al respaldo de la butaca para conservar el equilibrio. Nunca se había parecido tanto a sus heroínas, tan hermosas como vulnerables.

—No sé hacer nada más.

—Te va a costar colocar tus libros, Mathilde. No conozco a ningún editor a quien puedan interesarle.

Habría preferido que la golpease hasta que corriera la sangre.

—¿De qué voy a comer?

—Búscate la vida en la prensa del corazón, escribe cositas para la tele, tampoco es tan tremendo. O cástate. A tu edad, todavía no es un imposible. ¿Por qué ibas a ser tú la única que no valiera para el amor?

Jérôme

Deathfigther se inclina hacia el bonzo envuelto en ropajes naranja que ora ante un gigantesco Buda. Música apocalíptica. Una explosión estremece los muros del templo y el suelo se abre bajo sus pies.

—¿Cuánto se tarda en aprender a levitar, tío?

Un fluido azulado gira como un torbellino en torno al Buda, que abre los ojos. Aparece entonces el rostro de Jinzo.

Deathfigther se queda atónito y alza al bonzo entre los brazos para escapar antes de que se les venga encima la última pared. Al salir del templo, están en pleno centro de Los Ángeles.

Jinzo recupera la forma humana y se mete en un rascacielos. Persecución a todo correr por las plantas del edificio, lucha a puñetazos, Deathfigther salta al vacío al tiempo que Jinzo y se agarra a una grúa. Unos obreros aprietan el detonador de la dinamita y vuelan el rascacielos. Jinzo desaparece entre los escombros. Deathfigther recupera el equilibrio igual que un gato y contempla, desde lo alto de la grúa, cómo cae la noche sobre Los Ángeles.

Música final.

Títulos de crédito.

La sala estaba llena de chiquillos histéricos y con prisa por salir. El resto del público esperó a que acabaran los títulos de crédito y se desperdigó luego, en la penumbra, hacia las puertas de vaivén. Cuando volvió la luz normal, sólo quedaba ya Jérôme, perdido en medio de un desierto de butacas. Se puso de pie, más blanco que el papel, y buscó con la mirada un sitio en donde poder vomitar. Al verlo tambalearse, una acomodadora fue tras él al servicio y sacó unas cuantas toallas del expendedor.

—¿Se ha puesto usted así por la película?

—Supongo que estará siendo un exitazo.

—Figúrese... Stallone y Schwarzenegger juntos... La sesión de las doce estaba a tope; para la siguiente no quedan localidades. Esta semana ya no se hacen reservas por teléfono.

Jérôme metió directamente la cabeza debajo del grifo de agua fría, como para despejarse de una borrachera. Llevaba tres semanas sin probar una gota de alcohol. Se sacó *Le Film français* del bolsillo de la vieja gabardina. Del otro, le asomaba una chapa de madera, redondeada en la punta y pintada de azul. Ala acomodadora no se le habría ocurrido ni por asomo que aquello fuera un bumerán.

—Aquí pone que en los Estados Unidos ha tenido más público que *Batman*. ¿Sabe cuánto ha ganado el creador del personaje de *Deathfigther*? Cuatro millones de

dólares.

—Mejor para él —dijo la acomodadora.

A Jérôme le entraron ganas de abofetearla. En aquellos momentos, habría pegado a cualquiera, incluso a alguien que no tuviera nada que ver.

*

No tenía ni una perra en los bolsillos y se preguntaba qué iba a dar de comer a Tristan aquella noche y los días siguientes. Treinta y nueve francos de *Le Film français*. Cuarenta de una entrada para ver *Deathfighter* en un cine de los Grandes Bulevares. Se arrepentía de no haber intentado colarse por la salida de emergencia, pero no lo había podido remediar, se había ido directo a la taquilla. Para ver. Para *verlo*.

A la espera de que se hiciera de noche, fue a buscar refugio al bosque de Boulogne, como llevaba haciendo con excesiva frecuencia durante aquellos últimos meses de vagabundeo. A unos cien metros del lago, se situó en el centro de una extensión vacía y despejada y sacó el bumerán. Una ráfaga de viento perfecta soplaba en la dirección conveniente.

«Lánzalo, chaval, olvídate de ese mal bicho, no lo has perdido todo, te quedan Tristan y el bumerán. Bien pensado, ¿qué son cuatro millones de dólares?».

Ya en el primer lanzamiento, el artefacto describió una parábola tan bien calculada que Jérôme sólo tuvo que moverse cinco centímetros hacia la izquierda para atraparlo al vuelo.

«Vuélvelo a lanzar, no pienses en ese asqueroso, porque te reconcomerás por dentro y esta noche no te quedará ya suficiente bilis para escupírsela a la cara. ¡Lánzalo!».

El bumerán y la gabardina eran los últimos vestigios de una vida anterior que, a lo que creía, nunca iba a echar de menos. El bumerán lo había fabricado él, en forma de punto de interrogación, y Tristan lo había pintado con los colores de la bandera norteamericana. Una joyita capaz de volar durante treinta segundos, los precisos para que fuera posible suponer que nunca más volvería al redil.

«¡Otra vez! Lánzalo hasta que se te disloque el brazo. La impunidad no existe. A los cerdos siempre acaba por llegarles su merecido».

Estaba preparando el lanzamiento cuando notó algo raro en lo más hondo del vientre.

«La impunidad no existe...».

Como si un ácido le estuviera corroyendo el estómago.

«La impunidad no existe...».

Un tizón le perforaba los intestinos.

«La impunidad no existe...».

La quemadura era tan ardiente que Jérôme lamentó que no le quedara ya nada que vomitar. Había ideado el personaje del señor Venganza precisamente porque lo

horrorizaba la idea de impunidad. A todo el mundo acaba por llegarle siempre su merecido. Es una ley divina.

No obstante, una espantosa duda empezó a desgarrarle las entrañas.

«¿... Y si, en último término, existiera la impunidad?».

*

Se sentó un rato bajo la marquesina de una parada de autobús de los Campos Elíseos. En la acera de enfrente, podía divisar la terraza alargada en la que unas sombras brindaban con copas de champán. A su lado, una mujer no apartaba la vista de sus deportivas rotas y sus vaqueros raídos. Jérôme miraba aquellas siluetas ataviadas con esmoquin, luminosas como luciérnagas.

Al fin se apagaron las luces, allá arriba. Cruzó la avenida y se apostó al pie del edificio, junto al que los camiones del *catering* estaban empezando ya a recoger. Jérôme cogió una invitación que andaba rodando por el arroyo y se apoyó en la barandilla de piedra blanca de la boca de metro de Georges V.

PRODUCCIONES

BLUE-STAR PICTURES

INVITAN A USTED A LA FIESTA QUE SE CELEBRARÁ
CON MOTIVO DEL ESTRENO DE LA PELÍCULA

DEATHFIGHTER

DE NORMAN VAN VUYS

INTERPRETADA POR

SYLVESTER STALLONE

Y ARNOLD SCHWARZENEGGER

Salían ya unos cuantos invitados, a cuya cabeza iba Yvon Sauvegrain, un tanto achispado, con la chaqueta del esmoquin echada al hombro. Alguien propuso seguir la fiesta en otra parte, y Sauvegrain, encantado de la vida, se metió en la parte de atrás de un Mercedes en el que se estaba apiñando el pequeño grupo de juerguistas.

Alguien vociferó de repente su nombre desde la boca de metro. Sauvegrain reconoció a Jérôme a la primera; sorprendido, tardó un segundo en reaccionar y tranquilizó a sus acompañantes con un ademán.

—Esperadme un momento.

Bajó del coche y se acercó con paso veloz a Jérôme, llevándose la mano a la cartera.

—Tome esto y esfúmeselo. Me horroriza hacer el ridículo.

Pasmado, Jérôme se encontró de pronto con un billete de 500 francos en la mano.

—¡El señor Venganza le ha hecho ganar cuatro millones de dólares! Lo he leído en *Le Film français*. ¡Venía un *dossier* completo sobre EL guión, que es de principio

a fin obra de un francés que lo ha vendido directamente de Hollywood! ¡Y ese guionista es usted!

—Se va usted a quedar sin lo poco que todavía tiene.

—¡Dos años! ¡Se lo mandé hace dos años y me hizo modificarlo una y otra vez hasta que consiguió punto por punto el guión de la película que he visto esta mañana! ¡Se ha limitado a cambiar el título!

—En esta profesión, a todo el mundo lo engañan por lo menos una vez. Tómese lo como un bautismo. Un bautismo de lujo, vale. Este es un oficio en que da casi igual ser ingenuo que tonto, y la tontería siempre se paga. ¿A quien se le ocurre mandar un guión a un colega sin registrarlo antes en la Sociedad de Autores? Eso es lo primero que hice yo cuando recibí el de usted.

Jérôme hundió la mano en la gabardina, crispándola en torno al bumerán.

Cerró un momento los ojos y vio cómo la madera se estrellaba a cámara lenta contra la cara de Sauvegrain. La imagen fue muy nítida: los rasgos deformándose con el impacto, un hilillo de hemoglobina salpicando desde una ceja, un labio abierto, todo ello en color y pantalla panorámica. Aquel gesto habría podido liberarlo del dolor; una sola cosa lo detuvo. Tristan.

—Pensaba que no había nadie capaz de hacer algo así.

—Bienvenido al club.

Sauvegrain quería volver con su pandilla. Jérôme lo detuvo, cogiéndolo del brazo.

—Tengo un hermano que no anda nada bien de salud, estoy en la calle y...

—El ministro de Cultura ha tenido mucho empeño en darme la enhorabuena personalmente por haberles demostrado a los americanos que los franceses podemos escribir igual que ellos. E incluso me ha propuesto que le haga un informe acerca de la crisis de guionistas en Francia. Así que no me venga con amenazas.

Jérôme intentó otra vez detenerlo; pero en esta ocasión Sauvegrain le dio un revés en toda la cara.

—Los americanos ya están hablando de *Deathfighter 2*. ¡Lo que lo voy a echar de menos, Jérôme!

Yo

¿Cuál de los cuatro estará más intimidado? Yo, seguro, en vista de que acabo de pasarme la noche en blanco esperando la hora de esta entrevista. Pero ninguno parece lo que se dice a gusto. Nos miramos como pasmarotes, sentados en dos sofás que están uno enfrente de otro, sin intentar siquiera trabar conocimiento.

Mathilde Pellerin parece estarse preguntando qué hace aquí. En una o dos ocasiones, ha estado a punto de levantarse para irse, y ni ella sabe por qué no lo ha hecho. Me parece que lo que le resulta molesto de esta situación es de orden puramente material: estos tres cuerpos masculinos que imponen su presencia sin pedirle permiso a nadie en esta oficina tan cutre. Tres miradas desconocidas. Inquisitivas.

Jérôme Durietz, en cambio, está muy claro por qué no se mueve del sofá: necesita pelas. Los hay capaces de mostrar un soberano desprecio en lo tocante a la propia indigencia, pero Durietz no es de éstos y el menor ademán lo traiciona. Ocultó los puños de la camisa al darnos la mano; hizo como que buscaba suelto en los bolsillos delante de la máquina de café, y, cuando lo invité a uno, se lo tomó a sorbitos, como si llevara una eternidad sin probarlo. Me dieron ganas de hacerle un modesto adelanto, únicamente para que se relajase un poco, porque esa forma suya de calcular cada segundo empezó enseguida a ponerme de los nervios. Sólo Dios sabe de dónde habrá salido.

El que más me intriga es Louis Stanick, el único que ha intentado poner a todo el mundo cómodo echándonos un discursito de decano en primer día de curso. Ventajas de la edad, por lo visto. Pasa un poco de los cincuenta, es alto y tieso como un palo; con ese bigote y esas gafas de concha, tiene cierto parecido con Groucho Marx. Es el único del que he encontrado algo en las guías de la profesión. El *Diccionario Larousse de cine* le dedica cinco líneas, que dicen que trabajó mucho en Italia en los años setenta, pero los títulos de su filmografía no me han recordado nada. Tras regresar a Francia, escribió un largometraje que nunca se estrenó, y, a continuación, poca cosa hasta llegar a esta oficina tan rara. Tiene un currículum tan corto que cabría en un papel de fumar. El mío no ha pasado aún de la primera línea, pero me juro a mí mismo que no acabaré como Louis Stanick.

Nadie intenta romper el silencio. Me levanto para mirar por la ventana. Estamos en un edificio pequeño de tres plantas de la Avenida de Tourville, en el distrito VII. La habitación en la que esperamos está de lo más vacío, si exceptuamos los dos sofás y la máquina de café. Los últimos inquilinos debieron de largarse de tapadillo, llevándose todo lo que merecía la pena. Un tabique, que remata, a media altura, un cristal grande, permite ver cuanto sucede en el pasillo. Y, de momento, lo que sucede en el pasillo no hay quien lo entienda. Será el cansancio, será la impaciencia,

será el estrés, pero me da la impresión de que se nos viene encima una oleada de cabelleras rubias. A veces, se divisa una frente; otras, un par de ojos o una gorra; pero todo es muy raro. El timbre del teléfono rompe un silencio penoso y relaja la tensión. Stanick lo coge y cuelga enseguida, en cuanto una secretaria de producción le comunica que la entrevista va a retrasarse dos horas.

—Y ya llevamos aquí la tira tocándonos los huevos —dice Durietz.

Stanick se encoge de hombros, como diciendo qué se le va a hacer. La paciencia es ya para él un currelo de jornada completa.

—¿A ustedes no les parece que nos están tomando el pelo? —pregunta Mathilde Pellerin.

Me entran ganas de contestarle que tengo veinticinco años y toda una vida por delante para esperar una entrevista como ésta. Ella prefiere levantarse y largarse sin ahorrarnos su enojo del siglo pasado.

—Es una pena, porque olía bien —dice Stanick.

Jérôme Durietz se queda con el sofá para él solo.

—¿Les parece mal si sobo un ratito? Estoy pasando una temporada de insomnio...

—En este oficio, puede ser casi una ventaja —dice Stanick—. Póngase cómodo; lo llamo dentro de hora y media.

No han pasado cinco minutos y Durietz duerme ya que da gloria verlo.

—Sólo los críos duermen así.

—Los críos y los chinos —digo—. En Pekín, se ve dormir a tíos de cualquier manera, apoyados en el manillar de una bicicleta, en restaurantes atiborrados de gente, entre dos paradas de autobús.

—¿Ha estado allí muchas veces?

—Nunca. Me lo han contado.

Desde la esquina en la que estoy sentado, consigo por fin darme cuenta de lo que sucede en el pasillo ya que por la puerta acristalada puede verse a la gente de cuerpo entero. Pero hay veces en que ver la realidad la hacer parecer aún más confusa.

—Oiga, señor Stanick, ¿a usted qué le parece? ¿A qué viene ese desfile de enanos por el pasillo?

—¿Eso? Es Prima, la agencia de *casting*, que tiene las oficinas al final del pasillo. Fui a dar una vuelta por allí hace un rato. A mí también me tenían intrigado. Están cogiendo gente para una película americana que ruedan en parte en París. Necesitan doscientos enanos adultos, preferentemente rubios y bilingües.

—Y ¿de qué va la película?

—Pues no me lo han sabido decir. De momento, se llama *Pandemónium*. Tienen prevista una escena con los enanos y varias decenas de mujeres gigantescas en plan opulencia materna.

—Qué barroco...

—Cuando se ponen simbólicos, los yanquis nunca se andan con sutilezas. Ésa es

una de las cosas que los hacen fuertes.

Silencio.

Si tenemos que esperar todavía dos horas antes de la entrevista con el director de producción, habrá que hablar de algo.

—¿No le parece que esta entrevista tiene toda la pinta de una inocentada?

—A ver si acierto, Marco. Usted no ha trabajado nunca en televisión, ni en ninguna otra cosa, por cierto, y no entiende por qué lo han llamado para esta serie misteriosa que se estrenará en otoño.

—Sí que he trabajado ya para esta cadena. Escribí los diálogos en francés de *Los señores de la galaxia*, unos dibujos animados japoneses. Y presenté varias sinopsis para *Dos polis en el infierno*, pero no se quedaron con ninguna.

Me pregunta si cobré. Me pagaron una miseria por los dibujos animados y nada por lo demás.

—Pues por eso lo han llamado. Saben que está usted dispuesto a coger lo que sea por una cantidad de risa.

Debe de tener razón. Y yo soy completamente capaz de dejar que me engañen otra vez. Qué más da. Yo, Marco, sí, yo, quiero llegar a guionista, es mi única ambición en la vida y lo debo de llevar escrito en la jeta. Venderé el alma a quien me abra una rendijita. Estoy dispuesto a tragar sapos y culebras, a escribir las cosas más infames, a que me paguen tarde, mal y nunca, a que no me paguen, me importa un bledo. Algún día, vendrán a comer de mi mano, aunque todavía no lo sepan.

—Y usted, ¿por qué se queda, Louis?

Noto que vacila entre una trivialidad de compromiso y un alud pequeño de sinceridad.

—Porque soy eso que suele llamarse un venido a menos. Presentarme para este empleo es mi forma de pedir limosna. Hace mucho que pasó mi hora, y ahora acepto lo que sea sin resentimiento. Soy como un caballo viejo de labranza: lo conservan porque se sabe bien el camino y come poco. Y, además, sólo sé hacer esto.

—¿Hacer qué?

—Fabricar peripecias por metros.

Durietz, sumido en su sueño abismal, se da media vuelta en el sofá. Otra oleada de enanos rubios como la cerveza cruza por el pasillo. Van la mar de serios, dispuestos a demostrar de qué son capaces. Stanick mete dos francos en la máquina de café y me da un vaso de cartón. Opina que estos locales son de la cadena de televisión, que los comparte con Prima y con un taller de montaje que hay en el último piso. Ayer, el productor me preguntó por teléfono si estaba disponible de inmediato. No acabé de entender por qué me necesitaban a mí para un caso urgente.

—Mire, Marco, ¿para qué vamos a negar la evidencia? Si una cadena reúne en la misma habitación a un guionista joven y animoso dispuesto a trabajar gratis, a una escritora a caño libre de novelas rosa, a un hombre muerto de cansancio que no tiene donde vivir y a un venido a menos viejo como yo, a la fuerza tiene que haber algo

jodido en el invento.

Los cínicos no suelen caerme simpáticos. Sobre todo si se ensañan con ingenuos como yo. Pero la forma tan personal en que Stanick lleva la conversación, como si patinase por una resbaladiza pista de sinceridad, resulta hasta cierto punto atractiva. Es como si quisiera ya establecer un ritmo de trabajo y ahorrar desde el primer momento a nuestras futuras relaciones los oropeles de la mentira. Y enterrar de una vez por todas los del ego. Pese a todo, el ingenuo que llevo dentro sintió la necesidad de intervenir. Con cierto tonillo de franqueza, me atreví a decir que no era capaz de tomarme este trabajo a la ligera. Respetar la historia que ideamos es respetar a quienes van a escucharla y respetarnos a nosotros mismos. Poco importa la azarosa moralidad de quienes nos la encargan.

Durante la hora siguiente, me dio tiempo a contarle que nací delante de un televisor. Y no es una figura retórica: la primera imagen que realmente recuerdo no es el seno materno sino algo brillante y cuadrado que me atraía de forma irresistible. La tele era mi canguro, mis tardes sin colegio, mis atónitos ojos de niño descubriendo el mundo en movimiento. La tele era el amigo con el que nunca te peleas, el que siempre tiene una buena idea a punto desde por la mañana hasta por la noche. La tele era toda una gavilla de héroes que me enseñaron en qué consistía el entusiasmo. Las primeras emociones, pero también los primeros ascos. Fui ese chaval que se hace adulto de golpe y porrazo al cambiar de cadena. Recordé las imágenes prohibidas, vistas de noche por la rendija de una puerta; de la misma forma, habría podido Louis hablarme de sus noches de aventuras, con una linterna y un libro bajo las sábanas. Terminé diciendo que, en nombre de todo aquello, si se me presentaba una oportunidad de estar detrás de la carta de ajuste, haría todo lo posible para no traicionar a aquel chiquillo abandonado a su propio albedrío ante la pantalla de luz azulada.

Louis Stanick me miró, turbado. Podría haber dicho muchas cosas, pero prefirió sonreír. La nostalgia del fervor perdido, pensé.

Ya era hora de despertar a Jérôme Durietz; lo invité a un café a cambio de uno de sus sueños.

—Estaba en lo alto de una montaña y se me aparecía una bola de fuego que hablaba. Luego bajé, y había una pandilla de individuos, y yo estaba furioso con ellos y les tiraba piedras que llevaban órdenes grabadas. Una situación de lo más a tope. Pasaban muchas más cosas, pero se me han olvidado.

Volvió Mathilde Pellerin, humilde y deliciosamente abochornada. La recibimos sin mostrar sorpresa alguna, sin hacerle ni una sola pregunta acerca de los oscuros motivos que todos teníamos para aceptar aquel currelo.

Y menos mal, porque a Alain Séguet, el director de la unidad de producción, nuestros motivos lo traían al fresco.

*

Séguret no se anda con rodeos, tiene prisa y no le apetece en absoluto meterse en perífrasis diplomáticas. Desde que entró en la oficina, le habría dado tiempo más que de sobra para explicarnos que su cadena anda buscando una serie marchosa, de coste razonable y a la que nunca se le olvide que su principal cometido es gustar. En vez de eso, nos dice:

—Escriban lo que les dé la gana, lo que les dé la real gana, con tal de que salga lo más barato posible.

Al principio, no me lo creía. E incluso entendí precisamente lo contrario.

Mathilde Pellerin y Jérôme Durietz no dicen ni pío. El único capaz de reaccionar es Louis Stanick.

—¿Qué entiende usted exactamente por «lo que nos dé la gana»?

—Pues lo que les dé la gana, lo primero que se les ocurra. De todas formas, esta serie no la va a ver nadie. Emitiremos un capítulo diario de cincuenta y dos minutos entre cuatro y cinco de la mañana.

—¿Cómo dice?

El director, agobiado, se pasa una mano por la frente:

—Las cuotas de pantalla... ¡Esa gilipollez de las cuotas obligatorias de creación francesa! ¡Creación francesa! Sólo con decir juntas esas dos palabras se me despelleja la lengua. Como no sea a ustedes, a los guionistas, que así pueden sacarse unas perras, ¿a quién le va interesar la creación francesa?

No sabía yo que los altos ejecutivos conocieran la palabra *gilipollez*.

—Acabamos de comprar a precio de caviar una serie californiana cargada de premios y de chicas pechugonas. El minuto de publicidad saldrá a 300 000 francos en el primer corte; dentro de dos meses, pondremos a la venta camisetas y toda la pesca. Acabamos de conseguir los derechos de emisión de la final de la Copa de Europa de fútbol y estoy trabajándome al presentador estrella de una cadena de la competencia. Así que ¿cómo me va a quedar tiempo para pensar en la creación francesa?

Con cara de estar al cabo de la calle, Louis pregunta si hasta la fecha han respetado los porcentajes. A Séguret, como les pasa a todos los altos ejecutivos, no le gustan las preguntas directas, sobre todo las que no tienen más respuesta que un *no*.

—Hemos andado escurriendo el bulto; pero, hace nada, nos metió un puro el Consejo Superior de Espectáculos Audiovisuales y no nos queda más remedio que recuperar ochenta horas de creación francesa. Y encima hay que emitirlas dentro de tres semanas, porque si no el gobierno no nos renueva la licencia de la cadena.

—¡Ochenta horas!

—Por eso hemos llamado a cuatro personas.

—¿El primer capítulo dentro de tres semanas? ¡Estará usted de guasa!

—Tienen que ponerse a trabajar hoy mismo sin falta.

Ésta era la inocentada.

Cada cual manifiesta su consternación como puede, menos Stanick, que no pierde

el rumbo y dice que las prisas se pagan. Un tanto asombrado, Séguret reprime una risa sarcástica. Les enseñan esa técnica en las escuelas para directivos de alto copete.

—Atiendan bien. Ha habido dos criterios para escogerlos a ustedes cuatro. Primero: que son los únicos disponibles en el acto en París. Segundo: que no pueden aspirar a más de 3 000 francos cada uno por capítulo.

—¿Cómo?

Séguret alza los brazos al cielo y arremete:

—¡Algo así lo puede escribir cualquiera! ¡Hasta yo, si tuviera tiempo! Hasta mi asistente, si no hablase tan mal. Lo toman o lo dejan. En lo que a nosotros se refiere, esta serie sólo tiene que destacar por una cosa: por ser la más barata de toda la historia de la creación francesa.

—¿Y qué quiere usted que nos inventemos para dentro de tres semanas y que dure ochenta horas por una cantidad que ni siquiera nos da para el café que vamos a necesitar para aguantar el tirón?

—Vale cualquier cosa. Cuenten la eterna historia de dos familias rivales que se enfrentan en el descansillo de un bloque de viviendas de protección oficial. Eso es algo que siempre gusta. Metan un par de historias de amor bien pegajosas, añadan unos cuantos dramas humanos y ya hemos cumplido.

—No se puede arrancar así... Necesitamos... un sitio para reunirnos...

—Éste.

—¿Éste?

—No nos cuesta el alquiler y hay lo imprescindible: dos sofás y una máquina de café. Mañana les traerán material informático y una impresora. Los capítulos los montaremos en el taller del último piso. Los actores los buscará la agencia de *casting* Prima. ¿Qué más quieren?

Mathilde Pellerin, desbordada, no se atreve ya ni a abrir la boca. Louis Stanick y yo no tenemos nada más que añadir, no vaya a ser que se busquen a otros, más lanzados y con menos escrúpulos. Durietz se arriesga a pedir un modesto anticipo, pero Séguret no quiere oír ni hablar del asunto antes de que le entreguemos los cuatro primeros capítulos.

—Tengo un hermano enfermo... Necesito algo de dinero para medicinas...

—Conque medicinas para un hermano enfermo. Ya sé que su oficio es inventar historias, ¿pero no le parece que se está pasando un poco?

Por primera vez, coincido con Séguret. Durietz está en su derecho al intentarlo, pero sin desacreditar a toda la profesión. A mí se me habría ocurrido algo mejor que eso de las medicinas.

Séguret mira la hora, da dos telefonazos y se dispone a despedirse.

—Por cierto, última cosa. Para el título de la serie, se nos ha ocurrido SAGA. Con un nombre así, da la impresión de que se trata de una historia archiconocida y de que va a durar unos cuantos años. Exactamente lo que necesitamos, ¿verdad?

SAGA

Me levanté de la cama de mi Charlotte en cuanto vi por la ventana algo que tenía visos de ser la luz del día. Había estado buena parte de la noche mirando, en la penumbra, cómo dormía, incapaz de resbalar junto con ella hacia un olvido bien ganado. En realidad, lo que de verdad me apetecía era conseguir que la mañana llegase a toda prisa sin que se desvaneciera la víspera, como si yo también estuviese en un proceso de devenir. Ayer, conocí a tres rivales; hoy estoy citado con mi tripulación. Ayer estuve en un tris de quedarme en tierra; hoy me embarco en un viaje de ochenta horas que va a durar varios meses.

Acabé por alejarme a la deriva de la espalda de Charlotte y me puse a soñar, con los ojos abiertos de par en par, con una odisea grandiosa en la que un revoltillo de personajes se mezclaban entre sí en infinitas intrigas. «¡Hagan lo que les dé la gana! ¡Hagan lo que les dé la gana!».

¿Y qué pasaría si le tomáramos la palabra, jefe?

*

Jérôme Durietz y Louis Stanick han llegado ya y están enredándose en los cables de los cuatro monitores.

—Me parece a mí que la única forma de ponerlos en línea es enchufar el cable A en la toma A' y el cable B en la toma B' —dice Louis.

—Nos han largado unos cachivaches que se estaban pudriendo en cualquier trastero. Nunca había visto unos chismes así. Con esto no hay quien pueda trabajar.

Jérôme no para de lamentarse, pero consigue conectarlos, uno tras otro. Tras muchos bing en serie, unos muñequitos empiezan a correr por las pantallas para darnos la bienvenida. Tabaleo en uno de los teclados como para darle la razón a Jérôme en lo tocante a lo arcaico del material.

—Vosotros es que estáis de vuelta de todo —dice Louis—. No es que quiera dárme las de antiguo, pero os puedo asegurar que si en los setenta hubiera existido un chisme tan silencioso, a lo mejor a estas horas estaba yo ligando bronce junto a una piscina. Mi brillante carrera se la cargó la Underwood.

Durietz y yo cruzamos una mirada de escepticismo, pero Louis está lanzado.

—En aquellos tiempos, las ideas más geniales las tenía yo en plena noche. De día, andaba perdiendo el tiempo, no se me ocurría nada; de milagro conseguía, dando las siete, una maldita frase. Pero en cuanto se hacía de noche, se me despertaba la fiera que llevo dentro y no daba respiro a la máquina de escribir. Trabajaba en pensiones de mala muerte, en tugurios, en buhardillas con tabiques de cartón; y, en cuanto ponía manos a la obra, un tropa de tíos cachas me amenazaba con partirme por la mitad si no dejaba inmediatamente de meter jaleo. El destino puede depender de detalles de éstos.

Nunca me he planteado la cuestión del silencio. Los guionistas llevan consigo el ruido y la furia, pero su tarea comienza mucho antes del Big Bang, cuando todo está

vacío y tranquilo.

—Cuando trabajaba para el Maestro, no había problema. Tiene un hotel en los alrededores de Roma, y es además el único cliente que se hospeda en él. Podíamos meter todo el barullo que quisiéramos, nadie se habría quejado.

Oír la palabra «Maestro» es igual que si te clavasen una aguja en la parte baja de la espalda. Eso es, seguramente, lo que pretende Louis, que se cruza de brazos y nos mira de pies a cabeza, así como con cara de satisfacción. Jérôme y yo nos lanzamos una mirada de reojo. Maestro, y, delante, ÉL. Hay un momento de tirantez. Louis está dispuesto a entrar en detalles, pero ninguno de nosotros hace el gasto. El Maestro... El Maestro..., debe de tratarse de un malentendido. Maestro no hay más que uno, y a nadie se le ocurre ya llamarlo por su nombre.

—¿Se refiere al Maestro *de verdad*?

—No hay otro.

—¿El de Cinecittà?

—¿Pues qué os habíais creído? ¡Yo, allí, era un príncipe, guapitos!

O sea, que, según eso, Louis Stanick ha trabajado con...

¡No puede ser! Hace lo menos diez años que el Maestro no ha vuelto a hacer nada; si hubiera escrito una película con un guionista francés, me habría enterado, lo habría leído en las decenas de obras dedicadas a uno de los mayores genios de la historia del cine.

¡No puede ser!

—Ya os contaré algún día todo lo que me une a él. Pero, de aquí a entonces, tenemos que poner en marcha una Saga.

Como si Louis acabase de llamarla, se presenta Mathilde, lozana y sonriente, a lo mejor porque viene pensando que está citada con nosotros. Sigue oliendo igual de bien, es como un aroma natural que quisiera parecerse a un perfume. Después de decirnos hola, saca unas cuantas cosas: un taco de papel, un hervidor para calentar el agua del té y algo así como una lámpara *kitsch* que sirve para eliminar el humo de los cigarrillos.

—No la traigo por mí, sino por ustedes, porque yo fumo puritos.

Ahora que la vemos como es de verdad, libre al fin de sus aprensiones, contemplamos una cara agraciada de mujer rubia, una melena impecablemente recogida en la nuca y un vestido de vichy rojo con el que parece una novia campesina. Jérôme se lava las manos en el lavabo de los aseos y se sienta a caballo en una silla, ante un monitor, dispuesto a sacarle todo lo que lleva en las tripas. Ya estamos a punto de caramelo, y nos volvemos hacia Louis como si sólo él pudiera hacer el saque.

—Aquí tengo las dos hojas que forman el pliego de condiciones de esta Saga. Dos hojas, he dicho bien. Imposible parir algo más ridículo. No os molestéis en leerlas, que ya os las resumo yo:

1. Ninguna escena en exteriores.

2. Cada capítulo debe transcurrir por completo en cuatro decorados, ni uno más, ni uno menos, que están por decidir.

3. Sólo puede haber diez personajes en toda la serie, y nunca más de seis por capítulo.

4. Respetando los puntos 1, 2 y 3, hay libertad total en los guiones de cada capítulo.

Mathilde esboza una sonrisa entre molesta y divertida; todo esto debe de parecerle de lo más raro. Ochenta capítulos con seis personajes. Como no sea un torneo de ping-pong, no sé qué se nos va a poder ocurrir para tenerlos ocupados. Jérôme pregunta si un cadáver cuenta como un personaje.

—Tampoco hay que pasarse. Pueden darle el papel del muerto a uno de los electricistas —dice Louis.

Jérôme nos explica que en lo que escribe siempre suele meter escabechinas. Le resulta imposible no esparcir unos cuantos fiambres por sus guiones, sin olvidarse de una explosión o dos para que todo vaya bien trabado. Louis, un pelín socarrón, le pregunta si sus guiones se han filmado en alguna ocasión, y Jérôme baja la vista.

Momento de apuro...

No hay que ser ningún premio Nobel para comprender que ha sido una metedura de pata. Louis, que es sin duda el más abochornado de los dos, mete el embrague como si no hubiera pasado nada.

—Pues aquí habrá que conformarse con un único muerto. Llegado el caso, podemos añadir algún herido que otro, con sus vendas y todo, pero Séguret no nos hará ninguna otra concesión.

—Bien pensado, ¿qué más da? Nadie va a ver la serie —responde Jérôme.

—Seis personajes durante cuatro meses, a capítulo diario —digo—. Nos arriesgamos a sacarles todo el jugo enseguida.

—Podemos montármolo a lo Beckett —dice Louis—. Dos individuos sentados encima de una caja de embalaje, y venga a largar, venga a rizar el rizo del desbarre. A ratos, uno se cepilla los dientes, para que haya un poco de acción.

—Pues no veo de qué se asustan —dice Mathilde—. Métanme a dos individuos en un dormitorio, macho y hembra a ser posible, y yo solita les consigo la mar de cuotas de pantalla.

Lo dice con tanto aplomo que seguro que es verdad.

Del estómago de Jérôme nos llega un sonido tremebundo. Intenta disimularlo poniéndose una mano en el vientre.

—No tenemos ni dietas ni tickets restaurante —dice Louis—. En cambio, tenemos crédito abierto en Fly Pizza. Basta con darles un telefonazo.

Jérôme descuelga el teléfono en el acto. Veo en el pasillo a una criatura extraña, monstruosamente extraña, en la frontera entre la belleza y el cataclismo natural. Nadie se ha fijado en ella y me parece preferible no señalarla con el dedo, porque estoy seguro de que se trata de una alucinación. Le van pisando los talones dos

mujeres gigantescas. Me acuerdo de la película de los enanos.

—Esta Saga me trastorna más de lo que hubiera supuesto —dice Louis—. Llevo treinta años dándole a este oficio y es la primerísima vez que me piden que haga lo que me dé la gana y, en consecuencia, todo lo que se me ocurra. Todo lo que me apetezca. Parece una tontería, pero impresiona. Todavía no sé si es una pesadilla de mediocridad o un sueño tardío.

—Visto lo que nos pagan, me inclino por la pesadilla de mediocridad —dice Jérôme, mientras acecha por la ventana la llegada del repartidor.

—Ya hemos hablado de esto, Louis; no me resigno, a mi edad, a escribir cualquier mierda.

—¡Marco, Marco, no cuentes con esta birria de Saga para darte a conocer!

—A lo mejor, no. Pero me va a permitir vivir de mi oficio, aunque sea con modestia. Y eso es ya una alegría. Esta mañana, me he despertado igual que se despierta un guionista, igual que un guionista, tengo ya hábitos y preocupaciones de guionista, porque, desde esta mañana, soy un guionista, qué cojones.

No sé qué me dio para decir semejante gilipollez. Igual era una gillipollez de guionista.

—Pues entonces no hay ni un segundo que perder; nos ponemos a currar a toda pastilla —dice Louis—. El día de hoy hay que marcarlo con piedra blanca. ¿Estamos a...?

—29 de septiembre.

—Intentemos que este 29 de septiembre permanezca en los anales de la Historia. Bien pensado, la Historia es hasta cierto punto cosa nuestra.

*

Dos horas después, la Saga no está todavía en fase de gestación, pero nosotros, sus engendrados, hemos superado ya la primera etapa de acercamiento amoroso previo a la copulación mayúscula. Un acercamiento cauteloso, con una trama de miradas intensas con las que nos estudiamos mutuamente; de sugerencias titubeantes con las que nos arriesgamos a quedar en ridículo. Hemos hecho lo usual: arrancar desde las evidencias y los tópicos para irnos alejando de ellos con una deliciosa sensación de pisar terreno prohibido. Los cuatro hemos tardado muy poco en sacar a colación el dinero, la violencia y, ante todo, el sexo. No hemos inventado nada nuevo para los temas iniciales, que tienen la ventaja de presentarse solos, sin tener que andar buscándolos. No debemos cautivar al prójimo, pero nos queda el gusto de fabricar sueños para uso propio, último baluarte contra el aburrimiento y el mal humor. Inventar con gusto una carretada de sandeces es dar, de entrada, con un sistema de trabajo con futuro. Enseguida ha quedado clara una tendencia: no rechazar ninguna propuesta, por muy descabellada que sea.

Tomando más o menos como punto de partida la estúpida sugerencia de Séguret,

ambientamos *grosso modo* la historia en un bloque de viviendas moderno con un rellano que comparten dos familias. Una es de lo más tradicional: el padre es ejecutivo, la madre trabaja media jornada en una institución de caridad, la hija mayor estudia filosofía y el hijo de dieciséis años está repitiendo quinto de bachillerato. La otra familia es más atípica, e incluso un tanto locuela: ha regresado hace poco a Francia, tras haber pasado veinte años en los Estados Unidos (esto se le ha ocurrido a Jérôme). El padre es guitarrista en un grupo de rock que tuvo sus momentos de gloria en los sesenta y no se ha disuelto. La madre es secretaria de un editor de libros de arte; el hijo de veinticinco años quiere entrar en la Interpol (se está presentando a las oposiciones pertinentes) y la hermana, de quince, es una superdotada (con una inteligencia superior; nadie de la familia está a su altura. Esto es idea de Mathilde y no hemos intentado discutírsela. Que se las apañe ella). El conjunto resulta bastante poco concreto, no es sino una desvaída base de concertación. Son casi las tres cuando, para relajarnos, encargamos más pizzas mientras bautizamos a toda esta buena gente. Surgen algunos apellidos para la familia corrientita: Martinet, Portier, Tisseron, Garnier y bastantes más.

—Me parece bien que evitemos toda connotación xenófoba o religiosa, pero tampoco hay que pasarse. Se nos puede ocurrir algo más original —dice Louis.

Saco a relucir a mis vecinos de rellano, que se parecen un poco a la familia esta; tienen un Safrane azul que nunca pasa de los treinta y se apellidan Avoine. Los de Mathilde se apellidan Durand-Cochet. Vaya ridículo que he hecho con mis Avoine.

—¿Qué os parece Matignon? —pregunta Jérôme—. Serge y Claudine Matignon. A todo el mundo le debería apetecer enterarse de qué jodiendas pueden ocurrirle a la familia Matignon.

—¡No puede ser! —dice Mathilde—. El señor mayor que viene a hacerle compañía a mi madre desde que mi padre nos dejó se apellida Matignon.

—¿Y se llama Serge?

—No, no se llama Serge. Pero no deja de resultar violento.

—¿Ese señor padece insomnio? —pregunta Jérôme.

—Pues no. ¿Por qué?

—¿Desayuna a las cuatro de la madrugada?

—No.

—¿Alguien le ha echado mal de ojo a su vídeo y se le pone en marcha solito en plena noche?

Mathilde se encoge de hombros.

—Entonces, ¿cómo va el Matignon de marras a ver este asco de serie? Nunca lo sabrá, ése es nuestro drama. Podríamos dar hasta su nombre de pila, su número de la seguridad social, las ternezitas que susurra después del orgasmo, o sea, todo, porque él nunca sabrá nada de nuestros rollos.

—Podemos hacer lo que queramos, Mathilde, bastante nos lo han dicho ya.

—Pues yo digo que de Matignon ni hablar.

—¿Qué tal FRESNEL? —propone Louis—. ¿Nadie se ha tirado ni ha degollado ni ha hecho chantaje a un Serge o a una Marie Fresnel? Bueno, pues ya está. ¿Y cómo vamos a llamar a los vecinos americanos?

Jérôme sugiere Callahan, que es como se apellida Clint Eastwood en *Harry el Sucio*. Como no nos cuesta nada tenerle contento, aceptamos por aclamación. Así que ya está: un Walter y una Jane Callahan, con sus hijos, Jonas y Mildred.

FRESNEL *versus* CALLAHAN.

¡Que ganen los mejores!

—¿Os dais cuenta de que vamos a vivir con ellos montones de semanas?

—Uno no escoge a sus amigos, pero sí a su familia.

*

Los dos decorados caen por su propio peso: el salón de los Fresnel y el de los Callahan, no se puede ser más ahorrativo. De momento, no necesitamos los otros dos decorados; hay que saber primero a dónde nos van a llevar estos ocho individuos. Las cosas se han ido puliendo con el paso de las horas. Mathilde ha preguntado por qué teníamos tanto interés en sacar parejas. ¿Y si, en vez de eso, pensáramos en qué parejas nos gustaría que se fueran formando, sin que quedasen claras desde el principio?

Así que Serge Fresnel, el marido de Marie, fallece nada más nacer. Marie nunca se ha vuelto a casar y sus hijos no parecen muy ansiosos por tener otro padre. Para sustituir a Serge, creamos a Frédéric, conocido como «Fred», el mismísimo hermano del difunto, un chiflado inofensivo que vive con Marie y sus hijos. Fred es inventor y sale en contadas ocasiones de su taller (salvo para sacarnos de algunos callejones sin salida). Un inventor, siempre agrada a todo el mundo. Los chavales, Bruno (el mal estudiante) y Camille (la que estudia filosofía), están aún en estado embrionario.

En cuanto a Walter Callahan, es padre soltero. Tuvo a sus hijos con una tal Loli, que los dejó plantados a todos tras el nacimiento del pequeño. Nunca da señales de vida, nadie sabe por dónde anda ni lo que hace; la sacaremos a relucir en el momento crucial. Louis ha insistido mucho en lo de la misteriosa marcha de la ex señora Callahan; es como si anduviera a brazo partido con una antigua obsesión personal. No sé yo si con todas estas cosas le estamos dando a esa familia una imagen muy de fiar. De todos modos, qué más da: nadie podrá nunca relacionar a ninguno de sus miembros con los de nuestras propias familias. Los corazones solitarios van a contar con la oportunidad de encontrarse. Marie Fresnel y Walter Callahan tienen ochenta horas por delante para echarse la vista encima.

Para el capítulo primero, Louis nos propuso unas prácticas que nos fueran desentumeciendo los dedos. Había que resumir en pocas líneas la trama global del capítulo y escoger unos cuantos componentes de cada uno de nuestros escritos. Que

no se nos olvide nunca que tenemos libertad total, y, por lo tanto, también la tenemos en lo referido al método de trabajo. En vista del futuro que le espera a esta Saga, lo que hay que hacer es mandar a paseo todo lo que huelga a ortodoxia, ya que a nadie le va a parecer mal.

—No os paséis de la raya —dice Louis—. La finalidad principal de un capítulo *piloto* es presentar a los personajes y los sitios en que transcurre la acción. Acordaos de que esos cincuenta y dos minutos de necedades a nosotros no nos van a dar ni para cacahuets, así que tampoco es cosa de volver a escribir *Lo que el viento se llevó*. ¿Vale?

*

Leímos con gran atención lo que habían escrito los demás. También en este caso, las sensaciones que me produjo esta actividad fueron de orden amoroso. Cuando los amantes están ya por fin desnudos, entonces se atreven a que los vean como son. Es como si dijese: «Yo soy así; esto es lo que me gusta, aunque pueda parecer obsceno o pasado de moda». La tarea nos llevó dos horas largas. Desde el principio, nuestros diferentes estilos se afianzaron en su forma de expresión más inmediata. Ahora ya sabemos con qué materiales vamos a fabricar nuestra Saga. Y, por el momento, no se ha presentado ninguna incompatibilidad.

Mi sinopsis es más o menos como sigue:

Marie Fresnel está muy atrapada. Su familia tendrá que irse a la calle dentro de nada a menos que ella ceda a las presiones de todos los hombres que tiene alrededor.

Uno de esos hombres es el vecino nuevo. Walter Callahan, que se hizo alcohólico cuando Loli, su mujer, desapareció, y no ha encontrado aún ninguna razón que lo fuerce a dejar la bebida. Ex anarquista y roquero, ya no es capaz siquiera de relacionarse con sus hijos: Jonas se ha metido a policía y Mildred es demasiado inteligente. Bruno Fresnel, el muchacho de la casa de al lado, rebelde y revoltoso, sería el hijo ideal. Así que Walter Callahan le propone a Marie Fresnel, en beneficio de todos, un intercambio de hijos. Pero Marie tiene que consultarlo con el Teléfono de la Esperanza, y su hija Camille (la que estudia filosofía), con su psicoanalista.

Tan simpático embrollo familiar no es nada del otro mundo si lo comparamos con los maquiavélicos designios de Fred, el cuñado de Marie. Fred, el inventor incomprendido, es un ser atormentado y enfermo de soledad. No hay manera de que su electrocaptador de afectos funcione como es debido. Así que ansia la pérdida de cuantos lo rodean. ¿Por venganza? ¿Porque está loco? Nadie lo sabe aún. Ha llenado su piso y el de los vecinos de cámaras y de micrófonos para controlar cuanto allí se hace y dice e interceptar la información más nimia. ¿Para satisfacer sus bajos instintos?

Es posible que sea yo el más inhibido de los cuatro, el que menor seguridad tiene en sí mismo. Así que me he aferrado a los principios narrativos con los que estoy familiarizado, respetando lo mejor que he podido los ingredientes de partida. A Louis y a Mathilde les ha parecido intuir en mi texto algo así como una «negra perfidia insospechada en un joven tan voluntarioso». No sé qué entienden ellos por «negra perfidia». A mí nada me parece blanco o negro, sólo me interesan las historias en tono crudo, gris ratón o gris de humo. Me gustan los acomodados, las ambigüedades,

los seres complejos y tornadizos, los héroes llenos de cobardías y los cobardes caballerosos. A Jérôme le agrada la idea de que Fred ande espiando a los que tiene alrededor recurriendo a complicados equipos, pero no es probable que Séguret nos proporcione medios para instalarlos. En cambio, Louis opina que el Teléfono de la Esperanza y el psicoanalista de Camille nos permitirán llenar huecos cuando nos quedemos en blanco; y saldrán baratos.

Nos preguntamos cómo ha conseguido Jérôme parir algo, porque, entre comerse un trozo frío de pizza, ir por café a la máquina y llegarse hasta Prima para gorronearles cigarrillos a las auxiliares, no se está quieto ni un momento. Y en los pocos ratos en que aporrea el teclado, parece que anda perpetrando un juego de ordenador.

Jonas Callahan (el hijo polizante de Walter) llama a la puerta de los Fresnel sin quitarle ojo a Bruno, esposado, al que acaba de detener por robar un icono en una iglesia. Marie Fresnel no está en casa, y es Camille la que aboga por su hermano el delincuente. A Jonas le gusta la chica y le propone cambiarle la libertad de Bruno por un beso. Camille, turbada ante aquel policía joven y extravagante, lo besa. Cuando le está diciendo que es preferible que no vuelvan a verse, él le sonríe y se mete en el piso de enfrente. Camille se da cuenta de que es el vecino nuevo.

Marie quiere dar las gracias a Jonas por haber devuelto a su hijo al redil e invita a la familia Callahan. Mildred, con esa curiosidad que caracteriza a las personas superdotadas, recorre todo el piso hasta llegar a una habitación cerrada de la que salen ruidos raros, algo así como gritos o rugidos de fiera.

Toda la familia Fresnel se abalanza hacia ella para impedirle que abra la puerta. Pero, por la mirada de Mildred, nos damos cuenta de que la cosa no se va a quedar así.

En el taller de Fred, una mano enguantada aprieta el botón de un artefacto y lo coloca en la pared medianera con el piso de los americanos.

¿No estarán los Fresnel mucho más chalados que los Callahan?

Louis suelta, entre dientes, un prolongado silbido.

—Jérôme, guapo, eres el rey del *teaser*.

—¿De qué? —pregunta Mathilde.

—De la escena que engancha, de la que deja al telespectador atornillado al sillón.

—Si hubierais leído lo que escribí para *El réquiem del caos* —dice Jérôme—. En los cuatro primeros minutos, había una matanza en una verbena. Hubo que pedir permiso a la prefectura, al ministerio de Defensa y a la Sociedad Protectora de Animales, y todo bajo control de los bomberos y de los antidisturbios.

—¿*El réquiem del caos*? No me suena de nada.

—Nunca llegó a rodarse; y eso que toda Europa ponía muchas pelotas. Pero, por lo visto, a un ministro le entró a última hora el canguis.

—Me gusta lo de la habitación cerrada y los rugidos. ¿Sabes ya lo que hay dentro?

—Ni idea.

Para el capítulo piloto tenemos ya más que de sobra, y no vendría mal dejar algo en la despensa para los días de ayuno y abstinencia.

Ahora le toca el turno a Mathilde. Se va a buscar un café mientras leemos lo que ha escrito.

Bruno Fresnel es un joven reservado al que su familia considera, por comodidad, mal estudiante. La única que ha intuido que tiene una vida interior mucho más rica de lo que aparenta es Mildred, la inteligentísima hija de los Callahan, esos americanos que son los vecinos nuevos.

Bruno y Mildred hacen un trato: van a unir sus fuerzas para urdir una estrategia que haga dichosas a ambas familias. Objetivo principal: emparejar a los padres, Marie y Walter, que están hechos el uno para el otro. Y, luego, emparejar a Jonas y a Camille, el poli y la hermosa intelectual.

¿Conseguirán sus propósitos el tarado y la superdotada? Se dan cuenta de que sus cuartos están pared por medio y hacen un agujero en el tabique para poder permanecer en contacto de noche y de día.

No sospechan que Fred lleva toda la vida enamorado de su cuñada Marie. ¿Acaso no obtiene la máxima puntuación cada vez que se somete al test de esa máquina de medir las pasiones que ha inventado pensando sólo en ella?

En cuanto a Marie, está viviendo una situación misteriosamente dulce. Una vez más, se encuentra en el rellano un ramo de flores enorme con una tarjeta: «Sólo depende de usted», y la siguiente firma: «Su admirador desconocido». Se lleva el ramo a su cuarto, que está a rebosar de flores.

Todo esto me recuerda aproximadamente unas diez canciones de los Beatles. Mathilde tiene una forma peculiar de enseñar sus cartas, sin faroles, pero consciente de sus bazas. Tras la sinopsis que se le ha ocurrido laten todas las potencialidades de desafíos amorosos muy poco sedantes y preñados de peligros subyacentes. Sabe lo que esperamos de ella: destreza para rociar con jarabe los pasteles de miel.

—De momento, podemos quedarnos con el admirador desconocido y el agujero en el tabique de las habitaciones contiguas.

—Con lo del tío ese enamorado de la mujer de su difunto hermano casi me han entrado ganas de llorar —dice Jérôme.

Mathilde le contesta que la vida misma está llena de cosas así.

Louis oprime una tecla para enviarnos su texto.

Camille acaba de doctorarse en filosofía con una tesis sobre Heidegger, Schopenhauer, Cioran y unos cuantos más. Amén de ser de carácter muy pesimista, el redactar esa tesis ha desarrollado aún más sus inclinaciones morbosas. Camille quiere poner fin a sus días con la oculta intención de que su suicidio sea un suicidio ejemplar.

La única que puede comprenderla es su vecina nueva, Mildred, muy madura ya, aunque es bastante más joven que Camille. La idea fija de Mildred es perder la virginidad: quiere a toda costa que haya una equivalencia entre su edad física y su edad mental.

Walter Callahan coincide en el ascensor con Marie Fresnel. Este encuentro lo conmociona, y Marie nota que su presencia provoca en Walter una peculiar turbación. Claro que no puede saber que tiene un gran parecido con Loli, la madre de Jonas y Mildred Callahan, que desapareció hace ya mucho.

Jonas se da cuenta de la inclinación de su padre por la vecina y decide hacer averiguaciones acerca de Marie. Y, sobre todo, acerca de su difunto esposo Serge, quien, a lo mejor, no está tan difunto como dicen...

Fred, el inventor, ha tomado la decisión de no salir nunca más de su taller; está cada vez más irritable y no deja que nadie pise sus dominios. Está a punto de inventar algo que puede suponer una gran esperanza para la humanidad, aunque también puede hacerla naufragar.

Louis acaba de proporcionarnos una base de trabajo que se bastaría ella sola para llenar todo el capítulo piloto. Me gusta ese tono que fluctúa entre el misterio y la desesperanza, con una pizquita de ironía que aliña el guiso. Es curioso el contraste entre la persona y lo que escribe. Él es un individuo jovial y positivo. Y su estilo, contenido y casi sigiloso. Cuando le digo que en lo tocante a negra perfidia no tiene nada que envidiarme, me responde que sus tragedias y las mías son de tipo muy

diferente. Él cree en la fatalidad, y yo no.

Me he prometido a mí mismo que meditaré sobre este tema.

Son las 9 y acabamos de concluir la síntesis de nuestros cuatro textos. Es de noche, debemos de ser los únicos que quedan en el edificio. Louis nos da a cada uno una copia de las llaves, por si a alguien le apetece trabajar solo, o necesita un techo, una taza de café o un colega en circunstancias similares.

Pasan unas cuantas noches y recupero el sueño. E incluso consigo a veces desenchufar la máquina mental para hacer de nuevo las cosas intrascendentes que hacía antes: comer, cambiarme de camisa o invitar a Charlotte a cenar. Igual que antes.

—Me gustabas más cuando padecías insomnio.

Sin embargo, más me valdría tomar nota ahora mismo de esta idea del médium que sabe calcular la teoría del 1%. Se me ha ocurrido por el camino y tengo muy claro qué partido le puedo sacar dentro de cinco o seis capítulos.

—¿Me has oído? Que me gustaba más que tuvieras insomnio.

—¿Tienes un boli, cielo?

Ayer entregamos los capítulos 1, 2 y 3; las primeras reacciones deben llegarnos mañana. Llevamos muy adelantado el 4 y yo tengo unas cuantas sugerencias para el personaje número 9, que todavía no hemos inventado. Lo veo más bien como un hombre mayor, periodista de altura que recalca en casa de los Fresnel cuando pasa por París. En cambio, no estoy muy orgulloso que digamos de un diálogo entre Mildred y Bruno que he escrito esta tarde deprisa y corriendo.

—Llevo tres días sin lavarme para oler a mujer en celo.

Dentro del equipo reina un inesperado ambiente de sosiego. Cuando amaga alguna discrepancia, todos nos ponemos a esperar la brisa fresca que ha de llevarse la amenaza de tormenta. O necesitamos el dinero una barbaridad, o hemos sabido aparcar nuestro ego en la escalera.

—Stanick ha llamado por teléfono. Quiere que pases por la oficina a las cuatro de esta madrugada.

—¿Y cómo no me lo has dicho antes?

Charlotte puede sacar a relucir cuando quiere una risa sarcástica de inusual convicción, una proeza de verdadera actriz. Y sabe lo poco que me gusta que se ría así.

—¡Y encima vas y te lo crees! Lo más ridículo del asunto es que ni siquiera se lo puedo contar a mi mejor amiga. No me veo diciéndole que mi chico me engaña con una Saga, que sueña con una Saga y que me llama Saga cuando nos acostamos juntos.

—Estás desbarrando. No he hecho eso en mi vida...

—Claro, como ya no nos acostamos juntos nunca.

—Ahora mismo, si quieres...

—¿A que no eres capaz?

¡La muy bruja! Ya sabía yo que iba a decir eso.

—Bueno, mira, tampoco corre tanta prisa.

—Marco...

Preferiría no tener conversaciones de éstas en un restaurante. Para una vez que salimos juntos, jobar.

—¿Te gustaría venir a ver la oficina, cielo? Así aprovecho para repasar una cosita que me tiene preocupado.

—Dime que estás de guasa...

—Nos han traído una tele gigantesca con todas las cadenas del cable.

—No me digas que hay también un sofá y una máquina de café.

—Pues sí.

—Pues entonces ya no te falta de nada para pasar allí la noche.

Con las mismas, se levanta y se marcha del restaurante sin mirarme ni una vez. Los celos la favorecen tanto que por un momento me entran ganas de correr tras ella.

No me gusta reñir con Charlotte, y, sin embargo, son los únicos momentos en que me doy cuenta de lo loco que estoy por ella. Tiene ese tipo de belleza que deja indiferentes a noventa y ocho hombres de cada cien, pero fascina a los dos restantes. Uno de ellos, soy yo; y del otro, por suerte, nunca hemos sabido nada. Por cierto que no entiendo cómo no me la quitó nadie antes de que nos conociéramos.

La muy golfa debe de estar ya doblando la esquina.

Incluso me acuerdo de que noté un extraño desasosiego la primera vez que la miré. Me dije que, si por desgracia no estaba libre, yo consagraría mi vida a la orgía y el desenfreno y nunca me comprometería con nadie.

Estará entrando en la boca de metro de Saint-Sébastien.

Unos brazos esqueléticos, pecas por todas partes. Para recalcar ese toque de hoja seca que tiene, se tiñe el pelo con jena y sólo se pone ropa de color pardo. Unas piernas soberbias. Lo que mejor tiene son las piernas. Y lo sabe. Cuando me propuso que viviéramos bajo el mismo techo, le dije que sí a condición de que dejase de llevar minifalda. Me puso verde, pero me salí con la mía.

Debe de estar subiéndose a un vagón de metro sin mirar siquiera si la he seguido.

No pienso correr detrás de ella. ¿Celosa de una teleserie? ¡Ridículo! Le he dicho veinte veces que Saga era la oportunidad de mi vida, pero esa loca se niega a entenderlo. Me estoy convirtiendo en guionista, en un guionista de verdad, y le importa un pimiento. ¡Un guionista, coño! Si tiene un poco de paciencia, dentro de unos meses seré un guionista.

*

Anduve dando vueltas por las calles, con las manos en los bolsillos, preguntándome qué estarían haciendo los otros pasadas las doce de la noche. Me imaginé a Mathilde rodeada de rosas rojas y absorta en una novela, leyéndola o escribiéndola. Y a Jérôme diciendo de memoria los diálogos de *Terminator* en un cine vacío. Y a Louis en los brazos de Morfeo, soñando con su querido Maestro.

Como no soy capaz de encontrar la luz de la escalera, subo a oscuras y recorro el tramo de pasillo. De nuestra oficina salen los destellos de la tele. La tenemos todo el día encendida sin sonido y, al irnos, nadie se ha acordado de apagarla. Palpo a tientas el sofá buscando el mando. Ponen un videoclip bastante sexy en el que una chica se está envolviendo en sábanas húmedas.

Y de pronto mi mano tropieza con algo vivo. Suelto un gritito tonto y retrocedo de un salto.

—Lo siento...

En el sofá está enroscada una silueta que vislumbro apenas. Aprieto a fondo el regulador de la lámpara de halógenos. Un chico joven me mira con ojos culpables. Los mismos ojos de Jérôme la primera vez que lo vi en esta oficina.

—¿Y usted quién es?

—Es que mi hermano... ha bajado a la tienda.

Sigue repantingado en el sofá, tras haber intentado incorporarse una o dos veces.

—¿Te llamas Durietz?

—Tristan.

—¿Eres el hermano pequeño de Jérôme?

—Me lleva tres años.

—Yo soy Marco. ¿Quieres un café?

Dice que no con sus ojos tristes, que la pantalla atrae de forma irresistible. Sólo aspira a quedarse tan a gusto delante de la tele con el mando en la mano. Y yo lo entiendo. Para olvidarse por unas horas del mundo, no se ha inventado nada mejor que esa ventanita que da al mundo. Le indicó a Tristan con un gesto que no pienso molestarlo y enciendo mi ordenador.

Recuerdo lo que dijo Séguret cuando Jérôme le pidió un adelanto para comprarle medicinas a su hermano. «¿No le parece que se esta pasando un poco?». Yo también pensé que estaba recurriendo a un truco que no se le hubiese ocurrido ni a Dickens. Conclusión: cuando un guionista habla de la realidad, nadie lo cree.

Repaso la escena entre Mildred la superdotada y Bruno el tarado. Hay algo que patina entre los dos desde el principio, y no consigo saber qué. No hay que quitarle a Mildred su lado perverso, pero me gustaría que también se hiciera querer. Que no fuese únicamente una Savonarola de vivienda protegida. Y a él se le debería notar una atracción mayor hacia la chica, una atracción física. Debe de haber alguna manera de apañarlo de otra forma.

12. CUARTO DE MILDRED

INT. DÍA

Mildred está echada en la cama, bajo un cartel grande de El fantasma de la Ópera. Bruno mira por el agujero de la pared por el que se ve su cuarto y hace comentarios jocosos con un cigarrillo en la mano.

BRUNO: Tienes mi catre en pleno punto de mira. ¡Cómo te lo debes de pasar!

MILDRED: No sufras que ya estoy enterada de que los adolescentes necesitan más intimidad que los demás. Yo también he sido joven.

BRUNO: Pues por muy lista que seas, en mi opinión somos dos chavales de la misma edad.

Se acerca a Mildred, se sienta al borde de la cama y le acaricia despacio la pantorrilla. Ella lo rechaza con firmeza; él se encoge de hombros.

BRUNO: ¿Y cómo sabes que no te vi en pelotas ayer por la noche, cuando salías de la ducha?

Mildred se incorpora en la cama, con mirada seria.

MILDRED: ¡Mentira! Me habrías comentado lo de las cicatrices.

BRUNO: ¿De qué hablas?

MILDRED: Ya conoces la leyenda de la Medusa, que volvía locos a todos los que la miraban de frente.

Eso mismo les ha pasado a todos los que me han visto desnuda.

BRUNO: Tú deliras.

MILDRED: Así están las cosas desde el incendio de la casa de Bel Air. Yo estaba durmiendo tan tranquila en aquella especie de cama con dosel...

BRUNO: ¿Qué?

MILDRED: La verdad es que no noté nada; los humos tóxicos me dejaron medio en coma, y así me quedé varios días. Por lo visto, los mosquiteros que me rodeaban se derritieron: quemaduras de cuarto grado. En la mesa de operaciones tardaron siglos en quitarme de encima todo aquello. (Se toca las partes del cuerpo según las nombra). Tengo la piel de las piernas como el queso de una pizza y una marca de hierro al rojo, que me dejó un muelle incandescente del colchón, en la cadera derecha, igual que una vaca tejana. Y en el pecho, unas cosas... que no sé cómo describirlas... Ampollas y huesos muy raros... Me han dicho que hasta dentro de cinco o seis años no puede verme un cirujano plástico, pero no sé si voy a ir; al fin y al cabo, ya me he encariñado con este cuerpo.

Bruno se pone de pie, desencajado, y se abalanza hacia la puerta.

BRUNO: ¡Estás loca! Todo lo que has dicho es mentira.

MILDRED: Compruébalo si te atreves, niño mirón.

Bruno se va, dando un portazo.

—¿Marco?

Levanto los ojos de la pantalla, un poco ido. Es Jérôme, con una bolsa de papel de estraza en la mano y cara compungida. Ya estoy empezando a acostumbrarme a lo desgarrado de su silueta y al cansancio prematuro de su mirada. Si el gobierno pusiera en marcha una campaña de propaganda antinorteamericana, podrían usarlo de retrato robot. Ni en el Bronx se llevan con tanta soltura los vaqueros agujereados; gesticula tanto que, a su lado, un rapero parecería una cariátide; y sus tacos yanquis harían sonrojarse a los chulos de la calle 42. Podría parecer una ingeniosa caricatura, pero qué va: Jérôme *nació* así, y cuando asegura que nunca ha salido de París, no me lo puedo creer. Su hermano ni se ha dado cuenta de que ha vuelto y está mirando, tan tranquilo, un telefilme.

—Normalmente, lo tengo ingresado en un centro, pero hace seis meses que no puedo pagarlo.

—A mí no hace falta que me des explicaciones.

En realidad, sí quiero que me las dé; por curiosidad, pero también por algo más. Quiero entender qué siente uno al verse en la calle, con un hermano bastante pachucho a cuestas y sin saber qué hacer con él. Jérôme me alarga una botella fría de cerveza que acaba de traer del refrigerador del tendero de enfrente. Enjuago dos vasos. Lo ideal habría sido algo fuerte, ese chupito que quema y estimula las conversaciones entre muchachos. Jérôme le da a Tristan dos pastillas para que se las tome con un trago de cerveza y se reúne conmigo en la mesa de trabajo.

—Tiene la enfermedad de Friedreich, que es una parálisis de las extremidades inferiores que se va agravando de año en año. Solo tiene unos minutos de movilidad diarios. Necesita descansar y tomar relajantes musculares a horas fijas. Le basta con un rincón en donde quedarse tirado como un fardo. Con eso se apaña. En cuanto nos paguen, podré llevarlo otra vez a Les Noriets.

Lo cuenta con el desapego de quien aborrece los dramas, todos los dramas, los de la vida, en los que nunca pasa nada nuevo. Le ofrezco unas pelotas, sólo para irse

apañando de momento, pero no quiere.

—Si tuviera mis cuatro millones de dólares, lo mandaría a vivir a Malibú con una o dos enfermeras estupendas.

—¿Tus cuatro millones de dólares?

Lo ha dicho con toda la intención y a mí me ha faltado tiempo para picar. Noto que Jérôme está deseando contarle su vida a alguien. Me habla al oído, muy serio.

—¿Te suena de algo *Deathfighter*?

—*Deathfighter*. Tres millones de espectadores en París y su periferia en ocho semanas. Cuatro Oscars, el primero para Schwarzenegger como mejor actor. Lloraba cuando se lo entregaron. ¡Qué espectáculo más bonito! Igual se lo podrían haber dado a Stallone. En Norteamérica, la película va a alcanzar casi el mítico récord de *E. T.* y el *merchandising* va a dar más dinero que el de *Batman*.

—*Deathfighter* soy yo.

Eso ya lo había dicho alguien antes, hablando del personaje de *Madame Bovary*. Pocos se lo creyeron a la sazón.

*

Volví a casa y me colé entre las sábanas de mi chica. Cuando vi aquella espalda tan soberbiamente distante, le metí el freno a la palma de la mano y me hice un ovillo a pocos centímetros, sin tocarla. ¿Qué le voy a hacer si tengo la cabeza en otra parte? Me gustaría despertarla para decirle que no me haga caso. Para decirle que en estos momentos no tengo nada de particular que decirle; que no pienso en ella, sino en otras personas, en seres de ficción que no se merecen que nadie tenga ni por asomo celos de ellos. Y que la quiero tanto como de costumbre. Y que tengo toda la vida por delante para decírselo.

Pero no supe hacerlo.

*

Mathilde está cada día más guapa. Le entran a uno ganas de sentársela en las rodillas para escribir diálogos a cuatro manos sin decir palabra, algo así como cuando los enamorados leen el mismo libro y se esperan al final de la página. Está rozagante desde por la mañana hasta por la noche y huele dramáticamente bien. Da igual que esté presente o que no lo esté; su aroma nos envuelve a los tres y nos hace alzar la cabeza. Al principio, logró que nos olvidáramos de que era la única mujer del grupo; pero desde hace cuarenta y ocho horas, ya no lo consigue. Lleva en sí el recuerdo de cien damas de corazones y la vida de mil amantes, que se personan sin que ella lo pretenda. El trabajo se resiente de ello: todos trabajamos tres veces más.

—La cosa tiene su explicación —nos dijo Louis una noche en que Mathilde se

fue antes—. En la Edad Media, cuando había que cauterizar una herida en vivo, se necesitaban diez hombres para inmovilizar al desdichado, y la operación transcurría siempre con violencia y dolor. Pero también se podía pedir a la muchacha más bonita y más joven de la aldea que le sujetase los brazos al hombre durante aquella dura prueba. Y solía apañárselas mucho mejor que los diez hombres. Sin Mathilde, tendríamos una enfadosa tendencia a caer en la desidia.

—¿Creéis que vive con alguien? —pregunté.

—Me parece que no —dijo Louis—. Una noche, la acompañé a su casa y me invitó a un café.

El hombre al que Jérôme y yo llamamos por lo bajo «el Viejo», el amado capitán de nuestra tripulación, nos demuestra por enésima vez que la edad tiene sus privilegios. Con la navaja en la yugular, lo obligamos a que no nos oculte NADA acerca del mundo de la misteriosa Mathilde, la reina del amor.

—Una casa de lo más corriente: sobria, funcional y decorativa. Parece que os habéis llevado un chasco...

—Pues claro que nos lo hemos llevado.

—¿Y qué os esperabais? ¿Muebles de palo de rosa? ¿Cortinas y colchas de Laura Ashley? ¿Almohadones en forma de corazón?

—Flores por todas partes y ni un pétalo en el suelo.

—Cromos de golfillos en la entrada y un frasco grande de Loulou en el cuarto de baño.

—¡Marie Brizard y Chartreuse! ¡Un ratón gigante de peluche!

—¡Un cartel grandísimo de Barbara Cartland!

—Estáis delirando, chicos. Pero, bueno, para consolaros os diré que, pese a todo, sí que vi una foto de las hermanas Brontë en el retrete.

Me voy acostumbrando a mis compañeros, así que ya empiezo a hacerme una idea concreta de quiénes son y de cómo reaccionan ante los acontecimientos. Si no estuviéramos atentos a las señales que todos y cada uno de nosotros emitimos durante las diez o doce horas de trabajo en común, podríamos despedirnos de nuestro buen entendimiento. Louis cita a su Maestro sin parar, con tanta naturalidad y rigor que es imposible que se trate de un puro invento. Por la noche, cuando nos apetece echar horas extraordinarias, Jérôme y yo lo comentamos muchas veces. No nos ha quedado más remedio que rendirnos a la evidencia: es cierto que Louis ha trabajado con tan relevante personaje. ¿Cómo, por qué, en qué película? No me atrevo a hacerle preguntas demasiado concretas y prefiero esperar a que nos vaya desvelando la historia, como lo haría una bailarina de *strip-tcase* que sabe mejor que nadie cómo reacciona su público. Nos tranquiliza tenerlo con nosotros; cada vez está más claro su papel de capitán. De común acuerdo, delegamos en él para todas las gestiones con la productora. Se ha ocupado de nuestros cuatro contratos, intentando sacarle a la cadena el máximo que se le podía sacar, y nadie habría podido hacerlo mejor. Esta mañana ha conseguido, por fin, que le dieran nuestros cheques, y nos los reparte

como si fueran premios del colegio. Mathilde se guarda el suyo en el bolso sin mirar el importe. Jérôme suelta un estertor de alivio y besa el papel. De los cuatro, el que más necesita el dinero es él. Dice Louis que Séguret no tiene nada que opinar de nuestra obra: mira muy por encima los capítulos y se los da a un auxiliar que calcula el presupuesto y planifica el trabajo. Ayer empezaron a grabar el capítulo piloto. Objetivo: chaparse cuarenta y cinco minutos de grabación diarios, en vez de los diez habituales, lo que indica qué calidad va a tener el producto final. A nadie se le ha ocurrido presentarnos a los actores, o, por lo menos, mandarnos una foto. De lo que sí estamos seguros es de que son todos bastante desconocidos y de que las tres cuartas partes de ellos no serán siquiera profesionales a medias. Séguret afirma que los talentos «en proceso de gestación» pueden dar mucho de sí. Dice también que pueden conseguirse maravillas dándole una oportunidad a un figurante («¡Acuérdense de Marilyn Monroe!»). Los actores cobran quinientos francos diarios. Por esa tarifa, no saldría de casa ni un fontanero. No es que esperásemos milagros, pero cada uno de nosotros piensa en una parrafada, en un diálogo a los que tiene especial cariño; en una frase para la que soñó con un Laurence Olivier o una Anna Magnani.

—Bien pensado, así fue como nos contrataron a nosotros —digo—. Vamos a darles una oportunidad.

Vienen luego una serie de bings, y cada cual se instala ante su pantalla. Tristan «la Cosa» está desplomado ante la suya, con el mando en la mano. Lleva diez días sin moverse del sofá y ha conseguido que nos olvidemos de él. Se lo podría tomar por una especie de animal de sangre fría de tonos beis, que permanece completamente inmóvil, con los párpados entreabiertos. Ve la tele con cascos, se alimenta de pizzas sin protestar y nos cuida el local de día y de noche. Sólo hay que tener cuidado de no quedarse mucho rato mirándolo, porque quien lo hace cae en un *spleen* agudo. Dejando eso de lado, más bien nos alegramos de que esté con nosotros. Y desde que sé que su hermano tiene un peso virtual de cuatro millones de dólares, los considero a los dos como de la familia.

El Viejo pregunta si tenemos cambios que proponer para el capítulo 4. Jérôme opina que he insistido poco en la investigación de Jonas referida a la habitación cerrada de los Fresnel (en la que Mildred sueña con entrar). En una secuencia, insinúo muy por encima la idea de un tesoro escondido, pero sin dar pistas sólidas. Puede ser cualquier cosa, y no forzosamente en metálico, sino más bien algo que no se pueda convertir en dinero. Un desnudo de Van Gogh, una caja de Pandora, un cuerpo embalsamado, una astilla de la Vera Cruz. Jérôme tiene muy claro que podría tratarse del arsenal perdido de una guerra olvidada. Un armario lleno a rebosar de bombas de piña y de bazucas que se van cubriendo de orín mientras esperan su hora. Louis sería más partidario de algo que llenase la habitación por completo, algo así como una prensa para falsificar moneda o un laboratorio. Descartamos enseguida la idea del laboratorio, porque se iba a parecer demasiado al taller del inventor. Mathilde todavía no ha abierto la boca; le pregunto si tiene alguna opinión al respecto y

contesta con un «sí» que equivale a «sí, pero todavía lo tengo un poco sin concretar; preferiría proponerlo directamente por escrito».

—¿Y qué se le ha ocurrido?

—... Todavía lo tengo un poco desdibujado; preferiría proponerlo directamente por escrito.

—Muy bien. Vamos a aparcar de momento la habitación cerrada —dice Louis.

—¿Volvemos a leer la secuencia 17? —propone Jérôme.

Desde el primer momento, no se ha sentido nada compenetrado con el personaje de Camille y pretende deshacerse de ella para sustituirla por un personaje femenino más «tóxico».

—¡Llevamos ya cuatro capítulos cargando con la fulana esa!

—Todavía nos quedan 76 por escribir. ¿Y ya quieres cargarte a un personaje? ¡Anda y que no nos quedan días por delante!

—Suprimir a Camille me parece un poco intempestivo —dice Mathilde—. Ahora que Jonas iba a enamorarse de ella...

—¿Y qué? Puede enamorarse de otra que sea más...

—¿Más «tóxica»?

—Eso.

Ya desde la primera sinopsis, Louis quería que Camille fuera un personaje con tendencias suicidas.

—El suicidio tiene todas las ventajas: es refinado, es trascendente, resulta muy *fin de siglo*.

—Me parece una crueldad para las chicas que estén estudiando filosofía —dice Mathilde—. Nunca se sabe lo que puede pasar cuando emitan la serie; a lo mejor hay una que está acabando la tesis y deja encendida la tele para no sentirse tan sola en su buhardilla.

—Mathilde, tiene usted una imaginación feroz. Estaba hecha para currar en esto.

—¡Menos rollos! —vocea Jérôme—. La suicidamos y sanseacabó. Lo que hay que decidir es cómo.

Se empecina, pero Mathilde está decidida a hacerle frente e intentar cuanto esté en su mano para salvar a la pobrecilla. Louis propone una solución equitativa: Camille morirá si ninguno de nosotros tres conseguimos salvarla. Jérôme, intrigado, decide entrar en el juego y ver qué puede proponer cada uno de nosotros para que Camille no perezca en el intento. Louis es el primero en poner manos a la obra, para que nos hagamos una idea.

17. CUARTO DE CAMILLE INT. TARDE-NOCHE

Camille, vestida de blanco, está sentada en una mecedora y mira caer la tarde con un libro en la mano: Los estoicos. Lee en voz alta un párrafo sobre el suicidio. Saca de la cómoda un revólver, monta el percutor y se mete el cañón en la boca.

De repente, llaman a la puerta.

Va a abrir con el revólver oculto tras la espalda. Se sorprende al ver a su tío Fred, que entra y se sienta en la cama con aspecto abrumado.

FRED: ¿Te acuerdas de ese experimento en el que llevo trabajando desde que eras pequeña?

CAMILLE: ¿Esa especie de cajetín mágico? ¿El chisme que vuelve inmortal a quien lo lleva encima?

FRED: Mi aparato es capaz de devolver la vida en el plazo de una hora a cualquiera que haya recibido un impacto mortal. Da igual que se trate de una embolia cardiaca, de un aneurisma, o incluso de un accidente violento; mi caja puede..., ¿cómo lo diría yo?..., «dar marcha atrás». Pero ahora que estoy cerca de la meta, me doy cuenta de que estoy condenado a no ver nunca cómo funciona.

CAMILLE: ¿Y eso por qué?

FRED: Porque no puedo probarla en alguien que acabe de morir.

CAMILLE: ¡Pero si en los hospitales hay montones de gente en ese caso!

FRED (*encogiéndose de hombros*): Para el nivel de mi invento, la historia de la medicina está todavía en la Edad Media. ¿Quieres que me quemem como a las brujas? Einstein decía que es más difícil romper un prejuicio que un átomo. Y el tabú supremo es la muerte. Además, yo tendría que estar presente en ese momento. Y eso es imposible...

CAMILLE (*muy seria*): ¿Y cómo debería ser el conejillo de Indias ideal?

FRED: ¿Ideal? (*Se queda pensativo*). Pues... alguien que, bajo mi control, se suicidase de todas las maneras posibles. Y, a cada intento, yo le devolvería la vida una y otra vez. Pero ¿cuánto tiempo puedo tardar en encontrar a alguien así y en convencerlo de que trabajase en equipo conmigo? Seguro que me muero antes de encontrarlo; y me llevaré al otro mundo el trabajo de toda una vida, esta gran esperanza para la humanidad...

—Esa historia de cajetín mágico es de lo más tramposo —dice Jérôme—. Si te has pensado que con eso se va a salvar...

Y añade, en un alarde de generosidad:

—Pero no tengo inconveniente en darle otra oportunidad...

Mathilde se sienta ante el teclado:

Tras un breve silencio, Camille acompaña a su tío a la puerta.

CAMILLE: Estoy segura de que un día encontrarás a un conejillo de Indias así.

Le da un beso y vuelve a cerrar la puerta. Coge otra vez el revólver y se lo apoya en la sien. Cierra con fuerza los párpados y está a punto de apretar el gatillo.

De pronto, aparece una mano que la desarma. Se vuelve, pasmada, y ve a Jonas.

CAMILLE: ¿Y a ti quién te ha dado permiso para entrar aquí? Hasta mi familia llama antes de entrar.

Jonas saca las balas del tambor.

CAMILLE: ¡Fuera!

JONAS: Ya sabes que podría detenerte por tenencia de armas.

CAMILLE: Era de mi padre. No vas a tener el valor de quitarme el último recuerdo que me queda de él.

Jonas se acerca para abrazarla, pero ella lo rechaza.

JONAS (*muy seco*): Está bien, si tanto empeño tienes, tu muerte me puede venir bien. ¿Has oído hablar de Pedro «White» Menéndez?

CAMILLE: ¿El terrorista?

JONAS: Está en París. A la ciudad se le va a venir encima otra oleada de atentados; y lo peor es que no tenemos forma de evitarlo. Él es el cerebro de su organización, pero nunca interviene personalmente. No hay manera de trincarlo; vive en un hotel de lujo de París, con todo el descaro, sólo para reírse de nosotros. Van a morir cientos de personas inocentes y no podemos hacer nada.

CAMILLE: Y yo, ¿qué puedo hacer?

JONAS: Tenemos la seguridad de que si muere Menéndez, su movimiento morirá también. Los medios legales no sirven para nada; hay que cargárselo, y punto.

CAMILLE: ¿No me estarás proponiendo que me meta a kamikaze?

—Como no puede conseguir que viva, Jonas quiere sublimar su muerte. ¿No es también una prueba de amor? —pregunta Mathilde.

Que me ahorquen si ese galimatías psicológico puede ser de recibo en una serie que echan a las cuatro de la madrugada. Pero, por mi gusto, apuraría aún un poco más la lógica de la historia. La idea de que en esa casa no hay forma de suicidarse a gusto empieza a agradarme.

Basta con partir de una constatación cruelmente lúcida: es muy probable que, si alguien sabe que ya no le quedan sino pocas horas de vida, lo más seguro es que sienta, por primera vez, una extraordinaria sensación de libertad. Una libertad omnipotente, sin barreras ni tabúes. Una libertad superior a las leyes.

¡No sacarle partido a esa situación sería un despilfarro tremendo!

Un montón de individuos desfilan por el cuarto de Camille para aprovecharse de su suicidio. Conseguir una fortuna gigantesca en menos de una hora se convierte en un juego de niños, pero tanta venalidad asquea a la desesperada joven. Por un momento, la tienta una donación masiva de todos sus órganos, recientes y calentitos. Pero se asusta al pensar en el puzzle humano en que se convertiría su cuerpo. Le proponen una serie completa de muertes míticas, que serían el asombro de propios y ajenos durante las décadas siguientes. Pero ¿con qué finalidad? Su acto sólo tiene interés si es estupendamente estético, es decir, gratuito.

Camille se rinde a la evidencia y aplaza su decisión hasta que le encuentre un sentido a su muerte.

Jérôme acaba de leer la secuencia y deja las hojas encima de la mesa.

—... Esa pánfila se ha librado por los pelos.

Louis, Mathilde y yo lanzamos un suspiro de alivio. No es que el personaje de Camille haya salido del todo del paso, pero ha conseguido una prórroga. Vamos con el capítulo siguiente.

Son las doce. Jérôme se abalanza hacia el teléfono para encargarse unas pizzas. Su hermano mira una emisión brasileña con ojos como platos. Mathilde copia en un disquete la secuencia 17.

Un rayo de sol ocre se cuela por el cielo otoñal. Aún queda mucho día por delante. Tenemos que velar por toda nuestra gente.

—Quitando el oficio de Dios y el de guionista, ¿conocéis otro que consista en moldear el destino de las personas? —pregunta el Viejo.

El día de Todos los Santos cayó en jueves y allí estábamos todos, en la oficina, como si nadie tuviera muertos a los que ir a ver. Uno de nosotros lo comentó, y el Viejo fue el único en reaccionar, diciendo que a buenas horas habría pisado su mujer un cementerio si hubiera sido él el primero en morir. Opina que hay oportunidades mejores para cogerse un pasmo (la noria de las Tullerías, por ejemplo) y que los de los puestos de crisantemos son todos unos sinvergüenzas. Añade que su mujer lo dejó para irse con un actor y que no le apetece nada cruzarse con el individuo ese.

—Con tal de no encontrármelo, no voy ya ni al festival de Cannes. Así que no me voy a dejar pillar tontamente en la tumba de Lisa.

A Louis no le importa hablar de Lisa. Nunca pierde una oportunidad de sacar a relucir a la mujer a la que tanto quiso y que tanto le hizo sufrir. No sé si es falta de pudor o necesidad de contar su vida. Mathilde se interesa por ese idilio con curiosidad de geólogo. ¿De qué se componía ese amor? ¿Cuáles eran sus estratos superiores? ¿Qué había en el fondo? ¿Qué ladera era la más endeble? La versión de Louis es que fue su entrega al Maestro la que hizo que Lisa lo abandonase. Por lo visto, no supo entender que él sacrificase su propia carrera para secundar al genio mientras éste escribía sus obras maestras. Yo que estoy dispuesto a vender mi alma al diablo por una serie nocturna no soy capaz de imaginarme el supremo honor de compartir la intimidad creadora del Maestro en persona.

—¿Qué clase de actor es el tío que te afaná a tu Lisa?

—De los que se ponen leotardos para recitar a Shakespeare. Un puro. Un teatrero. Uno de verdad, vamos.

Lisa habría dejado a su marido incluso aunque éste no hubiera conocido nunca al Maestro, porque Louis trabajaba en la sombra. Él la describe como una víctima total del estrés y de los aplausos; y un guionista, por mucho que participe en los comienzos de una aventura, siempre estará a la cola. El mundo entero está pendiente de los actores. Un guionista fabrica sueños, pero no hace soñar.

—Si el tío ese trabaja en el teatro, seguro que no madruga. No iré al cementerio antes de las dos o las tres de la tarde —dice Mathilde.

—Vaya usted a saber. Y, además, ¿os habéis dado cuenta de todo el trabajo que tenemos hoy?

Séguret nos ha devuelto el capítulo 10 por la vía rápida, después de haber subrayado todo lo que le parecía poco claro; y las correcciones nos han llevado dos horas largas. A Séguret le importa un bledo que no se entiendan las cosas, pero le sienta mal que algunas frases y, si se tercia, situaciones enteras dejen bloqueados a los actores durante el rodaje, porque el trabajo les rinde menos.

—Yo creía que Séguret era la clase de persona que debería entender la palabra «acmé».

—¿En qué diálogo estaba?

—En la escena 21, cuando Jonas suelta una gilipollez, y Mildred le contesta que lo que ha dicho es «el acmé del razonamiento mongólico».

—Pues cámbialo por «cénit». Suena la mar de bien eso del «cenit del razonamiento mongólico».

—No estoy muy seguro de que Séguret se aclare. Pon «apogeo», «colmo» o «cumbre».

Por lo visto, el rodaje del capítulo piloto y el del capítulo 2 han ido bastante bien. A Séguret no le ha dado tiempo a grabarnos una cinta, pero nos recomienda que los veamos dentro de un par días, cuando los emitan. Le parece que el resultado «no está del todo mal» y que hay «uno o dos momentos buenos». El director de la cadena todavía no ha visto nada; lo más probable es que le importe un huevo. Bastante tiene ya que hacer con su programación de películas, *reality shows* e informativos. Ahora mismo están rodando los capítulos 3 y 4. Vamos cumpliendo los plazos.

—Y yo que creía que Séguret era la clase de persona a la que le gustaría una frase como: «He visto a tu padre, Jonas. Estaba borracho perdido y gesticulaba de forma descompuesta, como si estuviera clavando la tapa de un ataúd de fantasía».

—Tampoco es la clase de persona que nos vaya a dar la enhorabuena por la secuencia 55.

¡Huy, la secuencia 55! A Marie le han cortado la luz por no pagar el recibo. Toda la escena transcurre en la oscuridad; lo único que queda claro es que *alguien* está en la habitación con ella. Al principio, se asusta; luego, la situación la estimula una barbaridad, y la cosa acaba en gemiditos ahogados. No sé cómo se las va a apañar la chica que hace de Marie Fresnel. Todo un reto para una actriz. A Séguret lo que lo fastidia es que en ningún momento llega a saberse quién está con Marie en la habitación. Yo le he contestado que incluso Marie prefiere no saberlo. Un hombre, una mujer, su admirador desconocido o su cuñado, nadie lo sabrá nunca. A Séguret le parece importante que el espectador no vaya a imaginarse que se trata de Bruno, su propio hijo. ¡Ninguno de nosotros había pensado en un incesto! Lo cual demuestra que esa oscuridad absoluta permite a cada cual dar rienda suelta a su imaginación; y la imaginación de Séguret me sorprende continuamente. Espero que rueden la escena igual que la hemos escrito.

El Viejo pega enjambres de posits en los bordes de su monitor, porque Callahan es un fulano que lo tiene muy intranquilo.

—Walter es un cretino. No pinta nada, no tiene nada que decir. Sus diálogos son de lo más insípido. Está casi siempre como una cuba.

Yo no estoy de acuerdo. Walter vive su alcoholismo con cierta elegancia y en eso reside su encanto. Lo que más le importa es conseguir una normalidad que no alcanzará nunca; y su única esperanza de conseguirla está en la bebida. En cuanto se toma la primera copa, cae en la cuenta de que no es ese bicho raro del que todo el mundo le habla. Con la segunda, se convierte en un ciudadano de a pie. Y, partir de ese momento, se porta como un buen padre de familia con el que se puede contar.

—Hay que inventarle algo que sea típico sólo de él. Algo..., algo que tenga... entraña.

Al oír la palabra entraña, Jérôme y yo miramos a Mathilde.

—Tengo medio pensada una cosita con Marie, pero no es tan sencillo —dice Mathilde—. El admirador desconocido va marcando tantos.

—Mientras, le podíamos endilgar a Walter una amante —dice Jérôme—. Que cojan a la secretaria de rodaje y que filmen los escarceos de los dos bajo las sábanas. Basta con que se vea un pie de vez en cuando.

—Cuando digo «entraña», no me estoy refiriendo a cosas de ésas para nada. ¡Yo hablo de impulso vital!, ¡de empuje...!, ¡de vértigo metafísico...! Dios, la muerte, la nada, cosas de ésas, vamos...

Louis se nos está poniendo caprichoso. Es lo que le suele pasar a uno cuando considera a un personaje como cosa propia. Sin llegar a convertirlo en su *alter ego*, Louis ha concentrado en Walter algunos elementos de su propia vida. Entre otros, la pérdida del ser amado. Con tono complaciente, Jérôme propone una pocholada de asesinato existencial a lo Camus. Por ejemplo, Walter podría matar a Camille para echarle una manita. Dice que así las buenas relaciones entre vecinos tendrían cierta «carga emotiva». Louis no parece muy embalado que digamos.

—Pues que Walter vuelva a componer gospels y tenga un encuentro con Dios —digo yo—. ¡Pero con Dios en persona!

Mathilde cree que estoy de guasa, y se equivoca. Si Dios está en todas partes, también tiene que estar a la fuerza en nuestra Saga, y me parece lógico que se lo vea. Todavía no hemos utilizado el personaje extra para el capítulo 9; pueden contratar a alguien para hacer el papel de Dios. Tampoco debe de ser tan difícil de encontrar. Un truquito de vídeo y, ¡zaca!, aparece una silueta: Dios en persona, mientras Walter le está componiendo un gospel. Basta con darle a la escena un tratamiento muy intimista y la mar de depurado (un hombre, un canto, un dios). Reconozco que la idea puedo quedar algo desconcertante, pero no pretendo en absoluto que resulte irrisoria. Séguret nos ha instado a que hagamos lo que nos dé la gana y no seré yo el que me prive de ese gusto, pero no por eso hay que trabajar de mala manera.

Louis no dice nada y se levanta. Mira por la ventana, enciende un *gauloise*.

—¿Y no os parece que ya va siendo hora de que nos ocupemos de Loli Callahan?

—¿La madre de los chavales? ¿La que desapareció hace quince años?

Debería haberlo supuesto. Louis quiere darle a Walter una oportunidad de ver otra vez a la mujer que perdió. Hay algo nuestro en todos y cada uno de los personajes de la Saga. Y si el arte imita la vida, pues mejor.

—Hace mucho que murió —dice Louis—. El plan de Walter era muy sencillo: ocultó esa muerte a sus hijos para no traumatizarlos; les dijo que su madre se había ido, pero que volvería. Se puso de plazo diez o quince años para enamorarse de otra y pedirle que fingiera ante los chicos que era Loli, y así ellos recuperaban a su madre.

—¿Y a eso es a lo que llamas tú un plan sencillo?

Lo menos que puede decirse es que es un plan de lo más retorcido. Pero ¿por qué no?

—Me parece bastante bonito —dice Mathilde—. Para esa mujer, el papel que le pide Walter que interprete es una boya de salvación. Se llama... Eva. El amor la he hecho sufrir muchísimo. Lleva una vida de una vulgaridad espantosa y, por supuesto, no ha tenido hijos. Convertirse en Loli es la oportunidad de su vida. ¿Una aventurera que prefirió vivir su vida a quedarse con su familia, pero vuelve a pedir perdón? No hay mejor papel para una mujer que ya no esperaba nada. Los chavales la adorarán, el padre la adorarán. ¿Se dan cuenta de qué aluvi3n de amor le va a caer encima a esa desdichada?

¿De d3nde salen las ideas? ¿C3mo nacen los personajes? Lo que s3 es seguro es que una Saga hay que engendrarla entre cuatro. Si uno de los cuatro lanza un antojo, una impresi3n, o una duda, siempre habr3 un colega a tiro para atraparlos al vuelo. ¿Qui3n ha creado a Eva? Todos. Ha nacido de una ansiedad de Louis, de una exquisitez de Mathilde, de una iron3a de J3r3me. Y un poco tambi3n, seguramente, de mi silencio.

Cuando llega la hora de separarnos, me lo pienso antes de ir a reunirme con Charlotte. Como todas las noches, no vamos a ser capaces de jugar al buen consorte interesado por lo que ha hecho su pareja durante el d3a. Para rellenar los silencios, me sentir3 en la obligaci3n de atender a las an3cdotas de su oficina. Y Charlotte s3lo tiene un defecto: que no tiene ning3n talento de narradora. Se las ingenia para que una bronca con una colega resulte mon3tona. Habla de un mont3n de desconocidos a los que supuestamente conozco a fondo; mezcla el pasado inmediato con el futuro pr3ximo. Se arriesga alegremente a elipsis imposibles; parte del an3lisis, en vez de arrancar con la s3ntesis; insiste en los puntos que s3lo son recept3culo de lo cotidiano; y, si a veces roza lo sublime, es sin querer. Est3 convencida de que hechiza al auditorio, y lo consigue, pese a todo, porque est3 guap3sima, rabiosamente guapa, cuando se cuele de medio a medio.

Aunque su currelo no me parece muy apasionante que digamos —formaci3n de directivos, a los que enseña no s3 muy bien qu3 t3cnicas de desarrollo empresarial—, debo reconocer que lo *domina*. Yo, Marco, aprendiz de guionista, todav3a me pongo colorado a veces cuando me preguntan a qu3 me dedico en la vida. Estoy a la espera del d3a en que pueda decir bien alto que soy un mercenario de la peripecia, un ficcionador diplomado y un fabulador profesional. La Saga va a ser mi bautismo de fuego.

Algunas noches, me apetecer3a pedirle a la mujer de mi vida que me esperase tres meses. Que se hiciera a la idea de que me han mandado a trabajar lejos, a la otra orilla del mar.

Hago tiempo en la oficina. Mathilde y Louis se han marchado ya. J3r3me ha ido al Bosque de Boulogne a lanzar su bumer3n. Me quedo un rato con Tristan, aunque sin esperanzas de que se olvide de la pantalla para charlar un momento conmigo.

Nunca dice ni palabra, aparte de dar las gracias cuando su hermano le acerca una pizza. No sé cómo los hermanos Durietz pueden vivir las veinticuatro horas del día en el mismo sitio y condenados a plato único.

Como a todas las personas que han pasado malas rachas, a los hermanos Durietz les preocupa mucho la limpieza. Usan el cuarto de baño de Prima en cuanto amanece y se ponen la ropa que el mayor trae de la lavandería. Jérôme vacía los ceniceros, ventila y pasa la escoba. La oficina está impecable cuando llegamos. Eso que se ahorra Séguret.

Tristan zapea durante la franja horaria de más difícil elección, entre las seis y las siete de la tarde, cuando las cadenas sacan la artillería pesada para meter todos los anuncios que puedan a la hora en que la familia completa se reúne delante del televisor esperando las noticias de las ocho. Tristan se siente muy ajeno a todo ello y tanto ajeteo vespertino lo perturba. He intentado estudiar su sistema de zapear, pero no he conseguido desentrañar a qué lógica se atiene. Lo que más lo molestan son los videoclips y los informativos; en un abrir y cerrar de ojos, es capaz de mandar a tomar viento a una banda de raperos con sus tres toneladas de decibelios o de dejar con la palabra en la boca a todo individuo que se atreva a contarle lo que pasa en el mundo. No es un fanático de los anuncios y prefiere, mientras espera que caiga algo más interesante, dejar en pantalla un ratito un documental de animales o las broncas de un programa de cotilleos. Aborrece los dibujos animados y los reportajes que muestran espacios abiertos. Rehúye las imágenes bélicas de archivo y los sorteos de lotería. En cambio, siente curiosidad por el tiempo aunque nunca ponga los pies en la calle. Se ve de cabo a rabo las emisiones sobre la actualidad cinematográfica y los avances de los estrenos. Por la mañana temprano, en espera de que el día se ponga en marcha, puede chaparse las teletiempos o los programas de cocina. Todas esas imágenes en revoltillo no son sino los hitos de su frenética búsqueda de la ficción. El cine se lleva la palma. Una película mala vale más que una serie norteamericana buena; una serie norteamericana buena vale cien veces más que una serie europea. Pero puede interrumpir de repente un capítulo que aparentemente lo tenía muy interesado para ver unos cuantos minutos de un culebrón brasileño o de una serie para adolescentes. Y luego se vuelve a la serie anterior, que no se resiente del cuarto de hora perdido; todo lo contrario. Lo que ha hecho Tristan ha sido dejar que los personajes se fueran conociendo mientras se forjaba la intriga. Y así puede hacer otra vez acto de presencia en el preciso instante en que de verdad está pasando algo. Lo que demuestra que es capaz de repartirse entre varias historias simultáneas, viendo sólo lo más interesante de cada una de ellas. Mi presencia no le hace perder concentración. Mirarlo es un espectáculo que da algo así como vértigo. Noto que funciona en él un complejo mecanismo que analiza, como lo haría un ordenador superperfeccionado, las tipologías, suprime cualquier callejón narrativo sin salida y confecciona listas de posibles ficciones. Si se pone a ver una historia sin que le apetezca cambiarse a otra, es que ha recobrado por fin esa satisfacción de los

chavales a los que un narrador deja embobados. Y, cuando sucede tal cosa, de nada le sirven ya todas sus aptitudes premonitorias.

Suele estar siempre echado de espaldas, y no suelta nunca el mando. A veces, se da la vuelta y se pone boca abajo para estirar un poco el espinazo; y, luego, vuelve a la postura inicial. Otras, aunque muy de tarde en tarde, se vuelve de espaldas a la pantalla y cierra los ojos. Y entonces sabemos que va a dar una cabezadita sin dejar de atender a los diálogos de las películas, condición *sine qua non* para conciliar el sueño. Lo cual es una prueba más de que solamente la ficción puede conducirlo a uno sin tropiezos hasta el país de los sueños. En cambio, el reportaje sólo puede desembocar en el insomnio. Tristan nunca sonríe, ni se ríe; tiene una mirada impasible pase lo que pase. Lo único que reacciona en su persona es el mando. De vez en cuando, me recuerda a un crío retrasado con las narices pegadas a los misterios de un acuario, o a un viejo que se olvidase de sus propios recuerdos ante un fuego de leña.

—Ya era así de chaval.

Ha llegado Jérôme, sudoroso y con el bumerán en la mano. Abre una botellita de vodka rojo y me la acerca, junto con un vaso de cartón.

—Desde la cama, me veía irme a jugar a la calle con los amigos. Pero, cuando volvía, tenía que dedicar lo menos un cuarto de hora a contarle las barrabasadas que habíamos estado haciendo. Y si algún día no había pasado nada de particular, tenía que inventármelo. Al principio, le contaba cosas bastante corrientes para que no se agobiase demasiado.

Tristan tiene puestos los auriculares. Aparecen en pantalla una serie de explosiones que arrasan un museo de arte contemporáneo enorme. No hay peligro de que nos oiga.

—Y luego la cosa empezó a tomar unas proporciones pavorosas; los chavales son insaciables. Tuve que contarle aventuras bélicas, fanfarronadas, duelos de patio de recreo. «Es lo menos que puedes hacer», me decía mi madre, a quien siempre le faltaba el canto de un duro para echarme en cara que yo estaba sano. Ya sé que los patitos cojos son siempre los preferidos, pero mi vieja se pasaba un poco. Tristan y yo nos completábamos bien: a mí me apetecía hacerme el interesante, y Tristan necesitaba interesarse por algo. Así que no me quedaba más remedio que echarle talento.

—¿Y así fue cómo te metiste en esto?

—¿En los guiones? Pues sí.

Enciendo un *gauloise* que anda rodando por ahí, dentro de una cajetilla que se ha dejado olvidada el Viejo. Jérôme se asombra al verme fumar. Es que me gusta demasiado el tabaco para tener el pito en la boca todo el santo día. Abre la ventana y se asoma. El aire que entra ventila la habitación. Echo un trago de vodka, pego una calada, y al fin entiendo por qué tanta gente lanza clamores, diciendo que estas cosas son un peligro. Jérôme mira las estrellas, los tejados, los últimos destellos de la

ciudad, los escasos edificios altos cuya silueta se recorta a lo lejos, y suspira ante un decorado tan extraordinario.

—Cuando pienso que todo esto será mío un día.

—¿Qué es todo esto?

—Todo París será mío, su oro, sus mujeres; seré el amo de todo.

—¡Qué calidad de vodka! Enseguida se sube a la cabeza; pero está bueno.

—Seré tan poderoso que los americanos querrán que me vaya con ellos y los franceses me rogarán que me quede.

Estoy empezando a conocer bien a Jérôme. No es la primera vez que me saca a relucir este estribillo agridulce.

—Los cuatro millones de dólares se te van a quedar atragantados toda la vida, ¿a que sí? Yo también me habría chalado. Cuatro millones de dólares son una cantidad que no existe. ¡A ver quién es capaz de imaginársela! Cuatro millones de dólares..., por muchas películas con maletas repletas de pasta que hayas visto, no hay quien pueda saber cuánto es eso. ¡Cuatro millones de dólares! No son palabras; es como hacer gárgaras. CUATRO MILLONES DE DÓLARES. Suena tan bien que ni siquiera dan ganas de saber a cuánto sale en francos.

Jérôme me pregunta qué haría yo si me los pusieran encima de la mesa; la verdad es que no tengo ni idea.

—¿Pero tú no eres guionista?

—En cuestiones de pasta, no tengo ni pizca de imaginación.

—Intenta contarte la historia de un tío así como tú que acaba de echarle la zarpa a unos veinte millones de francos.

—Pues, de entrada, se pondría a hacer todas esas memeces que nadie hace nunca, pero que todo el mundo sueña con hacer.

—¿Por ejemplo?

El dinero y todas sus pequeñas dichas. Es algo en lo que nunca pienso. Una vez, conseguí reunir mil francos para hacerle un regalo a Charlotte, y no di con nada que me pareciera inolvidable. Y cómo no sabía qué regalarle, me pasé dos días enteros escribiéndole un *haiku*.

—Venga, tío, empieza.

—Pues pondría su cuerpo en manos de media docena de esteticistas y les daría sólo ocho horas para convertirlo en una maravilla. Y, luego, iría a las tiendas de ropa de superlujo, a esos sastres tan atentos que saben olerse dónde está la pasta. Y encargaría de todo, desde un traje de *tweed* estilo hacendado británico hasta un esmoquin que quede aparente en todas partes. Y de ahí se iría a comprarse un cabriolé inglés, una de esas joyitas que valen un ojo de la cara y están siempre con averías, o sea: la felicidad prohibida. Y llega la hora del cuento de hadas. Pasa a recoger a una chica de compañía sublime que ha sacado de una agencia que sólo tiene lo mejor de lo mejor. Ha alquilado la Galería de los Espejos de Versalles para una cena de postín; y luego van a tomar una copa de champán al último piso de la Torre Eiffel, que han

cerrado para que estén ellos solos. Y acaban la noche en la suite más suntuosa del hotel Crillon.

—Bueno, pues ya se ha fundido un kilo. ¿Y a la mañana siguiente?

—A la mañana siguiente, se pregunta quién es esa tía que está en la cama con él y a la que sólo le importan sus pelás. Se pregunta qué está haciendo en una suite en que no se atreve ni a ensuciar un cenicero. Cuando se ve con los trapos de la víspera, se pregunta por qué parece un anuncio antiguo de Alka-Seltzer. Y no se pregunta si tiene una pinta ridícula metido dentro de un coche que le pega tanto como un boa de plumas a una empleada del hogar, porque está seguro de que sí. Total, que se acuerda de que a su madre le van fatal los negocios y ha tenido que hipotecar la mercería, y le manda un cheque. Le regala a su hermana, que nunca tuvo viaje de novios porque nunca tuvo novio, una temporada en las Seychelles. Luego, habla muy en serio con su banquero, que le sugiere varias inversiones. La coyuntura es favorable y la tasa de interés no está mal; podría comprar obligaciones a dos años en una sociedad de gestión de valores mobiliarios. Pero a él le dan más seguridad los bloques de piedra, y un agente inmobiliario le encuentra enseguida un piso de 110 m² en un barrio de moda. Y se acabó.

Jérôme se sirve otro vaso de vodka y se echa en un sofá.

Apasionante.

—Ya te he dicho que, en cuestiones de dinero, no tengo ni pizca de imaginación. ¿Y tú qué haría con cuatro millones de dólares?

—Eso a quien hay que preguntárselo es al señor Venganza. Lo dedicaría todo a poner en marcha una confabulación implacable para machacar a todos los que le han perjudicado.

Yo le tenía cierta admiración a Yvon Sauvegrain (el «French Wonder-boy», como lo llaman en *Variety*) antes de que Jérôme me contara como ese sinvergüenza le quitó su bien más querido. Dante Alighieri, el estupendo guionista del Juicio Final, reservaba el noveno y último círculo del Infierno a quienes habían traicionado la confianza del prójimo. Desde Judas hasta Bruto, todos los grandes especialistas de la puñalada en la espalda están ahí juntitos, y le tienen ya plaza reservada a Yvon Sauvegrain. Pero antes de que las ardientes entrañas de la tierra se lo traguen para toda la noche de los tiempos, tiene que pagar su villanía en este mundo. Sin haberlo planeado, Jérôme y yo nos montamos una sesión nocturna de «tempestad de ideas»: ¿cómo pillar a ese cabrón, hacerle soltar la guita y eliminar los daños morales? Esta actividad me parece aún más apasionante que la Saga.

Hay que vencer varios escollos del guión: los hechos no se pueden probar; Hollywood y el ministro de Cultura están a favor de ese indeseable de Sauvegrain; y, de momento, Jérôme no tiene ni un céntimo para invertir en el asunto.

En plena noche, con la colaboración del vodka y a fuerza de proponer ideas a cuál más estrafalarias, acaba por apuntar el atisbo de unas cuantas pistas. Jérôme, histérico, se empeña en pasar a limpio sus notas y volver a redactarlas en forma de

sinopsis.

—Me va a llevar buena parte de la noche. Quédate en el sofá ni no te apetece irte a casa.

Rechazo la invitación y dejo a los dos hermanos solos.

Hoy, tengo la impresión de que la Saga ha tirado por un camino diferente. Y, sin embargo, no ha pasado nada de particular que haya alterado nuestra actividad cotidiana. Creo que soy el único que se ha percatado del cambio de rumbo.

El día empezó de una forma bastante corriente: nos pusimos a trabajar a eso de las nueve de la mañana y corregimos unas cosillas de los capítulos 16 y 17. Ya es la una; los hermanos Durietz se están poniendo ciegos de pizza, pero Mathilde y yo preferimos irnos a comer fuera. «Me apetece un cambio», dice ella, sin atreverse a confesar que el olor de la mozzarella pegajosa le da arcadas. El Viejo no tiene ganas de acompañarnos. Mathilde parece algo así como aliviada, y no entiendo por qué.

La verdad es que nunca he visto a Mathilde más que en la oficina, y casi siempre parapetada tras el monitor, y tengo curiosidad por ver cómo es en la vida civil.

Camina con pasitos rápidos, como una parisina auténtica, y está pendiente del espectáculo de la calle sin interrumpir por ello la conversación. Hoy lleva un vestido color caldero que le combina perfectamente con el tono cobrizo de la melena que le cae por los hombros. Ha escogido ella el restaurante, una tasquita que conserva cierta clase pese al alboroto de los *flippers*. Como nunca he comido con una señora que escribe novelas de amor, me esmero al elegir los platos.

—Estoy encantada de que estemos los dos solos.

Un poco violento, hago un ademán con la mano, entre «gracias» y «yo también».

—¿Podemos tutearnos, Marco?

—Pues claro.

—Me hace raro llamarte Marco. Era un *latin lover* cuyas conquistas conté en *El hombre sin corazón*.

Ayer, en mitad de una sesión de trabajo en la que estábamos dando los últimos toques a una escena ardiente entre Jonas y Camille, la conversación no tardó en desviarse hacia las relaciones de pareja, y Mathilde dijo que estaba en *convalecencia amorosa*. Bien sale Dios que intentamos enterarnos de más cosas. En vista de los diálogos y las situaciones que es capaz de sacarse de la manga en cuanto salen a relucir los asuntos del corazón y la alcoba, no me atrevo a imaginar de lo que debe de ser capaz cuando decide entregarse en cuerpo y alma.

—¿*El hombre sin corazón*? A mi novia le va a encantar.

—¿Cómo se llama?

—Charlotte.

—Marco y Charlotte. ¡Qué mono!

Así se queda la cosa durante un rato, mientras hincamos el diente a las verduras. El tuteo es, en su boca, torpe y ceremonioso; como si se esforzase una barbaridad en establecer conmigo unas relaciones más cordiales aun a costa de quemar etapas. Pero ¿qué pretende?

—¿Dónde vas a estar esta noche?

—¿Esta noche...?

—Sí, cuando echen el capítulo piloto.

—¿Estamos a... doce?

—Vuelva a la tierra, Marco.

¡Sí, será esta noche, a las 4 de la madrugada! Soy demasiado joven para acordarme del primer paso del hombre en la luna, pero todos los que tenían entonces edad para quedarse levantados saben con exactitud en dónde estaban en aquel minuto. Esta noche, va a suceder un acontecimiento de mucha mayor importancia para mi futuro que un alunizaje para la humanidad. ¡Pues claro! ¡Será esta noche! Sólo cuatro personas asistiremos en directo a ese giro de la historia, pero las generaciones futuras recordarán con orgullo la emisión del primer capítulo de *Saga*, el martes 13 de octubre de este año de gracia, a las 3.55 de la madrugada.

—Con un poco de suerte, seremos más de cuatro. Estoy segura de que habrá...

Mathilde intenta rematar la frase que ha comenzado con tanto optimismo.

¿Quién va a haber, aparte de nosotros?

Habrá una docena de insomnes que han fundado una secta secreta para fomentar los intentos de golpe de estado contra los bienaventurados que duermen. Habrá un suicida que ha dejado la tele encendida para tener un poco de luz en la retina antes de dar el salto. Habrá «el hombre que vive al revés», que estará tomando el aperitivo y echará una ojeada a la pantalla por encima del periódico. Habrá una señora mayor que estará esperando a su nieto de dieciséis años, que se lo está pasando tan bien que ni se acuerda de volver a casa. Habrá un individuo que estará mirando la televisión con el sonido quitado, hecho un manojito de nervios, y unas enfermeras que se estarán ocupando de la parturienta. Habrá esa mujer que, con los ojos llenos de lágrimas, estará esperando el telefonazo de las cuatro de la tarde de su marido, encerrado en un calabozo de Kuala Lumpur. A lo mejor, hay unos cuantos más. ¿Quién sabe?

—¿Dónde va a estar esta noche?

Cuando me llama de usted, queda más natural y, curiosamente, más íntimo.

—Pues me imagino que en mi casa con Charlotte. Todavía no lo sé. ¿Y usted?

—Creo que en casa de mi madre. Por mucho que le digo que le grabaré el capítulo para que pueda verlo a una hora más decente, le gusta eso de tener encendida la televisión a las cuatro de la mañana. Ya estoy oyendo lo que me va a decir: «¿Estarás ganando dinero por lo menos?». Me preguntaba lo mismo cuando escribía novelas. Y siempre le contesté que no. Esta noche le diré que un poco.

Sonríe. Me gusta esta mujer. Nos traen las rodajas de salmón a la plancha y Mathilde aparta la mantequilla con perejil y la deja al borde del plato.

—Oiga, Marco, quería comer a solas con usted porque tengo que preguntarle una cosa que tiene que ver con el cuarto cerrado de casa de los Fresnel.

Al oírla, me tranquilizo hasta cierto punto. Si no recuerdo mal, era ella quien tenía que escribir la secuencia.

—Quería enseñársela a los demás esta tarde, pero me gustaría que le echase usted primero una ojeada. La verdad es que las reacciones de Louis siempre me asustan un poco. A veces me mira como si me estuviera colando por completo. Y me da la

impresión de que, como he escrito cositas rosa, Jérôme cree que me inventé yo sola *Sonrisas y lágrimas*.

—Y Jérôme cree que usted lo considera un obseso sanguinario, lo que no queda mucho más simpático. Todo el mundo la aprecia un montón, Mathilde. Enséñeme eso y pida dos cafés.

No hay nada peor que leer lo que ha escrito alguien mientras ese alguien anda al acecho del menor parpadeo, de la mínima sonrisa. Y más todavía en una tasca, a la hora punta de la comida, con un olor de perrito caliente y el tintineo de un *flipper*. Tengo que concentrarme. ¡Es una misión diplomática de importancia vital! De mí depende la cohesión del equipo. ¡De mí, que soy tan joven! ¡Tengo que meterme en el texto, tengo que hacerlo!

38. SALÓN DE LOS FRESNEL INT. DÍA

Marie Fresnel mete algo de ropa en una bolsa de viaje a toda prisa. Mildred está sentada a su lado.

MARIE: Fred lleva tres días desaparecido. Acaban de llamarme por teléfono de la comisaría central de Londres. Cuando se marchó para asistir a ese congreso, ya vi yo que había algo que no era normal.

Coge la bolsa, comprueba la hora del vuelo y se pone el abrigo.

MILDRED: ¿Quieres que le diga a mi hermano que se entere de lo que pueda?

MARIE: No me atrevía a pedírtelo... (*Le da un beso en la frente.*) Di a Bruno y a Camille que los llamaré esta noche. Y, sobre todo, no dejes de coger el teléfono, porque puede ser Fred. Gracias. Te devolveré el favor mil veces.

Sale.

Silencio.

Mildred se arriesga a ir pasillo adelante y se detiene ante la misteriosa puerta que ya salió en la secuencia 17 del capítulo 2. Pega el oído a la puerta y no oye nada. Intenta abrirla y está cerrada con pestillo. Va al salón y vuelve con un manojito de llaves. Prueba varias, pero ninguna encaja. Examina la cerradura un momento; luego se va y vuelve con varios objetos: un cuchillo, una percha y la funda de una tarjeta de abono de transportes.

—¿La funda de una tarjeta de abono de transportes?

—Así consiguió mi vecino abrir mi puerta una noche. Por lo visto, también vale una Visa.

Parece como si, con la taza de café a flor de labios, estuviera pensando en otra cosa. Bastaría con que yo arrugase una aleta de la nariz para que se desmayara.

Mete la funda por la rendija de la puerta, pegada a la cerradura; coloca luego el cuchillo bajo el resbalón; y hace fuerza al mismo tiempo con ambos objetos. Suena un clic y la puerta se abre.

39. HABITACIÓN CERRADA INT. DÍA

Mildred busca el interruptor a tientas y no se topa con ningún mueble. Coge una lámpara de cabecera, la enciende y la usa de linterna. Encuentra el interruptor. La habitación está vacía. Sólo hay en ella una cama grande y, encima, un plato lleno de racimos de uvas. De pronto, Mildred lanza un grito de espanto.

Vemos un cuerpo desnudo, agazapado en la penumbra.

Aterrada, Mildred da media vuelta; pero el ser se abalanza hacia ella y cierra de un portazo. Mildred grita, manotea, busca otra salida y no la encuentra. Tras una breve lucha, se acurruca en una esquina del cuarto.

El ser es un muchacho de dieciséis o diecisiete años. Vuelve a ponerse en cuclillas, como si ésa fuera

para él la postura más natural. Mira fijamente a Mildred.

Ella intenta recobrar el resuello, aunque en sus ojos se lee el miedo. Mira al muchacho.

Este es guapísimo; tiene los ojos azules, y el pelo rubio y un poco rizado. En la piel blanca del cuerpo enjuto no se ve la menor aspereza. Maúlla y se mueve como una fiera. Mildred y él se miran mutuamente. El muchacho parece más bien asombrado y sin ninguna agresividad. Mildred, temblorosa aún, se atreve a dirigirle una sonrisa forzada.

MILDRED: No pretendía... molestarlo... Siempre meto las narices en todo, pero luego me olvido de todo enseguida... Si tuviera la bondad... de dejarme pasar...

El joven se queda de pronto muy quieto, y esa asombrosa inmovilidad crea un ambiente extraño.

MILDRED: Yo me llamo Mildred... ¿Y usted?

No hay respuesta.

MILDRED: Le aseguro que no diré nada... ¡Tiene que creerme, por favor!

Pone la mano en el picaporte. Él la aferra por una pantorrilla con rápido ademán. Mildred da un alarido y vuelve al otro extremo de la habitación.

MILDRED: ¡No me toque!

El ser no reacciona ante el grito. Brinca hacia la cama para coger un racimo. Los movimientos de animal prestan una insólita elegancia a su figura. Lleva su desnudez con pasmosa naturalidad. Come unas cuantas uvas. Mildred se ha pegado de espaldas a la pared y no coge el racimo que él le arroja.

MILDRED: ¿Me en-tien-de us-ted cuan-do le ha-blo?

El ser sigue sin reaccionar, pero lanza un gruñido cuando Mildred da un paso hacia la puerta. Ella se aleja de la puerta y, de repente, estupefacta, aparta la vista. Nos damos cuenta de que él, FUERA DE CAMPO, está orinando en un lavabo.

MILDRED: ¿Qué quiere? ¿Por qué está encerrado aquí? No se parece nada a los Fresnel... ¿Lo tienen escondido? ¿Lo tienen preso? ¡Diga algo!

EL SER: ¿... Algo...?

MILDRED: Sí, algo, lo que sea.

EL SER: Algo...

Se acerca de un brinco a Mildred y ella se sobresalta.

MILDRED: ¿Pero tú qué lengua hablas, por Dios?

EL SER: ¿Dios...?

MILDRED: Speak english? Spreichen zie Deutsche?

EL SER: Algo...

Mildred baja los brazos, como si se resignara a la situación.

MILDRED: ¿Sabe decir algo, aparte de repetir como si fuera el eco?

EL SER: ¿Eco...?

Mildred lanza un suspiro. El ser sonrío.

MILDRED: No me parece usted mala persona, pero, claro, encima de que yo tengo ya un coeficiente intelectual muy superior al de las personas normales..., pues resulta que...

El ser se acerca a Mildred y le toca una pierna. Ella está pegada a la pared y no sabe qué hacer.

MILDRED: No siga, porque es usted el que se va a llevar un susto...

Él le olfatea la pierna como si fuera un perro.

MILDRED (jadeando): No soy tan inteligente como le he dicho antes... (Habla muy deprisa, como de relleno.) Fue un error médico. En realidad, mi baza es el nervio vago... ¿Ha oído hablar alguna vez del nervio vago? (El ser pasa la cara por la rodilla de Mildred.) Es el nervio que hace que el corazón lata más despacio. Todo el mundo cree que soy muy madura, que controlo perfectamente mis emociones, pero lo que pasa es que tengo ese nervio muy desarrollado. Eres estoico y se creen que eres listísimo. ¡Menuda bobada! Cuando era pequeña, me daba eso que se llama «el espasmo del llanto», que era...

Se interrumpe de golpe y cierra un momento los ojos cuando la mano del ser le sube por el muslo.

MILDRED: Se está usted metiendo en territorio virgen y sin explorar... Los que se aventuraron a recorrerlo murieron o se volvieron locos... Y hasta el día de hoy, nadie ha podido regresar...

EL SER: Algo...

Levanta despacio la falda de Mildred. Vemos los muslos llenos de cicatrices.

MILDRED: Y esto no es nada. Lo peor viene ahora.

Él la toma por cintura y la abraza. Mildred disfruta con ese abrazo silencioso.

MILDRED (con los ojos cerrados): ¿Cómo te llamas, eco?

Le devuelvo a Mathilde las hojas, le sonrío y me levanto para coger mi abrigo.

—A mí me parece bien.

*

Desde que hemos aceptado a su «ser», Mathilde quiere colarnos a toda costa una historia de princesa perdida, a la que alguien recoge, y a la que creen muerta, y en realidad no lo está, aunque sí que lo está un poco, y eso que nunca se sabe, etc. Nuestra encantadora colega clava en Jérôme sus ojos de corza.

—No me acuerdo ya de esa palabra de la jerga de los guionistas..., eso que sirve para enganchar al espectador al final del capítulo y lo obliga a esperar con impaciencia el siguiente.

—*Clifhanger*.

—Eso. Necesito un *clifhanger*.

—Ya sabe que eso no es lo que mejor se le da, Mathilde. Déjeme que se los busque yo. Es lo menos que puedo hacer. No se me ha olvidado que aún no hace dos días que me sacó usted de apuros con esas confidencias íntimas de alcoba que yo era incapaz de inventar solo. ¿Le corre prisa?

—Sí, es para la princesa amnésica que aparece en el felpudo de los Callahan. Hay que acabar con una imagen de ella, inconsciente.

—¿Muerta o inconsciente?

—Inconsciente. Pero los espectadores creen que está muerta. Sólo Camille y Walter saben que le queda un soplo de vida. ¿Pueden encontrarme algo así?

Silencio en las filas. Bastante me cuesta ya asimilar todos los parámetros de este guión que parece un rompecabezas. Si encima boy que ganarse la consideración de la dama a base de ser el más rápido...

El silencio se prolonga hasta el infinito.

—¿Alguien ha visto *La huella*?

Alzo la cabeza para ver quién ha dicho eso, pero no reconozco la voz.

—Una película de Mankiewicz que han vuelto a echar hace poco en cineclub.

Miramos todos hacia el sofá en el que está hundido Tristan. Se endereza con gran esfuerzo. Ahora, los paralizados somos nosotros. Tristan habla con la cabeza gacha, tímido, con voz titubeante.

—No la había oído en la vida —contesta por fin Mathilde.

—Un individuo le dispara a bocajarro a un tío que le cae fatal; luego, se inclina sobre el cuerpo, le coge el brazo y le toma el pulso. Con una sonrisita de satisfacción, le suelta el brazo, que cae al suelo a plomo, sin vida.

Vida es lo que hay a montones en ese cuerpo quieto. Le brota como si fuera lava. Por mucho que nos mire de reajo, como un conspirador, por mucho que nos hable con voz ronca, le cuesta controlar ese volcán que le ruge dentro.

—Al ver la película por primera vez, se queda uno convencido de que el que ha disparado le toma el pulso al otro para asegurarse de que está muerto del todo. En

realidad, ha disparado con balas de fogueo, para que se desmayase de miedo. Cuando vuelves a ver la película, te das cuenta de que le toma el pulso a la víctima para asegurarse de que no se ha muerto. Según como se mire, el mismo gesto puede ser todo lo contrario. ¿Lo han pillado ya o se lo vuelvo a contar?

Silencio.

Mathilde relaja la tensión ambiental enviando a Tristan un beso con la punta de los dedos.

—¡Genial! Tristan, eres un muchacho providencial. ¡Eres la cuadratura del círculo! ¡La rueda de repuesto indispensable! ¡La constante de la ecuación!

Tristan se pone los cascos y vuelve a zapear como si no hubiera pasado nada. Jérôme no sabe dónde meterse.

—No le hagáis caso. No volverá a molestarnos; ya se lo explicaré yo.

—¿Molestarnos? —exclama el Viejo—. ¡Si desde ahora es uno más del equipo!

Estoy encantado con el nuevo colega, pero eso no quita para que me sienta obligado a echar un jarro de agua fría a ciertos entusiasmos.

—Todo esto está muy bien, pero no deja de ser un robo. Pase que nos quedemos con un par de ideas, pero en los tres últimos capítulos la cosa va ya de saqueo. *La huella* está sacada de una obra estupenda de Anthony Shaffer. El pulso de Shaffer es el pulso de Shaffer.

Jérôme, con expresión sosegada, alza la mano derecha y me la coloca encima de la cabeza, como si fuera un cura.

—Saquearás, hijo mío, pero en nombre del genio.

—Nada se crea, nada se destruye, todo se transforma —insiste Mathilde—. ¿Quién le dice que al Shaffer ese no le encantaría tener imitadores?

—Justo —dice Jérôme—. Vamos a considerarlo como un homenaje. O mejor todavía: una contribución personal del gran Anthony Shaffer a nuestra majadería de Saga.

Mathilde y Jérôme se dan un fuerte apretón de manos. De repente, me convengo de que, a partir de ahora, estos dos no van a querer perderse de vista.

El Viejo se levanta de la silla y se despereza. Yo me froto los ojos para librarme de los destellos de mi monitor. Van a dar las diez, y nosotros llevamos auestas más de diez horas de trabajo. Me apetece algo de silencio y un sueñecito rápido de diez minutos. Eso que mi ordenador llama *reset*. Se aprieta una tecla y, hale, la memoria se queda tan limpita.

Todos sentimos curiosidad por saber qué van a hacer los demás esta noche a las cuatro, durante la emisión del capítulo piloto. Los hermanos Durietz van a prepararse un mini sarao y a verse el capítulo con calma y tan a gusto. Mathilde estará con su madre. Y yo voy a intentar que Charlotte no se vaya a la cama. El Viejo asegura que piensa estar durmiendo como un niño.

Por primera vez, nos despedimos los cuatro dándonos besos. Una recatada demostración de confianza, como si fuese Nochevieja.

*

Una dorada con acederas y unas natillas de caramelo: eso es lo que me apetecía cenar. Sólo encontré una lata de caballa con salsa picante y yogures. Pero compré champán. Estamos en Navidad. O, mejor dicho, en Año Nuevo. Y sólo unos pocos lo sabemos. Subo la escalera a todo correr, como en las películas, abro la puerta enarbolando la botella y llamo a voces a Charlotte por toda la casa. De pronto, me transformo en el enamorado romántico que convierte la vida en una fiesta perpetua. Hay luz en el cuarto de baño. Me imagino la piel de Charlotte oliendo a aromas tropicales. Entro sin llamar. ¡Pienso meterme vestido en la bañera!

—¿Charlotte?

Vaho. Calor húmedo.

—... ¿Charlotte?

Hace menos de un cuarto de hora que estaba metida en el agua. El vaho vela los espejos, entibia y perfuma el aire. Incluso se ha depilado las piernas. La maquinilla eléctrica está al borde de la bañera. Ya le he dicho mil veces que es peligroso. Vuelvo a llamarla a voces, pero con muy poca convicción. Hay un posit amarillo en la tele.

«Me voy a me cuenten la historia que más me gusta: la mía. Hasta mañana, a lo mejor».

De todas formas, se habría quedado dormida viendo mi Saga. No me habría quedado más remedio que explicárselo todo y yo me habría perdido la mitad de las imágenes.

*

Jérôme y Tristan están enfrascados en una charla mientras miran un documental sobre la vida de los caimanes. Son las cuatro menos cuarto de la mañana y en esta oficina pasan más cosas que en la discoteca más caliente de la capital. Los dos hermanos pertenecen a una especie de club que no tiene más que esos dos socios, un salón nocturno en el que plantean temas transcendentales ante las imágenes de un mundo en descomposición.

—Es de los caros y está fresco —digo enseñándoles la botella de champán.

Jérôme no me pregunta por qué no estoy en donde tenía previsto estar y casi se alegra de que no esté. Tristan se incorpora; le parece más correcto sentarse para recibir a un huésped inesperado. Baja el sonido de la tele. Los caimanes se quedan sin estertores, pero siguen con su danza mística. Me acomodo. Me aterriza en la mano un vasito de vodka rojo.

—Imagínate un mapa de Francia —me dice Jérôme—. Cierra los ojos..., un hexágono gris..., las mellas de las costas azules... ¿Ya está?

—Me armo un poco de lío por la zona de Finisterre, pero vale.

—Ahora imagínate que los puntitos rojos que van a encenderse son otros tantos televisores encendidos en este preciso instante. ¿Los ves?

Entro en el juego a tope y me concentro, con un trago de vodka en la garganta.

—¿Hay alguno o no?

—Schssss...

Me pego el vaso a la frente para refrescármela.

—Veo uno por Biarritz. Otro acaba de encenderse en el departamento de Le Var. Tres o cuatro en el de Nord.

—¿Lille?

—Más bien Caen.

—Normal. Por esa zona hay montones de gente que padece insomnio y mucho marino. ¿Y en París?

—¡Puf! Lo menos doce.

—Pues eso merece un brindis, tío.

—¿Y en Saint-Junien? ¿No hay nada por Saint-Junien, en Haute-Vienne? —dice una voz estentórea que nos sobresalta a todos.

—¿Louis? ¿Qué coño haces aquí?

—Uno se cree que se ha hecho viejo, que está de vuelta de todo, que ya no le queda nada por ver. Y a eso de las dos de la mañana, uno se despierta nervioso perdido sin saber por qué.

Se sienta a mi lado, con una bolsa de plástico en las rodillas.

—¿No has visto nada por la zona de Haute-Vienne?

—No.

—Tengo allí un amigo que me había prometido ver el capítulo, el muy cabrón.

Saca una cajita de madera y rompe el precinto con la uña.

—Chicos, es noche de fiesta, ¿no? Vais a presenciar cómo abandono mis sacrosantos *gauloises* por una de estas pequeñas obras de arte. Espero que me acompañéis.

Unos puros más largos que un día sin pan, colocados de tres en tres en unos estuches que dan ganas de fumarse también.

—Unos Lusitania, que es como decir el sueño dorado de todos los aficionados a los habanos. Duran exactamente una hora, incluidos los títulos de crédito.

Jérôme va a abrir la ventana por lo que pueda pasar, mientras el Viejo se prepara un puro en el sofá, dándose pisto. Tristan sube un poco el sonido y pone la cadena adecuada. Está acabando un documental sobre los macizos de las Causses olas Cevenas. Faltan dos minutos para la misa mayor. O para el bautismo del niño. En cualquier caso, es una ceremonia religiosa. Nos disponemos a encender piadosamente los puros cuando nos da en la nariz un perfume que nos hace alzar los ojos. Una fragancia que nos sabemos de memoria, que forma parte de nuestros días y que ya estábamos echando de menos. En el umbral, vemos a Mathilde, como si pidiera permiso para entrar.

—Estaba segura de que mi madre se iba a dormir como una bendita. ¿Puedo incorporarme a la celebración?

Nada como las reuniones familiares. Porque, en fin de cuentas, a lo que hemos venido es a ver a nuestro bebé, igual que en una clínica, rezando para no haya salido muy deforme.

—¿Sabes lo que hizo mamá antes de quedarse dormida? Encendió dos televisores, pensando en los índices de audiencia. ¿No es un gesto encantador?

Deshace el nudo de una servilleta llena de galletitas.

—Guiso fatal, pero la repostería se me da bastante bien.

Me metí en la boca una galleta por cortesía; y luego me la zampé como un goloso. El olor del chocolate ha barrido de pronto con la timidez de Tristan. Jérôme nos sirve sendas copas de champán y está a punto de hacer un brindis cuando aparece en pantalla el logotipo de la cadena, al que acompaña una grata fuga de Bach.

Unité Fiction presenta
SAGA

—Es posible que la aventura se acabe esta noche, pero quería decirles que nunca olvidaré lo buenos que habéis sido los tres con Tristan y conmigo, y que...

—Calla, plasta, y siéntate.

A todos se nos escapa un grito al ver nuestro nombre en los títulos de crédito. ¡Esto es solo el principio! ¡Pasarán flotando por la pantalla durante las ochenta noches próximas! ¡El mundo va a enterarse de que existo! Aunque el mundo se reduzca a tres o cuatro insomnes que están viendo la tele por casualidad. Warhol dijo que todos los del siglo xx tendremos nuestros quince minutos de gloria. Debía de tener razón. Sólo siento que los míos hayan caído a las cuatro de la madrugada.

La primera imagen de la Saga nos mete de pronto dentro de una cocina a la americana. Dos plantas de interior enormes cubren un trozo de pared; en el rincón que hace de cuarto de estar hay algo así como un sofá azul y dos sillones beis, una mesa baja y un aparador antediluviano. Una película porno de los setenta no habría racaneado más en el presupuesto de mobiliario, pero ya no es momento de despotricar por la pobreza de los decorados. Concluye la fuga de Bach y vemos que, en lontananza, se mueve una chavala. Está sola.

—¿Quién es?

—Debe de ser Marie Fresnel.

—¿Esa chiquita?

—¿Está cantando?

—No, está hablando sola. La idea se te ocurrió a ti, por cierto.

—Su cara me suena de un anuncio.

—¡Tiritas! ¡Un anuncio de tiritas! Le ponía a su crío una tirita muy hermosa en una desolladura.

—¿Qué dice?

—Está ensayando lo que le va a decir a Walter para invitarlo a tomar el aperitivo, pero, si no paráis de decir sandeces, no vamos a oír nada.

Primer plano de la chavala, que atiende a las idas y venidas del rellano. Puede parecer bonita. Tiene ese aspecto de *mujer que habría podido ser alguien en la vida si no se hubiera consagrado a su familia, lo que da nobleza a sus arrugas*. Abre la puerta (plano del descansillo). Un individuo está entrando en el piso de al lado: Walter. Hay para preguntarse de dónde lo han sacado. Sobre el papel, era un guitarrista madurito, pero se ha convertido en la caricatura de un hippie que sigue colgado de un tripi. Lo han disfrazado con una camisa de cuello Mao, un chaleco violeta y un vaquero que barre el felpudo con los flecos del bajo deshilachado. Mastica chicle como un auténtico soldado yanqui, pero no se nota demasiado, porque toda la atención del espectador no tarda en centrarse en las chapas que luce con bastante ufanía. Yo identifico la de los Doors y Jérôme cree que ha reconocido la cara de Dylan. Es tan grotesco que nadie se atreve a bromear. Dice, con un acento que atufa: «Tengo que darle una buena noticia y una mala: soy su vecino nuevo y soy norteamericano», y es como si dijera: «Ven conmigo, baby, que en el jeep llevo cajetillas de Lucky Strike y medias de nylon». Menos mal que Marie queda bastante airosa al contestar: «¿Y cuál es la buena noticia?». Un montón de personas se agolpa en ese rellano que no debe de medir más de cuatro metros cuadrados. En diez minutos, ya hemos visto a todos los actores. Caras desconocidas y familiares, tipos como los que se ven a diario por la calle. Camille-la-suicida parece una compañera de clase simpática a la que apetece Invitar a un café. Bruno-el-tarado da el tipo a la perfección: un adolescente mal encarado con su correspondiente lote de complicaciones juveniles. Jonas se parece tanto a un policía como yo a una chica Danone, y a Fred le falta mucho para el metro ochenta que le habíamos adjudicado. La sorpresa agradable es la peculiar muchacha sin edad concreta que hace el papel de Mildred. Tiene un rostro duro e intenso, que no pierde la esperanza de parecer feo. Incluso un su forma de hablar hay cierta ambigüedad que invalida y supera todas las indicaciones de interpretación que nos hemos esforzado en incluir en el guión, con lo que hay veces en que una frase se transforma, y debo decir que para bien. Yo escribí:

MILDRED (*como si se ahogara*): ¡Me gustaría agarrarlo con la mano, así, y apretar fuerte!

y se ve lo siguiente:

MILDRED (*perversa, con una mano en los labios*): Me gustaría agarrarlo con la mano..., así..., y apretar (*suspiro*)... fuerte...

En cuanto a los demás, resulta difícil decir si lo hacen bien o mal. Es una mezcla peculiar de buena voluntad y trabajo de aficionados. Sea como fuere, parecen convencidos del invento, igual que nosotros. Y si a veces no pescan el tercer grado de

un diálogo o se les escapa la intensidad dramática de un ademán, se les perdona fácilmente. Están embarcados en esta Saga, igual que nosotros. E igual que nosotros, ellos y sus familias se han quedado levantados esta noche.

Centro Hospitalario Universitario Kremlin-Bicêtre
Servicio de Geriátría

Al autor o a los autores:

Les rogamos que disculpen la letra temblona de una mano anciana, pero ninguno de nosotros sabe cómo usar el cachivache que la enfermera jefe ha tenido la gentileza de poner a nuestra disposición. A través de dicha mano se expresa el grupito (somos ocho de momento) que acaba de constituirse en menos de una semana. Como sólo dormimos un par de horas por noche («¡Ay, vejez enemiga!», que decía Corneille) solemos esperar a que amanezca en la sala de televisión en vez de en nuestros cuartos, pese a las protestas de las enfermeras de guardia. El 13 de octubre de este mes nos encontramos con el primerísimo capítulo de la serie Saga. Desde entonces, nadie concibe siquiera la posibilidad de perderse el siguiente. E incluso hemos iniciado una labor propagandística que ha despertado la curiosidad de otros cuantos trastos viejos de este servicio. El resultado ha sido que, en la actualidad, es todo un CLUB el que se reúne cada noche a las cuatro en punto ante la pantalla del televisor. Pronto habremos convertido a nuestra causa a todo el pabellón geriátrico. ¡Pueden confiar en nosotros! Su Saga es infinitamente más original que las cosas que suelen echar a esas horas (e incluso en horas de mayor audiencia); y somos un público muy exigente, no se vayan a creer. Las nuevas series norteamericanas son de lo más ruidoso: no hay en ellas más que música escandalosa e intrigas triviales. No nos oponemos a cierta dosis de violencia, pero que no sea gratuita, demonios. Sí, claro, también hay jóvenes musculosos y muchachas preciosas que nos alegran la vista. Pero nos hacen soñar un ratito y nos deprimen el resto del día. En cuanto a las series europeas, parece que están escritas para niños pequeños. Hay que ser muy, pero que muy cándido para interesarse por todos esos argumentos pacatos que nunca se atreven a salirse de los caminos trillados. Esta Saga de ustedes es diferente por completo. Nunca sucede lo que pensábamos que iba a pasar; los personajes son sugestivos, pero también tienen su complejidad, y mucha. Las aventuras empiezan y concluyen sin que merme nunca el interés, y, en cuanto empieza a sonar la musiquita de Bach, se apodera de nosotros un encantamiento extraño. En lo que a mí se refiere, me agrada mucho el personaje del inventor que no

sabe y a qué inventar para salvar a la humanidad. Y también me gusta todo cuanto sucede entre Marie y Walter; tengo la esperanza de que ambos acaben por confesarse su mutuo amor (pero también me preocupa el admirador secreto...). En cualquier caso, somos unos espectadores fieles y lo seguiremos siendo. Y nos acordamos con frecuencia de ustedes, porque son, como quien dice, los acompañantes de nuestro último tramo de camino. Y es un tramo de camino muy duro este que nos queda por recorrer, sobre todo de noche.

Es muy probable que escribamos también una carta a los actores de la Saga, que se merecen que les demos ánimos. Pero queríamos hacer llegar nuestro agradecimiento a los autores antes que a nadie.

Sigan adelante. Aunque sólo sea por nosotros.

*El club de los ocho del piso
B1, Pabellón de los Viejos*

La recibimos esta mañana. Es decir, diez días después de que la echasen al correo. Ha estado rodando una semana entre la correspondencia de Séguret antes de que una secretaria de alma caritativa nos la enviase aquí. Mathilde la ha leído en voz alta. Y todos hemos sonreído por aquello de guardar las formas. Pero, en realidad, estábamos demasiado afectados los cuatro para decir qué sentíamos de verdad. Esta carta es el único eco de la serie que nos ha llegado hasta ahora. Ya han emitido doce capítulos, y ni una reacción, ni de los periodistas, ni de los directivos de la cadena, ni siquiera de las personas de nuestro entorno. No aspirábamos a tanto. Debe de ser señal de que todo va bien y de que la Saga desempeña su papel a la perfección: cumplir con los porcentajes de pantalla con la mayor discreción posible. A Séguret tampoco se le ocurre nada que decir; está esperando lo que queda, los cincuenta y seis capítulos que estipula el contrato, y con eso la cadena habrá superado el escollo. Y nosotros, ¿qué otra cosa podemos esperar?

Todo va bien.

Louis ha pinchado la carta de los ancianitos en la pared, junto a la máquina de café.

*

Esta noche han echado el capítulo 16 y se me olvidó programar el vídeo. Me había pasado el día escribiendo las dos últimas secuencias del capítulo 28. De aquí a que lo emitan, ya nos habremos liquidado las tres cuartas partes de la serie. Lo importante es no perder tiempo. Seguir haciendo lo que nos apetece, pero a la mayor velocidad posible. No merece la pena intentar enterarse de si la Saga va a la deriva o si sigue el rumbo; es como si hubiese a bordo cuatro capitanes locos que se ponen al mando de las máquinas cuando les parece bien. Perdónanos, Dios mío, porque no sabemos lo

que nos hacemos. A veces, me da la impresión que la serie se escribe con una escritura automática como la de Dalí y Buñuel; decimos todo lo que se nos ocurre y desechamos en el acto todo lo que los otros tres descartan, sin pedirles explicaciones. Nos divertimos rebasando los límites de cualquier decencia, como niños a los que nadie prohíbe nada; y nadie nos riñe. Nos hemos inventado un personaje que nos hace mucha gracia, un primo lejano de los Callahan oriundo de un auténtico islote del Pacífico. Se llama Mordécai, es riquísimo y está como una regadera. Pone su ingente fortuna, sin lógica aparente, tan pronto al servicio de la virtud como del vicio. Partiendo del principio de que todo el mundo y todas las cosas tienen un precio, Mordécai tira de talonario de cheques como quien pide la cabeza de alguien. Como el dinero y la locura están hechos para entenderse, a Mordécai se le da de maravilla ensañarse a veces con un inocente; otras, recompensa a un bribón. Pero también puede hacer todo lo contrario. Le regala un Disneyland a una anciana inválida; obliga al museo Pompidou a montar una retrospectiva de un pintor de tres al cuarto de la plaza de Le Tertre; está dispuesto a pagar un millón de dólares por una foto en la que aparezca desnuda una ministra de la que acaba de encapricharse (y lo consigue). Organiza veladas ostentosas para humillar a un tiempo a la jet set y a la Cruz Roja. Y todo lo hace con un cinismo enorme, o con una saludable espontaneidad, según se mire. De momento, Séguret no ha reaccionado, ni tampoco ninguna otra instancia censora. Es como para aburrirse del ejercicio de la provocación. Somos los creadores y los espectadores únicos de la Saga. Lujosa frustración.

Mathilde se pasa el día fumando sus puritos largos y delgados, que le hacen parecer una Mata Hari de vuelta de todo. Cambia de cara a diario y habla de sexo igual que otros hablan de informática. Sería perfecta si no leyese la prensa del corazón. Está muy al tanto de las vacaciones de las actrices, del trasero de las princesas y de las largas enfermedades de los grandes de este mundo. A veces, recorta unas cuantas fotos y las pega en un *dossier* enorme que guarda bajo llave en un cajón. Cuando le preguntamos qué demonios anda haciendo, contesta que es su jardín secreto y que la curiosidad es una cosa muy fea. No puede ya quedarnos duda alguna: Mathilde tiene alma profesional de modistilla; se lo toma como un oficio.

Jérôme ha salido del bache económico y el dinero le sienta estupendamente. Es para preguntarse qué clase de individuo sería si tuviera sus cuatro millones de dólares. Incluso ha querido librarnos de la presencia de Tristan, pero Louis a punto estuvo de organizar un motín. Hasta ahí podríamos llegar: prescindir de «su espléndida memoria en vivo»; ese chico es una auténtica «biblioteca de situaciones», un «vivero de tipos de personajes», un «tesoro faraónico de peripecias». Énfasis muy merecido. En más de una ocasión, Tristan nos ha aportado soluciones de recambio; incluso, a veces, le pedimos directamente situaciones concretas. Basta con darle unas cuantas indicaciones, y su capacidad de síntesis se pone a funcionar en el acto. No se trata desde luego de fértil imaginación, o de cualquier otro proceso creativo. Tristan es más bien un cotejador que posee unos conocimientos enciclopédicos. O sea, que

sigue con nosotros y lo consideramos uno más del equipo.

Nuestra familia ha crecido y cuenta con dos nuevos miembros: Lina, la jefa de Prima, y William, el montador. Lina es una cazadora de caras que mide un metro cincuenta y es capaz de seguir la pista a cualquier personaje, inventarse actores y correr, hasta acorralarla, tras esa silueta desconocida que anhelan los directores. Con lo poco que renovamos nosotros el cartel, el reparto de la Saga no le lleva ni diez minutos semanales. Si aceptó hacerse cargo del asunto, no fue por el presupuesto mísero que le asigna Séguret, sino porque ha simpatizado con los hermanos Durietz. Vamos a verla siempre que aparece una rara nueva en la serie; yo para darle la enhorabuena y Louis para comentarle que no se ha tomado muchas molestias que digamos.

William tiene un taller increíble encima de nuestras cabezas. Se dedica a los montajes y a todas las chapuzas que precisan en la cadena. Se lo pasa bomba con su material ultramoderno, y los técnicos lo consideran el Houdini del montaje en vídeo. Dice que montar la Saga es su «hora del recreo».

Todo iría a pedir de boca si Séguret no estuviera cada vez más plasta. Por misteriosas razones de planificación y de costes, nos hace cambiar trozos enteros, y casi siempre en el último minuto. Este hombre no hace *zapping* con un mando, sino con una calculadora. No conseguimos entender las razones objetivas de los cambios que nos pide. A veces, no tiene él la culpa, como ayer, cuando un actor se largó de la Saga sin avisar para rodar un anuncio por el que le pagan veinte veces más trabajando sólo un día. El fax de la producción decía: «Relleno de diez minutos. Lo necesitamos para mañana».

—Diez minutos...

—¡Pero si son las nueve de la noche!

—Yo me quiero ir a mi casa...

—Yo estoy hasta las narices...

—¿Jérôme?

Jérôme, malhumorado, dice que le va a proporcionar a Séguret los diez minutos más baratos del mundo. Y nosotros, como unos cobardes, lo dejamos tirado.

Esta mañana, llego el primero a la oficina, con la curiosidad de saber cómo ha salido Jérôme del paso. Los hermanos Durietz todavía no se han despertado. Encuentro dos hojas al lado del fax:

27. VENTANA.
INT. NOCHE

Marie y Walter ante una ventana abierta. Durante toda la escena sólo se los ve de espaldas, en primerísimo plano, asomados a la ventana. No se vislumbra ni el interior de la habitación ni lo que pasa fuera, en la oscuridad.

MARIE: Ha sido un detalle invitarme a este viaje a Nueva York.

WALTER: No tiene importancia.

MARIE (*echando una breve ojeada al interior de la habitación*): Quién me iba a decir que un día pasaría la noche en la mejor suite del Waldorf Astoria.

WALTER: Este hotel no se merece a una mujer como usted, Marie... (*señala el cielo con el dedo*); vale más que contemple esa esplendorosa aurora boreal. Ése sí que es un espectáculo digno de usted.

MARIE: ¡Qué hermosura! ¡Qué colores tan increíbles! Es como si Dios hubiese decidido mostrarnos su genio de pintor... (*apoya la cabeza en el hombro de Walter*).

WALTER: Eso mismo. Igual que si De Kooning hubiera pintado la bóveda celeste... Qué espléndido es ese arabesco que rodea la Osa Mayor...

MARIE (*estupefacta*): Pero..., ¿qué es eso? Fíjese..., ahí... ¿Una estrella fugaz?

WALTER: Es un meteorito que va a caer justo enfrente de nosotros. ¡En pleno centro de Nueva York!

MARIE: Viene derecho hacia este edificio...

WALTER: Va a estrellarse contra el Empire State...

MARIE (*espantada*): Noooooo...

Se oye una explosión. Marie y Walter se vuelven un instante, tapándose los ojos con las manos tras una tremenda explosión de luz cegadora. Luego, siguen mirando por la ventana.

WALTER: ¡La bola de fuego todavía se está consumiendo sobre Manhattan!

MARIE: Wall Street está a sangre y fuego...

WALTER: Fíjese..., el meteorito ha desviado la trayectoria de ese Boeing, que va derecho hacia la estatua de la Libertad.

MARIE: ¡Aaag! ¡La ha decapitado! ¡Qué espanto!

WALTER: El avión se estrella en la ciudad y cientos de rascacielos estallan a su paso. Es horrible...

MARIE: ¡Y mientras, a lo lejos, todavía se divisa el sublime castillo de fuegos artificiales que están disparando en Coney Island!

WALTER: Bienvenida a Nueva York, Marie.

Se besan.

*

Séguret nos deja usar más decorados, aunque lo de «decorado» es mucho decir. Podemos disponer de una habitación más y amueblarla como queramos. A veces es el vestíbulo (muy cutre) de un hotel; a veces, la consulta de un psicoanalista; o un aula, la ventanilla de una sucursal bancaria, la sala de espera de una estación, los aseos de un cine, la sala trasera de un bar, etc. Séguret asegura que esa «apertura al mundo» va a incrementar nuestra «virtualidad funcional». Gracias, jefe. Pero sigue siendo impensable que nos autoricen ni una sola escena en exteriores.

A pesar del salto adelante de nuestra virtualidad funcional, las dos primeras semanas de diciembre han sido difíciles. En poquísimo tiempo se nos erosionó el entusiasmo, lo que repercutió muy negativamente en nuestro afán de hacer las cosas bien. Era como si nos despertásemos sin sentido del humor; necesitábamos varias horas para recuperarlo. ¿Habrà algo peor que eso en el mundo? Mathilde lo achacó a un cansancio general, inevitable con el ritmo de trabajo que llevamos desde hace dos meses. Jérôme estuvo funcionando unos cuantos días a cámara lenta, y se le notaba muy mellado el acostumbrado talante corrosivo. Su hermano seguía tan impertérrito como de costumbre, pero él no está sometido a tanta tensión como nosotros. Yo me paso el día echando pestes contra la llegada del invierno, que, como todos los años, hace que me entren ganas de pegarme un tiro. El Viejo anda buscando «el segundo resuello del corredor de maratón», como él dice. Se muestra un tanto indulgente con nosotros y asume él solo el papel de correa de transmisión con Séguret. Tenemos

buen cuidado de reprimir las rachas de malhumor, que podrían resultarnos fatales. Para quitarle dramatismo al asunto y aguantar a pie firme la crisis pasajera, a veces andamos de vacile los unos con los otros, rascando en las reservas de ironía que nos quedan. Pero todos sabemos cuál es el auténtico problema: resulta fácil suponer la depre que le entraría a un panadero que se pasara las madrugadas amasando para que nadie probase nunca su pan. Esta jodida Saga no se merece que nos dejemos los cuernos en el empeño.

Séguret nos anima a que metamos más llamadas de Marie al Teléfono de la Esperanza y más sesiones de Camille en la consulta del psicoanalista. Desde luego, no hay nada más barato. Aunque Louis y yo hacemos unos diálogos de lo más enérgico, a veces se nos agota la inspiración al final del capítulo. Desde ayer, hemos solucionado parte del problema: tras un monólogo desesperado a tope, Camille se levanta del diván, le da un apretón de manos a su psicoanalista y se marcha. Mientras baja la escalera, se oye un disparo. Un psicoanalista menos; éste no estaba preparado para tanta melancolía.

Jérôme se ocupa de los dimes y diretes de Jonas con su terrorista, Pedro «White» Menéndez. Nadie sabe por qué pone bombas. Siempre hace saltar por aires los sitios más inesperados: el museo Grévin de figuras de cera, el ministerio de Defensa, el Arco de Triunfo, el parque de atracciones de Le Trône, el restaurante La Tour d'Argent, la oficina de correos de Le Louvre, y muchos más sitios. Tanta violencia se queda en pura abstracción, porque Séguret, cada vez que explota una bomba, sólo nos deja meter un avance radiofónico, lo que tiene a Jérôme en un estado de frustración rabiosa. Resultado: Menéndez está cada vez más radicalizado de un capítulo a otro. No se sabe casi nada de él, salvo que lleva siempre un libro de Kafka en la mano.

Mathilde se dedica sobre todo a Mildred y al ser. En cuanto están juntos en una habitación, todo es ya posible. Parece que Mathilde quisiera pasar revista a los infinitos engranajes éticos y físicos que pueden darse entre dos individuos de sexo contrario. ¡Nunca he visto nada más crudo! Séguret no se cosca de nada; y, como no sacamos a Walter revolcándose entre botellas vacías, tampoco es capaz de percatarse de su continuo estado de embriaguez. Mientras no enseñemos al Ser enarbolando la cola y sacando la lengua, no ve nada malo en que dos jóvenes disfruten en un cuarto cerrado. ¡Si sospechase por un momento a qué grado de obscenidad hemos llegado! La coincidencia de determinadas palabras y determinados gestos acaba siendo algo puro y tórrido. Comparado con esto, el programa porno de la cadena rival parece una clase de ciencias.

Y bien sabe Dios que en este momento lo que menos necesito yo es que venga nadie a encandilarme...

Sobre todo desde que se ha apoderado de mí un curioso fenómeno de combustión espontánea, que no se sitúa ni en el corazón ni en la cabeza, sino en una zona intermedia entre el ombligo y el bajo vientre.

Una llamita con tendencias a convertirse en hoguera...

Me cuesta admitir que se trata de un efecto perverso del distanciamiento que hay ahora entre Charlotte y yo. Las pocas veces en que nos cruzamos, siempre por casualidad, noto en ella un legítimo deseo de entablar una de esas guerras de nervios en las que siempre se deja el pellejo uno de los dos contrincantes. Hace unos días, la rocé sin querer y dio un brinco como si el contacto de mi hombro le hubiese quemado el codo. Fue un rechazo tan rotundo, tan instintivo, que en un cuarto de segundo entendí muchas más cosas que en todas las semanas anteriores. Así que, desde entonces, ni pensar en andar ronroneando a su alrededor o, incluso, en verla desnuda en el cuarto de baño.

De forma simultánea a esta fase de mutismo físico, me he dado cuenta de que las emisiones nocturnas de la Saga me hacen un electo inédito. Una de las noches que no fui a casa a dormir, se lo conté a Jérôme:

—¿A ti no te afectan esos personajes de mujeres que se amoldan a todo lo que les haces vivir?

—Pues si fueran Garbo o Faye Dunaway, no te diría yo que no. Pero no me voy a andar subiendo por las paredes por Doña Tiritita o por la pedorra esa de Camille.

—¿Y qué me dices de su intimidad intelectual?

—¿...?

—Fíjate, por ejemplo, en la escena en que Camille pierde los papeles e intenta seducir a Walter. ¿Te acuerdas de lo que le dice tal que ahí, en el cuarto?

—Pues la verdad es que no.

—Le da a entender que acaba de depilarse el pubis pensando sólo en él y que ha vuelto a leer a Sade para prepararse para ese encuentro. No se lo dice con esas palabras, pero se le entiende todo.

—¿Y qué?

—Cuando vi esa escena, cuando vi a la chica que hace de Camille luciendo la pechuga para ese *beatnik* degenerado, cuando oí todas esas metáforas tan bonitas acerca del sexo, me pregunté si teníamos derecho a utilizarla como soporte de nuestras obsesiones; si teníamos derecho a jugar con la libido del prójimo, aunque se trate de personajes de ficción.

Jérôme me miró con el recelo del buen salvaje que ve acercarse al misionero.

—¿Cuánto tiempo hace que no te revuelcas en una cama con una chica, guapo?

—¿...?

Para salvar el tipo, hice que era de esos que nunca caen en esa clase de tópicos y me puse a soltar una filípica a lo Sacha Guitry —grandilocuencia irritada y paradojas profusas— en la que afirmaba que el impulso de la libido no era la única reacción posible, mal que le pesara a Freud. El mundo no se divide en priápicos y eunucos. El mito del hombre esclavo de su turgencia es una quimera de beatos, etc.; y me fui a mi casa, convencido de que había salido del paso con la cabeza muy alta.

No me replanteé el asunto hasta el día siguiente, cuando Louis me pidió que revisara una secuencia.

23. CUARTO DE CAMILLE

INT. DÍA

Jonas entra, tras darle permiso Camille. Ella está empalmado el teléfono que Jonas le entregó en la secuencia 16.

CAMILLE: La contraseña es «Doble o nada», ¿verdad?

JONAS: No, la cambiaron ayer. Ahora es: «No va más».

CAMILLE: Podrías haberme avisado. ¿No has jugado ya bastante conmigo?

JONAS: ¿A qué hora has quedado con Menéndez?

CAMILLE: A las ocho, en su hotel.

JONAS: ¿Y qué te vas a poner para la entrevista?

CAMILLE: ¿Esa pregunta me la hace el poli o el pretendiente?

—¿Te parece que lo hemos metido todo?

—...

—Marco, ¿te pasa algo?

No hubiera sido capaz de decirle que había leído lo siguiente:

23. CUARTO DE CAMILLE

INT. DÍA

Jonas entra, tras darle permiso Camille. Está empalmado el teléfono que Jonas le entregó en la secuencia 16.

CAMILLE: La contraseña es «Jode o nada», ¿verdad?

JONAS: No, la cambiaron ayer. Ahora es: «No va más».

CAMILLE: Podrías haberme avisado. ¿No has gozado ya bastante conmigo?

JONAS: ¿A qué hora has quedado con Menéndez?

CAMILLE: A las ocho, en su hotel.

JONAS: ¿Y qué te vas a poner para que te desvista?

CAMILLE: ¿Esa pregunta me la hace el poli o el pretendiente?

Ya va siendo hora de que me marche a casa. Antes de irme, doy a la tecla de «cerrar» en el ordenador, como todas las noches. Y la pantalla me dice: «Ahora puede abrazar el equipo».

*

No tengo nada claro quién ha hecho qué en el capítulo 31. Ninguno de nosotros lo ha vuelto a leer con un mínimo de atención; ha salido de aquí tal cual, con todos nuestros titubeos y nuestras chifladuras. Hemos renunciado a toda pretensión de coherencia; la verosimilitud de las situaciones no es ya sino un vago recuerdo; el todo-vale reina como amo y señor absoluto. No tenemos más criterio de selección que las carcajadas del Viejo. Séguret no nos molesta para nada, no se entera de nada y nos deja total libertad. Pasa mucho de saber si alguien pretende hacer algo en esta puñetera Saga, o qué es lo que pretende hacer, o quién se acuesta con quién, o quién quiere degollar a quién y por qué. Se la trae floja, mientras pueda rodar mucho en muy poco tiempo.

Aunque estamos bastante quemados, ahora sólo necesitamos algo menos de cuatro días completos de trabajo para parir un capítulo de cincuenta y dos minutos.

Pero son los días más largos de mi vida. Al principio, me movía por la serie con cierta soltura; ahora me parece que soy un soldado de infantería que tiene que andar arrastrándose por el barro día y noche para ganarse los galones. Ayer, confundí a Camille con Mildred durante una escena delicada: el momento crucial en que Camille se convence a sí misma de que le gusta más Walter que Jonas. El mismo texto en boca de Mildred se convierte en algo así como una plegaria edípica que debería, a partir de ahora, servir de punto de referencia a los psicoanalistas. Podría haber rectificado; bastaba con cambiar los nombres. Pero lo dejé todo tal cual sin avisar a nadie. No soy el único en meter la pata: en el capítulo 29, Jérôme volvió a sacar a relucir a Étienne, un tío de lo más raro que Louis se había cargado en el 14. En el último momento, intentaron justificarlo de mala manera con una historia incomprensible que iba de metempsicosis y de enfermedad mental. Yo no sé qué actor va a ser capaz de interpretar una escena así, a menos que Lina lo saque de una colonia de ascetas hindúes que hayan vivido demasiado tiempo cerca de una central nuclear. Jérôme nos ha colado una intriga internacional con asesinato, *trust* y rehenes, todo ello sin moverse de un recibidor. Y, entretanto, Mathilde se propone acabar con el déficit de la Seguridad Social creando un impuesto sobre el amor (la escena existe, que la he leído yo).

De momento, la policía aún no nos ha localizado.

*

—¿Diga?

—¿Estabas durmiendo, hijito?

—Sí, ya veo que estabas durmiendo.

—¿Qué hora es?

—Las ocho pasadas.

—¿Eres tú, mamá?

—¿Quién va a ser?

—Nadie. Sólo una madre puede llamar a estas horas. ¿Estás en la oficina?

—Pues no. Por eso te llamo. Tu madre te necesita y no vas a dejarla en la estacada. Estoy en el vestíbulo de Cercanías y voy a llegar tarde al trabajo. Ya llegué tarde la semana pasada; y a Combescot estas cosas le sientan pero que muy mal.

—¿Y qué quieres que le haga yo?

—Tengo que cerrarles el pico.

—Bueno, ¿y qué?

—...

—Mira, mamá, ya sé que una madre y un hijo siempre se comprenden a base de detallitos, de miradas y de silencios, pero la verdad es que en esto no sé qué demonios quieres que haga.

—Búscame una disculpa.

—¿Cómo?

—Que me busques algo que decirle a Combescot. Ya le he contado lo del despertador que no suena y lo del suicidio en las vías.

—¿...?

—Es tu oficio, ¿no?

—¿El qué? ¿Decir mentiras?

—No, inventar historias. Búscame una historia, corre...

—¿...?

—¿O es que quieres que me despidan y cojan a una jovencita coa minifalda que hable inglés y llegue la primera por las mañanas, en cuanto acabe el *jogging*?

—Llevas veinte años en ese sitio, mamá; no van a hacerte una potada así.

—Que te crees tú eso. Hace seis meses, estuvieron en un tris. Se aprovechan de todo, ¿sabes? No seas así. ¿Tú sabes lo que es quedarse en paro a los cincuenta y cuatro años? Búscame ahora mismo algo verosímil.

—Imposible. Olvídate. Ya van tres veces. Combescot se va a pensar que lo tomas por tonto.

—Lo pensaré si le cuento una vulgaridad. Ya sabes que no tengo ni pizca de imaginación. Hay que inventarse algo que no le quedo más remedio que creerse.

—¿Tú te das cuenta de lo que me estás pidiendo?

—Anda, hombre...

—Hay dos formas de que cuele una historia poco creíble: la inflación y la sobrepuja.

—¿...?

—Por ejemplo, si me cuentas que una noche de éstas cenaste con Jean Gabin, pues no me lo creo. Pero si me cuentas que cenaste con Jean Gabin, que pidió trucha con almendras, que apartó todas las almendras porque no le gustan, y que tú las fuiste picando una a una del borde de su plato, algo así tiene que ser verdad a la fuerza. A eso es a lo que llamo la inflación. Pero en una emergencia como la tuya, yo creo que es mejor la sobrepuja.

—A ver.

—La mejor manera de que resulte creíble un acontecimiento extraordinario es emparejarlo con otro aún más extraordinario. Si llegas a la oficina contando que el tren de cercanías ha estado a punto de descarrilar y que los pasajeros del vagón casi la palmáis, igual no te creen. Pero si cuentas que el tren estuvo a punto de descarrilar y matar a todos los pasajeros, que hubo que cortar la circulación de trenes, que conseguiste un taxi, pero que, cuando ya te creías que todo estaba solucionado, el taxi chocó con el coche de un histérico que le partió la cara al taxista en plena calle, y tuvo que venir a separarlos un guardia, entonces quedas como una que se ha salvado de milagro. ¿Pillas el sistema?

—Me parece que sí. Se me están ocurriendo unas cuantas ideas. Lo único que me asusta es que igual no soy tan buena actriz como debería.

—Yo que tú no me preocuparía por eso.

—Muchos besos, corazón.

—Oye, mamá.

—Dime.

—Está muy feo mentir.

—¿Eso te lo he enseñado yo?

Y cuelga. Mi mano intenta hundirse en la melena de Charlotte y sólo se topa con la almohada.

Si por lo menos la almohada conservase su olor.

Soy del género olfativo.

Sólo huele a ausencia y a detergente. En la penumbra, abro el cajón de la cómoda en que guarda su ropa interior para meter la cara dentro. El cajón está vacío.

A lo mejor duerme en casa cuando no estoy yo.

Ya habría podido esperarse unos pocos meses. Yo habría vuelto a su lado para no separarme de ella nunca más.

No tengo ni idea de dónde puede estar y su ausencia se parece mucho a un desafío. Todavía no tengo ni idea de qué va ese desafío. No puedo contar ni con su familia ni con sus amigos para enterarme de algo. Su amiga Juliette ha hecho, por teléfono, como que se acababa de enterar. Casi prefiero la reacción del padre de Charlotte, que «se congratula de la ruptura». La palabra ruptura ha sido como un pinchazo en la oreja. Ruptura... Si, por lo menos, se hubiera largado como todo el mundo, dando voces y llenando maletas a puñados mientras echaba fuera la bilis.

Charlotte no hace nada como todo el mundo.

*

Al contrario que mi madre, llego al trabajo antes de la hora. Hace ya mucho que no me fijo en las idas y venidas de los *castings* de Prima, pero, sin que sirva de precedente, hoy me quedo bastante pasmado al cruzarme con el actor Philippe Noiret en carne y hueso, que está esperando a que lo reciban. Por el fondo del pasillo llegan otros tres Philippes Noirets; y media docena de Philippes Noirets están saliendo del despacho de Lina. Algunos bajan por la escalera y otro, rezagado, sale de mi oficina, disculpándose. Este alud de Philippes Noirets resulta un tanto turbador. Lina me explica a toda pastilla que necesita diez dobles del actor para un *gag* de su próxima película que dura en total veinte segundos.

Mathilde ya ha llegado y me recibe con una taza de té. Cada día está más guapa. Le miro las piernas con insistencia en cuanto vuelve la cabeza. El Viejo hace una entrada imperial.

—¿Alguien ha visto el capítulo de anoche? ¿No? Pues os habéis perdido algo grande, chicos. Una pelea entre Jonas y Bruno. Parecía que habíamos vuelto a los felices tiempos del cine experimental. Nada tenía ni pies ni cabeza, pero, cómo lo

diría yo..., allí estaba pasando algo.

—¿Te refieres a la escena en que Jonas anima al chaval a que cometa una transgresión?

—¡Una gozada! Han rodado la charla en contrapicado y se ven manos que sacan cosas no se sabe de dónde. A los surrealistas les habría entusiasmado.

Sobre el papel, era una escena más bien de altercado. Bruno acaba de hacer otra gilipollez de las suyas y Jonas lo arrincona en una habitación. El chaval piensa que le va a dar la charla y, además, a amenazarlo con algo terrible si reincide. En contra de lo esperado, Jonas coge al chiquillo por su cuenta y le explica que cometer una transgresión no consiste ni en robar un coche, ni en romperle la cara al peor enemigo que uno tenga. La transgresión es algo muy diferente, mocosito. No tiene por qué consistir en cometer una falta, ni en tener el coraje de cometerla. Es... sencillamente realizar una acción libre. Una acción que no venga dictada por ningún código, por ninguna reivindicación, por ninguna revancha. Una acción libre es...

Tirar un violín por la ventana en el sosiego del atardecer. Salmodiar en una lengua desconocida delante de un espejo. Ponerse a romper copas, tan pancho, fumándose un puro enorme. Llevar un sombrero grotesco y comportarse uno como si fuera invisible.

En resumen, disfrutar corriendo el riesgo de que los demás te tomen por un chiflado. Enterrar de una tacada lo racional, el buen gusto y los preceptos. En este mundo, a todos nos apetece realizar una acción completamente absurda, que no obedezca a lógica alguna. Basta con saber cuál es la nuestra. Tal era el grito que lanzaba Jonas.

—¿No pasaba en esa escena algo con la mantequilla? —pregunta Mathilde.

—¡Ya lo creo! ¡Y lo han rodado! ¡Al pie de la letra! Se materializa en las manos de Jonas medio kilo de mantequilla bien consistente. La aprieta con los dedos, sonriendo como en éxtasis, y se pasa sobándola un minuto largo, en tiempo real. Es de una sensualidad que no hay quien la aguante. El chaval se queda espantado.

Jonas le propone que haga él lo mismo, pero el chiquillo no lo consigue, no puede hacerlo y lo más probable es que no lo consiga en su vida. La locura y el absurdo son los dos tabúes supremos de la infancia. Un niño nunca se atreverá a transgredir tanto las normas. Sólo el adulto tiene valor para ello. Y, tras abrir esa grieta en Bruno, Jonas lo devuelve a sus turbulencias adolescentes.

Una cosa está clara: ahora sabemos que el director de Saga es de los nuestros. Séguet ha debido de sacarlo del cubo de la basura, como a nosotros. El individuo se atiene al guión con inusual fidelidad; es la correa de transmisión directa entre nuestro puñado de espectadores y nosotros. Louis prefiere no entrar en contacto con él, ya que él nunca ha intentado hacerlo. Debe de ser por miedo a que se quiebre algo.

El Viejo ha pinchado otras dos cartas encima de la máquina de café. Una nos la manda un forofio de los clubs nocturnos un tanto pasado de rosca. Nos ha costado una barbaridad entender la letra. Y para qué vamos a hablar de la redacción.

Salud a los aventureros del ciber-culebrón.

Hasta hace nada, sin ir más lejos, yo y mi colega Rizzo (THE RIZZO, el mismo que viste y calza) no bajábamos del cachondeo hasta que no nos habíamos atizado nuestra tacita de Earl Grey en casa de Mireille, a eso de las ocho de la madrugada. ¡Qué tiempos! Ahora, qué remedio, a meterse en casa tocan a las cuatro en punto para no perderse los cincuenta y dos minutos de flash integral, que es tanto como decir THE Saga, el surf en twilight zone, navegando por las olas de las neuronas. Entre nosotros, tíos, si tomáis algo para escribir esas cosas, a ver si nos decís qué es pero ya mismo. En plan telecutrerío, nunca se había visto nada igual. Nuestro colega de THE TUBE, que es un local en que tenéis mesa reservada en cuanto queráis, acaba de instalar un vídeo para celebrar la misa mayor nocturna de los que están todo para allá. La secta crece todas las noches. Que no decaiga.

Luc y Rizzo

Posdata: Motaría mogollón ver a Mildred en pelotas, por lo de las cicatrices.

Al día siguiente, recibimos otra.

Señora guionista y señores guionistas de Saga:

Sólo estas breves líneas para decirles lo siguiente: tengo cuarenta y un años y me paso las noches en la casa de mi infancia, cerca de Carcasona, porque mi madre va a morir en las próximas semanas. Mi hermana la cuida de día, y yo tomo el relevo hasta que amanece. Le gusta, sentir que me tiene cerca. Cuando se adormila, pongo la televisión, con el sonido muy bajo, para ver Saga. No sé cómo expresarlo, pero es la única hora en que puedo evadirme, es como una pausa corta en que, por fin, puedo respirar y reunirme conmigo mismo. Incluso me río a veces, sin hacer ruido. Cuando termina el capítulo, me noto más sereno, como si pudiera enfrentarme con mayor distanciamiento a esta farsa absurda que es la vida diaria. Gracias.

No hemos sabido qué opinar. Nos ha sentado muy bien. Sólo eso. Pero que muy bien.

Animados a tope, nos hemos metido con el capítulo 46. Séguret ha venido personalmente a media tarde a traernos los cheques y a recoger dos capítulos. No tengo nada que decir en contra de este hombre que vive en un continuo martirio. Opina que los autores son una plaga, que los actores son otras tantas plagas; de los anunciantes, mejor no hablar; y en cuanto al público, está coaligado en contra de él para impedirle hacer cosas de altura. Luce una incipiente tripita que parece preocuparlo mucho, porque va siempre con su botella de agua mineral a cuestas. Nuestra baza mejor sigue siendo su tremenda incultura. Es la garantía absoluta de que podemos colarle «lo que nos dé la gana» sin que se lo malicie siquiera. Esta tarde, me

pidió que le aclarara una frase que dice Jonas después del robo de un cuadro que Mordécai había regalado a los Fresnel («Si es un Braque auténtico, volverá a aparecer en el mercado»). Le largué un rollo acerca del cubismo que no le aprovechó para nada, porque me dijo, muy seguro de sí mismo:

—Tengo entendido que los ladrones a los robos los llaman *traques*, no *braques*. Y además no creo que anden perdiendo el tiempo por los puestos del mercado.

Bendito sea este hombre que vendería a sus padres en directo si con ello pudiera impedir que el espectador cambiase de canal.

A la de hora de salir, cojo el abrigo de Mathilde y la ayudo a ponérselo. El detalle la sorprende, y me lo agradece con una sonrisa. Tengo el tiempo justo de aspirar deprisa y corriendo una bocanada de femineidad y, para que no se me escape, contengo la respiración hasta la calle.

*

Desde que Charlotte se ha esfumado, ni siquiera siento ya necesidad de cambiar de ideas. Pasadas las 10 de la noche, odio las ideas. Así que, ¿para qué quiero otras nuevas? Pruebo a darme un baño muy caliente metiendo la cabeza bajo el chorro del agua fría. Leo *Mickey*. Hojeo un libro muy grande de fotos. Juego partidas de solitario. Pienso en si llamar a alguna ex, que igual tiene ganas de saber qué es de mi vida. Pero todo en vano. No consigo desconectar la máquina de fabricar historias. Por mucha agua fría que me eche por la cabeza, metido en la bañera, no puedo dejar de pensar en Marie, en Walter y en todos los demás. En cuanto miro las primeras viñetas de *Mickey*, ya me imagino lo que va a venir a continuación y empiezo a montarme historietas indignas de un ratoncito universal. Al azar de las páginas del libro grande de fotos, hay retratos de grupos que se avienen a las mil circunstancias que me invento para reunirlos. Hasta sería capaz de componer la biografía de todas y cada una de esas personas. Los movimientos de las fichas del solitario son como películas cortas de aventuras con derroteros y cambios de rumbo imprevisibles. Antes de descolgar el teléfono para llamar a la ex de marras, ensayo el diálogo en voz alta, modificando los adjetivos según me suenan más o menos sinceros.

Por fin, me rindo; me lanzo al frío mundo y mis pasos me llevan hasta ese edificio pequeño de esa vulgar avenida, en el distrito más desierto de París. Paradójicamente, es el único lugar en que consigo pensar en otra cosa. De camino, compro una botella de vodka a la pimienta para dar una alegría a Jérôme.

Tomamos unos cuantos tragos, rojos y abrasadores. Desplomado en su balsa, viendo un documental sobre la pesca de piezas grandes, Tristan deriva despacio hacia mares ignotos.

Miro las tinieblas exteriores. Se alza la suave música de las ciudades dormidas. Para oírla mejor, me acodo en el alféizar.

Un bosque de antenas y de chimeneas; millares de tejados, cuyos perfiles se

recortan al claro de luna; palacios y tugurios que no saben que son vecinos.

Intuyo por doquier a cuantos viven en ellos, ocultos tras las paredes, metidos bajo las mantas. Es posible que los que duermen hayan conseguido la paz. Los demás son los personajes de un culebrón que vuelve a empezar todas las noches, desde que el mundo es mundo.

Los amantes adúlteros harán de gangsters que se han pirado de la cárcel. Los juerguistas comenzarán la cruzada en pos de la última copa. Los médicos de guardia pasarán rozando los secretos de familia. Los perdidos se buscarán, y los elegidos se perderán.

La noche llevará en su corriente el lote habitual de crímenes inexplicados y de historias encajadas unas dentro de otras. Los actores tendrán talento suficiente, acertarán a mentir y a fingir. Cumplirán con sus papeles hasta el final, y los más inspirados sabrán quebrar el silencio con inauditas frases. Nada de perderse un capítulo; el mundo de las tinieblas es una historia por entregas que hay que seguir día a día.

Y si por ventura se le agota a alguien la imaginación para idear aventuras nuevas, basta con que eche una mirada a la caja de imágenes. Para eso estamos.

Veo una lucecita que se enciende a lo lejos, en la buhardilla de un edificio.

Son las 3.55.

La hora de la Saga.

—¿Sabes, Marco? Pensaba yo el otro día que, por orden de importancia, nuestro curro va justo detrás del de los agricultores.

—¿Tú crees?

—¿Qué es lo más importante para la humanidad después del papeo? Que le cuenten cuentos.

¿Nos colocas incluso delante de los sastres y de las agencias matrimoniales?

—Sí.

Tristan desconecta los cascos con un tirón seco y la sintonía de la cadena nos hace levantar la cabeza. La fuga de Bach nos atrae hacia la pantalla.

Bienvenidos.

—¿Alguien ha visto el capítulo de anoche?

Pocas son las mañanas en que Louis no lo pregunta. Debe de ser su forma de dar los buenos días. Esta noche he dormido diez horas de un tirón, Tristan se quedó frito viendo un *Star Trek* y Jérôme se fue a un estadio a tirar el bumerán. Mathilde nunca ve los capítulos cuando los emiten, sino que programa el vídeo y se los pone durante el desayuno. Cree que debió de equivocarse al programar, porque esta mañana ha untado las tostadas de mantequilla viendo un documental sobre el gas de Lacq.

—¿Le pasaba algo de particular a ese capítulo, Louis?

—Que no lo han emitido.

Ese «que no lo han emitido» se queda un rato planeando sobre nuestras cabezas mientras vamos acusando del golpe.

Que yo recuerde, el capítulo 49 era bastante inofensivo. Cosas mucho peores han tenido que aguantar los miembros de la secta.

«No lo han emitido».

Sólo me acuerdo de unos cuantos detalles. La estola de piel de dóberman escondida en la sombrerera. La fiebre de caballo de Mildred, que la hace delirar en latín. ¿Algo más?

«No lo han emitido».

Bruno pone a todos de los nervios citando a Shakespeare venga o no a cuento. («*One pound of flesh*» es su *leitmotiv*). Va a ver a un médium para poder conversar con el alma de su nuevo director espiritual.

«No lo han emitido...».

Walter y Marie tienen un sueño idéntico y acaban por invitarse mutuamente al mundo de su pensamiento para descubrir los recovecos polvorientos de sus conciencias.

«¿No lo han emitido?».

¿Qué es lo que se divisa allá a lo lejos, aunque no tan lejos ya? ¿El final del camino? ¿Un escollo inesperado nos ha abierto una vía de agua en la barca sin que nos diéramos cuenta? El Viejo nos desafía a que demos con una explicación. Mathilde se inclina por una censura pura y dura: se ha constituido un *lobby* anti-Saga que amenaza con linchar al director de la cadena si no se pone fin a ese escándalo. Jérôme opina que el Consejo Superior de Espectáculos Audiovisuales ha prescindido de los porcentajes y la serie se ha quedado sin razón de ser. A mí, como no se me ocurre nada que tenga algún viso de verosimilitud, me da por suponer que unos extraterrestres han robado todos los capítulos para que sus semejantes se percaten del estado de descomposición de la civilización en que vivimos.

El Viejo se cruza de brazos como un maestro bondadoso que va a empezar la clase de ciencias de la naturaleza.

—No emitieron anoche el capítulo 49 porque lo han emitido esta mañana, de ocho a nueve.

—Louis, si es una broma...

—Séguret no se había dignado contárnoslo, pero esta vez ha sido porque quería arrimar el ascua a su sardina delante de sus jefes. Para que lo sepáis, la cadena está recibiendo entre doscientas y trescientas cartas semanales de telespectadores.

Con impecable sincronización, miramos todos a un tiempo las tres míseras hojas que cuelgan de mala manera encima de la máquina de café.

—Ésas nos la han mandado porque iban dirigidas a nosotros; las demás las tienen guardadas en los locales de la cadena. Si las cifras no mienten, todo el público de por las noches ve Saga como un sólo hombre. Podría parecer *peccata minuta*, pero, sumando a todas las personas que están despiertas entre las cuatro y las cinco, somos la desesperación de las demás cadenas. Los sondeos aseguran que el 75% de los seguidores de Saga la graban para verla cuando vuelven del trabajo.

¡Absurdo! Puedo aceptar que un puñado de enfermos mentales se haya aficionado a la serie, pero lo que no puedo concebir para nada es que los telespectadores de a pie se reúnan en familia para ver Saga. Y menos a primera hora de la noche, en horas de gran audiencia, cuando montones de cadenas echan películas recién retiradas de las salas de estreno y *reality shows* repletos de imágenes impactantes. No es posible que la Saga compita con eso.

—¿Sabíais que hay dos periodistas que escriben con regularidad una crónica acerca de nuestra serie?

—¿Tú te crees que tenemos tiempo de leer la prensa?

Para cerrarnos el pico, Louis saca unos recortes de periódico. El tono de los artículos está entre el cuaderno de bitácora y el boletín de un club para iniciados: «¡Pensábamos que no se atreverían, pero...!»; o también: «Esta noche nos ha tocado en suerte...»; e incluso: «No sería imposible que Mildred y Fred inventasen una máquina que controlase las neuronas. Esta noche lo sabremos. ¡A grabar tocan!».

—Por no mencionar a las decenas de locutores de radio que, por toda Francia, les comentan en directo el episodio de la noche anterior a sus oyentes.

—No pretenderás que nos lo creamos, tío.

—Hay un club de fans en Oise.

—¡Louis, para ya!

—Resultados de las quinielas: han movido la teletienda, que tenía menos índice de audiencia que la de las otras cadenas y, en ese horario, emiten Saga. Y si necesitáis más pruebas, tengo aquí una que os va a dejar con la boca abierta.

Se ha reservado lo mejor para el final, lo presiento. Louis es el amo invencible del suspense. Podría haber trabajado para Hitchcock si el Maestro no lo hubiese tenido monopolizado.

—Les he sacado tres mil francos más por capítulo para cada uno.

Tocado por la gracia, Jérôme se arrodilla ante el Viejo lanzando estertores que parecen conjuros inarticulados. Calculo que me va a salir la cosa por... ¿Diez mil más al mes? ¿Pero qué voy a hacer yo con tanta pasta?

—Si tenéis más reivindicaciones, ahora o nunca. Séguret va a venir esta tarde.

*

Buena se la montamos a Séguret. Lo estaban esperando tres niños mimados que lo confundieron con Papá Noel. Jérôme ha conseguido dietas de comida; ahora contamos con cien francos diarios por persona, así que a la porra las pizzas. Mathilde ha mejorado nuestra vida cotidiana con alrededor de diez trastos grandes y pequeños. Yo he pedido material audiovisual ultramoderno: pantalla gigante, antena parabólica, vídeo y toda la pesca. Sé que Tristan me lo agradecerá toda la vida.

Séguret se fue como quien acepta una derrota sin haber combatido.

—Yo sólo pretendo avisarlos a los cuatro. No se crean que, porque una panda de insomnes y noctámbulos se la haya tragado, la Saga le va a gustar al público de por la mañana. A lo mejor lo que hace es enterrarla viva.

¡Toma ya! Parece que este modesto éxito lo disgusta más que otra cosa. A lo mejor es que nuestra fauna nocturna no debería ver la luz del día, vaya usted a saber.

Esta movida nos ha restañado las llagas del corazón. Buena falta nos hacía. Todavía tenemos que parir alrededor de treinta capítulos y conquistar al público de por las mañanas, que anda con prisas antes de salir pitando para el trabajo o compra relucientes ollas rápidas a presión en la teletienda de la pequeña pantalla. Este país lo componen esas personas, ni más ni menos.

—¿Habéis comprado algo alguna vez por la tele? —pregunto.

—¿Necesitas algo, tío? Haber aprovechado antes de que se fuera el baranda.

—Sólo quiero saber cómo funciona la teletienda.

—Yo compré una vez una barra de labios —dice Mathilde—: es la cosa más tonta del mundo. Te quedas embobada con las patochadas que cuenta el presentador, que comenta las ridiculeces que hace una demostradora con quien se supone que te identificas. Les das tu número de Visa y ya está. Soy la prueba en carne y hueso de que el invento funciona: esta sonrisa fucsia a la que debo mi encanto la conseguí en la teletienda.

—¿El carmín invisible? —pregunta Tristan, que acaba de despertarse—. ¿El que no deja mancha?

—Ése mismo. El carmín adúltero, el de las malas mujeres. Si supierais qué agradecida le estoy...

—Tenemos que ser mejores que la teletienda —digo—. Hay que conseguir que la Saga le saque partido a ese tirón tan tremendo del consumo que embruja al telespectador.

—¿Dicho en cristiano? —pregunta el Viejo.

—Que a ver si somos capaces de inventar el colmo del consumo.

—¿El punto de no retorno?

—¿El sueño dorado de todo consumidor?

—¡Su impunidad total!

21. SALÓN FRESNEL
INT. NOCHE

Sentados a la mesa están todos los Fresnel y todos los Callahan, menos Fred. Bruno lee un libro que tiene en las rodillas. Walter sirve de la fuente que acaba de traer Marie. Mildred se abalanza con glotonería sobre su plato.

MILDRED (*entusiasmada*): Menos el papeo, todo son epifenómenos.

MARIE (*contenta de valoren sus guisos*): ¡Pues come, hijita!

CAMILLE (*encogiéndose de hombros*): Aborrezco la palabra «comer». Todos los derivados de la palabra comer son viles: comedero, comistrajó...

JONAS: ¿Te gusta más «papear»?

CAMILLE: Las dos palabras más repulsivas son «gastar» y «comer». No me refiero a lo que quieren decir, sino a cómo suenan. GAS-tado, GAS-tado, GAS-tado. ¿No os parece repelente?

MARIE: Ya se nota que no eres tú la que tienes que ir a la compra... Bueno, quiero decir... que no eres tú la que GASTAS EN COMER.

Camille se encoge de hombros. De repente, Fred se presenta en el salón, con los ojos brillantes. Los comensales, sorprendidos, se inmovilizan. Está sin aliento y mira al cielo con las manos juntas. El tenso silencio se prolonga. Fred se arrodilla sin salir de su trance:

FRED: He erradicado el hambre del mundo.

Silencio. Los comensales se miran entre sí. Fred se percató de la perplejidad en que los ha sumido.

FRED: ¿Me habéis oído? ¡He encontrado la solución para el hambre en el mundo! ¡EL HAMBRE EN EL MUNDO! ¿ME OÍIS?

Los demás, que se han quedado de una pieza, no se atreven a decir nada. Fred se indigna.

FRED: ¡Ningún pueblo volverá a sufrir por hambre! ¡Nunca más veremos a niños de vientres gigantescos morir pegados al costado de sus madres! ¡Los países subdesarrollados recuperarán su dignidad! ¡Y su fuerza! ¡Malthus se ha quedado desfasado! ¡Nunca más habrá verdugos y víctimas del hambre! ¿Me oís? ¿ME OÍIS?

Rompe en sollozos.

Walter le habla a Marie al oído.

WALTER (*en voz muy baja*): No deberías haberlo dejado solo tanto tiempo.

Marie asiente con una leve inclinación de cabeza, pero Fred la ve.

FRED: Sí, claro... Creéis que estoy loco, ¿verdad? Esta familia siempre ha pensado que estaba loco. Pero ¿es que no lo entendéis? ¡Medio mundo va a salir de la Edad Media gracias a mí!

Se echa a llorar otra vez. Ahora, Mildred se levanta de la mesa y se acerca a él. Lo lleva hasta un sillón con afecto; saca luego una botella de coñac y le sirve una copa.

MILDRED: Yo sí creo lo que dice, Fred.

FRED: Gracias... Gracias, hija... Tienes mucha mejor cabeza de todos estos juntos... Has sido la primera, Mildred... No lo olvidaré.

MILDRED: ¿Por qué no nos explica de qué forma milagrosa ha conseguido ese prodigio, Fred?

FRED: Nada más sencillo, pero no estoy seguro de que éstos (*mira de reojo a los demás*) consigan entenderlo.

MILDRED: Pues cuéntemelo a mí al menos.

Fred bebe un reconfortante trago de coñac.

FRED: La idea era muy sencilla. Lo difícil era su aplicación física. He llevado a cabo un programa de reparto mundial de las reservas de lípidos mediante un sistema de transadiposidad.

—¿Marco?

Creo que alguien ha dicho mi nombre...

Alzo la cabeza. Es de noche. Todos están sentados ante sus respectivas pantallas.

—¿Te hace falta una ayudita, Marco?

Alrededor del Viejo sólo se ve una nube de humo.

—No, gracias. Podéis marcharos. A mí todavía me queda para un buen rato.

—Todos tenemos secuencias que retocar. ¿Necesitas algo?

—Un poco de vodka a la pimienta, si queda.

Vuelvo a leer la última frase hasta cuatro y cinco veces. Tendré que consultarla

con un médico o con un economista. O con alguien que esté a medio camino entre los dos.

Los comensales se miran otra vez. Bruno se atornilla la sien con el dedo. Camille mira a su madre, muy seria. Los demás no saben qué cara poner. Mildred es la única que abre unos ojos como platos.

MILDRED: Fred..., no me diga que...

FRED: Pues sí que te lo digo. Sé cómo transfundir los tejidos adiposos. Lo he experimentado con cobayas cuyos sistemas sanguíneos eran totalmente incompatibles. ¡A partir de ahora, la grasa va a ser una materia prima universal!

MILDRED: Sería fantástico, Fred... No es que no me fie de usted, pero...

FRED: Sé que la fe necesita basarse en pruebas.

Se va corriendo a su laboratorio y vuelve llevando en brazos un gato muy estilizado.

Silencio consternado.

BRUNO: Pero..., si parece... Ulises. ¡Es Ulises!

MARIE: No puede ser. Ulises desapareció hace quince días. Y además estaba más gordo que un obispo.

CAMILLE: Sí que es él. Mira la mancha blanca en el lado derecho.

JONAS: La señora Giroux creía que se había muerto.

Fred abre un cesto de mimbre que está a sus pies. Sale de él otro gato, mucho más orondo.

CAMILLE, BRUNO, MARIE, MILDRED y JONAS (a coro): ¡Sultán!

Todos se abalanzan hacia Sultán para cogerlo en brazos y acariciarlo.

MARIE: Este bicho estaba raquítico... Ya no le apetecía nada, ni siquiera las pechugas de pollo y los riñones. Parecía que se estaba dejando morir.

FRED (triumfante): Ahora a Sultán le aprovecha lo que le sobraba a Ulises. ¿Lo vais cogiendo?

Una ráfaga de incredulidad cruza por la habitación.

FRED: Ya veo que seguís sin entenderlo. Bueno, pues adelante...

Se acerca a la ventana y mira hacia el piso de arriba.

FRED (a voces): ¡Évelyne! ¡Évelyne!

MARIE: Fred, te estás pasando.

WALTER: ¿Évelyne no es la vecina de arriba?

BRUNO: Es la gorda esa que no puede dar ni un paso. Camille le hace los recados.

CAMILLE: Ha debido de encontrar a otra persona que se los haga. Hace tres meses que no sé nada de ella.

MARIE: A la pobre mujer le entró una bulimia cuando se murió su marido. Engordó tanto en pocos meses que le faltaba valor para salir a la calle. Con lo presumida que había sido siempre.

Llaman a la puerta. Nadie se atreve a ir a abrir, así que lo hace Mildred.

Entre una mujer muy atractiva, delgada y elegante, que da un beso a Fred. Todos la miran, pasmados.

ÉVELYNE (a Fred): Me habías dicho que guardase el secreto unos cuantos días más...

FRED (suspirando): Pero es que tú no vives rodeada de beocios.

MARIE (atónita): ¿Es una conocida tuya?

FRED: Yo tenía que... probar mi invento en seres humanos... Sabía que Évelyne tenía un problema y...

ÉVELYNE: Y yo me sentía hecha un monstruo. ¡Cómo iba a rechazar esa última oportunidad!

Silencio.

WALTER: ¿Pero dónde ha ido a parar su exceso de kilos?

Évelyne no se atreve a contestar y vuelve los ojos hacia Fred.

FRED: Llevo noventa y seis días sin comer.

—Cuando acabes esa frase, cortas —dice el Viejo, mirando por encima de mi hombro—. ¿No quieres descansar un rato?

Digo que no con los ojos. Mathilde se ha quedado dormida encima de uno de los sofás nuevos. Tristan está viendo una película. Jérôme sigue dándole a la secuencia 24, ésa en la que Camille hace de cebo para Pedro White Menéndez. Le pregunto a Louis qué secuencia viene a continuación.

—Creo que vale más seguir con el invento de Fred en el capítulo siguiente. Puede

valernos para la primera secuencia.

—¿Capítulo 42, secuencia 1?

—Muy bien. Así le damos tiempo a Fred para que siga avanzando en sus inventos.

—Puedo continuar, ya que estoy lanzado.

—Si necesitas figurantes y otro decorado, no te cortes.

No pregunto qué hora es; me limito a sentir que estamos en lo mejor de la noche.

1. CUARTEL GENERAL DE FRED INT. DÍA

Una sala grande de trabajo por la que van y vienen unas diez personas. En las paredes, hay gráficas y un planisferio enorme. Fred, rebosante de energía, dirige a todo el mundo. Dos individuos con bata blanca lo siguen a todas partes. Otros dos, de uniforme, charlan ante el planisferio. Un hombre recoge los envíos de los dos fax; otro, sentado tras una mesa de despacho, teclea febrilmente en una terminal de ordenador. Tres telefonistas atienden las llamadas.

FRED (*hablando con alguien que está fuera de campo*): ¿Dónde está el delegado de los patrocinadores?

EL DELEGADO (*que acude desde el fondo de la sala*): Aquí.

FRED: ¿Ha podido hablar con Nueva York?

EL DELEGADO: La ONU está estudiando el expediente. Es la OMS la que lleva retraso. Dicen que necesitan un mes más.

FRED: ¡Mierda! Ya les he dado una planificación completa; no puedo estar en todas partes. ¿Cuántos donantes tenemos de momento?

El delegado no puede contener la risa cuando irrumpe en la sala un tropel de individuos nerviosísimos, todos muy gordos. Un hombre los manda fuera otra vez.

EL DELEGADO: Tenemos seis mil en las listas de espera.

EL HOMBRE DEL ORDENADOR: Dentro de una semana, habrá tres veces más. Hemos calculado que podemos ya fletar el medio de transporte de un primer envío de doscientas toneladas de liposa antes de finales de mes.

FRED: ¡Vamos muy despacio, maldita sea! Con la fase de homogeneización, no vamos a poder empezar a distribuirla antes de cuarenta días.

UN MILITAR: Es posible, pero si tenemos en cuenta que hay países que llevan esperando algo así desde hace cuatro o cinco siglos...

EL HOMBRE DEL ORDENADOR: Eso es lo malo, que va a plantearse un problema de prioridades.

OTRO MILITAR: De eso ya nos encargamos nosotros (*sonríe*). Señor Fresnel, no puedo por menos de acordarme de todos esos vampiros de la caridad, todos esos piratas que se han dedicado siempre a desviar los envíos, sin que pudiéramos impedirlo. Vaya cara que pondrían si tuvieran que cargar con toda esa grasa.

FRED: La liposa va a ser la única materia prima que no podrá utilizarse con fines comerciales.

EL HOMBRE DEL ORDENADOR: ¡Es el colmo que no se vaya a poder untar a nadie con grasa!

TELEFONISTA: Señor Fresnel, el ministerio de Sanidad quiere hablar con usted.

FRED (*irritado*): ¿Qué le ha dicho usted a los de Asuntos Exteriores?

TELEFONISTA: Que volviesen a llamar mañana por la mañana.

FRED: Pues diga a éstos lo mismo.

Entran en la sala Évelyne y Marie. Fred se acerca deprisa a ellas.

FRED (*a Évelyne*): ¿Te han dejado ya en paz de una maldita vez?

ÉVELYNE: Quieren hacerme otra tanda de análisis a la semana que viene.

FRED: Pero si ya te he hecho yo todos los análisis habidos y por haber... Debes de estar agotada.

ÉVELYNE: Estoy muy orgullosa...

EL DELEGADO (*habla con Fred muy discretamente*): Oiga, profesor, tengo que pedirle un favorcillo... Es mi mujer..., que hay que ver qué lata me da todas las noches... Quiere que le den preferencia..., dice que le sobran cinco kilos.

Fred alza los ojos al cielo.

*

Por fin he comprendido qué se esconde tras la marcha de Charlotte: sencillamente, es que me desafía a que entienda por qué se ha ido. Me desafía a que viva sin ella. Me desafía a que la localice. En cuanto se acabe la Saga, voy a recoger esos guantes uno por uno. Dentro de unas semanas, podré decir con la cabeza muy alta que soy un profesional. Estoy demasiado cerca de la meta, no puedo dejarlo ahora.

*

Todos los de la oficina estamos un poco nerviosos mientras esperamos a que vuelva el Viejo, que estaba citado con Séguret para repasar los cinco capítulos últimos. Desde que se le ha metido entre ceja y ceja que no se le vayan de las manos los acontecimientos, a nuestro querido productor le ha entrado vocación de guionista. Son más de las nueve de la noche y el Viejo sigue sin llegar. Tampoco ha vuelto Tristan, que se ha hecho muy amigo de William, el montador.

—Lo que más duro me resulta es ver a mi hermano subiendo escaleras —dice Jérôme—. Me da la impresión de que es una muñeca barata y se va a quedar sin tobillos.

—¿Qué demonios hará delante de una mesa de montaje?

—Es un material de lo más complicado, que viene de los Estados Unidos. Un trasto tremebundo que hace apaños virtuales y fabrica imágenes de síntesis. No me entero de mucho, pero a Tristan le parece cosa de magia. Dice que es ver cómo se fabrican las imágenes en vez de tragárselas tal y como se las sirven.

Oímos de lejos los pasos veloces del Viejo, que retumban en el edificio desierto. Entra a toda pastilla y se sienta en un sofá, soltando un suspiro. Me abalanzo hacia su paquete *de gauloises* para encenderle un cigarrillo. Jérôme le acerca una cerveza.

—Hijitos, ya podéis estarme agradecidos, porque ha sido penoso. Es como si hubiera estado jugando al ajedrez contra un ejército de enanos con mala leche que moviesen las piezas a la chita callando. Ni siquiera mis sesiones de trabajo con el Maestro fueron nunca tan duras. A Séguret no le gusta ni pizca la historia de Camille y el terrorista. Quiere que cambiemos el final. También quiere que resulte más clara toda la secuencia en la que Jonas está angustiadísimo el día en que cumple 33 años. Le parece «sibilina y demasiado metafórica para los espectadores de por la mañana». Opina que la liposa es «un concepto extravagante cuyas repercusiones prácticas vale más no imaginarse». Tampoco entiende en dónde se está metiendo Mildred con ése al que él llama «el salvaje». Me ha hecho unas cuantas sugerencias, a cual más absurdas: el Ser aprende a hablar y a llevar ropa, y se entera de que es el hijo secreto de no sé muy bien qué príncipe desterrado.

—¿Ha dicho algo de su número de cartilla de la Seguridad Social y de su carné de

votante? —pregunta Jérôme con risa sarcástica.

En cuando alguien le toca esos dos personajes, a Mathilde le cuesta contener la indignación. Lo más que admite, y sin pasarse, es que nosotros le hagamos alguna crítica mínima.

—¿Y qué le ha contestado usted a todo ese rosario de sandeces, Louis?

—Que ni hablar de cambiar nada de nada. Creo que le habría encantado abrirme la cabeza con un hacha. Le he leído en la mirada lo que se le quedaba dentro: «Ya sé que quieren jugar a ser aprendices de brujo, pero yo no lo pienso consentir».

Los pulsos con Séguret son cada vez más frecuentes. No nos queda más remedio que pasar por el escáner todo lo que dice para ver qué hay detrás. ¡Qué cruz eso de tener que descodificar todos los razonamientos de un tío que se supone que debería respaldarnos!

—Ya estoy hasta las narices de pasarme el día preguntándome *desde dónde* habla la gente y qué tiene en la cabeza —dice Jérôme.

—No se puede luchar contra la hipocresía usual del lenguaje —afirma Mathilde—. Todos mentimos sin querer.

—Lo más triste es este derroche de palabras inútiles —dice el Viejo—. Así las palabras se descafeínan y se desvirtúan.

Circunlocuciones, ambages, perífrasis, metáforas protocolarias; y después de tanto rollo, ni siquiera tiene uno la seguridad de que ha quedado claro lo que pretendía decir. Me quedo un rato soñando con una lengua sin velos ni afeites. Una lengua prohibida a los cortesanos y a los farsantes untuosos.

—Para decir con toda exactitud lo que uno piensa —digo—, bastaría con cuatro frases muy concretas y muy sinceras, en vez de andar mareando la perdiz con tanta verborrea.

—Y se acabaría el mundo.

Mathilde debe de tener razón, pero lo que sí es seguro es que la sinceridad resulta mucho más divertida que el doblez.

—Sólo cuatro frases...

—Cuatro frases desnudas.

*

A nadie le apetecía irse a casa. Nos pasamos el resto de la velada dándole vueltas a lo de las cuatro frases desnudas. A eso de las dos de la madrugada, un tanto exaltados por la conversación, nos inventamos una nueva norma y la bautizamos, tan orondos: los Quince Minutos de Sinceridad. A partir de ahora, en todos los capítulos de la Saga habrá Quince Minutos de Sinceridad. Para quedarnos tranquilos, decidimos aplicar la pauta antes de que concluya la noche. El Viejo saca un diálogo entre Marie Fresnel y Walter Callahan: el momento crucial en que están a punto de acostarse juntos. Lo leemos en voz alta para refrescarnos la memoria. Mathilde hace de Marie; y Jérôme,

de Walter. Y yo los escucho mientras hago el café.

31. DORMITORIO DE MARIE
INT. DÍA

Walter está en el cuarto de baño del dormitorio de Marie, acabando de arreglar el lavabo.

MARIE: Normalmente es Fred el que hace las chapuzas en casa, pero desde que está empeñado en salvar a la humanidad, ya no hay forma de que coja ni un destornillador.

Walter sale del cuarto de baño con la camisa sucia y desabrochada y una llave inglesa en la mano, secándose el sudor de la frente.

WALTER: Necesito una buena ducha.

MARIE: Pues aproveche; voy a buscarle una toalla. ¡Qué menos!

WALTER: No, si yo también tengo cuarto de baño. Con cruzar el rellano...

MARIE: Como quiera.

Se quedan un momento callados y mirándose. Walter parece dudar.

WALTER: Y, bien pensado, ¿por qué no? Porque, además, Mildred tiene la mala costumbre de encerrarse en el baño y pasarse las horas muertas arreglándose. Me parece que le ha entrado la manía de ponerse guapa...

MARIE: Está en la edad... *(Abre un cajón y le da una toalla.)* Tengo jabón de vainilla.

WALTER *(se sorprende, pero también le hace gracia)*: Pues probaremos el jabón de vainilla...

MARIE: ¿Necesita algo más?

WALTER: No. Sólo tardo un par de minutos.

Se mete en el cuarto de baño. Marie corre hacia el espejo para retocarse rápidamente el peinado. Se oye correr el agua de la ducha. Marie se pone un poco de sombra de ojos a toda prisa.

WALTER *(voz en off bajo la ducha)*: ¡Tampoco le vendría mal un repasito a esta ducha!

MARIE: Habría que hacer obra en toda la casa.

Deja de oírse la ducha. Marie se sienta a la orilla de la cama como quien no quiere la cosa.

WALTER *(voz en off)*: ¡Qué pereza da salir!

MARIE: ¡El agua del termo se queda fría en diez minutos!

Sale Walter acabando de abrocharse la camisa.

WALTER: No está mal el jabón ese de vainilla.

MARIE: Hay también champú a juego.

Walter se ata los zapatos y pasa junto a Marie. Silencio. Le coge una mano con delicadeza. Ella se estremece.

MARIE *(tensa)*: Walter..., hace tan poco que llegó aquí...

Él se sienta a su lado.

WALTER: Estaba seguro de que nunca me iba curar después de lo de Loli... Desde que se fue, nunca he vuelto a mirar a una mujer como la miro a usted.

MARIE: Desde que se murió Serge, ningún hombre ha vuelto a tomarme en sus brazos.

Walter intenta abrazarla. Ella lo rechaza con suavidad.

MARIE: No sé si estoy preparada...

Él vuelve a abrazarla y le desabrocha unos cuantos botones del vestido. Ella se lo consiente.

—¿Qué os parece?

—Pues que podemos aplicarles los Quince Minutos de Sinceridad, me parece a mí.

31. DORMITORIO DE MARIE
INT. DÍA

Walter está en el cuarto de baño del dormitorio de Marie, acabando de arreglar el lavabo.

MARIE: Me lo he pensado mucho antes de pedirle que me arreglase el lavabo. Temía que se notase mucho la... encerrona.

WALTER *(voz en off)*: Así me he ahorrado yo tener que pensar en una.

Sale del cuarto de baño con la camisa sucia y desabrochada y una llave inglesa en la mano, secándose el

sudor de la frente.

MARIE: Necesita una buena ducha. Voy a buscarle una toalla.

Se quedan un momento callados y mirándose.

MARIE: Tengo jabón de vainilla. No me diga que no; siempre he tenido curiosidad por saber cómo es el olor de un hombre mezclado con el de la vainilla.

WALTER: Hummm... Me gusta resultar apetitoso.

Se mete en el cuarto de baño. Marie corre hacia el espejo para retocarse rápidamente el peinado.

MARIE (a voces): ¿Necesita algo más?

WALTER: Venga a ducharse conmigo.

MARIE: Nunca me han gustado esas cosas.

Lanza una mirada de curiosidad hacia el cuarto de baño.

MARIE: Pero sí que me apetece ver cómo se ducha usted.

WALTER (voz en off, desde la ducha): Preferiría que no entrase. Tengo una erección y debo de resultar de lo más ridículo.

Marie se echa a reír, se arregla el vestido y se sienta a la orilla de la cama con las piernas cruzadas.

WALTER (voz en off): No merece la pena que me vista, ¿verdad?

Sale en calzoncillos.

MARIE: Hace mucho que no me acuesto con nadie. Me temo que voy a estar muy torpe.

WALTER: No se preocupe, que no estoy yo muy seguro de quedar bien: hace tanto que no me acuesto con alguien sin estar borracho. Pero sé muy bien lo que pensé en cuanto la vi: tiene en la mirada ese destello de vulgaridad que me vuelve loco.

Se abrazan, muy fogosos.

MARIE: Tengo cuarenta y tres años y necesito a alguien que despierte todos mis sentidos. Sólo de vez en cuando. Y nada más.

WALTER: Para mí, eres el lío ideal: independiente, disponible, dispuesta a probar cosas a las que nunca se había atrevido antes. Y, de propina, la vecina de al lado.

MARIE: Si en un momento de debilidad te digo que te quiero, no se te ocurra creértelo.

WALTER: Puedes decirme de todo. Lo olvidaré en cuanto salga de este cuarto.

Vuelve a abrazarla y le desabrocha unos cuantos botones del vestido.

Tristan aparece en la oficina, cojeando. Antes de tenderse en el sofá, mira nuestras siluetas inmóviles bajo la luz de las lámparas.

—Esto nos lo cortan —dice Jérôme.

—Igual colaba para las amas de casa forofas de la teletienda —dice Louis—. Pero está el problema de los chavales que se van al colegio a esa hora.

—Seamos sinceros. Entre: «Te ordeno, Spektor, que propagues este virus que destruye el cerebro de los humanos» y «Siempre he tenido curiosidad por saber cómo es el olor de un hombre mezclado con el de la vainilla», ¿qué puede resultarle más traumatizante a un crío de ocho años? —pregunta Mathilde.

Séguret diría que la segunda frase, pero eso es porque a él también lo traumatiza.

—¿Y si la serie la patrocinase un fabricante de jabones de vainilla? Lo que mejor venden son los culos y las pichas, ¿o no? Podemos promocionar la vainilla en todo el territorio nacional diciendo que es EL perfume afrodisiaco que vuelve locas a las mujeres. ¿Os imagináis el metro oliendo a vainilla en horas punta?

—Marco, ya es hora de que te vayas a la cama.

Decidimos por unanimidad que dejamos así la secuencia, aunque luego nos la censuren. Son las tres de la mañana, y Louis nos dice que nos lleva. Pero Mathilde prefiere volver a pie.

—Para que se me ventilen las neuronas, porque, si no, no voy a poder dormir.

Le propongo que hagamos parte del camino juntos. No me voy a perder una ocasión así de pasear por París de madrugada del brazo de una mujer. A ver si la situación romántica me compensa de mi frustración sexual. Vamos por la avenida de Tourville hacia los Inválidos. El tema de conversación no podía ser otro: es el momento ideal para consultar a una especialista.

—Esa hipótesis suya del desafío múltiple es, desde luego, la más acertada —dice Mathilde—. A las chicas como Charlotte les suelen gustar bastante las bromas. Desaparecer equivale a darle a usted una oportunidad. Vayamos por orden.

Se mete a fondo en el papel de consejera conyugal. Le va en ello su credibilidad.

—Primer desafío: Charlotte lo obliga a adivinar por qué se ha ido sin darle ninguna pista. ¿Ha reflexionado sobre este tema?

Hasta que me estalla la cabeza. En cuanto me meto en nuestra cama, me pongo a pensar qué equivocación habré cometido. La única respuesta plausible no es muy halagüeña para Charlotte: no acepta que al fin esté consiguiendo convertirme en el que siempre he querido ser.

—Escribí una vez una novela con una trama por el estilo —explica Mathilde—. Y sé muy bien que eso es un abuso psicológico. Si Charlotte es como me ha dicho que es, no se parece en nada a una mujer maternal que teme que su hombrecito eche a volar un día con sus propias alas. Como la mayoría de las mujeres, prefiere las mariposas a las crisálidas. Punto segundo.

Mathilde es tan inasequible al desaliento como un camillero de la Cruz Roja en pleno campo de batalla.

—Le desafía a que viva sin ella.

¡Muy propio de Charlotte eso de creerse indispensable! ¡Y todo porque una noche le pedí que se casara conmigo! No sé qué me dio. Salíamos de ver *Doctor Zivago*; era verano, volvíamos a casa dando un paseo, con una lata de cerveza en la mano. Y, de pronto, en la calle de Les Petits-Carreux, voy y le pido que se case conmigo. Todavía no se me había ido de la cabeza el último fotograma de la película: Omar Sharif muriéndose de repente mientras corre tras su Lara, que no se entera de nada. Debí de ocurrírseme la bobada de que el matrimonio era algo así como una garantía contra ese tipo de infarto. Charlotte ni se inmutó y me dijo: «¿A que no eres capaz?». Nunca pasamos por la tenencia de alcaldía por culpa de ese puñetera partida de nacimiento que nunca me acordé de pedir. Nunca me gustó *Doctor Zivago*. Es la película favorita de Charlotte. ¿Cómo he podido vivir seis años con una mujer a la que le encanta *Doctor Zivago*?

—En *La que espera*, describí muy minuciosamente el proceso de la ausencia. Es la historia de una mujer muy desgraciada en su vida amorosa, que finge estar muerta. Y, de pronto, el hombre que la tenía abandonada empieza a echarla de menos terriblemente. Día tras día, el recuerdo de esa mujer se convierte en la perfección de un amor perdido. Ella deja que la ausencia trabaje en su favor; pero ¿cuánto tiempo puede esperar antes de que él la olvide? Para evitar tan fatal riesgo, no le queda más

remedio que espiarlo.

Rodeamos los Inválidos para llegar a la explanada. ¿Cuántos enamorados habrá en este momento en el mundo soñando con estar en París?

—Su Charlotte no es de ésas, pero debe de pensar que un poco de alejamiento dará nuevo brillo a su aura. Pasemos al tercer desafío, el más magistral, el de localizarla.

Ahora no puedo andar perdiendo el tiempo con los caprichos y los estados anímicos de ninguna jovencita, aunque sea la mujer de mi vida. Lo primero es Saga.

—¿Por qué no nos reunimos los cuatro para celebrar una sesión de «*brainstorming*» como dice Jérôme? Creo que seremos más capaces de echarle el guante a su Charlotte que toda una cuadrilla de detectives privados. Encontrar al ser amado que ha desaparecido misteriosamente es un bonito argumento de película que bien se merece unos cuantos extras, ¿no?

A punto estoy darle un beso aquí mismo, antes de cruzar el puente de Alejandro III. ¿Para qué le habré hablado de Charlotte? Nunca se me volverá a presentar una oportunidad tan perfecta. Tanto furor poético sólo se ve en las películas. O en una de esas novelas de amor que Mathilde se ha pasado la vida escribiendo.

—¿Se enfadará conmigo si le confieso que nunca he leído una novela de las Ediciones del Fénix?

—Leer es una pérdida de tiempo. Sobre todo, novelas rosa.

—Hojeeé una por curiosidad y en la lista de títulos no vi su nombre.

Suelta una risita traviesa. Se asoma a la barandilla para ver correr el Sena.

—Apellidándome Pellerin no hubiera vendido ni diez ejemplares en toda mi vida.

Seguimos andando antes de lo que yo esperaba, como si el recuerdo de su vida pasada hubiera disipado la magia del momento. Se coge de mi brazo y se apoya en él al andar, como una pareja de baile. No veo en ello más que una muestra de confianza.

—Las ocho novelistas que se albergaban en mi pluma escribieron todas esas historias para un solo hombre.

Mientras pasamos delante del Grand Palais, me cuenta sus comienzos en la literatura rosa; cómo conoció a su mentor, Victor Hébrard; cómo nacieron las Ediciones del Fénix. Veinte años de la vida de Mathilde transcurren hasta los Campos Elíseos. Veinte años de dolor y entrega a un cabrón que la tiró a la basura como un juguete roto.

—¿Quiere que vaya a partirle la cara?

Sonríe con una pizca de nostalgia. Debo de parecer un galán demasiado tardío y poco creíble.

—Es usted un sol, Marco, pero no quiero que nadie me lo estropee. Tiene que estar en plena forma para lo que me propongo hacerle.

—¿Tiene un plan?

—Empiezo a tenerlo. El señor Venganza me ha dado muy buenas pistas.

Ahora entiendo los desayunos a solas de Mathilde y Jérôme.

—Pero, a pesar de todo, tengo que estarle agradecida a Victor. De no ser por él, no les habría conocido a ustedes. Y tampoco hubiera escrito nunca una línea. Eché la cuenta hace poco: nueve mil seiscientas páginas de amor. Me pasé la primera mitad de mi vida escribiendo la teoría y tengo la firme intención de dedicar la segunda mitad a llevarlo todo a la práctica.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero hacer las cosas que salen en mis libros. Voy a amar, voy a acostarme, voy a engañar. Y, desde luego, se acabó lo de sufrir, lo de esperar al lado del teléfono, lo de soñar con la felicidad como una imbécil.

Acostarse..., acostarse... ¡Si supiera que tengo su perfume clavado en los sentidos desde hace mes y medio! Bastaría una frase desnuda, sólo una. Pero las frases desnudas están prohibidas en la vida real.

—No me la imagino engañando a nadie, Mathilde.

Al pasar delante de Saint-Philippe-du-Roule, me mira con cierta consternación reprimida; noto que está a punto de reñirme. Sin proponérmelo, he tocado un punto capital y en carne viva.

—¿El adulterio? Pero, Marco..., el adulterio es... ¡Es mi vida entera!

¡Caray!

—El adulterio es el epicentro del amor. Es lo que hace que resulte tan apasionante el amor legítimo y da tanto valor a la persona amada. El adulterio es la zona candente de las parejas, igual que el infierno es la de las bibliotecas. Y es lo que hace que siempre aspiremos a más. No somos todos iguales en cuestión de sentimientos, ¿sabe? Hay gente más dotada y gente menos dotada.

—Ese invento suyo es deliciosamente inmoral.

—En absoluto. Por lo menos, no lo pretendo. Fíjese bien en lo que dicen las personas que defienden la fidelidad como fieras y oirá el chisporroteo del miedo, y, a lo mejor, los chirridos de la frustración. Y, en cualquier caso, notará cuánta resignación hay en el fondo.

Lo que noto, de momento, es que Mathilde es como una brasa caliente. Si soplo, se pondrá al rojo vivo.

—Es que ya la palabra *adulterio*... ¿No le parece bonita? Si hasta le dediqué una de mis novelas.

—¿Cómo dice?

—Si un día le cae en las manos un libro que se llama *Fuga de medianoche*, podrá leer en la página de la dedicatoria: «Por y para el adulterio. ¿Quién dijo que las palabras más hermosas nombraban las cosas más hermosas?».

—Está usted como una regadera, pero tiene su encanto.

—¡Y pensar que adulterio viene de adulto! ¿No le da vértigo?

No contesto nada. Los faroles del Faubourg-Saint-Honoré le ponen en la cara unos reflejos preciosos.

—Por eso me decidí a escribir novelas de aventuras, en el sentido pasional de la

palabra. ¿Conoce historias más turbadoras que ohas?

—Es opinable si se trata de un flechazo. Pero la mayoría de los líos, algo así como un ochenta por ciento, van sólo de joder, y disculpe la simplificación.

—Lo veo muy seguro de sí mismo, jovencito. No hay hombre en el mundo que no haya estado alguna vez enamorado de la vecina de enfrente, de la colega a la que no puede aspirar, de la mujer de un amigo o de la dependiente de la librería. Y en cuanto a eso que usted llama líos de joder, he conocido algunos deslumbradores que iban directos al corazón, mientras parejas antiguas andaban a la greña por todas partes.

Coño... Me está diciendo que le trae al fresco que exista Charlotte.

—Aunque es posible que esté en lo cierto, Marco. Debo de estar loca por pensar que hablar por teléfono a media voz, ir a hoteles por la tarde, inventarse coartadas en la cuerda floja, equivocarse de nombre, traicionarse por un perfume resulta romántico. Pero cada hora que se consigue pasar con la otra persona es una pequeña victoria. Y una noche, por muy corta que sea, un triunfo.

No siga, Mathilde, estamos ya sólo a trescientos metros de su casa y a mí no me espera nadie.

—Fíjese en Jérôme, por ejemplo. ¿Qué es lo que le atrae sobre todo en la violencia?

—¿La venganza?

—Exactamente. Opina que la venganza va más allá de la violencia, igual que yo opino que el adulterio va más allá del amor.

—Me he perdido por el camino, Mathilde. A lo mejor es que no soy lo bastante sentimental o lo bastante rencoroso para entender os razonamientos.

—El adulterio y la venganza son pecados pasionales. Los fuegos cruzados de nuestros impulsos buenos y malos. El orgullo y el deseo juntos en la misma hoguera. Dos vértigos irrefrenables que nos arrojan al mismo despeñadero: el amor por uno mismo.

¿Me habré equivocado con Mathilde desde el primer momento? La muñequita que Jérôme y yo habíamos metido en una bombonera no se parece en nada a esta pasionaria de corazón arrebatado.

Le pregunto que qué pasa con el dolor. Ese dolor que consume tanto como el deseo.

—... ¿El dolor? ¿Eso de morderse la mano hasta hacerse sangre cuando uno piensa que el ser amado puede estar investigando con otra persona una variante del arrimo por detrás?

—Sí. Ese dolor.

—El que se embarca en una aventura que hace sufrir a alguien no merece vivirla.

Aprieta el paso hasta llegar a su portal, como si se hubiera enfurruñado; teclea el código del portero automático, se despide con un ademán de la mano y entra.

Mientras me alejo, con el viento en contra, noto que he aprendido algo.

*Centro Hospitalario Universitario Paul-Brousse, Villejuif
Pabellón de los Junquillos, planta 2.ª.*

Muy señores nuestros:

Fueron los viejos del pabellón de enfrente los que despertaron nuestra curiosidad en lo referido a su Saga.

Nos vienen llamando la atención, desde hace unos cuantos capítulos, ciertos fenómenos que nos parece urgente poner en conocimiento de ustedes.

Mildred tiene todos los síntomas de padecer mitomanía. No le cuesta nada manipular a Bruno que, para qué vamos a negarlo, es un poco retrasado. Y lo hace con unos propósitos que podrían parecer oscuros aunque, fijándose bien, son bastante evidentes. A ver qué les parece a ustedes: ¿por qué quiso a toda costa probarse el vestido de novia de su difunta madre, o de la que ella considera como tal? ¿Y por qué la noche en que Marie se entrega a Walter, se las apaña para enterarse de las señas de Pedro Menendez?

—¿No les parece un tanto extraño que el admirador desconocido de Marie Fresnel le mande siempre ramos con nueve rosas rojas y DOS lirios blancos (capítulos 14 y 29)? Remítanse al lenguaje de las flores y se darán cuenta de en qué peligro se halla.

—¿Cómo es que no se ha vuelto a saber nada de la «caja de luz negra» que mencionó Fred en el capítulo quinto?

—Serge, el difunto marido de Marie Fresnel, no ha fallecido. Es aún demasiado pronto para divulgar las verdaderas razones de su desaparición, pero no ha fallecido.

Les rogamos que tengan la bondad de tomar en consideración estos elementos nuevos y quedamos a su disposición para comentarlos de visu.

Seguiremos muy atentos.

—¿Quién dijo que los paranoicos pesaban la realidad con balanzas más sutiles?

—Lo principal es que una carta así no llegue a manos de Séguret —dice Louis—.

Le faltaría tiempo para irse a Villejuif y hacer que estos individuos le firmasen un contrato. Y nosotros ya podíamos despedirnos de la Saga.

—Lo que más me fastidia de los paranoicos —dice Jérôme—, es lo serios que se ponen para todo. Si fuera posible que tanta suspicacia estuviera al servicio de la burla...

Si nos fijamos bien, la forma de discurrir del guionista se parece bastante a la del paranoico. Ambos son unos científicos de la sospecha; se pasan la vida anticipándose a los acontecimientos, suponiendo lo peor y buscando tragedias espantosas en acontecimientos que a los demás les parecen anodinos. No les queda más remedio que responder a todas las preguntas y prever las reacciones del prójimo con idéntico temor de caer en una trampa. Si no nos meten en la cárcel, es posible que de la Saga saquemos en limpio una temporadita en un hospital psiquiátrico.

Ponemos esta carta con las demás. Ahora, casi toda la pared está cubierta por un mosaico blanco. A veces echo una ojeada a esas cartas para convencerme de que nuestro trabajo existe para otras personas, además de para nosotros. A lo mejor me cruzo por la calle, sin saberlo, con gente que se está preguntando quién es el admirador secreto de Marie o si Camille va a pasarse a la causa de Pedro Menéndez y hacerse terrorista. Poco me falta para envidiar a esa gente que no tiene más que hacer que esperar a ver qué pasa en la siguiente entrega.

Acabamos de terminar el capítulo 60. He conseguido meter *in extremis* la última chifladura de Fred para ayudar a los más desfavorecidos. Tras dar de comer a los hambrientos, ha decidido iluminar a los oscuros, inventando un sistema muy sencillo que convierte la energía muscular en electricidad. ¿Cuál es la materia prima? Los miles de individuos que se desloman en los gimnasios y demás centros de embellecimiento corporal. El impulso más leve dado a cualquier aparato o a cualquier pesa produce una cantidad x de julios que, gracias al invento, pueden almacenarse para proporcionar luz a los que carecen de ella. El *body-building* y el *aerobic* van a entrar en una esfera trascendente.

Son las doce y Jérôme nos propone una cabeza de ternera en salsa *gribiche* en el bar de abajo.

—Yo pienso ayunar —dice Mathilde—. En el momento actual, necesito quitarme de encima unos cuantos kilos de liposa. Me quedo trabajando.

—¡Precisamente! El único currelo del mundo que se puede hacer de pie, tumbado, sentado delante de la tele o zampándose una cabeza de ternera es el de guionista.

Diez minutos después, Jérôme ya ha dejado de hablar de cabezas de ternera porque se está poniendo ciego de cabeza de ternera. El Viejo toma el plato del día, y yo también me apunto.

—¿Se os había ocurrido meter un asesino? —pregunta.

—¿Un qué?

—Un asesino misterioso que tiene muertos de miedo a los demás personajes. En

todas las series sale alguno. Y todo el mundo se anda preguntando quién será y sospechando de sus seres más queridos.

Jérôme levanta un dedo sin dejar de zampar.

—Los asesinos son de mi negociado. Si queréis, nos inventamos uno, pero tiene que ser alguien fuera de lo normal. Ése que ningún hombre podrá ser nunca.

—... Y con el que sueñan las mujeres —dice Mathilde—. Un asesino que nos venga de nuestras pequeñas humillaciones cotidianas. Uno que merezca estar por encima de las leyes. Algo así como un Robín de los Bosques urbano y moderno.

—¡De eso nada! De justicieros nada. Hemos dicho que un asesino. Puro y duro.

—Entonces... ¿un asesino a sueldo?

—Qué va. No se vende por dinero. También está por encima de eso.

—¿Un psicópata? ¿Un homicida en serie? ¿Un asesino de masas?

—¿Y por qué tiene que ser a la fuerza un chiflado? ¿Por qué no puede a ser alguien... equilibrado, sin más?

—Y el individuo ese ¿a quién se carga?

—¿Por qué un individuo?

—Bueno, pues una tía.

—¿Y por qué una mujer?

—Pues si no es ni hombre ni mujer, ya me contarás.

—¿Un chaval?

—Puf...

—¿Por qué cargarle el muerto a la especie humana?

—¿Un perro?

—Eso ya está muy visto.

—Pues una comadreja, una musaraña, un emú... Ya me estáis hartando, coño.

—¿Y por qué tiene que ser un ser vivo?

—¿...?

—¿Un fantasma?

—¿Un dios?

—... ¿Un robot?

—¿Un virus?

—¿Un extraterrestre?

—Un concepto.

—¿Un qué?

—¿A qué llamas tú «un concepto»?

—Una idea, un principio, un estado de ánimo, algo así...

—¿Cuántos conceptos asesinos conoces tú?

—El fanatismo, el racismo, el totalitarismo...

—El capitalismo, el progreso.

—Y muchos más.

—Dadme una semana de margen —dice Jérôme.

Me pasé buena parte de la comida mirando a escondidas a la camarera. La penuria sexual provoca a veces efectos que recuerdan a los de una borrachera incipiente: todas las mujeres resultan deseables y todos los rincones parecen adecuados para copular. Dejé de mirar a la camarera cuando tres chicas se sentaron dos mesas más allá. Tres compañeras de trabajo, azacanadas, malhumoradas, con cierto gracejo. Tres mujeres de las que se ven a diario. Y a todas parecía que se les había olvidado que eran mujeres. Y las tres se merecían que alguien se lo recordase. Según volvíamos a la oficina, no me perdí la cara de ninguna de las mujeres que pasaban por la calle. Y a todas me daban ganas de decirles a voces que aquí estaba yo.

Llegué a la oficina pensando que allí iba a encontrar un refugio; y allí era donde estaba acechando el peligro.

¿Por qué inundaba el pasillo ese alud de chicas rubias?

Oí ruidos de jungla y vi que mil mujeres altaneras lo quemaban todo a su paso, caminando como panteras que llevan mucho sin hincarle el diente a alguien. Ninfas que saturaban el entorno con el resplandor de su belleza y lucían sus pechos como si fueran condecoraciones. Era demasiado tarde para hacerse con un arma; sólo era posible esconderse y acecharlas desde lejos.

—¡Hombre! El *casting* de Trivial —comenta el Viejo sentándose ante su monitor.

—Tías así no se encuentran nunca en la vida real —dice Jérôme.

—Yo siempre me he preguntado cómo las chicas así podían gustarles a los hombres —exclama Mathilde—. ¿Qué le parece, Marco?

*

Mientras nos tomamos el primer café de la mañana, oímos el zumbido del fax. A esas horas, sólo puede tratarse de Séguret.

Me imagino que ya están al tanto de que ayer se emitió el capítulo 45. Si alguno de ustedes lo vio, podrá asegurar a los demás que la famosa escena de la declaración entre Marie y Walter se rodó igual que estaba en el guión, con toda su dimensión erótica. No puedo por menos de recordarles hasta qué punto esas extravagancias pueden costarnos muy caras a todos, por más que en la mañana de ayer hayamos batido un récord de audiencia. Para responder a las expectativas del público (cuyas cartas aumentan a diario), estoy redactando una especie de pliego de condiciones que determine el ámbito exacto de la serie Saga y, en consecuencia, los límites que no se pueden rebasar. ¿Cuántas veces habré insistido ya para que revelemos por fin la identidad del admirador misterioso de Marie? Ahora, después de la escena del lavabo atrancado (!!!), se ha convertido en una prioridad. Espero que me llegue esa secuencia en los próximos días. Por lo demás, a partir de ahora no podré hacer concesión alguna en lo referido a secuencias que ciertos directivos de la cadena no

toleran bien. Me estoy refiriendo en particular a ese peculiar fragmento del capítulo 45 en el que Camille habla de su crisis mística (???). Esa digresión es totalmente ajena al tono general de la serie y, sobre todo, no encaja con el personaje de Camille. Seré además completamente sincero y les diré que el texto me pareció bastante flojo y un tanto artificial. Nos tienen ustedes acostumbrados a cosas mejores.

Aprovecho para comunicarles que va a volverse a emitir la serie entera, desde el primer capítulo, a partir del lunes que viene a las 12.30. El formato de veintiséis minutos nos ha parecido el más adecuado para esa franja horaria.

No olviden nunca que el espíritu de equipo debe prevalecer sobre cualquier otra cosa.

El Viejo tira las hojas a la papelera y se queda tan tranquilo.

—Está claro que Séguret no ha entendido para nada la doctrina de la frase desnuda. Si hubiera tenido el coraje de permitirse Quince Minutos de Sinceridad, le habría bastado con dos líneas: «La Saga marcha a tope. No se les ocurra cambiar nada. Empeórenla si pueden. Todo esto me supera».

Y tiene el morro de escribir: «¿Cuántas veces habré insistido ya para que REVELEMOS por fin la identidad del admirador misterioso de Marie?». ¿Será posible?

Entre el público y nosotros, Séguret acabará arrollado. Y yo pienso quedarme a verlo desde la primera fila. En cambio, esa «crisis mística» de la que habla no me recuerda nada en particular. El Viejo se ríe entre dientes.

—¿La historia del pastor? Yo creía que no le habría llamado la atención a nadie, igual que no os la llamó a vosotros.

Nos vamos todos al sofá en el que Tristan se está echando su siestecita de por las mañanas. Tiene a su lado un montón de cintas de vídeo. Jérôme coge la de encima. Todos las mañanas graba religiosamente el capítulo del día. El Viejo detiene la cinta en el punto indicado.

—Os hago un resumen del caso Camille, porque, si no, no se entiende nada. La pobre no consigue encontrarle sentido ni a su vida ni a su muerte. Y se lo cuenta al primer pastor que se le pone por delante.

—¿Por qué a un pastor?

—¿Y por qué no a un pastor?

—Pero si es que esa chica NO CREE en Dios.

—Pues por eso mismo.

Aparece la imagen. Camille está sentada de tres cuartos a la derecha de la pantalla. Y el pastor, enfrente de ella, al lado de una pared vieja de piedra. El individuo que hace de pastor debe de andar por los cincuenta años y tiene una cara pasmosamente seria. De lo más realista.

—¿Hace mucho que piensa usted en el suicidio?

—No lo sé... Sí..., hace mucho...

—¿Ha ido a ver a un médico? ¿Está bien de salud?

—Sí.

Silencio impresionante. El pastor une ambas manos a la altura de la nariz, no para rezar sino para tomar impulso.

—*Mi mujer murió hace cuatro años. Yo la quería. Mi vida estaba acabada. No temo a la muerte. Así que nada me obligaba a vivir. Y, sin embargo, seguí adelante. No por mí, sino por voluntad de servicio. Cuando era joven, tenía grandes sueños y era ambicioso. No sabía nada del mal. Cuando me ordenaron, era como un niño. Y luego todo fue muy deprisa. Me nombraron capellán de la armada en Lisboa, durante la guerra de España. Ya no conseguía ver nada ni entender nada. Rechazaba la realidad. Mi Dios y yo vivíamos en un mundo cerrado. Ya ve que como pastor valgo bien poco.*

Miro a Jérôme, y él me mira a mí. El Viejo atiende distanciado, como si se supiese el diálogo de memoria. ¿Se recuperará algún día este hombre de la muerte de su mujer?

... *Yo creía en un Dios absurdo, paternal, que amaba a todos los hombres, y a mí más que a los otros. ¿Se da cuenta de lo terriblemente equivocado que estaba? A mí, tan cobarde, tan egoísta... No podía ser un buen pastor. ¿Puede imaginarse mis oraciones, y a ese Dios-eco tan cómodo? Cuando confrontaba a Dios con la realidad, se volvía repulsivo. Un Dios-araña, un monstruo. Y por eso no lo exponía a la luz, lo mantenía fuera de la vida. Sólo mi mujer podía ver a MI Dios...*

El encuadre no cambia. El tío se chapa todo el monólogo en plano secuencia.

—*Mi mujer me apoyaba, me daba ánimos, rellenaba los huecos...*

Silencio. De pronto, Camille se pone de pie, apurada.

—... *Tengo que irme.*

—*No se vaya. Voy a explicarle por qué hablo tanto de mí mismo. Voy a explicarle que soy un pobre hombre. ¡Un mendigo!*

—*Me voy. Mi familia va a preocuparse si tardo.*

—*Un momento.*

Primer plano del rostro de Camille, que no puede ni quedarse ni irse.

—*Vamos a charlar tranquilamente. Le parezco confuso. Pero todo ocurre dentro de mi cabeza. Aunque Dios no exista, da igual. Porque la vida tiene una explicación. Y la muerte no es más que la desintegración del cuerpo y de la mente. Todo está claro: la crueldad de los seres, su soledad y su miedo. ¡Todo es evidente! ¡No hay nada que justifique el sufrimiento! ¡No hay Creador! ¡No hay Salvador! ¡No hay pensamiento! ¡No hay nada!*

Silencio. La mirada de Camille es ahora tan seria como la de su interlocutor. Igual que si éste acabase de confirmarle todo lo que ya presentía. Se va. Primer plano del rostro del pastor, solo.

—*Dios mío... ¿Por qué me has abandonado?*

El plano siguiente muestra el salón de los Fresnel. Bruno parlotea tranquilamente con Mildred mientras se come un muslo de pollo. El Viejo para el vídeo.

—No está mal —dice Jérôme, tan desconcertado como yo—. Está en el extremo opuesto de lo que a mí me gusta, pero tiene su encanto.

—Esto habría podido escribirlo alguien del estilo de Hitchcock —digo—. Hay drama y *suspense*. Uno se está preguntando si el pastor tiene alguna probabilidad de demostrar en tres minutos que Dios existe. Y, de golpe, giro de ciento ochenta grados. Es el personaje del pastor el que provoca la ruptura.

—Comprendo que no le haya gustado a Séguret —dice Mathilde—. Pero ¿por qué demonios le parece el texto...?

—«Flojo y un tanto artificial» —dice el Viejo con risa sarcástica—. Y pensar que es un diálogo entre Gunnar Björnstrand y Max von Sydow que he sacado de *Los comulgantes* de Ingmar Bergman. «Flojo y artificial».

—Dinos que no has sido capaz de hacer algo así.

—Sí he sido capaz. No pude evitarlo.

—...

—¿No habéis visto ninguno la película esa? Creo que es la más enloquecida que me he echado a la cara. El Maestro y yo nos la poníamos sin parar cuando nos entraban también las dudas a nosotros en plena sesión de trabajo. Es tan sobria que parece mentira: un pastor intenta librarse de su fe, solo en su iglesia. Parece una tontería, pero es lo que yo llamo una emergencia del guión. En la película, el angustiado que va a ver a Gunnar, el pastor, es Max. ¿Y sabéis por qué está angustiado? Porque ha leído en un artículo que los chinos acaban de conseguir la bomba y son *un pueblo que no tiene nada que perder*.

—¿Y qué pasa luego?

—Al acabar la conversación, Max se va a la orilla del río y se pega un tiro en cabeza.

—No me extraña.

—Ingrid Thulin está loca por el pastor, pero él la desprecia porque tiene un eczema en las manos. Le dan arcadas cuando la ve rezar.

—¿Y cómo acaba la cosa?

—El pastor dice misa en una iglesia vacía.

Silencio.

Silencio sueco.

—Pero ¿qué te entró de repente, Louis?

—¿No os parece tentador eso de soltarles un Bergman, a las ocho de la mañana, a miles de telespectadores medio dormidos? ¿Es que acaso no se lo merecen? Las películas así las ponen siempre después de las doce de la noche, cuando la mayoría de las personas duermen el sueño de los justos.

—Lo que más te apetecía era colarles ese gol a Séguret y los directivos de su cadena.

Louis no contesta, pero nos pone una mueca de mono viejo que acaba de hacer una trastada.

—¿Y si se da cuenta alguien? ¿Un cinéfilo un poco chalado?

—Pues lo tomará por un homenaje. Bien pensado, la culpa la tienen Séguret y sus jefes. Que no nos hubieran dicho que hiciéramos *lo que nos diera la gana*.

Por primera vez, noto la extraña impresión de que desempeño un oficio peligroso. Algo parecido al terrorismo. ¿En qué nos diferenciamos de esos tíos que creen tener derecho a tirarles bombas a los inocentes?

*

Ayer, me sorprendí pensando en Charlotte en pasado.

Me dije: «A Charlotte no le gustaba nada montar números...».

Es verdad que no le gustaba nada montar números. Normalmente, las chicas suelen opinar que no hay nada como un buen conflicto para demostrarse a sí mismas que un amor existe. Charlotte era todo lo contrario; le perdía en el acto la consideración a cualquier conocido suyo que alzase el tono de voz. Nunca la vi llorar. Ni siquiera el día en que tuvo que pelar dos kilos de cebollas para hacer una pizza provenzal de anchoas. Ahora estoy seguro de que nadie le enseñó a llorar cuando era pequeña. No tengo ni la menor idea de dónde puede estar. A lo mejor estamos separados. A lo mejor ve Saga sólo por saber algo de mí.

*

Desde que están volviendo a echar los primeros capítulos a la hora de comer, han cambiado muchas cosas en mi vulgar existencia. Como si la televisión quisiera demostrarme la tremenda fuerza que tiene. Mi madre me llama muchas veces desde el trabajo, y oigo que tiene alrededor a todas sus compañeras, que me ametrallan a preguntas a las que soy incapaz de responder. ¿Se cargará Bruno al Ser para recuperar a Mildred? ¿Qué dice el testamento de Serge Fresnel y por qué ha desaparecido él? ¿A quién hay que dirigirse para donar su liposa al Tercer Mundo? Mis colegas y yo hemos tenido que cambiar de bar, porque el dueño del de antes sabía que éramos los guionistas de Saga y la comida concluía siempre con un interrogatorio en toda regla. Mis vecinos de descansillo —una pareja de mi edad— me dejan notitas en el buzón («Genial lo del “lenguaje de los enamorados”. ¡Hemos decidido probarlo! En cambio, no nos entusiasma el ilusionista. Se le ve mucho el plumero, y eso queda fatal en un mago. Besos»). Gente a la que no veía hacía siglos, de repente se acuerda, como por casualidad, de que existo. El jefazo de la cadena ha querido organizar una cena con nosotros cuatro, pero el Viejo ha tenido el morro de decirle que estamos agobiados de trabajo. A todo el mundo le ha parecido bien.

Son casi las nueve de la noche. Mathilde y Louis se han marchado ya. Tristan ha subido a hacerle una visita a su amigüete el montador. Y Jérôme me ha convencido para que me quede y veamos *Rocky I*. Con bocadillos y cerveza, como en la Policía Judicial. No esperamos a nadie, pero una silueta menuda deambula por el pasillo. Pega la frente al cristal y nos ve.

Esa cara me recuerda a alguien. Jérôme cree que es una cita de última hora de Lina y le señala el local de Prima. Pero la chica abre a medias la puerta de nuestra oficina.

—¿El señor... Louis Stanick?

—Ya se ha ido. ¿Podemos ayudarla en algo?

—Ando buscando al equipo de guionistas de la serie Saga. Debería haber llamado antes, pero me dijeron que siempre había alguien.

—Mi amigo Marco y yo somos el retén nocturno. No le cuente a nadie que nos dedicamos a ver la tele en horas de trabajo. ¿Y usted quién es?

—Me llamo Élisabeth Réa.

—¿...?

—Seguro que les suena más el nombre de Marie Fresnel.

¡Doña Tirita! ¡Doña Tirita en persona! Un metro sesenta y cinco, ojos castaños, una sonrisa que tira de espaldas. Es ella. ¡Ha venido a vernos!

—Disculpe. No estamos acostumbrados a ver a los actores en carne y hueso.

Le acerco una silla. Ella curioseá la oficina. Acepta un café. ¿Quién iba reconocerla, vestida con vaqueros y un jersey que le llega a las rodillas, y con la melena chorreándole por los hombros? Al natural, tiene como poco diez años menos que la madre de familia que la obligamos a interpretar.

—¿Quién de ustedes me creó?

¿Quién que no sea guionista puede contestar «yo» a pregunta tan encantadora?

—Todos los personajes de la Saga han nacido de un trabajo colectivo y no pertenecen a nadie en particular.

Silencio.

Es una visita tan peculiar.

—Son ustedes un auténtico misterio para nosotros, para los actores. Le he preguntado muchas veces a Alain Séguret si no era posible conocerlos, pero los describe como gente bastante huraña y encerrada en su torre de marfil.

—Tecnocracia elemental —dice Jérôme—. Divide y triunfarás. Séguret se cree que a fuerza de crear compartimientos estancos va a conseguir conservar una pizca de control.

Yo habría contestado lo mismo; pero también hay que reconocer que ninguno de los cuatro ha intentado nunca presenciar una grabación. Como si esa parte no fuera ya con nosotros.

—Si quieren que les diga la verdad, todos nos quedamos un poco perplejos cuando llegan los guiones nuevos. Nunca sabemos en dónde nos van a meter. Los hay

que se lo toman a broma, pero otros están aterrados. Debo confesar que a veces interpreto escenas sin saber muy bien adónde quieren ir a parar. Espero que no se sientan demasiado traicionados.

¿Cuál de los dos va a tener el valor de decir que ya casi ni vemos la serie, salvo para refrescarnos la memoria? Esta mañana, tuve que pasarme a velocidad rápida el último capítulo para acordarme de qué color tenía el pelo Bruno, porque necesitaba saberlo para un juego de palabras que me había empeñado en meter. Bruno, Mildred, Walter y los demás sólo existen en nuestras cabezas y nuestros discos duros. Ya se ocupa Louis de que ninguna interferencia nos coarte la capacidad de imaginación y la libertad de escritura. Lo que pasa con los guiones en cuanto salen de la oficina no tiene ya nada que ver con nosotros. Sólo así podremos escribir con suficiente agrado los doce capítulos que quedan.

—Si supieran las tragedias que se montan en el plato algunos días. Cuando interpreté con Alexandre...

—¿Con quién?

—Con el actor que hace de Walter. La escena en que caigo en sus brazos. La verdad es que no fue ninguna gozada. No se sabe muy bien por qué, tardó una hora larga decir como es debido: «Marie, tiene en la mirada ese destello de vulgaridad que me vuelve loco». Y lo difícil que resulta convencerse de que está una saciando su obsesión de acostarse con un hombre que huele a vainilla, cuando ese hombre apesta a jazmín...

¡Si es que lo tiene! ¡Tiene un destello de vulgaridad en la mirada! Por eso le costaba tanto al otro decirlo.

—Y fíjense en Jessica, la chiquita que hace de Camille. Le han metido ustedes en el cuerpo un miedo al suicido que cada día la tiene un poco más trastornada.

Le pido que concrete más.

—Camille se pasa la vida a punto de meterse una bala en la cabeza. Y Jessica se está dando cuenta de que un día de estos es ella la que va a cumplir las amenazas de la otra. Pónganse en su lugar, tampoco es normal pasarse meses y meses al borde del suicidio.

—Tranquilícela: llega al final de la serie y hasta se va a convertir en heroína nacional.

Tiene una sonrisa que dan ganas de mordérsela. Lo que daría yo por verle las piernas, pero el vaquero no hace concesiones. Me prometo a mí mismo escribirle una escena tórrida en la que tenga que bailar desnuda a plena luz, por si no hay otra forma de enterarnos de cómo tiene las piernas. De momento, sigue sin decirnos a qué ha venido. Es una visita así como muy de incógnito. Veo de reajo y sin sonido los títulos de crédito de *Rocky*. La mayonesa de los bocadillos se está quedando tiesa.

—En cualquier caso, quería agradecerles que hayan creado a Marie. Si no se hubiera cruzado en mi camino, no me habría pasado nada de esto. Ha sido un encuentro estupendo.

Aquí hay algo que no funciona. Seguro que no hubiera venido nunca sólo para darnos las gracias. Habla de su personaje como de una amiga a la que acabase de enterrar.

—¿Le apetecería un viajecito de novios con Walter? —propone Jérôme—. Los dos solos, sin los chavales, durante un capítulo o dos.

Ella nota que lo dice de corazón y le sonrío, pero sin entusiasmo.

—He venido a pedirles que la liquiden.

—...

—...

—No tienen por qué matarla. La verdad es que estoy muy encariñada con ella. Bastaría con que... desapareciera.

Se nota que ese «liquidar» y ese «desaparecer» están elegidos con todo cuidado. Jérôme los repite lo menos diez veces, con diferentes entonaciones, para ver qué hay detrás. Con ademanes descompuestos, ella saca del bolso grande de cuero un manuscrito que nos tiende como si fuera el Santísimo Sacramento. Se llama *Lo mejor de sí misma*, es de un tal Hans Kœning y parece un auténtico rollo.

—Es la primera película de un director joven alemán. Ha visto un episodio de Saga y quiere darme el papel de la protagonista. Léanlo y me entenderán. Sería una locura decir que sí; y otra mucho peor, decir que no.

—A la Saga ya le queda poco; dentro de dos meses está usted libre. ¿No puede esperarla ese aspirante a Orson Welles suyo?

—Ya ha empezado a rodar en Düsseldorf. De momento, está rodando todas las escenas en que no interviene la protagonista. Pero si no me decido ya mismo, le dará el papel a otra.

Para ella, es un cuento de hadas; y para nosotros, una pesadilla. Suprimir a Marie sería como sacar la única muela sana de una encía en la que bailan todos los dientes. Le pregunto qué opina Séguret del asunto.

—No está enterado de nada. Séguret es un asesino, y su cadena coproduce la película de Hans. Le bastaría con un telefonazo para quitarme el papel.

Y, para colmo, se echa a llorar, así, sin avisar. Con lágrimas de verdad. Cojo las servilletas de papel de los bocadillos para dárselas a la estrella de la pantalla.

—¡No te dejes impresionar, Marco! ¡Es actriz, coño! ¡Se gana la vida llorando de encargo! Muy lista, doña Tirita. Quiere salirse de la serie con sus manitas lavadas. Y todo porque se ha creído que es Marlene Dietrich. ¡Si ya se nota que es de esas que te pisarían la cabeza para conseguir un primer plano!

No sé quién tiene razón. Tristan, el hombre más discreto del mundo, entra en la oficina y cojea hacia el sofá, sin fijarse en nada.

Segundos después, se incorpora con los ojos desorbitados y pega un alarido:

—¡DOÑA TIRITA!

Con lo que el ataque de llanto de la visita se hace mayúsculo. Harto de tanto escándalo, cojo el teléfono y marco un número.

—¿Oiga? Sí, ya sé que son las tantas. Pero se trata de una emergencia.

*

Un cuarto de hora después, ya está reunido el comité de crisis. Mathilde y Louis se han dado cuenta enseguida de qué va la cosa.

Lo más raro es que ninguno de los dos intenta cuestionar la salida de Élisabeth Réa. A Mathilde, la historia le parece *de lo más romántica*. Y Louis afirma que si él se viera en situación semejante, no vacilaría ni un momento en largarse de una serie de televisión para hacer cine. Jérôme, agraviado por tanta indulgencia, se ha ido, de morros, a un rincón. Mientras espera el veredicto, la Réa está hecha un ovillo en una silla, con un chal por los hombros y un café en la mano. No lo haría mejor si le hubieran pedido que interpretara el papel de una que acaba de salvarse de un naufragio. Ya que todo el mundo parece estar de acuerdo, Jérôme pide que le encomienden a él la tarea de eliminar a Marie. Quiere inventarse un torturador que se ensañe con ella a base de montones de chismes puntiagudos hasta que exhale el último suspiro. El Viejo no parece muy entusiasmado con la idea, pero a Jérôme se le van ocurriendo otras.

—Que se suicide con gas y así explota todo el edificio. O... la metemos debajo de una apisonadora, a lo Tex Avery.

En su rincón, Élisabeth Réa se encoge de hombros y saca el enésimo *kleenex* de la caja que he robado en Prima.

—¿Alguien se acuerda de una serie que se llamaba *Peyton Place*? —pregunta el Viejo.

Peyton Place. Sólo con oír el nombre, es ya como si viera una magdalena. Una serie americana antigua, en blanco y negro, con montones de actores que luego se hicieron famosos, como Ryan O'Neal y Mia Farrow. ¿Cómo se llamaba su personaje...?

—Allison —dice Tristan, que no se está perdiendo nada de la sesión—. Desapareció de un capítulo al siguiente y nunca supo nadie por qué.

Sí que se supo más adelante. Allison era el pilar de la historia, pero todo se fue a la porra el día en que Mia Farrow conoció a Frank Sinatra, que trabajaba en el plato contiguo. Sin avisar a nadie, hizo las maletas y se largó con él. Élisabeth Réa no ha inventado nada nuevo.

—¿Cómo se las apañaron los guionistas? —pregunta Mathilde.

La situación los pilló de improviso y se inventaron lo que pudieron. Allison se perdía en un bosque, todo el pueblo la buscaba de noche. Y, una buena mañana, encontraban a una joven asilvestrada y amnésica, que tenía un remoto parecido con ella. ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Estaba en el secreto de la desaparición de Allison? ¿Era Allison? El mundo entero se hizo esas preguntas, a las que los guionistas no supieron nunca responder de forma convincente, y la serie nunca se

recuperó de ese golpe.

—Hay que aprender de los errores de nuestros mayores —dice el Viejo—. No vamos a matar a Marie, pero las razones de su marcha tienen que quedar muy claras. Mañana iré a ver a Séguret para decirle que su desaparición repentina le vendrá de miedo a la serie. Ése puede ser el electrochoque que estábamos echando de menos. ¿Volverá? ¿No volverá? Francia entera se hará esa pregunta. Élisabeth, ¿qué está previsto para mañana en el plan de rodaje?

—La secuencia en la que Mildred le cuenta a Marie que está embarazada y que el padre es el Ser.

—¿Y cuándo piensa usted irse?

—Tengo un vuelo el sábado por la mañana.

—¡El sábado por la mañana! —vocifera Jérôme—. ¡Sólo tenemos cuarenta y ocho horas! ¡Esta tía está chalada!

Louis opina que cuarenta y ocho horas son tiempo sobrado. Si escribimos la secuencia esta noche, ya se las apañarán para rodarla mañana. No sería la primera vez; Séguret ya nos ha hecho cambiar cosas otras veces en el último minuto. La Réa debía de imaginarse de forma muy diferente al *equipo de guionistas de la serie Saga*. Louis está a la espera de nuestras sugerencias.

—Se marcha a África para llevar el cargamento de liposa.

—En vez de Camille, que se pasa el tiempo buscando a Dios, la que se encuentra con Él es Marie, y se mete monja.

—Se va a buscar a su difunto marido, que igual no está muerto.

Mathilde nos propone que vayamos a lo más sencillo y lo más eficaz. Marie se va con el hombre de su vida. Y sanseacabó. Pero el hombre de su vida no puede ser Fred, ni Walter, ni ningún otro que resulte indispensable en la continuación de la serie.

—¿Y si fuera éste el momento soñado para que aparezca el admirador desconocido? —dice Jérôme.

—¡Genial! —dice el Viejo—. Lo contento que se va a poner Séguret, que lleva semanas dándonos el rollo con el tema. Y, al final, yo también estoy deseando saber quién es el individuo ese. ¿A quién se le ocurrió la idea al principio?

Mathilde levanta la mano como una cría que confiesa una travesura.

—Así que podemos suponer que usted, y sólo usted, sabe quién se oculta tras el admirador desconocido.

—Lo malo es que no tengo ni la más remota idea.

—¿Cómo dice?

¡Lo sabía! El admirador desconocido es algo así como una abstracción, a medio camino entre Godot y el Yeti.

—Qué gracia me hacen los tres... Al principio, tenía unas cuantas pistas, pero luego todo se fue liando. No paraban de decirme «deje eso del admirador desconocido; ya veremos más adelante», «depende de quién sea el admirador

desconocido, vale más que no aparezca todavía», «ya tendremos tiempo de volver a sacar al admirador desconocido»; y, claro, acabó por convertirse en un personaje habitual. Algo parecido a la «transparencia imborrable» de Sartre.

—¡Y su EXISTENCIA, maldita sea! ¿Nadie pensó en su existencia? —vocifera Louis.

—Tiene razón la pobre Mathilde —dice Jérôme—. Todos nos lo quitábamos de encima porque nos resultaba muy cómodo. Esa índole de ser impensado era estupenda.

—No me lo puedo creer...

—Me toca a mí sacar a todos del lío —dice Mathilde—. Le echaré la noche, pero, mañana por la mañana, Séguret sabrá lo que haya que saber; Francia lo sabrá; Marie Fresnel hallará al fin la dicha; y Élisabeth podrá irse tranquila.

Aplaudimos todos.

*

Entran por la ventana de la oficina las primeras luces del alba. La abro y una ráfaga de aire fresco se cuela en la habitación. Jérôme está dormido encima de unos almohadones. Su hermano zapea. Élisabeth y el Viejo se han pasado la noche charlando en voz baja para no molestar a Mathilde, que todavía sigue dándole a la tecla sin sospechar que acaba de despuntar el día. Yo hago café para todo el mundo.

—Cuando pienso que voy a dejar la serie precisamente ahora que iba a convertirme en estrella de la pantalla —dice la Réa.

—¿A qué se refiere?

—¿No se lo ha dicho Séguret? Van a emitir Saga en la programación *prime time*.

—¿A las siete y media de la tarde? ¿Antes del informativo?

Louis se queda aterrado. Ya estoy empezando a pensar que ese maricón de Séguret nos tiene manía. Y, si no, ¿por qué no nos informa nunca de las decisiones que toman? Jérôme abre los ojos y parece que nos reconoce, aunque se le ha olvidado por completo qué hacemos aquí todavía a estas horas.

—¿Quién ha hablado de programación *prime time*?

Mathilde apaga el último purito, toma un sorbo de café y aprieta la tecla de la impresora. Es un gesto pequeño, invisible, silencioso, pero todas las conversaciones se detienen de golpe. Yo soy el primero en preguntarme quién será ese tío que nos ha tenido levantados hasta tan tarde.

Mathilde se despereza lánguidamente, hecha un pimpollo tras esta noche de amor.

—¿El admirador desconocido?

47. SALÓN DE LOS FRESNEL
INT. NOCHE

Marie Fresnel está mirando por la ventana, con cara melancólica. Coge el teléfono, titubea y, luego,

descuelga y marca.

MARIE: ... ¿Oiga?

VOZ en off (*impersonal*): Teléfono de la Esperanza. Buenas noches.

MARIE: Quiero hablar con la persona que tiene esa voz cálida y seca a un tiempo..., como la de un espía enamorado.

VOZ en off: Todos tenemos esa voz. Pero me parece que se refiere usted a mí.

MARIE: ¿Me recuerda?

VOZ en off: ¿Cómo no voy a recordarla, si es usted la mujer que lleva un año llamando y sólo quiere hablar conmigo? ¿Puedo preguntarle por qué conmigo?

MARIE: No lo sé... Creo que su voz es el sonido más hermoso que conozco después del sonido del silencio.

VOZ en off: A lo mejor podía apañarse con un locutor de radio.

MARIE: También necesito a alguien a quien contarle mis penas.

VOZ en off: A lo mejor podía apañarse con un psicoanalista.

MARIE (*un poco dolida*): Le estoy haciendo perder el tiempo, ¿verdad? Tiene otras llamadas de casos mucho más urgentes, de personas al borde de la muerte, y se pregunta por qué esta buena mujer anda lloriqueando porque es una madre de familia.

VOZ en off: La última vez que hablamos, sufría usted porque la querían demasiado.

MARIE: Gracias por el resumen. Creía que su trabajo consistía en dar ánimos.

VOZ en off: No es un trabajo. Dígame qué es lo que va mal.

MARIE: Necesito un compañero.

VOZ en off: ¿Y no encuentra ninguno?

MARIE: Tengo cuatro.

VOZ en off: Ya ve que tengo buena memoria.

MARIE: No se burle de mí. La cosa no es tan sencilla... Están todos muy enamorados de mí y sé muy bien que elegir a uno equivale a hacer desgraciados a los demás.

VOZ en off: Dígales que me llamen.

MARIE: Hoy sólo sabe decirme sarcasmos. Sería mejor dejarlo...

VOZ en off: No, no cuelgue. Hábleme de ellos.

MARIE: Uno vive ya conmigo. Es el hermano de mi marido, que en paz descanse, que se quedó conmigo en casa. Sé que está enamorado de mí desde el primer día en que me presentaron a la familia. Está loco; se parece muchísimo a su hermano, es enternecedor..., es...

VOZ en off: Pase al siguiente. Ése no vale.

MARIE: ¿Y usted qué sabe?

VOZ en off: No me obligue a decir cosas evidentes. Lo que siente por él es compasión, y nada más. Y si supiera qué poco significa usted para él. La olvida en cuanto se pone a toquetear una de sus máquinas, y lo más importante para él es su deseo de cambiar el mundo. Nunca ha soñado ante el azul infinito de sus ojos.

Marie, turbada y asombrada, calla un momento.

VOZ en off: Hábleme del segundo.

MARIE: Hace poco que lo conozco. Es mi vecino y se mudó hace unos meses. Un norteamericano. Es muy agradable, mis hijos lo quieren muchísimo. Él también es viudo...

VOZ en off: Ése es el recurso de la comodidad. Nunca llegará a quererlo.

MARIE: Pero...

VOZ en off: Es un alcohólico. Por la mañana, sólo ve en usted a una vecina guapa; pero, por la noche, la considera una madre muy práctica; bastaría con tirar el tabique para que todos fueran una familia única y bien avenida. Si no le pegase al whisky, ni se atrevería a cortejarla.

Marie está tan pasmada que no sabe qué decir.

VOZ en off: ¡El tercero! ¡Hábleme del tercero!

MARIE: El tercero sólo existe en mis recuerdos, pero sé que vive y que si me molestase en ir a buscarlo, todo podría volver a empezar...

VOZ en off: ¿Su marido? ¡Todavía se acuerda de ese fantasma, cuando hay, en alguna parte, un hombre bien vivo, de carne palpitante y sangre ardorosa, que sólo espera que le haga usted una señal! ¡Hábleme del último! ¡Hable ya de él, maldita sea!

MARIE:... Es... un enamorado clandestino. Me regala flores... Me asusta... No sé si...

VOZ en off (*interrumpiéndola con rabia*): ¿Pero todavía no se ha dado cuenta de cuánto la quiere ese hombre? Sólo él la quiere así, sólo él la quiere, a secas. Y ya estoy empezando a creer que usted no se lo merece. ¡Está loco por usted desde la primera vez en que oyó su voz! ¡Se muere de ganas de hacer todas las

locuras que a usted no se le han ocurrido nunca! ¡Quiere llevársela lejos de su apoltronada vida de ama de casa! Menos mal que tiene mucha paciencia y sabe cómo funcionan todos sus engranajes. ¡Lleva semanas esperando a que usted se percate de que existe de verdad!

Marie, anonadada, no es capaz de hablar.

VOZ en off: ¿Y si él le propusiera que se fuese con él ahora mismo, esta noche, que lo abandonase todo por él?

MARIE: ... No sé...

VOZ en off: ¿Qué le contestaría? ¡Rápido!

MARIE: Qué sí. Le contestaría que sí.

*

Todos nos despedimos de todos. El Viejo ha dicho que quería darse una ducha antes de vérselas con Séguret. Queda con Élisabeth en el plató y le aconseja que se haga la ingenua cuando se presente Séguret a comunicarle con gran dolor de corazón que se ha quedado en el paro. Mathilde, rendida, dice que quiere volver a su casa a pie. Y sola. El Viejo se ofrece a llevarme. Jérôme le ha dado la mano o Élisabeth en señal de paz y ella le ha pedido que no vuelva a llamarla nunca Doña Tirita. Jérôme se lo promete y Élisabeth le da un beso antes de irse.

Durante el trayecto, no hablamos. Miramos cómo golpea la lluvia en el parabrisas. Y, luego, Louis me dice:

—El Maestro y yo siempre soñamos en escribir una historia en que no pasara nada. No una película muda, pero sí una historia sin palabras. Sólo gestos de felicidad. Podía transcurrir en un mundo que hubiese llegado a la cima de su evolución y en el que nadie quisiera ya perjudicar a nadie. Las aventuras de la serenidad.

En el autobús que cojo para ir a trabajar, se levanta una señora. Como no se sienta nadie, me siento yo. Tengo cerca a un grupito que ni se fija en mí.

—Mildred estuvo sembrada anoche...

—¿Por lo del detective privado?

—Pues claro. Viene un tío a decirle que está enterado del pasado del Ser y lo manda al carajo. Rompe todas las pruebas y ni siquiera quiere saber quién ese salvaje que la ha dejado preñada.

—Con lo inteligente que es esa chica.

—Yo os digo que la historia esa entre Camille y el terrorista va a terminar de mala manera.

—Llevo semanas diciéndolo. Y René no quiere hacerme caso.

—Y no sabéis lo peor. Mi hija Céline, que aún no tiene ni doce años, se ha empeñado en estudiar filosofía; está loca por Camille, quiere hacer todo lo que hace ella.

—Pues mi mujer se pone a suspirar en cuanto ve a Walter.

—Es para fastidiarte, Jean-Pierre.

—Pues yo en tu lugar me andaría con ojo. El hombre está muy solo desde que se fue Marie.

—Mi mujer no podría vivir nunca con un tío que bebe.

Llego a mi parada. Al lado de la puerta, dos chavales de instituto se disponen a bajar.

—¿Tú te tirarías a Évelyne?

—No está mal desde que ha adelgazado, pero está enamorada de Fred.

La Saga no se emitió por fin en la franja horaria de las siete y media de la tarde, como pensaron hacer en un momento dado. Por decisión de no sé qué autoridad suprema, la serie la ponen los jueves a las 9 menos veinte de la noche. En *prime time*, como dicen ellos. Los doce capítulos finales están programados a razón de uno por semana. A ese ritmo, el último está previsto para el 21 de junio. Mis cómplices y yo esperamos la llegada del verano con cierta impaciencia.

En el quiosco, compro *Le nouvel économiste*. Lo voy a necesitar dentro de un rato para un diálogo entre Fred y el millonario de Hong Kong. Sólo quiero sacar unas cuantas expresiones que le den credibilidad; no entiendo nada del mundo de las finanzas. Debería interesarme un poco más por esas cosas; seguro que el tío ese de mi banco me engaña como le da la gana con esas memadas de inversiones en bolsa que me suelta. Si es que está hasta obsequioso. Igual me he convertido en un hombre rico. Vaya usted a saber.

—Señor Marco, he hecho una apuesta con unos amiguetes a que la ex mujer de Walter vuelve para la boda de Jonas. Dígame algo, ande...

Desde que vio mi foto en una revista, el tipo del quiosco se ha convertido en el encargado ideal de relaciones con la prensa. Le digo que puede permitirse el lujo de doblar la apuesta. Se pone tan contento, y me señala con el dedo, en *Télé 7 jours*, un

encarte pequeño en forma de estrella: «Test: ¿es usted Callahan o Fresnel?». De premio, dan invitaciones para asistir al rodaje. Jessica, la chiquita que hace de Camille, está en portada del *VSD*. Bajo su foto en bikini, afirma: «Camille me ha devuelto la alegría de vivir». Casi ni se la conoce. Nunca había sospechado que tuviera tanto pecho. El quiosquero me pregunta que cómo es en la vida real, y yo le digo la verdad: que no la conozco de nada. Me llega un grito desgarrador de Mathilde: alzo la cabeza. Me está haciendo señas desesperadas desde la ventana de la oficina. Quiere que le compre todas esas revistas estúpidas en que salen los culos de las artistas y las bodas reales. Aunque la quiero mucho, sigo sin entender qué es lo que la encandila de todos esos rimeros de cotilleos, de todas esas especies en extinción que ya no hacen soñar a nadie. «¡Es mi jardín secreto! ¡Es mi jardín secreto!». Eso es todo lo que se le ocurre cuando Jérôme y yo le pedimos explicaciones. Ese jardín secreto, yo me lo imagino inculto, lleno de flores carnívoras y de yerbajos imposibles de arrancar. A lo mejor es que saca de ahí alguna inspiración para la Saga. A saber. Sin darme ni los buenos días, se arroja sobre las revistas y saca el abultado cuaderno en el que pega fotos y artículos. ¡Y esta mujer está a punto de cumplir los cuarenta!

Jérôme bebe un café a sorbitos mientras lee, con ojos mortecinos, la cotidiana gavilla de correspondencia. En cuanto se topa con alguna carta algo graciosa o algo original, nos la lee en voz alta. Séguret no ha llegado todavía. Ha cogido la costumbre de venir todos los viernes por la mañana para comentarnos los índices de audiencia de la víspera y las nuevas directrices para la Saga. Este hombre es un géiser inagotable de directrices. Se pasa la vida hablando de retos y de metas, de objetivos, de índices de audiencia y de cuotas de mercado. Y yo no me entero de casi nada si nadie me da pistas. Me contó, entre orgulloso y angustiado, que la Saga había tenido más audiencia que la película del domingo por la noche. Y, la semana siguiente, más que la final de la Copa de Europa de fútbol. Le ha vendido la Saga a Europa entera, y los norteamericanos están interesados en comprar los derechos para hacer un *remake*. Piensan invertir el fundamento de la serie: la familia Fresnel, típicamente francesa, se muda al piso de enfrente de los Callahan. Lo quieren rodar todo en Los Ángeles, y este detalle nos ha dejado muy pensativos, a Jérôme y a mí. Los Ángeles..., nos hemos puesto a imaginarnos Saga al estilo americano: sol, rascacielos, apariciones de estrellas de la pantalla, música estruendosa, una rubia rellena de silicona haciendo el papel de Camille, explosiones, dobles para efectos especiales, de todo. ¡La felicidad, vamos! Por muy expresivos que sean los ejemplos que pone Séguret, no consigo hacerme a la idea del impacto real de la serie. Intento ver con la imaginación a diecinueve millones de individuos con los ojos clavados en la misma imagen. Intento figurármelos a todos, en un desierto que la vista no puede abarcar, pegaditos unos a otros, con la mirada perdida en un cielo estrellado en el que los personajes son del tamaño de la Osa Mayor y por el que desfilan todos los capítulos hasta perderse de vista por los confines de la Vía Láctea. Pero la visión se disipa casi enseguida, y

Séguret baja los brazos. Se ha convertido en el hombre fuerte de su cadena, por no mencionar las ofertas millonarias que le hacen las demás. Es el productor milagroso de la televisión francesa, algo así como un visionario genial en el que confluyen «la urgencia del mensaje y la ultramodernidad, la complejidad de conceptos y la pronta ejecución». Le hacen tantas entrevistas como a los actores de la serie; y un negro le está escribiendo un libro (*Saga o un milenio de historias*); lo invitan por todo el mundo a participar en seminarios para que comparta con miles de profesionales sus secretos de fabricación. Séguret es el amo en todas partes, un amo señorial.

En todas partes.

Menos en los treinta y cinco metros cuadrados de nuestra oficina, en donde suele bastarnos con unos pocos minutos para que le entren ganas de meterse debajo de la moqueta. Y, sin embargo, no se rinde. Nos infla a teorías, y cuanto más convicción les echa, más patético resulta. Se ve a sí mismo como una especie de Cristóbal Colón que ha conquistado un mundo nuevo, y no es más que un esforzado grumete que le saca brillo al puente del *Titanic*. Son las nueve de la mañana; dentro de diez minutos, lo tenemos aquí.

—Por cierto, Mathilde, en el escaparate de la librería donde compro he visto uno de sus libros. ¡Me ha hecho más raro! En la faja, hay una foto suya; y pone: «Por la autora de *Saga*».

—Nadie me ha dicho nada; ha vuelto a sacar los doce tomos de la serie de Axelle Sinclair.

A buenas horas iba su ex editor, el temible Victor, a desaprovechar semejante publicidad. Desde que la serie es un éxito, el buen señor se ha acordado de que Mathilde le entregó hace tiempo su alma.

—Pretende invitarme a cenar. Pero todavía no estoy lista.

—¿Lista para qué? ¿Para que ése sinvergüenza vuelva a aprovecharse de usted otra vez? ¿Está ciega o qué?

Siento que me he precipitado al hablar cuando veo que Jérôme y Mathilde cruzan una mirada de complicidad. El señor Venganza ya ha opinado sobre el tema.

—No se preocupe, Marco, que el amor me cegó, pero no me volvió tonta del todo. Y, por lo menos, esas reediciones van a dar una segunda oportunidad a Axelle Sinclair.

—¿Cómo era Axelle Sinclair?

—Una complicada, de esas que se pasan la vida buscando la felicidad perfecta.

—¡Aquí llega! —vocifera Jérôme, que se parapeta tras su monitor en cuanto vislumbra la silueta de Séguret.

Cada cual a su puesto, que van a pasar lista. Séguret entra con cara de concentración, se quita el abrigo y deja la botella de agua mineral en la esquina de una mesa. A Jérôme ya le está entrando la risa. Séguret mira de soslayo a Tristan, que duerme como un bendito. No se atreve a decir nada, pero se le nota que, por muchos meses que hayan pasado, no ha conseguido acostumbrarse a esa especie de

ectoplasma desfondado delante del televisor. Nos saluda a los cuatro sólo para probar la voz.

—¿Quieren que les diga los resultados de ayer?

Si nos atenemos al ritual, tenemos que contestar que sí a esa pregunta.

—Sesenta y siete por ciento de cuotas de mercado y treinta y ocho puntos de índice de audiencia. Durante las elecciones presidenciales, el último debate antes de la segunda vuelta anduvo por los treinta y un puntos. No nos corresponde a nosotros interpretar el fenómeno. La cadena ya se ha ocupado de convocar algo así como una comisión investigadora —compuesta en su mayoría por sociólogos— para que busquen una respuesta. Y, aunque el acontecimiento esté más allá de nuestro alcance, la serie, en cambio, tiene que someterse más que nunca a unos criterios de coherencia. Ya sé que la libertad de tono que han sabido ustedes aportarles ha tenido mucho que ver con el éxito que está alcanzando en la actualidad. Llegaré, incluso, a decir que, pese a nuestros diferentes puntos de vista, tuvieron ustedes razón en permanecer fieles a los objetivos que se habían fijado. Todos los directivos de la cadena, y yo el primero, se lo agradecemos. Pero no les digo nada nuevo si les recuerdo que, antes de las vacaciones de verano, nos quedan por emitir doce capítulos en un formato de noventa minutos. La modesta teleserie realizada con muy escasos medios que empezamos a emitir el pasado mes de octubre ha dejado de existir. La Saga no sólo es la creación francesa más suntuosa que se haya rodado nunca —tengo a mi cargo un equipo de ochenta y cinco personas y el presupuesto es prácticamente ilimitado— sino que es también, y sobre todo, un asunto de rango NACIONAL.

—Nacional, sí señor —lo interrumpe el Viejo—. Me han contado que en la Cámara de Diputados, uno de los oradores dijo: «Ese proyecto de ley no aguantaría los Quince Minutos de Sinceridad».

—Y, al parecer, a todo el mundo le hizo mucha gracia —añade Jérôme—. *Le Canard enchainé* dice que, en las reuniones sindicales, la última moda es meter frases desnudas. Son las sucesoras de la era de las frases huecas.

—Un asunto de rango nacional —repite Séguret, al que le pasa lo que a todos los ejecutivos: no le gusta que lo interrumpan—. Y ello nos obliga, en primer lugar, a realizar un producto CONSENSUAL, AMIGABLE y, sobre todo, FEDERADOR. ¡Hay que FE-DE-RAR! Y ésa es una faceta de su cometido que ustedes tienen mucha tendencia a olvidar. Y además lo hacen con malicia.

¡Hombre! Esto es nuevo.

El Viejo, abrumado, se pasa una mano por la frente y cierra los ojos. Mathilde, infinitamente más relajada, lee de reojo un artículo acerca de un palacio veneciano que acaba de comprarse una no muy conocida princesa a la que le gusta tomar el sol en monokini. ¿Fe-de-rar? Jérôme y yo mantenemos el siguiente diálogo telepático.

—Oye tío, ¿qué es fe-de-rar?

—Pues quiere decir que las historias que contemos tienen que gustarle a todo el mundo.

—¿Y eso es posible?

—Pues sería algo así como si en un campo de prisioneros, durante la guerra, llevasen años dando mierda para comer. Y el jefe del Stalag va y dice: sobre todo, no se les ocurra darles otra cosa, porque rebañan el plato.

—Y que no me diga nadie que no es cierto. Hasta ahora, se han dedicado ustedes esencialmente a darse gusto. ¿A que no se han acordado del ama de casa de Le Var, que tiene que dar de comer a una familia y enfrentarse con la crisis, esa ama de casa que se toma un breve descanso viendo su serie preferida? ¿Me pueden decir qué coño le importa a ella la ansiedad de un pastor que ha dejado de creer en Dios? ¿O el Edipo que tiene atragantado Camille? ¿Ustedes creen que le dice algo? Piensen en el obrero de Roubaix, que acaba de tener que tragarse su dosis de mundo real ante la puerta cerrada de su fábrica. No tiene más escape que la televisión, ni más ámbito recreativo. En vez de poner un *reality show*, nos hace el honor de sentarse a ver nuestra Saga. ¿Y qué le ofrecemos? El consabido ataque a la televisión, y bien descarado: ¡tire su aparato por la ventana! Pura demagogia, y, además, pasada de moda. ¿Y el pescador de Quimper? Del pescador de Quimper es que casi ni me atrevo a hablar, porque ustedes lo han colocado, de oficio, en la lista negra. Le tocan todas: tan pronto lo incitan a la anarquía como al desenfreno. Y todo eso desemboca por la vía rápida en un monumental cementerio de los Principios Morales. A esto es a lo que quería yo llegar. Las directrices de la cadena están muy claras: a partir de ahora, habrá un comité que leerá y aprobará todos los guiones antes del rodaje. Ya sé que se lo comunico de forma un tanto brusca, e intentaré darle un toque algo más personal al rogarles con absoluta sinceridad que piensen ustedes un poco en el prójimo.

Ya puestos, aprovecha para echarse al colete la mitad de la botella de agua. Debe de ser un recurso de ejecutivo. Al parecer, les enseñan sistemas la mar de eruditos para que no se les vayan de las manos los grupos pequeños. Incluso el gesto más insignificante crea un código.

Espera un momento y nos mira de arriba abajo, cruzado de brazos.

Ninguno de nosotros reacciona. Nos hemos quedado patidifusos. Séguret casi se asombra al vernos así.

Silencio.

Tristan, que no se ha despertado, se revuelve en el sofá, buscando una postura más cómoda.

Silencio.

—¿Qué me dicen?

Silencio.

—¿Usted tampoco dice nada, Louis?

—Desde que se formó este equipo, está usted convencido de que yo soy un cabecilla, o algo por el estilo, y que los otros tres, intimidados sin duda por mi enorme experiencia, no se atreven a opinar. Para demostrarle lo equivocado que está, voy a explicarle lo que vamos a hacer. Vamos a coger cada uno una hoja y a poner

por escrito qué nos parece lo que nos ha dicho, así, en caliente, y sin hablar para nada del asunto, para que nadie influya en nadie.

La arrogancia de Séguret se desinfla un poco; toma asiento.

No han pasado tres minutos y ya le hemos entregado los deberes. Séguret los lee con infernal lentitud.

«Señor Séguret; tiene cuarenta y ocho horas para contratar a los diez mejores guionistas de París. Fírmeles un contrato por todo lo alto y ordéneles que no se les ocurra bajar de no sé qué nivel de puntos de sus queridos índices de audiencia. Estaré sentado delante de mi televisor todos los jueves por la noche hasta el 21 de junio».

«A ves si te vas a cargar a la gallina de los huevos de oro, tío. Lárganos y, dentro de dos capítulos, ya verás cómo te largan a ti».

«Le ruego acepte la dimisión que le comunico por la presente».

«Soy la mar de amiga de un ama de casa de Le Var, y le encanta la serie tal y como es ahora. ¿No le han explicado nunca lo arriesgado que resulta prescindir del equipo ganador? Si lo sabe hasta el señor que barre la escuela de ejecutivos».

Séguret se levanta sin decir ni pío. Muy digno. Se pone el abrigo y se queda un momento mirándonos antes de irse.

—La primera vez que entraron en esta oficina no eran más que cuatro infelices que me habrían lamido las botas para conseguir este trabajo. Que no se les olvide nunca que fui yo quien les proporcionó su última oportunidad. La última.

*

Después de comer, propongo a los otros que volvamos a ver el capítulo de ayer, así, por curiosidad. Un poco conmocionados aún por la visita de Séguret, me hacen caso.

Ahora no tiene nadie las ganas de guasa que nos suelen entrar cuando hace acto de presencia cualquiera de los actores de la serie. Hay algo casi solemne en el ambiente, como si al fin reconociéramos los sentimientos que nos inspiran ésos con quienes siempre nos hemos andado metiendo. Creo que es la primera vez que veo de verdad la Saga. Me paso noventa minutos con la sensación constante de que me muevo, de que la historia de esos personajes está en marcha y a punto de concluir.

Por fin me creo lo del cáncer de Walter; hasta que no he visto las imágenes, no me había dado cuenta de que la historia funcionaba. El actor ha dejado de lado su toque de roquero para interpretar, sin más, a un individuo que teme los resultados de los análisis. El médico anda mareando la perdiz, y Walter lo que quiere es una frase desnuda, sólo una. Me gusta mucho la cara que pone en ese preciso momento. Cuando le dicen que tiene cáncer de pulmón, sale a la calle, como si estuviera en las nubes. Mira a la gente que pasa. Figurantes. El director se ha molestado en filmar a personas que pasaban por la calle sin sospechar nada. Walter pide a una de esas personas un cigarrillo y fuego. Mira el cigarrillo que tiene entre los dedos como si fuera la primera vez que coge uno. Y es la primera vez que coge uno. Da una calada, tose como un chiquillo; luego, da otra con una leve sonrisa. No hace falta que diga nada; se le lee en la cara algo así como: «No está mal; no sé por qué he prescindido tantos años de esta satisfacción». Al volver a casa, se encuentra con Fred que le asegura que piensa dar con el remedio definitivo para que los cangrejos no corran de costado. Tal va a ser su nueva cruzada.

En la habitación de al lado, Mildred y el Ser se abrazan. Tampoco en esta escena se habla gran cosa. Además, el Ser sólo sabe decir un par de palabras. Sigue tan desnudo como siempre; y Mildred tan brillante como de costumbre. El Ser le baja la manga de la camiseta para descubrirle la piel cuajada de quemaduras y hunde el rostro en ella. Mildred cita un verso de una poeta norteamericana. El Ser no se entera de nada, claro está. Bebe agua en un vaso, aunque más bien la toma a lengüetadas. Mildred se pasa las manos por el vientre, que empieza a abultarse. Me parece que no he visto en mi vida nada más integrador. En ese cuarto reina un bochorno amoroso en estado de ingravidez, y no sé de dónde sale. Seguramente de algo impreciso que anda entre la nostalgia y la esperanza, algo que Mathilde llevaba dentro desde hace mucho y que el director ha sabido sacar de los actores. Y esa curiosa alquimia vuelve al punto de partida, como un bumerán, y nos pega en toda la cara mientras miramos la pantalla. El Viejo detiene la imagen y le pregunta a Mathilde si de verdad vamos a hacer que nazca un niño de aquí al 21 de junio.

—No soy una experta en el tema, pero ¿por qué no?

—Séguret se pondría tan contento...

—A veces me cuesta comprender por qué le gusta tanto esta pareja a la gente. Con todas las que me he inventado yo en la vida... Hay una estudiante de psicología que quiere hacer la tesis sobre ella. Me hace unas preguntas pasmosas acerca de la osmosis del sentido y del estado salvaje, del paraíso perdido, de las injurias del cuerpo, del estado natural y del sexo cerebral. Yo le contesto que para qué irse por las ramas; que, en un principio, yo sólo pretendía hacer una versión moderna de *La bella y la bestia*, sin que se acabase de saber quién era quién. Pero se queda muy chasqueada cuando le digo esas cosas. Y eso que he intentado explicarle que me he pasado la vida contando la historia de un hombre que conoce a una mujer con la que acabará por acostarse, pero que, antes, se dedicarán a hacerse sufrir mutuamente y a

sacarse de la manga montones de barreras sociales y de tabúes. La ocasión soñada para mandar la psicología a paseo era la historia Mildred y el Ser. Si se fija uno bien, es la de una simbiosis arrebatadora, total e ineludible. Cuando sea vieja, miraré hacia atrás y diré: sí, entre todo lo que he hecho, hubo una vez, sólo una, en que me acerqué al amor puro al cien por cien.

Vuelven a moverse las imágenes. Camille está cada vez más vistosa. Desde que se ha ido Marie, se ha convertido en la obsesión de la serie. Séguret lo ha fomentado, claro. En la actualidad, la actriz que la interpreta posa para revistas femeninas y da consejos de belleza. Tranquiliza a los periodistas: «No, Camille no va a suicidarse». De momento, en pantalla, está en el piano-bar de un hotel suntuoso con Pedro «White» Menéndez, el terrorista kafriano. Aprovecha un momento en que Pedro está dando unas órdenes por teléfono para colocarse bien el micrófono que Jonas le ha puesto entre los pechos. En teoría, ella cree que Pedro es un acaudalado importador de puros y él piensa que Camille es una chica de alterne de lujo. Charlan animadamente mientras se toman unos cócteles; y, de pronto, Menéndez le pregunta si ha visto alguna vez un muerto.

—... ¿Por qué me lo pregunta?

—Contésteme.

—Nunca he visto ninguno.

—¿Ni siquiera un abuelo muy mayor o un accidente de carretera?

—No.

—Pues es una lástima. Nadie puede tener una idea clara de lo que es la paz interior hasta que no se ha tenido un muerto en los brazos. Y eso que estoy en contra de la idea de la muerte, ¿sabe? A mí me gustaría que las personas desapareciesen de la noche a la mañana, se evaporasen, se disolviesen en la naturaleza.

—¿Un concepto panteísta de la muerte?

Lo interrumpe con tanta naturalidad que Menéndez pone cara de sorpresa. Camille no sabe cómo disimular la metedura de pata.

Pedro dice:

—... No me acordaba de que estamos en Francia; aquí hasta las putas tienen su culturita.

Y, luego, mira la hora con disimulo y añade:

—Le voy a dar dos opciones: o va a la barra a buscarme otra copa o se arrima mucho a mí para que pueda acariciarle las tetas.

Camille, alterada, se lleva la mano al pecho, en donde tiene oculto el micrófono. Pero decide arrimarse a Pedro. Él la abraza y la aplasta contra el asiento. Un segundo después, hay una explosión en la barra y la deflagración derriba unos cuantos cuerpos. Camille está ilesa.

—Yo había puesto por lo menos tres fiambres más —dice Jérôme.

—No te quejes, que hace menos de un mes te hubieran descontado del sueldo el precio de las vendas.

—Todavía estamos a años luz de los efectos especiales americanos, pero reconozco que la explosión está bien hecha. Hasta se han esforzado en mejorar la caída del especialista en la escena en que Mordécai se tira desde lo alto de la torre.

—¿Mordécai...? Si yo creía que lo habíamos matado en el capítulo 30 o en el 31.

—Mordécai es un tío riquísimo. Con una fortuna como la suya, hay soluciones para todo, incluso para la muerte. De todas formas, nadie se ha quejado de que volviera a aparecer.

Eso es lo que, a veces, me plantea un problema. Me hago preguntas acerca de esa libertad infernal que Séguret quiere quitarnos. Anda y que no han pasado cosas desde el famoso día en que nos soltó lo de: «¡Hagan lo que les dé la gana!». Ahora, ando pensando en donde estarán los límites. Tiene que haberlos a la fuerza. Es imposible que alguien pueda transgredir las leyes impunemente y arrastrar a esa locura a diecinueve millones de individuos sin que exista una censura en algún sitio. Se lo pregunté al Viejo. Y me contestó, con un poco de tristeza en la voz:

—Lo que me temo es que el límite sea el de nuestra imaginación.

*

Llevaba mucho amenazando con hacerlo, y ya lo he hecho. En el capítulo que hemos rematado hoy, se nos ha aparecido Dios. Dios en persona.

Coincide con la imagen que de él tiene la mayoría de la gente: un anciano majestuoso envuelto en ropajes blancos. El hermoso rostro de rasgos labrados inspira algo así como un temor mezclado con gozo.

—Oye, Louis, ¿te parece que basta con esta descripción?

—A ver... «Al volver del *jogging*, Bruno se encuentra con un anciano majestuoso envuelto en ropajes blancos. El hermoso rostro de rasgos labrados inspira algo así como un temor mezclado con gozo». De sobra.

A Lina, la cazadora de caras, le va a costar bastante encontrar un tipo cuya mirada inspire algo así como un temor mezclado con gozo. Ya tuvieron que ir a buscar al Ser a una especie de fansterio de actores de Hungría. Menudo lío. Bien pensado, que se las apañe. Así tendrán sus enviados la oportunidad de ganarse el sueldo.

—Hablando de *casting* —dice Jérôme—. Tienen que buscar a la chica que va a hacer de Dune.

—¿Quién era la Dune esa?

—Una tía que se ha escapado de la secta de los barbarios. Tiene entre veinticinco y treinta años y es bastante monilla. Eso es.

—¿Cómo que eso es? —pregunta Mathilde—. ¿Se inventa un personaje de una chica guapa de veinticinco años y es todo lo que se le ocurre?

—Las chicas no han sido nunca lo suyo —ríe burlescamente Tristan—. Parece muy lanzado, pero es un tímido. Cuando era un chaval joven, intentaba traerse a las titis a casa diciendo que les iba a enseñar al «hombre sofá». ¿Te acuerdas de la

pelirroja?

—Y tú, ¿por qué no te callas? —dice Jérôme, como un tomate.

—¿Y a que no sabéis quien era el «hombre sofá»?

—Yo, cuando describo a un chico guapo, revuelvo en las reservas de mis obsesiones —dice Mathilde—. Tengo archivados desde el vecino de descansillo hasta los actores estelares de Hollywood.

—¿Hay alguna actriz que te guste? Por lo visto, hay tortas para actuar en Saga.

—Puf...

—Pues entonces, hay que inventársela de arriba abajo —dice Louis—. Descríbenos a tu mujer ideal.

Es una gozada ver cómo Jérôme se retuerce los dedos sin alzar la vista de sus deportivas. Él, que me toma el pelo cada vez que pasa una chica por el pasillo... Él, para quien todos los personajes fe meninos son el reposo del guerrero, a menos que sean unos Rambo con medias de rejilla. Dentro de un momento, nos vamos a enterar de que es todo un sentimental.

—Ya está bien de mirarme así. Nunca lo había pensado...

—¿Rubia o morena?

—...

—¿Pelirroja? —dice Tristan, cada vez más risueño.

—Pues... más bien morena. Con el pelo largo y tieso, como de alambre.

—¿Los ojos?

—... Los ojos tendrían que ser muy azules, y que tenga la piel mate, un poco cobriza, como una india zuni, y además...

—¿Además qué?

—... Una sonrisa imperceptible, como una geisha. Con unas piernas larguísimas, y un pecho discreto. Pero también cobrizo, el pecho quiero decir.

—¿Perfil psicológico?

—¿La adorable incordiante?

—¿La víbora fatal?

—Para nada. El mínimo ademán da sensación de serenidad. Se puede leer en ella como en un libro abierto y le corre la risa como un riachuelo.

—¿Y tiene alguna ciencia en particular?

—¿Qué quieres decir?

—Pues no sé, cualquier cosa, tenis, claqué, saltar a la goma...

—Tendría que saber montones de lenguas; me gustan las mujeres que saben montones de lenguas. Y que hablase el francés con un poquito de acento. Y, en casos muy concretos, elegiría el japonés, sin que nadie supiera por qué. Que, a veces, cite literalmente a Shakespeare. Y si, de propina, sabe lanzar el bumerán...

El Viejo rompe un silencio breve y delicioso al arrancar una hoja de su libreta.

—Creo que no se me ha olvidado nada. A ver cuánto tiempo tardan en encontrar a Dune.

—¡Esa chica no existe! —vocifera Jérôme.

—Lina enviará a sus esbirros a todos los rincones del universo y pondrá anuncios en los cinco continentes; pero nos la conseguirán.

El Viejo tiene razón. Más vale que nos aprovechemos mientras tenemos la sartén por el mango. El 21 de junio, nos darán la patada. ¡Pero de aquí a entonces, las van a pasar canutas!

—Tengo cuarenta años —dice Mathilde—, lo cual quiere decir que o tardado una barbaridad en encontrar a alguien que me dé todos los caprichos. Se llama Séguret y pienso explotarlo hasta el final, igual que una bailarina deja en la miseria a su amante banquero.

Sirvo una ronda de vodka a la pimienta y brindamos por esa Dune que estamos deseando conocer. Jérôme se encoge de hombros. Está convencido de que Louis le ha estado tomando el pelo desde el principio. Mathilde mira la hora y es la primera en irse. Tristan coge las muletas para dar su paseo vespertino por la sala de montaje. El Viejo le pregunta si puede ir con él; le apetece ver cómo trabaja William.

—Así me abre las puertas —dice Tristan con una sonrisa.

Los dos se largan. Yo busco por todas partes la botella de vodka. Jérôme enjuaga los vasos. El fax se pone en marcha y, a estas horas, no es de esperar ninguna buena noticia.

—Como haya que parir más sandeces de prisa y corriendo, al maricón de Séguret ya le pueden dar mucho y muy seguido.

Saca el papel de un tirón y lo lee. Me temo lo peor.

—Dan una fiesta en el estudio...

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Mira tú qué detalle avisarnos a última hora.

—Han aprovechado el final del rodaje del capítulo 67 para encajar el cumpleaños de Jonas.

—¿Te apetece?

—No conocemos a nadie. Menudo papelón...

*

En el taxi que me iba a dejar en casa antes de llevar a Jérôme a la oficina, fuimos callados y pensativos. Borrachos de champán. Séguret pasó como una exhalación, sin fijarse en nosotros. Nadie nos reconoció, nadie nos preguntó qué hacíamos allí y nadie nos dirigió la palabra.

—La que hace de Évelyne parece maja.

El bufé era espléndido, el champán buenísimo, y te servían platos calientes que se dejaban comer la mar de bien.

—¿Quién era el tío ese que se tapó la nariz con los dedos cuando le preguntamos

qué le había parecido el último guión?

—¿El que se parecía a Walter?

—Ése.

—Era Walter.

Antes de que empezasen los festejos, vi el final del rodaje. No estaba enterado de ese ballet extravagante; de esos decorados que van de un lado a otro, como si bailasen; de esas decenas de individuos que giran alrededor. Di una vuelta y me encontré en medio de una galería de arte contemporáneo repleta de lienzos y de esculturas. Yo quería que Bruno y su novia se conociesen en un sitio así, y hasta me había entretenido en inventarme obras. Un desnudo hiperrealista al lado de un radiador, una composición de platos y fotos de Dalí, una columna de fotocopiadoras changadas, un cuadro monocromático naranja rajado de arriba abajo. Me lo había pasado bomba tecleando en el ordenador, metiendo ideas y efervescencia cromática a mogollón, convencido de que producción tiraría todas mis meticulosas descripciones a la papelera y compraría unas cuantas reproducciones descafeinadas en el rastro de Saint-Ouen. ¡Pues no! ¡Lo han hecho todo tal cual! ¡Mi desnudo del radiador es una maravilla! ¡Mi instalación de fotocopiadoras merecería estar en el Pompidou! ¡Soy un artista! ¡Un artista!

—¿Te has enterado de lo del juego?

—No.

—Van a sacar un juego de la oca inspirado en Saga.

—No fastidies.

—En serio. De ésos de *avance tres casillas*. Mildred le hace un test de inteligencia. Si saca menos de 100, retroceda cinco casillas. Adelante tres casillas para que no le pille un atentado de Pedro Menéndez. Y todo así.

—¿Tú crees que nos van a tocar pelas de ese invento?

—A saber.

Me gustó mucho el discursito del productor delegado. Dijo que la Saga era una gran familia y que les daba las gracias a todos y cada uno de sus miembros. Una lista larguísima, empezando por los papeles principales y acabando por los técnicos más modestos, sin olvidarse de los cargos importantes de la cadena, con una mención especial a nuestro padre común: Alain Séguret. No dijo ni mu de los guionistas. Deseó a Jonas un cumpleaños feliz y repartió regalos. Ésa era la sorpresa mayúscula de la velada: una caja de cuatro cintas con los doce primeros capítulos de la serie. Aplausos estruendosos. Conseguí echarle la zarpa a una de las cajas, pero Jérôme tuvo menos suerte.

—Hasta mañana, tío.

Al meterme en la cama, perdido aún entre las brumas del champán, hablé con Charlotte como si estuviera en el cuarto.

—¿Sabes que hoy he metido a Dios como personaje?

(—...).

—Ya sabía yo que ibas a decirme algo así. Bueno, pues, fíjate, ya no sé si es el Dios del que habla todo el mundo o si me lo he inventado por completo.

(—...).

—Sí, mañana charlará un ratito con Bruno. A lo mejor, Dios sólo dice frases desnudas.

—Es posible, pero de momento no. Primero voy a organizarle un encuentro con ese pobre pastor que duda de su existencia. Y tú, ¿qué tal? ¿Alguna novedad en el trabajo?

*

Walter ha tenido un accidente de coche, esta mañana, antes de las diez. Jérôme no se ha cortado un pelo. El coche destroza una torre de cristal y da tres vueltas de campana antes de caerse a una piscina. El Viejo opina que a Séguret le va a parecer bien la acrobacia, pero que no conseguiremos colarle la muerte de Walter. Con la marcha de Marie llegamos ya al límite de lo tolerable. Pero Jérôme tiene los ánimos a tope. Es capaz de tener un pulso con Séguret y con toda su pandilla de decididores si no hacen lo que él dice.

—Hasta nueva orden, está en coma. ¡Por lo menos durante dos capítulos! Si hubieras visto su jeta, ayer por la noche, rodeado de toda su corte. Con ese aire de superioridad que ponía para hablar del guión.

—Será que no le habría gustado la escena en la que se arrodilla, suplicante, ante el fantasma de Loli, que lo persigue —digo.

—¡Pues que se joda! A partir de ahora, está en una cama de hospital, enchufado a una sonda que podemos cortar cuando nos dé la gana como no se porte bien. Se va a enterar, el maricón ese.

El señor Venganza ha hablado. Y el sinvergüenza de Louis añade, con sonrisa perversa:

—Al público le va a encantar. Hasta podemos inventarnos una sombra misteriosa que vaga por el hospital con un par de tijeras enormes en la mano.

Entre los cuatro, montamos más follón que los hinchas del Parque de los Príncipes. Está bien esto del espíritu de equipo.

El resto del día transcurre en un ambiente de claro relajajo. Desde que contamos con seis días enteritos para escribir un único capítulo de noventa minutos, nos cogemos cada vez más ratos de *farniente* y juerguecilla. No pasa día sin que nos vayamos los cuatro a que nos dé un rato el aire a la placita que está al final de la avenida.

Sol.

—La Saga se morirá de muerte natural en cuanto llegue el verano —dice Louis—, pero no hay razón para que nos entierren con ella. ¿Qué pensáis hacer después?

Nos quedamos cortados, como si ninguno hubiera pensado que la tripulación

tendría que separarse un día. Y, de pronto, empieza un revoltillo de respuestas y el porvenir de todos se plasma en unas cuantas palabras. Una cadena norteamericana ha propuesto a Jérôme un puesto de *asesor* en la adaptación de *Saga*, para que no se pierda la esencia de la serie francesa. ¿Cómo habrán sabido que, de los cuatro, Jérôme es el único que sueña con trabajar en ese país? Si quisiera, podría incorporarse hoy mismo, pero prefiere quedarse con nosotros hasta el 21 de junio. Si todo sucede como está previsto, Jérôme pasará el verano en una villa de Santa Mónica a la que acudirán cohortes de Séguret para que les aclare el concepto de los Quince Minutos de Sinceridad, que él ya ha vuelto a bautizar, llamándolo *High Quality Frankness*.

Mathilde tiene dos proyectos, y no sabe por cuál decidirse. Uno es escribir la serie del verano del año que viene. Una historia de amor y polvos que abarca tres generaciones y dura ocho capítulos. Una serie de verano es algo que, a poco que guste, se vuelve a emitir con regularidad. O sea, una renta asegurada para Mathilde; y, además, le han propuesto que convierta en novela sus guiones, volviendo así a su carrera de escritora. Cuando le pregunto cuál es el segundo proyecto, se cierra en banda y dice que es su «jardín secreto», y que no piensa soltar prenda antes de tenerlo todo bien atado.

Yo cuento lo del director que se ha puesto en contacto conmigo para que trabaje en su próxima película. Me gustó mucho la última: *La casa de juego*. Y eso de escribir para el cine me atrae una barbaridad. El Viejo me anima a que siga por ese derrotero.

—El cine es otra cosa. Una aventura diferente. La más hermosa de todas. El cine cimenta la memoria de los hombres; la televisión sólo fabrica olvido. Todo el que trabaja para el cine está convencido de que está haciendo la mejor película del mundo. Y eso tiene un nombre. Se llama amor.

Sol.

—Y tú, Louis, ¿qué vas a hacer cuando acabe la *Saga*?

Con un orgullo extraordinario en la mirada, nos anuncia que se vuelve a Italia.

—El Maestro me necesita. Y nunca he sabido decirle que no a nada.

*

Las 8 de la tarde. Todos los jueves por la noche, me meto donde puedo, en cualquier sitio en donde me sea dado no acordarme de que hay diecinueve millones de individuos mirando hacia el mismo sitio. En mi casa, imposible. El teléfono no para de sonar en cuanto se acaban los títulos de crédito de la serie. Pero no puedo dejar descolgado por si llama Charlotte. En la oficina, peor. Los hermanos se largan al taller de William y no bajan hasta bien entrada la noche. Hoy, me han invitado a cenar unos amigos que tengo abandonados hace meses, y les he dicho que sí. Me sentará bien el ambiente familiar. Me mimarán, me darán *spaghetti* y me inflarán de

vino tinto, como han hecho en tantas otras ocasiones. A lo mejor, saben algo de Charlotte. No me han preguntado por ella. Al verlos, me siento soltero por primera vez.

—¿Tomas un ponche de aperitivo, Marco?

Charlie y Juliette me cuidan como a un hijo que vuelve de la mili. Y a mí me gusta hablar del tiempo que hace, del color de las cortinas y de ese exquisito olor a curry que llega desde la cocina. Béatrice y Auguste se presentan con champán. Besos. Hace siglos que no veía a Béatrice. Me dice que está trabajando en una tienda de discos. Auguste sigue de chófer de no sé qué ministro. Todos hablan de trabajo, de todos los trabajos menos del mío. Y me siento como si volviese a la civilización tras meses de destierro. Charlie se queja del número de alumnos por clase en su instituto. Juliette cuenta que las rebajas de la tienda de ropa en la que trabaja casi acaban con ella. ¡Los adoro, a los cuatro! Todo lo que dicen me parece apasionante: las decisiones del director del instituto Val-de-Marne, los sistemas antirobo de los grandes almacenes, lo que cuesta el nuevo Safrane. Todo me interesa. Pregunto cosas, atiendo a lo que me contestan, a veces simpatizo con sus quejas, pero no se me escapa nada. Son personas de verdad, con una vida cotidiana de verdad, y me importa un pito saber si es una vida trivial, verosímil o realista. Al estar con ellos, me siento como una persona normal; la tensión se relaja y me tomo otra copa de ponche, que se me sube gratamente a la cabeza. Y saco a relucir algunos recuerdos comunes, como si Charlotte estuviera con nosotros. Juliette se inclina para alcanzarme una copa de nuez de cajú y, sin poder remediarlo, le miro dentro del escote. Siempre he sentido algo por ella, y siempre me ha dado la impresión de que no le parecía mal. Eso me recuerda al amigo de Jonas, Philipp, que...

—¿Marco?

... ¿Y si Camille se enamorase de Menéndez? Ya no haría falta arreglarle el encuentro con Philipp, sobre todo porque Jonas anda ocultándole algo al FBI algo que tiene que ver con el tal Philipp.

—¡Oyeee... Marcooo..., vueeeelve!

—Lo siento —digo sacando mi libretita—. Ha sido el cumpleaños de mi padre y se me ha olvidado por completo llamarlo para felicitarlo. Si no lo apunto, se me va a olvidar otra vez.

Ya sé lo que va a ser de Camille... ¡Ya lo sé! ¡Tengo que apuntarlo a toda costa!

Se reanuda la conversación. Béatrice quiere tener otro niño. Auguste no es muy partidario que digamos. Los otros dos intentan convencerlo. Otro niño... ¡Estamos hablando de una vida de verdad! Una decisión crucial, semanas de ilusión, meses de gestación, preparativos fantásticos, una inversión espiritual y psicológica: todo eso hace falta para crear una persona. Una persona que va a tener, por término medio, setenta y cinco años de esperanza de vida. Y lo más probable es que esa vida no sea más que una procesión de etapas breves y rituales, unas buenas y otras malas. No tendrá que sobrellevar ningún misterio tremebundo, ningún amor febril y

desesperado, ninguna heroicidad universal, ninguna peripecia rocambolésca, la vida nada más, tejiéndola día a día. Eso sí que es crear un personaje. Un sólo grito de ese niño tendrá más carga de realidad que toda esta chamarilería sin pies ni cabeza que me invento yo.

—La cena va a estar enseguida; hay que meter en la cama a los crios.

—Marco, ¿te importa acostarlos?

—¿Cómo dices?

—No todos los días se tiene a un guionista en casa. A mí no se me ocurre ya nada para que se duerman.

—Un cuentecito de nada, anda... ¿A ti qué te cuesta?

Y a los cuatro les hace mucha gracia.

—Yo es que de eso no sé. No tengo mano con los chavales.

Parezco un gilipollas.

—Que sí, hombre; ya verás como se te da divinamente.

Y me llevan al cuarto de los niños *manu militari*. Me encuentro sentado al filo de una cama, en penumbra y con dos cabezas rubias con los ojos como platos encima de una almohada.

—Te esperamos para empezar a picar —cuchichea Juliette al cerrar la puerta.

Menuda encerrona. Hurgo en mis recuerdos de princesas, de cerditos y de lobos feroces. Pero no se me ocurre nada. Los cuatro ojazos esperan. ¿Un bosque? ¿Un castillo? ¿Les gustarán esas cosas a los crios de hoy? Con esos mechones rubios, parecen unos angelitos dispuestos a quedarse dormidos enseguida. Y en realidad son máquinas crueles de destripar peluches, a tope de cibernética japonesa, dispuestas a hincarle el diente al tercer milenio. Las princesas sólo le interesan ya a mi colega Mathilde. Pero igual me queda una última oportunidad de darles gato por liebre disfrazando lo viejo de nuevo. Y sin jugarme algún fusible que igual me hace falta más adelante. Tengo la casi total seguridad de que estos chavales no han visto todavía *Instinto básico*.

—Ésta es la historia de una señora rubia muy guapa que vivía en un castillo muy bonito a la orilla del mar...

*

Vuelvo a cerrar la puerta muy despacio y bajo las escaleras sin ruido. Creo que he salido del paso bastante bien. He convertido a Sharon Stone en una especie de bruja que vuelve locos a todos los que se acercan a ella. El picahielos es un puñal mágico; y el poli que interpreta Michael Douglas, un valiente caballero que encanta a la bruja. Los del salón están hablando por los codos. Me he ganado mi plato de pollo al curry y mi copa de tinto. Un peldaño cruje y yo bajo con pisadas cautelosas. Sólo faltaba que se despertase uno de los crios y tuviera que contarle *La naranja mecánica*. Los de abajo parecen muy animados.

—Debe de estar ganando un pastón con la serie.

—¿Seguimos sin saber por qué se fue Charlotte?

—Parece agotado, ¿verdad?

Me quedo quieto, con un pie en un peldaño y el otro en el aire.

—Ha sido un detalle que nos invitarais la misma noche que a él.

—Sobre todo siendo jueves.

—Es la única noche que libro. ¿Y sabéis por qué? Porque el ministro no sale de casa para no perderse el capítulo nuevo. A la mañana siguiente, lo comentamos en el coche.

—¡Lo que nos piden a Bach en la tienda desde hace una temporada! Pero no os creáis que la gente pregunta por *El arte de la fuga*. Lo que buscan es la música de la Saga de los jueves. Hemos puesto unos expositores.

—En mi *boutique* pasa igual. ¡Vienen una de tías que ya no son ningunas niñas buscando vestidos como los que lleva Évelyne! Y las jovencitas, se toman todas por Camille..., todas quieren chaquetas de flecos como la suya, de los setenta, y la cinta negra a juego.

—Sí, ya me acuerdo, esas cintas que nuestras abuelas se ponían al cuello.

Me siento en el último peldaño.

—Menudos follones se montan en el instituto. Ya tengo asumido que mañana por la mañana me costará un cuarto de hora largo que se calmen. Y no me pasa sólo con los de segundo. Los del curso preuniversitario son peores. Todos los crios quieren saber su coeficiente mental; todos se creen que son unos superdotados. El otro día di una clase sobre el surrealismo porque Camille citaba una frase de Breton, ya no me acuerdo cuál...

—«Vosotros que no veis, acordaos de los que ven».

—No está en el programa; tuve que improvisar a capón.

—Ya están terminando los anuncios.

—Sube el sonido, corazón.

—Pero ¿qué hace ése que no baja?

Consigo rescatar la cazadora y llegar sin ruido al vestíbulo. Cierro la puerta de la calle en el preciso instante en que Bach inunda suavemente el piso.

Un aroma desconocido flota en la oficina. Al lado del ordenador, me está esperando un paquete de regalo envuelto en papel reluciente. Un lote de productos Saga para caballeros: *after-shave*, *eau de toilette*, jabón, gel de baño. Y todos oliendo a vainilla. Jérôme vaporiza la colonia como si fuera un ambientador. Se le ha metido en la cabeza acabar con ese olor a tabaco del que ya ni nos enteramos. Una tarjetita de puño y letra de Séguret nos informa de que el consumo de vainilla se ha triplicado en Francia desde enero. Todo el mundo quiere que sean de vainilla los yogures, los bastoncillos de incienso, los helados; incluso acaban de poner a la venta un chicle nuevo. Si seguimos sacando en la serie el perfume de marras, todo el mundo tan contento, y nosotros todavía más, dice a modo de conclusión. Me pregunto si ese mundo que huele a vainilla es el mundo en que yo quiero vivir. He aquí un ejemplo perfecto de eso que llamamos «el efecto mariposa». Una mariposa aletea en Tokio y llueve a torrentes en Los Ángeles. Causas pequeñas, efectos grandes. Si ahora se están frotando las manos los importadores, los industriales, los comerciantes principales y menos principales, si toda Francia huele lo mismo, es únicamente porque la palabra *madreselva* nos resultó demasiado larga.

—He visto el capítulo de ayer —dice Jérôme.

—¿Y qué?

—Blando.

—¿Blando?

—Si hubiera tenido a mano una Magnum 44, le hubiera pegado un tiro a esa mierda de tele. Poca violencia, pocos polvos. Ahora, la gente pide MÁS. Hace mucho que los americanos se dieron cuenta de eso. Por eso nos tienen arrinconados; y yo me marché con ellos.

¿Quince Minutos de Sinceridad? Qué va, todo lo contrario. Sólo estoy oyendo acritud e impotencia. Y creo que sé por qué se pone así Jérôme.

—Fijaos en qué es lo que funciona: lo de más sangre, lo de más sexo, y, a veces, lo más guarrindongo. Los protagonistas son unos caníbales y las estrellas se abren de piernas. La Saga nos proporciona una ocasión única de colar todo lo que se nos ocurra y ni siquiera la aprovechamos.

Acaba de salir en los periódicos la noticia oficial de que empieza a rodarse *Deathfighter 2*. Unos medios del copón de la vela, actores famosos por un tubo, y el maricón de Yvon Sauvegrain en primera fila. ¿Cuántas noches me habré pasado oyendo a Jérôme darle vueltas a esta historia, como un borracho viejo? ¿Cuántas sesiones nocturnas habremos dedicado a buscar una idea inatacable para vengarlo, un guión imprescindible, un relato indispensable, una pirueta final? Le hemos echado tanto empeño como si los espectadores estuvieran ya sentados en la sala. Sauvegrain nos las va a pagar. Y dentro de nada.

Louis le pone una mano en el hombro a Jérôme para tranquilizarlo.

—Los yanquis ya ganaron la batalla. Todo lo que deseo, Jérôme es que seas tú el que dé el golpe de gracia a este jodido cine nuestro que se ha cavado su propia tumba.

Pero si, cuando estés allí, te acuerdas alguna vez del que eras aquí, entre nosotros, que no se te olvide nunca esta regla: la inflación de ideas nunca podrá sustituir al estilo. Porque siempre habrá alguien para rizar el rizo, para apretar las tuercas más que tú. Pero no habrá nadie que pueda tener un estilo Jérôme Durietz mejor que el tuyo. Intenta no olvidarlo en tu villa de Pacific Palisades.

Suena el teléfono, sacándonos del largo silencio en que nos habíamos quedado. Descuelga Louis y se va a hablar a una esquina de la habitación. Para hacer tiempo, Jérôme enciende el ordenador y Mathilde se sirve un café mientras echa una ojeada a la correspondencia de hoy. Me vuelvo a mi secuencia 33 del capítulo 72.

Fred no consigue reponerse de la marcha de Marie. Para ahogar su pena, investiga a destajo en realidad virtual, imágenes de síntesis y hologramas. Desde que se fue Marie, hay un espantoso vacío en la vida y en el corazón de Fred. Sólo ve un remedio para su nostalgia: volver a crearla. Ni más ni menos.

La idea le andaba rondando al Viejo por la cabeza desde que empezó a interesarse por la mesa de montaje de William. Lo tienen fascinado los infinitos recursos de ese trasto que sólo utiliza, en la Saga, el diez por ciento de sus posibilidades. Entre otras cosas, pueden volver a utilizarse las tomas defectuosas, todo lo rodado y los planos que no se han montado nunca. Se los puede cambiar de sitio, invertirlos, multiplicarlos. Se pueden coger las bandas de sonido y los diálogos y colocárselos a las imágenes que se quiera. Louis asegura que los trucos no se notan. Su teoría capital es: «Ante todo, la técnica tiene que estar al servicio de la ficción y del desmadre». Podemos hacer que Marie vuelva cuando se nos antoje. Basta con sacar las tomas descartadas de la papelera y hacer otra mezcla de sonido para conseguir diálogos nuevos a partir del texto anterior. Le pregunto, ingenuamente, si esas cosas son posibles, pero me responde Jérôme:

—¿Tú no has soñado nunca con un strip-tease de Marilyn Monroe en tres dimensiones y para ti sofito, en tu cuarto? ¿Nunca has pensado en un *remake* de *Los siete magníficos* con Laurence Olivier, Bruce Lee, Marcello Mastroianni, Gérard Philippe, Orson Welles, Robert de Niro y Alan Ladd? ¿Ni en Shakespeare? ¿En que Shakespeare en persona viniera a leerte un soneto una noche en que estuvieras melancólico?

—Ya sabía yo que tanta vodka acabaría por trastornarte.

—No te creas que exagera mucho —dice el Viejo—. Yo no lo veré, pero, si la esperanza de vida se mantiene, podéis iros preparando a vivir grandes momentos. Los americanos ya están resucitando a algunas estrellas de la pantalla para sacarlas en los anuncios. Y hasta se plantean cuestiones deontológicas, por no mencionar los embrollos jurídicos. En cuanto consigan encajar los hologramas, vais a ver lo que es bueno. No te creas, querido Marco, que nos van a echar para atrás tres superimpresiones de Marie en una imagen vídeo. Ya verás qué chapuza tan apañada nos hace William. ¡Y adelante con el tercer milenio!

La resurrección de Marie está en marcha.

¿Hasta dónde vamos a llegar?

El Viejo, que sigue colgado del teléfono, le pide a Jérôme que vaya a buscarle un dossier a la oficina de Prima, con el único propósito de alejarlo. Mathilde cree saber de qué va la cosa: Lina, desde la otra punta del mundo, se queja de que le está costando muchísimo encontrar a Dune. Pero Louis no quiere saber nada.

—¡QUE NO, que una de Sri Lanka, no! ¡Queremos una india norteamericana! Cobriza..., sí...

Nos dice, en un aparte, que Lina ha descubierto una cheyene estupenda, pero no habla japonés.

—Pues no nos vale —dice Mathilde.

—No nos vale y no nos vale —vocifera Louis por teléfono—. ¡Y dile a tus esbirros que se den prisa, porque la necesitamos la semana que viene!

*

Es ya bastante tarde cuando nos instalamos Jérôme y yo ante el televisor, para ver *Jo, qué noche* de Martin Scorsese. De la tienda de platos preparados nos ha traído unas cositas riquísimas y he abierto un vino que me ha costado lo que le pagan a uno por un hallazgo *in extremis*. Cuando estamos a punto de sumergirnos en esta aproximación a la felicidad, pasa una sombra por el pasillo.

—A estas horas, sólo puede ser uno de los actores.

Cuando le hago señas para que entre, se atreve sólo a asomar la cabeza por la rendija de la puerta. Lo reconozco enseguida, pero cualquiera se acuerda de cómo se llama. Prefiero llamarlo Walter.

—Me han dicho que...

—Sí, aquí es...

Está menos gallito que la noche de la famosa fiesta en que lo vimos tan bravucón. Mucho más humilde, mucho menos pendiente del espejo que refleja su magnífica carrera. Sabemos a qué ha venido; él todavía no sabe que lo sabemos. Pero, en fin de cuentas, nuestro oficio consiste en ser los primeros en saber qué están pensando los demás. Como no soy tan sádico como Jérôme, le ofrezco una silla, un vaso de vino y una sonrisa. Lo acepta todo.

—Llevo dos capítulos con respiración asistida. Los amigos llaman a casa para saber si mejoro. Mi mujer está a punto de pillar una depresión. Estaba a punto de convertirme en la imagen de marca de una casa discográfica, pero ya me han dicho que ni locos le firmarían un contrato a un hombre en coma. Mis chavales me preguntan si me voy a curar o si me voy a morir. La gente con la que me cruzo por la calle no se santigua de puro milagro.

Yo estoy un poco violento, pero a Jérôme le cuesta disimular que está encantado de la vida. La semana pasada, nos entretuvimos en contestar, para una revista, al cuestionario de Proust. A la pregunta: «¿Por qué falta siente usted mayor

indulgencia?»), Jérôme contestó: por el rencor.

—Y todo eso no es nada —añade Walter—. Lo que más aterrado me tiene es ese personaje tan raro que ha aparecido en el capítulo 70 y que amenaza con cerrar la bombona de oxígeno.

La idea era de Louis, pero Jérôme se empeñó en describir personalmente al individuo.

—No he venido en plan hipócrita. He venido a suplicarles, no hay otra palabra.

Ni Laurence Olivier sería capaz de simular un miedo tan tremendo. Nada de estremecimientos, nada de sudores: una voz de ultratumba y una mirada en blanco que mete ganas de salir corriendo. Un miedo interior, a lo Actor's Studio. Hasta el mismísimo señor Venganza está a punto de enternecerse.

—A lo mejor el tío ese no quiere cerrar nada —dice—. No se ponga usted así.

—¡Ya me gustaría a mí verlos en mi lugar! Con la cara tapada con una mascarilla de oxígeno, sin poder decir ni pío... ¡Impotente! Si hacen que se largue ese individuo, les prometo que haré todo lo que me pidan. ¡Todo!

Una mirada me basta para darme cuenta de que Jérôme ya no está enfadado con él. En cuanto ve en alguien un arrepentimiento sincero, está dispuesto a hacer borrón y cuenta nueva. Acompaña a Walter a la puerta sin prisas.

—Tranquílize a su familia, que vamos a largar para siempre a ese hombre malo. Considérese fuera de peligro. Y además, vaya usted a saber, igual sale del coma antes de lo previsto.

—... ¿Usted cree?

—Somos capaces de hacer milagros.

—Se lo agradezco en nombre de todos los míos.

Lo vemos salir del edificio en la oscuridad de la noche. A Jérôme no le apetece insistir en el asunto; a mí tampoco. Lleno dos vasos y él pone en marcha el vídeo.

*

—¿Y esas caras de funeral?

El Viejo le quita la carta de las manos a Jérôme.

So cabrón:

Irás a reunirte al cementerio con la furcia esa. Tú y el memo de su marido, ese actor de mierda al que voy a dar el papel teatral más lucido de toda su vida. La puta de Lisa debería haberme hecho caso cuando todavía estaba a tiempo. Me la cargué; y haré lo mismo contigo y con el otro. Lisa era mía.

Esta mañana, he abierto sin querer una carta para Louis, sin fijarme en el nombre del sobre. Se queda un buen rato con la mirada clavada en el papel. Nadie se cree su expresión despreocupada.

—Louis, tienes que enseñársela a la policía.

—Para que vuelva a pasarse las horas muertas interrogándome, sin que sirva para nada. No es la primera que recibo.

La carta está impresa en una impresora láser igual que tantas otras, y el texto en sí no aporta nada nuevo.

—Es una amenaza de muerte —dice Mathilde—. Louis, tenga la bondad de ir a hora mismo a la comisaría sin rechistar.

—El cerdo que ha escrito esto no tiene nada que ver ni conmigo ni con la muerte de Lisa. Sólo es un enfermo mental que lee demasiados periódicos. ¿No os parece raro que dé señales de vida ahora que la Saga está en pleno éxito?

—Parece bien informado.

—Porque al imbécil del actor le han hecho varias entrevistas.

Louis no lo llama nunca por su nombre, sino «el actor». No se habría mostrado más despectivo si a su Lisa se la hubiera *robado* un asesino a sueldo, un contable o un quiropráctico. Cuando Mathilde le insiste para que avise a la policía, sale de la oficina de mala gana, con la carta en una mano y la gabardina en la otra. Volvemos al trabajo en silencio, como si el mundo real se nos hubiera venido encima de golpe y porrazo. A fuerza de andar escondiéndonos tras un parapeto de ficción, en un mundo en el que somos los amos absolutos, el mundo real nos parece muy lejano. Y muy asilvestrado. No se atiene a ninguna lógica, a ninguna progresión dramática. Desde el estricto punto de vista de lo verosímil, es imposible creerse la realidad ni por un momento. Y nadie hace nada por cambiar la situación. Seguramente, habría que contratar a unos guionistas para que se inventasen nuestra historia futura.

Y eso que...

En vista de las cosas que se me ocurren últimamente, creo que se aceleraría el descenso al caos de nuestro pobre mundo. Ya no sé si lo que escribo tiene que ver con el absurdo o con el delirio. Mathilde y Jérôme se preguntan a veces si no me he desquiciado. En cambio, al Viejo le entusiasma todo lo que hago. Opina que la Saga tiene que ir cada día más lanzada y desafiar las más enloquecidas tempestades para arribar a buen puerto una noche de junio. Como la serie no tiene más límites que los de mi imaginación, me causa una perversa satisfacción hacerlos retroceder cada vez más para que no me estorben. En los tres últimos capítulos, he hecho que Dios se aparezca y hable, he hecho aparecer a una desaparecida, y me estoy pensando muy en serio si hago aparecer a unos cuantos extraterrestres. No hombrecitos verdes con ojos de huevo cocido y antenas, sino seres de apariencia humana, no más monstruosos que el hombre de la calle. Mis extraterrestres van a ser bondadosos y demasiado humanos. El Viejo opina que es una idea ambiciosa, al filo de la temeridad. Pero, como siempre, me anima a que siga por ese camino. «Nunca volveremos a ser tan libres», repite sin parar.

*

Los amos del mundo también lloran. Debe de ser cosa del cansancio. Abro un armario para buscar una camiseta limpia y me echo a llorar, así, de repente. Dos minutos después, doy un suspiro hondo y me encuentro mejor. En el contestador, parpadea el número 41: es la cosecha de hoy. Paso la cinta por si Charlotte hubiera decidido reducirme la condena por buena conducta. No oigo su voz.

Como todos los jueves por la noche, no sé dónde meterme. No me apetece quedarme en casa; no me apetece ver a gente que me bable de la Saga. La oficina es el único sitio del mundo en donde, después de determinada hora, nadie mienta ya la serie. Pero hoy tengo ganas de andar rodando por ahí, solo, al aire libre, en esta hermosa noche de primavera, recorriendo barrios desiertos.

En la avenida de la Ópera, me voy parando en todos los escaparates de agencias de viajes y mirando los precios para donde sea. Hay donde elegir. Tokio. Isla Mauricio. Veracruz. Roma. Nueva York. Todos esos destinos están repletos de imágenes, de cuentos y de leyendas. De ficciones. En cambio, no me acuerdo de ninguna película cuando leo «Oslo» en un cartel pequeño. Me imagino un sitio sin historias y sin mentiras. Un lugar donde la gente diga que sí cuando quiere decir que sí. Edificios que no se metan por los ojos. Bares de inusitada inocencia. Una mujer que sólo piense en el momento presente. Una habitación de hotel sana y llena de luz. El año que viene, a lo mejor.

Entro en el patio del Louvre y me siento junto a la pirámide.

A lo lejos, están cerrando el jardín de las Tullerías.

Sigo andando por las orillas del Sena.

Muy cerca del Pont Neuf, hay cuatro vagabundos frente al escaparate de unos grandes almacenes. Aflojo el paso al llegar junto a ellos. En una pantalla gigante están echando una película; en otra, un documental; pero todos tienen la vista clavada en los personajes mudos de la Saga, que se mueven entre otros cajones encendidos. Los cuatro hacen comentarios subidos de tono mientras empinan el codo.

Pocos coches por la calle.

No acabo de creerme que sea yo en parte responsable de ese fenómeno.

Llego a la orilla izquierda sin haberlo pretendido. La plaza del Odeón languidece. Las acomodadoras toman el fresco bajo los cartelones de los cines.

Se apiña el gentío en un bar del bulevar Saint-Germain. Entro a tomar una cerveza. El camarero tira una caña sin quitarle ojo a la televisión y me la pone delante sin mirarme. Mordécai acaba de comprarse una feria entera para pasárselo bien él solito. Verlo subido en unas atracciones que funcionan sólo para él resulta patético. Brillan miles de bombillas multicolores sólo para que las vea él. Un cliente que está a mi lado, de codos en la barra, dice:

—Hay que ver lo bien que está eso de tener pasta.

En la secuencia siguiente, aparece la cara de Ferdinand. Es la segunda vez que sale en la serie.

—¿Y ése quién es?

—El amigo de Bruno, el que Fred usa de conejillo de Indias.

Está solo, en un ambiente de lo más bohemio, escribiendo a la mujer de la que está enamorado. Se oye su voz en off:

—*Te imagino en todas partes porque no sé dónde estás. En el metro que cojo, tras las puertas que abro, en las calles por las que paso. Si supieras qué crueles resultan todas esas encrucijadas y ese miedo de tirar por la calle en la que no estás. Cuando llamo a una de tus amigas, tengo la seguridad de que estás haciéndole señas para que me mienta. Cuando llamo a un amigo, creo verte dentro de su cama, a pocos metros del teléfono. A veces, me asusta pensar que puedas estar mal; pero casi siempre me asusta que puedas estar bien. Desde que te fuiste, hago una raya todos los días en la pared de mi cuarto y, hasta ahora, he escrito: AUSENCIA, AÑORANZA, FALTA, PRIVACIÓN, CARENCIA, OLVIDO, OMISIÓN, LAGUNA, LEJANÍA, DESAPARICIÓN, ECLIPSE, DÉFICIT. Me quedan dos o tres sinónimos para aguantar unas cuantas semanas más. Me conformaría con saber dónde estás, Charlotte. Te quiero tanto.*

—¿Y ésa quién es?

—Pues su chica.

—Otro vinito, René.

—¿Y a nosotros qué nos importa que su tía se haya largado?

—¿A ti nunca te ha pasado algo así?

—Sí que me ha pasado.

—Pues entonces...

Sigo andando hasta Montparnasse. Veo de lejos la última imagen de la Saga en el aparato pequeño de una estación de servicio de la calle de Assas.

La vida reanuda su curso; vuelve a haber gente en las terrazas y palpita el tráfico en el bulevar. Intento convencerme de que se trata de una noche como las demás, aunque, de camino hacia la avenida de Tourville, vaya oyendo retazos de conversación, nombres familiares y palabras que salieron de mi propia pluma.

Tristan está solo y tiene pinta de aburrirse. Hasta me ha parecido que tenía la televisión apagada. Su hermano ha ido a buscar algo dulce. Le pregunto qué le ha parecido el capítulo.

—Seguís siendo capaces de sorprenderme los cuatro. A veces, es un disparate; otras, te deja hipnotizado. Pero nunca resulta un rollo y siempre es imprevisible.

Le pregunto qué tal queda la reaparición de Marie, amañada a partir de capítulos antiguos, aunque a él no lo sorprenda ya nada desde que asiste a los montajes.

—Los trucajes de William no se notan y parece que ha vuelto de verdad. Impresiona.

Para una secuencia no muy larga, así, de pasada, puede valer; pero tampoco es cosa de abusar de esos préstamos, porque acabaría por notarse. Lo ideal sería convencer a la Élisabeth de carne y hueso para que participase en una escena. Una cortita, nada más. Un *special guest star*, como diría Jérôme.

—Dejando eso de lado, ya va siendo hora de que se acabe la serie —añade Tristan—. Tiene que tener un buen final. Sería una gilipollez seguir pariendo Saga la temporada que viene.

No hay peligro. Séguret ni lo ha mencionado.

—Bombones, helados. También he pillado uno para ti, Marco.

Le propongo a Jérôme que llamemos a Élisabeth Réa, para saber qué es de su vida. Nos apuntó su número de teléfono en la agenda del Viejo.

*

La cosa está muy clara. Fred no se conforma ya con las fugaces apariciones de Marie; necesita verla en carne y hueso, tocarla. En caso contrario, renunciará a su carrera de investigador, es decir, se cargará un montón de vidas humanas. Una noche de tormenta, convertido en el doctor Frankenstein, crea un clon de esa cuñada a la que tanto quiere. No pudo tener a la auténtica Marie, pero tendrá una copia de ella que hará lo que él quiera. ¿Quién no ha soñado nunca con algo por el estilo? Élisabeth tenía un descanso de dos días en el rodaje de su película y le encantó la idea de venir a rodar la secuencia, sólo por nosotros y, ya de paso, por diecinueve millones de fieles. Séguret estuvo a punto de darnos besos cuando se enteró de que Marie renacía de sus cenizas. Gracias a él, la operación se montó en un tiempo récord; ni la NASA reacciona tan deprisa. La secuencia se ha rodado hoy y dura doce minutos. Fred consigue *duplicar* en su laboratorio a la mujer a la que siempre ha amado. Es un ser de carne y hueso, semejante en todo al original. Con la única diferencia de que el clon es dócil por naturaleza y nada pacato. En cuanto Fred acaba la tarea, se encierra con ella en una habitación para saciar todos los caprichos con los que lleva años soñando. Luego, hará creer a Camille y a Bruno que Marie ha regresado y vivirán los cuatro tan felices, más felices aún de lo que vivían antes de que llegaran los Callahan. Me apuesto lo que sea a que con esta historia del clon la gente se saldrá de madre y va a correr mucha tinta. Pueden darse ya por sentados el anatema de los meapilas y los comentarios de los intelectuales. Habría estado bien desarrollar esa idea de la esclavitud de los seres amados, pero ya no nos da tiempo y Élisabeth tiene que coger un vuelo esta noche. Antes, ha querido a toda costa cenar con nosotros.

—Todavía me quedan tres semanas de rodaje en la película de Hans, y ya tengo otra oferta. No es que me hayáis resucitado en la Saga, sino también en la vida, en la profesión. Ya no soy Doña Tirita. No sé cómo agradeceréoslo.

Mira el reloj, pero no parece tener prisa. Mathilde, Jérôme, el Viejo y yo pensamos lo mismo cuando la vemos reír y moverse: hemos fabricado un poco de felicidad.

Pero es bien sabido que en cuanto la felicidad oye que la nombran no tiene más aspiración que la de salir huyendo.

Élisabeth deja de sonreír.

—En realidad, sí que sé cómo agradeceréoslo, pero de verdad que me gustaría haber dado con algo mejor. Llevo sin decidirme desde que empezó la cena...

De repente, ha puesto la misma cara que el médico al que fue Walter, la misma de una persona que va a decirle a otra que tiene cáncer.

—Me imagino que nadie os ha dicho nada de la segunda temporada de Saga.

—¿...?

—La segunda... ¿qué?

—Los seis protagonistas ya han firmado el contrato para la segunda parte de la serie. Nadie más lo sabe. Yo me he enterado porque Séguret me ha ofrecido volver. Han cogido a otro equipo de guionistas que estará trabajando todo el verano y, a la vuelta de vacaciones, anunciarán que Saga continúa. Jessica ya tiene el manuscrito del primer capítulo. Puedo aseguraros que a todo el mundo le va tanto en el asunto que nadie soltará prenda, y a vosotros menos que a nadie. Puestos a traicionar a alguien, prefiero traicionar a Séguret. Disculpádmeme por habérselo dicho así, de golpe.

Se levanta, mira la hora, coge la maleta.

No se atreve a darnos un beso.

—Os odian a los cuatro.

Se vuelve por última vez y sale del restaurante.

*

El día siguiente, no trabajamos nada. Había que esperar a que Louis se las apañase para enterarse de algo más antes de hacer lo que fuera. Todos teníamos ganas de asimilar a solas ese mazazo en la cabeza. Me pasé el día desfondado en un sillón, con la mirada perdida.

Nuestro contrato estipula que nadie más que nosotros puede cambiar algo en los ochenta capítulos de la Saga. Pero la cadena es muy dueña de librarse de nosotros y poner en marcha otra serie. ¿Cómo hemos podido ser lo bastante ingenuos para creer que Séguret iba estar de acuerdo con nosotros en limitar la serie en el tiempo?

Somos los guionistas más tarados del mundo por no haber visto lo que se estaba preparando.

Vaya panda de cretinos.

Imbéciles.

Nos merecemos lo que nos está pasando.

El Viejo ha llamado para decir que necesitaba un día más. Hoy me he pasado horas en un banco de la plaza. Ya sé que soy ateo, pero no he podido evitar meterme en una iglesia en busca de un poco de silencio.

*

Ya han llegado los otros tres. Tristan se ha puesto los cascos. El Viejo está sentado de lado encima de su mesa y no podemos apartar los ojos del manuscrito que tiene en la mano.

—¿Cómo lo has conseguido, Louis?

—Pues en plan ratero. Me pasé a última hora por la producción, esperé a que no quedara nadie y estuve un buen rato registrándolo todo hasta que encontré un disquete en un cajón de la mesa de Séguret. Hice una copia, y lo dejé donde estaba.

Le pregunto si ha leído el capítulo.

—No he podido aguantarme. Fotocopiadlo y lo comentamos dentro de una hora.

*

Jérôme y yo hemos acabado al mismo tiempo y esperamos, sin decir nada, a que termine Mathilde. Ninguno quiere ser el primero en opinar.

—No puede decirse que resulte difícil de leer —afirma Mathilde—. Eso es ya un tanto en su favor.

—Queda incluso más fluido que lo nuestro —dice Jérôme.

—Muy profesional.

—Muy calibrado.

—Muy redondo.

Por decir algo.

Después de leer este capítulo 81, acabo de darme cuenta de que lo peor que se le puede hacer a un guionista no es desvirtuarle un personaje. El colmo es que otro quiera ir pisando por sus huellas e intente, en vano, permanecerle fiel. Algo así como hallar el perdón de una falta no cometida.

Jonas se convierte en algo parecido a un héroe, en un policía consciente de su deber. Mete en chirona a Menéndez en un pispás.

Mordécai dona su fortuna entera a los niños pobres.

El Ser va a parar a un centro de reeducación.

Mildred tiene un aborto, pero se repone enseguida y se va a los Estados Unidos para continuar con su brillante carrera universitaria.

Walter se cura del cáncer y Fred se dedica a inventar un motor económico y no contaminante.

Camille recupera el gusto de vivir y quiere darle un hijo a Jonas.

Por desgracia, no todo va sobre ruedas en este mundo feliz y todavía quedan unos cuantos malos (A ver qué remedio. Si a los buenos no les hace nadie la vida imposible, la serie se acaba enseguida).

Bruno se hace atracador de bancos: un drama para la familia Fresnel y un caso de conciencia para Jonas, que tiene que andar persiguiendo a su cuñado.

Évelyne se convierte en una auténtica hija de puta. Está muerta de envidia y se dedica en cuerpo y alma a crear conflictos entre los Fresnel y los Callahan, que son

ahora una sola familia, feliz y unida.

Montones de personajes nuevos: un tal Ted, prestigioso informático, que se relaciona con Mildred a través de Internet y es, a todas luces, el novio soñado; Kristina, la compañera maldita de Bruno, una perdedora nata que se mete heroína. Y también un pimpante compañero de Jonas que se lanza al mundo de la política; una hermosa princesa oriunda de Ghana que anda en busca del amor; un destacado industrial que no es feliz y padece insomnio, y muchos más.

—¿Y qué os han parecido los diálogos?

—¿Los diálogos?

—Pues muy... sobrios.

—... Eficaces.

Eficaces como un disparo de escopeta cuando te quedas sin argumentos. Los diálogos apestan a diálogo; toda esa buena gente habla una lengua muerta, una lengua que no habla nadie, una lengua hipócrita e insulsa que no acierta ni una. El sincero se vuelve ingenuo, y el ingenuo, retrasado mental. En cuanto el tono sube un pelín, se hace irremediabilmente pomposo, y la lengua de la calle se convierte en la lengua del arroyo. Los que se expresan de forma cortante resultan vulgares, y los tiernos, unos cursis de aquí te espero.

—¿Y qué me decís de la originalidad?

—¿Originalidad?

—Pues la verdad es que cuesta...

No, no cuesta. Han capado un toro de lidia para hacerlo un buey de arado. Mientras leía, me estaba dando la impresión de que los autores habían lijado las esquirlas de la ficción. Ni una aspereza. Todo tan liso que se escurre entre las manos. Intento imaginarme como es esa pobre gente a quien han debido de decir: «¡Cuidadito con lo que hacen! ¡Cuidadito con lo que hacen!». Este mundo moderno que nos brindan nunca ha tenido ni un Freud ni un Marx, nunca lo desestabilizó el surrealismo, nunca lo hirió ningún fascismo, y no nos implica nada, pero lo que se dice nada, en el gigantesco follón de este fin de siglo.

No estoy seguro de que nuestra Saga lo consiguiera, pero, al menos, lo intentamos.

—¿Algo que añadir? —pregunta el Viejo.

No, nada; habría que decir demasiadas cosas, clamar por tanta infamia y tanta traición, hacer de *mater dolorosa* ultrajada a quien arrebatan las crías. Sumar la indignación a la consternación; y la consternación, al desprecio. Siendo así que, en realidad, lo que sentimos es asco.

—Legalmente, no hay nada que hacer. Nuestro derecho moral sólo se refiere al conjunto de los capítulos que constan en nuestro contrato. La culpa ha sido mía — dice Louis.

—No tienes ni pizca de culpa. ¿Tú crees de verdad que el día en que nos conocimos en este mismo lugar se le podía haber ocurrido a alguno de nosotros lo

que iba a pasar con la Saga?

Bien pensado, ¿qué más le podemos pedir a la Saga? Nos ha puesto el pie en el estribo, y hasta nos ha hecho ganar dinero. Nos lo hemos pasado estupendamente y tenemos trabajo para los dos próximos años. Más adelante, cuando seamos unos guionistas proyectos, bastará con que vuelvan a emitir un trocito de la Saga para hacernos recordar un período de nuestra juventud.

—Otra vez van a decirme que soy la sentimental de guardia, pero los que más pena me da en todo esto son nuestros personajes. Los queríamos a todos y se van a convertir en personas que, en la vida real, serían despreciables.

—Pensaréis que soy un cínico —dice Jérôme—, pero probad a imaginaros la de pelas que va a dar el chollo económico que se están montando.

—Ya sé que me tomaréis por un demagogo, como siempre —digo—. Pero compadezco esencialmente a los diecinueve millones de individuos que nos han seguido hasta ahora. ¿Visteis alguna vez la serie *Misión imposible*?

Reacciones variopintas, desde el bramido nostálgico de Jérôme hasta el no rotundo de Mathilde.

—Los treinta primeros capítulos fueron los momentos más intensos de mi infancia. Cuando oía la música de los títulos, me ponía frenético. Si alguien se hubiera interpuesto entre la televisión y yo, lo habría matado. Ahí fue donde entraron ganas de dedicarme a este oficio. Y luego, una noche de septiembre, echan el primer capítulo de la cuarta temporada. La misma música, las mismas intrigas, los mismos actores, pero el invento ya no funcionaba. Era una auténtica mierda. Y nadie habría conseguido explicar al chaval que era yo por entonces adónde había ido a parar la magia de lo que a él le parecía la cosa más hermosa del mundo. Años después, me enteré de que la Paramount había comprado la serie y, entre la tercera y la cuarta temporada, había aprovechado las vacaciones del equipo habitual para cambiarlo todo. La máquina estaba destrozada sin remedio, pero a pesar de eso rodaron muchísimos capítulos más, de los que ya no se acuerda nadie.

Tristan aplaude mi discursito sin dejar de ver la información del tiempo.

—Me han dado ya tantas bofetadas en este oficio que ya no me afecta nada —dice el Viejo—. Pero, al leer este guión, me ha parecido que éstos nos dan cien vueltas.

—¿...?

—¿Cómo?

—Louis, ¿de verdad te parece bueno?

—A primera vista, este guión está dentro de la estupidez habitual. De lo más ramplón. Pero cuando se da uno cuenta del increíble entramado ideológico que lleva dentro, entran ganas de aplaudir ante tanta genialidad.

—¿...?

Consternación en las filas. El Viejo no está de guasa.

—Parece como si hubiesen querido trabajar con conceptos subliminales.

—¿Igual que las imágenes subliminales?

—Igualito. Entre las peripecias anodinas de la serie han inoculado gérmenes de ideas casi imperceptibles que al espectador se le graban directamente.

—¡A Louis se le han fundido los plomos! Ha sido de la impresión...

—¿Queréis ejemplos? El personaje de Kristina es un compendio de toda la retórica oficial de la lucha contra la droga, que es la más *limpia* y la más conformista. En las nuevas investigaciones de Fred apunta ya la idea de que todo postulado ecológico tiene sus límites. El industrial con insomnio es el embrión de una justificación del paro y una oportunidad para redimir al liberalismo que se tambalea.

Me cuesta un poco no perderme por el camino. Louis parece muy seguro de lo que dice.

—¿Os habéis fijado en ese aspecto tan curioso de la atomización del público?

—¿La qué?

—«La atomización». Ese fenómeno que consiste en aislar a los individuos. Uno pide comida a domicilio; charla con su chica por Internet; hace la apología de la televisión. Encerrarse dentro del capullo de seda se convierte en virtud cardinal y todas las salidas de casa son otros tantos peligros en potencia.

—Louis, estás como una cabra. Yo no he visto nada de eso.

—De eso se trata. Pero os creía más espabilados que el ciudadano medio. No me digáis que no habéis valorado como se merece el personaje del buen chaval con su ingeniería recién acabada.

No sé ni a quién se refiere.

—Al principio, me pregunté qué pintaba ahí. Y luego me di cuenta de que le van a ir dando importancia poco a poco. En tres secuencias, se convierte en un individuo responsable, ambicioso, altruista y desinteresado. ¡En tres secuencias! Y lo apañan todo con un talento que para mí lo quisiera yo. Sentido del humor, defectillos que dan el toque humano, sin olvidarse del caso de conciencia que lo hace tan majo. Si a ese personaje no lo han creado de pies a cabeza para reconciliar al personal con los políticos, es que ya no me entero de nada.

—¡Delirio! ¡Delirio, delirio, delirio, delirio!

Me gustaría poder gritarle a Louis que delira, igual que Jérôme, pero en su demostración hay algo bastante inquietante. La forma en que Séguret pretende arrebataros la Saga va mucho más allá de una mera cuestión de índice de audiencia y de pelas. Sabido es que la televisión es la primera herramienta del poder. No tendría nada de particular que la razón de estado metiera las narices en el campo de la ficción, ahora que hace ya siglos que el debate político no le interesa a nadie.

—Me arriesgaré a que me toméis por un paranoico de la manipulación y os diré que lo más seguro es que para hacer el papel del estudiante joven busquen a un actor con pinta de presidenciable; el candidato perfecto.

Jérôme lo anima a que siga divagando hasta el final, y Louis suelta la estocada sin compasión.

—Si me dijeran que el capítulo 81 se escribió durante el último consejo de ministros, no me extrañaría nada.

Jérôme hace como que una flecha le ha atravesado el corazón y se desploma en un sofá. No sé por qué lo fastidia tanto la versión de Louis, dejando aparte la legítima rabia del narrador que ve que los hay con más imaginación que él.

—Diecinueve millones de espectadores, hijos míos, diecinueve millones.

—Nos tienes acostumbrados a todo, Louis, pero nunca te lo habías montado con nosotros de propaganda de estado, de saga del Gran Hermano y de lavado de cerebro católico. ¡Esto parece un *thriller* político como los de los años cincuenta!

—Así es como lo veo yo, y no le impongo mi interpretación a nadie. Pero lo que sí es seguro es que hemos parido un monstruo. Sirva a quien sirva, al poder establecido, a la crisis o a los importadores de vainilla, es un lío de cojones y nos supera por completo.

Silencio.

Mathilde enciende un purito con su discreción habitual. Me pregunta con los ojos qué pienso, y yo le contesto que ya no sé qué pensar.

Tristan mira la tele. Jérôme pregunta qué vamos a hacer. Y la pregunta queda flotando en el aire. Lo que tenemos que hacer es buscar una idea; ése es nuestro oficio.

Nos ponemos todos a darle al coco, como si estuviéramos en un punto crítico de la Saga.

—Si a alguno se le ocurre algo...

¡Una idea, me cago en...! Una sola idea para salir de esta trampa que hemos creado nosotros mismos. Una idea para demostrarles que seguimos siendo los amos.

—Ya lo tengo —dice Louis entre dientes.

Hemos vuelto dócilmente al trabajo, como si no pasara nada. Alain Séguret, cada día más afable, nos ha pedido que mimemos los cinco últimos capítulos. Dice que la serie tiene que acabar de forma apoteósica para quedar grabada para siempre en las memorias. «¡La Saga morirá de muerte natural, pero tiene que vender caro el pellejo!», afirma. Asegura que, en lo que a él se refiere, los porcentajes de creación francesa están cubiertos de sobra, el objetivo se ha cumplido y el asunto es agua pasada. Lo admiro por la cara dura que tiene, por esa duplicidad que no se aprende. Si hasta ha tenido el descaro de añadir que, si a alguno de nosotros se le ocurría una idea para una serie nueva, estaría encantado de estudiarla durante las vacaciones de verano. Hay que alabar, pese a todo, su capacidad de discreción: la segunda parte de Saga está en marcha y el secreto ha estado más seguro que el Banco de Francia. Cierto es que, a veces, Séguret deja que se exprese el ama de casa de Le Var que lleva dentro, pero, pese a todo, nunca pierde de vista el glorioso porvenir que le prometieron durante sus estudios.

Para colmar sus deseos y conectar con su afán de perfección, hemos cambiado de sistema de trabajo, aprovechando el lujo de medios y de tiempo que nos consiente. Para cada capítulo, escribimos el doble de páginas de las que serían necesarias. Hacemos de cada escena tres o cuatro versiones diferentes, y se ruedan todas, para que el montador tenga donde elegir. El Viejo y Séguret se pasan la vida, muy juntitos, en el taller de William discutiendo cada toma y eligiendo la mejor. Séguret, pasmado de haber conseguido el control de Saga, ha acabado por enviciarse con la ficción. Ya sabe, como un guionista diligente, orientarse en la encrucijada de las situaciones posibles. Ejemplo:

Fred tiene un nuevo invento infernal que puede:

1. Salvar el mundo.
2. Lanzarlo al caos.

Séguret se inclina por la primera solución, y explica que no es lo mismo Apoteosis que Apocalipsis. La situación número 1 nos lleva a otra alternativa.

Para salvar el mundo, Fred tiene que:

- A. Sacrificar a un ser querido.
- B. Tratar con una potencia oculta que le proporcione medios para seguir investigando.

Séguret monta en cólera. ¿Sacrificar a un ser querido? ¡Ni hablar! Eso no lo haría nadie, ni siquiera para salvar a miles de millones de personas anónimas. Aunque es arriesgada, nos quedamos con la solución B.

La potencia oculta es:

- a. Una organización política poderosísima que aspira a ahondar el abismo entre el Norte y el Sur.
- b. Una secta de milenaristas que quiere preparar a la humanidad, mal que le pese a ésta, al tremebundo desorden del año 2000.
- c. El acaudalado Mordécai que desea dar un sentido a su existencia.

d. El *lobby* defensor de la Alta Sabiduría que pretende que se tambaleen los cimientos de los poderes establecidos.

e. Un *trust* económico que añora los tiempos de la guerra fría.

f. Un club de fanáticos de los juegos de rol cuyo tablero es la Tierra entera.

En nombre del ama de casa de Le Var, del pescador de Quimper y del parado de Roubaix, no hay más posibilidad que la c), y ésta es la que se monta. Y Séguret pasa por el tamiz todas las demás intrigas de Saga, mientras opina que vaya suerte que tenemos de hacer un trabajo tan bonito.

El capítulo 76 ha superado todos los récords de audiencia de la televisión francesa, incluso los de los tiempos en que en la ORTF no había más que una cadena. En una época en que todo es *de culto* y *mítico*, la Saga no se ha librado de esa clase de etiquetas. Ha salido un libro sobre la serie antes incluso de que se emita el último capítulo. Nos citan en él a los cuatro; y aunque nada de lo que dicen es cierto, nos agrada el homenaje. Además de una perspectiva histórica y una descripción de las jetas de todos los personajes, hay también un capítulo analítico entero dedicado al retrato tipo del HOMBRE SAGA. El autor opina que existe una modernidad Saga, un modo de vida Saga, una forma Saga de relacionarse con el mundo. El hombre Saga está muy unido a su gente porque carece ya de ideales, y, sin embargo, toda su filosofía podría resumirse en una sola frase: los nada de hoy todo han de ser. Su rasgo más característico es quizá que busca en todo el aspecto humorístico, porque con el drama y la seriedad le entran ganas de cometer un asesinato. Lo que más aborrece es el cinismo. En su vida cotidiana hay un amplio espacio para el pensamiento surrealista, que nuestra época se ha apresurado excesivamente a descartar. Está convencido de que, en este fin de siglo, sólo la dicha es revolucionaria. No es monógamo. Toma mucho té y hace maravillas con las hortalizas. Y, por supuesto, se perfuma con aroma a vainilla. No he podido evitar que estas páginas me alterasen un tanto, ni he sido capaz de saber si tenemos que estar orgullosos o no de haber engendrado ese hijo. A lo mejor hay cosas ciertas, pero me quedo sin esquemas en cuanto tengo que analizar o que sintetizar algo. Soy así desde pequeño; en clase de lengua, me ponían un 18 en las redacciones y un 2 en los comentarios de texto. Estoy entre los cuatro individuos de este mundo menos capaces de hacerse una idea global de la Saga.

*

Transcurren las semanas a todo correr. Ya han emitido los capítulos 77, 78 y 79, y ni me he enterado. Mientras espero que culmine el alumbramiento, acepto cuanto me impone la Saga y, en particular, dar de lado mi vida privada. Charlotte no ha respondido a mi llamada. ¿La habrá oído siquiera? A lo mejor está muy lejos, en un país sin televisión, sin cable, sin satélite, en un sitio de esos en que la vida parece un anuncio. No hace mucho, hasta recé para que volviera. Y esa decisión me ha

planteado ciertas preguntas. Convencido de que, desde que Dios es uno de mis personajes principales (y lo he tratado muy bien en cuestión de diálogos. Dios no dice cualquier bobada), había conseguido cierta intimidad con Él, le pedí, por lo tanto, que me devolviera a Charlotte o me guiase hacia ella. Y, a cambio, yo mostraría a diecinueve millones de individuos una imagen suya elegante, sobria y contemporánea a tope. Salía ganando Él de todas todas: ¡vas a comparar sus fieles de misa de doce con mis fieles del jueves por la noche!

Ahora siento haber andado trapicheando con Él. No sólo no ha hecho nada para acercarme a la mujer a la que amo, sino que mucho me temo que, a partir de ahora, intentará alejarla de mí cada vez más. He hecho cuanto he podido para reírme de esa ausencia, pero se acabó la diversión. A partir del 22 de junio, voy a necesitarla como nunca la había necesitado antes. Esa mañana me encontraré solo y recién desembarcado en una tierra desconocida. Habré conseguido hacerme guionista, pero ¿a qué precio?

Por espíritu de revancha, he recurrido a un medio radical para remediar los picores de mi libido. Ni el propio Séguret se habría decantado por unas opciones tan claras. Hay dos posibilidades:

1. Masturbación.
2. Coito.

La solución 1) la más oportuna con mucho, tenía la desventaja de postergar algo más la frustración y, en consecuencia y paradójicamente, hacerme perder un tiempo precioso. La 2) desembocaba forzosamente en:

- a. Con una ex.
- b. Con una desconocida encontrada por casualidad.
- c. Con una profesional.

Ya había intentado la alternativa a) y no me apetecía nada volver a intentarla. Mi condición de guionista me aconseja que me ande con mucho ojo con las casualidades, así que la alternativa b) se autoeliminó.

—No me digas que te has ido de putas.

—Pues sí.

—¡Pero... si ya no va nadie de putas desde los años sesenta!

Jérôme no sale de su asombro. Me mira como si yo fuese:

1. El nostálgico de una época que nunca ha de volver.
- b. Un perverso vergonzante.
- c. Un héroe.

Creo que hubo una mezcla de las tres cosas y, de propina, con la coartada de algo así como una curiosidad profesional en la que Jérôme no ha creído ni por un momento.

—Ya. Y el día en que tengas que contar la caída del Imperio Romano saldrás a la calle de toga.

—Lo de tratar con una puta es diferente. Debe de ser la escena más llena de

situaciones hechas del mundo: te guiñan un ojo, te acercas, discutes la tarifa, subes por la escalera. Las diferentes modalidades, el empapelado de la pared a medio despegar, la negativa al beso, la tristeza *post coitum*, el regalito en una esquina de la mesilla, todas esas cosas.

—No te pega nada.

—Pues lo he hecho.

—¿Y qué?

—El efecto de realidad es bastante intenso. Resulta creíble hasta el final. En cambio, la psicología de los personajes resulta sorprendente. El *después* no me pareció tan triste como dicen, pero nunca me habría imaginado que fuera tan brutal el cambio de tono al salir de la habitación. Comprendí de repente que en aquella ceremonia tan sórdida había cierto altruismo, cierta benevolencia hacia el cliente. Aunque la chica decía cosas bastante trilladas, consiguió convencerme de que aquello lo hacía por mí. Por nosotros, los chicos. Como una misión, vamos. De verdad que hay que haberlo vivido para creerlo, pero es la pura verdad. Si tuviera que escribir la secuencia de la puta generosa, nadie se la creería; pero esa dimensión existe.

—Pero no es verosímil.

—Así que no la escribiré. Las putas conservarán ese secreto para los infelices que vengan a llamar a su puerta, y el público nunca lo sabrá.

Ya puesto a dejar mi vida aparcada, qué más da dos meses más que dos meses menos. Bien pensado, ¿qué importancia tiene vivir tu vida cuando veinte millones de individuos te siguen paso a paso, tan confiados? Confianza..., confianza... Tanta confianza me molesta. No soy un individuo del que haya que fiarse. Eso debe de ser lo que me asusta del papel de padre. La infinita confianza del niño, que es algo tan puro que el miedo a meter la pata no te deja ya dormir de noche. Nunca le he pedido a nadie que se fiara de mí.

*

Y, sin embargo, tuvimos un momento muy bonito en esos dos meses. Un momento de verdad. Uno de esos que, a veces, nos hacen decir que esta Saga merecía la pena. Todo empezó como una broma un tanto burda, y nadie puede saber cómo va a acabar. Fue el día de San Marcos, el 25 de mayo, pero el regalo no me lo hicieron a mí, sino a Jérôme.

La víspera, yo había ido al aeropuerto a buscar a Dune. Lina no entendía por qué tanto mimo para un personaje de tercera fila. Pero Séguret pagó a tocateja todos los gastos, sin discutir, convencido de que se trataba de nuestro último capricho. Y eso parecía Dune cuando la vi bajar del avión: un capricho. Así de preciosa. Según volvíamos, le rocé el muslo con la mano crispada en la palanca de las velocidades, con lo que pude comprobar que era un ser de carne y hueso. En realidad, no es ni un capricho ni un espejismo, sino un auténtico escándalo. Un escándalo de mujer.

—Es usted..., esto..., quiero decir que si... ¿Habla también francés?

—Se me está olvidando desde que se fue la chica que compartía el piso conmigo. ¡Era de Guermantes y decía unas frases más larras que un día sin pan! Qué gracia, ¿verdad?

Solté una risita cómplice sin entender para nada por qué tenía tanta gracia. Esa misma noche miré el diccionario y vi que la cosa tenía que ver con Proust.

—¿Así que es usted actriz?

—¡Qué va! Estoy acabando la tesis para doctorarme en japones por la Universidad de Montana. Fue la amiga de una amiga la que vio el anuncio de la agencia de *casting*. Buscaban a una chica para un culebrón francés, y me dijo: «Oona, te están buscando a ti». Ella también descende de antepasados hopi, igual que yo; pero me eligieron a mí. La verdad es que no he conseguido comprender por qué necesitaban una chica como yo, pero acepté porque con esto puedo ganar lo que tardaría dos años en sacarme trabajando media jornada en una pizzería. Ya avisé de que no era actriz. Y me dijeron que daba igual. Que lo importante era que existiera.

—Todos estábamos deseando que existiese...

—¿Parte del diálogo es en japonés?

—No creo.

—¿Y la Dune esa tiene que lanzar un bumerán?

—Porque, claro, usted sabe lanzar un bumerán.

—¿No se lo dirá a nadie?

—Se lo juro.

—Pues dije que sí sabía. Y he aprendido luego, para las necesidades del papel.

—...

—No estoy arrepentida, por cierto. Es un gesto muy sensual y una espléndida parábola de la soledad.

—...

Me quedé esperándola en el vestíbulo mientras se duchaba y «se ponía algo menos squaw». Antes de ir al plato a ver a Séguret y al director, le pregunté si no le importaba dar un rodeo para conocer a los guionistas.

—¿Por qué no? Bien pensado, ellos saben más que nadie acerca de Dune.

—Sobre todo Jérôme; el personaje se le ocurrió a él.

—Cree que..., ¿cómo se dice?..., cree que «se apañarán conmigo».

—...

Mathilde y el Viejo nos estaban esperando, intrigados y nerviosos como dos chiquillos. Tristan, al verla, me dijo por lo bajo que aquello iba a ser demasiado para su hermano. Eso era lo que pensábamos todos.

Y entonces llegó Jérôme, cargado hasta arriba de bolsas de papel de estraza, con la barba de dos días, con agujeros en las Stan Smith y un vaquero blanco que daba

miedo verlo.

—Se pasa mucho el polaco. Veinte francos la caja de La Vaca que Ríe, y te cobra por un litro de Cahors lo que vale un Margaux.

Soltó las bolsas, refunfuñando, sin dignarse mirarnos.

—¿También existe en Francia La Vaca que Ríe? —preguntó Oona con total sinceridad.

Y Jérôme se dio la vuelta.

Hacia ella.

Hubo un silencio.

«Más bien morena. Con el pelo largo y tieso, como de alambre».

—Oona, aquí está el que faltaba de este extraordinario equipo: Jérôme.

—Encantada —dice Oona, tendiéndole la mano—. Si no he entendido mal, es usted el responsable de que Dune exista y de que yo esté aquí ahora.

—¿...?

«Los ojos tendrían que ser muy azules, y que tenga la piel mate, un poco cobriza, como una india zuni, y además...».

—¿No saludas a Oona?

—¿... Oona?

«Una sonrisa imperceptible, como una geisha. Con unas piernas larguísimas, y un pecho discreto. Pero también cobrizo, el pecho quiero decir».

—¿Valgo para hacer una Dune aceptable?

—¿...?

—Dile que va a ser una Dune estupenda, Jérôme.

—...

«El mínimo ademán da sensación de serenidad. Se puede leer en ella como en un libro abierto y le corre la risa como un riachuelo».

—¿Alguien puede enseñarme el guión? Todavía no lo he leído.

—Esta tarde sólo sale usted un ratito. Y tiene toda la velada para aprenderse el diálogo de mañana.

—Cuando pienso que ayer estaba sudando tinta para transcribir un *haiku* entre la hamburguesa que pedía un cliente y la que pedía otro. ¡Y hoy estoy en París, haciendo de Catherine Deneuve! ¡Somos de la misma sustancia de que están hechos los sueños!

«Y que hablase el francés con un poquito de acento. Y, en casos muy concretos, elegiría el japonés, sin que nadie supiera por qué. Que, a veces, cite literalmente a Shakespeare. Y si, de propina, sabe lanzar el bumerán...».

—Voy con usted al estudio —dice Mathilde.

Ella la sigue, toda sonrisas, y se vuelve hacia nosotros antes de salir.

—¡No me dejen sola en París! Si nadie quiere ocuparse de Oona, por lo menos atiendan a Dune.

Y se fueron las dos.

«Esa chica no existe...».

Jérôme se ha sentado en el sofá.

—¿Cuántos somos en este jodido planeta?

—Cinco mil millones.

—Tenemos el oficio más maravilloso del mundo.

*

Salvo la historia de un amigo que conoció a la mujer de sus sueños, más adelante no voy a recordar nada de estos dos meses. ¿Quién no pierde la noción del tiempo en cuanto empieza una cuenta atrás? Para que a nadie se le olvide, el Viejo apunta con tiza, todas las mañanas, en la puerta, los días que faltan para el 21 de junio. Acabaron de rodar el capítulo 80 allá por el día 18 de la cuenta atrás y yo no recobro la conciencia hasta hoy, día 3 de esa misma cuenta.

Aunque son las tantas, Louis y Séguret todavía están en el taller de montaje debatiendo una última discrepancia acerca de la secuencia 21, en la que, supuestamente, Bruno estira la pata. Séguret no quiere que se le muera nadie. Opina que sería un baldón para la Saga. Al muy borde se le ha olvidado contarnos que tiene ya contratados a todos los actores para la segunda temporada y que Bruno es uno de los personajes centrales.

Son las tres de la mañana y veo la sombra de Séguret, que camina pasillo adelante sin entrar siquiera en la oficina. El Viejo y William van pisándole los talones y se reúnen con nosotros. Louis está rendido; se despereza y se lava la cara. William suspira de cansancio y enciende un cigarrillo.

—Dos semanas nos lleva dando la vara con el jodido capítulo 80 —dice el Viejo—. El Maestro era más clemente. ¡Dieciséis días para ser exactos! Y, de todas las escenas, escoge siempre la más insípida, la más vacía, la más como es debido.

—¿Está acabado el montaje?

—El «listo para salir al aire» está casi liquidado —dice William.

—¿Qué aspecto tiene un «listo para salir al aire»?

—Pues es una cinta de vídeo muy gorda, sin más. El jueves que viene, a las 20.40 la meten en el aparato correspondiente y adelante con los faroles...

—Ahí acaba el viaje —exclama Louis—. Y, como dicen los italianos, *non vedo l'ora*.

Se acaba el viaje. ¡Cuántas veces habremos hablado de ese final, pero es la primera vez que las palabras llevan una carga de realidad!

Mathilde ya se ha ido a su casa. Jérôme está metiendo todas sus cosas en bolsas de deporte grandes. Esta noche, se muda; su hermano y él van a instalarse en un sitio más cómodo mientras preparan el *gran viaje*. Ya estoy empezando a echar de menos a los hermanos Durietz.

—A William y a mí todavía nos quedan unas cositas por acabar —dice Louis—.

Aprovechad el día de mañana para descansar.

Quedamos aquí, como ya estaba previsto, pasado mañana, jueves 21 de junio, a la una de la tarde, para ver de qué va el capítulo 80 antes de que lo emitan esa misma noche.

El Viejo y William se vuelven al taller de montaje. Jérôme y yo hacemos un poco de limpieza para exorcizar el local. Nunca nos había cundido tanto, nunca habíamos estado tan callados. Nunca volveremos aquí por las noches. Nunca más sacaremos el vodka del refrigerador para asomarnos a la ventana con un vaso en la mano, en el silencio de la noche. Nunca más. Yo paso la escoba y él vacía los ceniceros y cierra la bolsa de la basura. No me apetecer mirarlo a los ojos. Ni a él le apetece mirarme a mí.

Ayudo a Jérôme a poner de pie a Tristan, que está medio dormido. Pregunta adónde lo llevan, y su hermano contesta:

—Al hotel George V.

Desde el pasillo, Tristan dirige la vista por última vez a su sofá y al chispeante punto de mira de su televisor.

*

Jueves 21 de junio. Dos y media de la tarde.

La oficina está vacía del todo. Ni ordenadores, ni mesas, ni sofás, ni sillas, ni máquina de café, nada de nada. Sólo queda el material de vídeo. Un olor a lejía se mezcla con el perfume de violeta.

Acaban de concluir los noventa minutos del capítulo 80, y ninguno de nosotros ha dicho ni palabra. Jérôme es el único en aplaudir para tapar la música de los títulos finales. Mathilde, sentada en el suelo, se seca una lágrima prendida del párpado. El Viejo nos pregunta qué nos ha parecido, pero nadie se atreve a decir nada. El capítulo es prácticamente como lo habíamos decidido los cuatro en nuestras reuniones secretas. ¿Qué puede uno decir después de un espectáculo tan tremendo?

Quedamos a eso de las ocho y media de la noche en el bar de siempre, poco antes de la emisión, para despedirnos. Para despedirnos de verdad. Hasta esa hora, mis compañeros tienen todos cuentas que saldar. La consumación de semanas enteras de pacientes «tempestades de ideas». Luego, levantarán el vuelo con el alma en paz. Como soy el único que no tiene nada que hacer en todo el día, le propongo a Mathilde ir con ella o, incluso, esperarla en el bar de enfrente.

—Es usted un sol, Marco, pero vale más que vaya sola. Ya le contaré esta noche cómo me ha ido.

—Y no se deje liar —dice Jérôme—, que todavía la noto un poco tierna.

—No se preocupe, que lo que a mí me espera no es nada comparado con lo suyo, Jérôme.

—Yo ya no tengo que hacer nada. Ahora entra en acción el señor Venganza.

¡Cuántas veces hemos escrito ese guión insensato que va a desarrollarse en las

próximas horas! Las entradas van a estar por las nubes, y siento no poder presenciarlo. Pero, como le sucede a Mathilde, Jérôme quiere rematar su historia él solo.

Salimos; y cada cual se va por su lado. Yo me quedo un ratito con Louis y damos unos pasos en dirección de los Inválidos. Le pregunto a qué hora es su tren esta noche. Saca el billete para comprobarlo.

—A las 21.15. Estaré en Roma a eso de las diez de la mañana.

Lo envidio por bajarse del barco antes incluso de que se arrime al muelle. Del bolsillo le asoma otro papel. Le pregunto si viaja solo.

—¿Te refieres a esto? Es una entrada de teatro.

—¿De teatro?

—La obra empieza a las siete y media. Apenas si me dará tiempo a ver los primeros diez minutos antes de reunirme con vosotros en el bar.

Cruzamos en silencio la Explanada y nos separamos ante la Cámara de Diputados.

—Hasta la noche, Marco.

—... ¡No seas demasiado duro con él!

Ya está fuera del alcance de mi voz y sigue su camino.

Me encuentro completamente solo a la orilla del Sena. Sin saber qué voy a hacer de aquí a la noche. Si consiguiera localizar a Charlotte antes de mañana por la mañana, estoy seguro de que los próximos días serían menos penosos. Sólo me queda la casualidad. Aborrezco la casualidad. Deformación profesional.

COMO UN BUMERÁN

Jérôme

¿Cuánto se le da al que aparca los coches del Ritz? Éste es el tipo de preguntas que Sauvegrain se hace todavía, aunque, desde que pesa más de seis millones de dólares, se siente ridículo al hacérselas. En la duda, le mete en la mano al individuo de librea un billete de cincuenta francos, entra en el hotel y se presenta ante el conserje.

—¿La suite del señor Stallone?

El hombre descuelga el teléfono con una sonrisa cortés en los labios.

—Una visita para el señor Stallone..., ¿de parte de...?

—Yvon Sauvegrain.

—Lo está esperando —dice el conserje—. Enseguida lo acompañan.

Hace una seña a un botones. Sauvegrain lo sigue hasta el ascensor y, luego, por el pasillo del primer piso. Dentro de dos segundos, estará en presencia de él por vez primera. Un hombre de unos sesenta años lo recibe con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tome asiento. Soy el secretario de Sly. Enseguida viene.

Sauvegrain reconoce la voz. Han hablado por teléfono varias veces, de Los Ángeles a París, para ultimar los detalles del encuentro. Le elogia su francés impecable.

—No lo hablo tan bien como me gustaría. Siempre he sido un enamorado de París. Daría lo que fuera por venir más a menudo. ¿Sabe usted que Sly no habla ni palabra de francés?

—No hay problema. ¿El señor Stallone va a quedarse mucho tiempo en Francia?

—Ha venido a comentar un proyecto con Steven Spielberg, que está rodando en la actualidad en Versalles. Pero todavía no hay nada concreto. Sly aprovecha para presentar *Deathfighter 2* a la prensa francesa, y por eso quería verlo a usted. Gracias por dedicarnos dos horas.

—Es lo menos.

Stallone se presenta deshaciéndose en sonrisas; lleva unas gafitas redondas, un pantalón beis de dril y una camisa que está acabando de abrocharse. Estrecha la mano de Sauvegrain, le ofrece algo de beber y asume el papel de anfitrión. Con un ademán de la cabeza, indica a su secretario que prefiere quedarse a solas con el visitante. Sauvegrain entiende a la perfección lo que le dice el famoso actor, que se esfuerza en hablar despacio.

—Hace mucho que quería conocer al creador de *Deathfighter*, pero ya sabe lo que pasa. Las máquinas empiezan a funcionar y ya sólo piensa uno en la película. ¿Lo habrán invitado al estreno en Nueva York, verdad?

—Desde luego.

—Y aquí, en París, mi secretario no ha sido capaz de hacernos un huequito.

—Tenía usted muchos compromisos con lo de la promoción de la película.

—Bah, bah, bah... Tiene uno que ocuparse de todo. Le ruego que me disculpe, señor Sauvegrain.

Se dan otro apretón de manos, más prolongado.

—Mis guionistas acaban de concluir el *script* del 2. Espero que le agrade. El rodaje debería empezar el mes que viene. Calcutta, Los Ángeles y, a lo mejor, una escena con *Lady Liberty*.

—¿En Nueva York?

—Estamos trabajando en una idea de caída desde lo alto de..., ¿cómo la llaman ustedes en Francia?

—La estatua de la Libertad.

—Sería divertido, ¿no? ¿Todo va bien con los contratos? ¿Ha cobrado usted?

—Mi agente está en ello.

—Ha hecho usted bien en vendernos los derechos exclusivos de la idea; así queda todo mucho más claro. Cobrará usted el cuatro por ciento de los ingresos en todas las apariciones del personaje. No creo que llegue a rodarse *Deathfighter 3*, pero nunca se sabe. Hay que tenerlo todo previsto. Me gustaría que no perdiera usted de vista la coherencia del personaje; quiero que ejerza usted de asesor. En último término, el personaje es suyo, ¿no?

—Sí, claro.

Durante un breve segundo, Sauvegrain recuerda montones de cosas.

—Ya verá cómo el 2 será aún más fuerte que el primero.

El secretario llama a la puerta y asoma la cabeza, sin entrar.

—Steven...

—¿Ya?

Stallone parece violento; titubea.

—Dile que ahora mismo voy.

A Sauvegrain le da tiempo a reconocer la silueta del visitante por la puerta entreabierta.

—... ¿Steven Spielberg?

—¡Me ha ofrecido rodar la historia de mi vida! ¡La de un actor italiano de tres al cuarto que hace papelitos de nada y un buen día escribe un guión sobre el mundo del boxeo! ¡De momento, ME NIEGO A CREÉRMELO!

—¿Y por qué, si es la verdad?

—Yo ya no sé qué clase de individuo era hace veinte años...

Le pasa un destello por la mirada. Sauvegrain piensa que es de nostalgia.

—No debemos hacer esperar al señor Spielberg —dice poniéndose de pie.

—No se levante, que tengo que zanjar con usted un detallito. Es una pequeñez, pero está empezando a resultarme molesta. Vale más que la solucionemos ahora.

Le ha cambiado de forma imperceptible el tono de voz. Sauvegrain, obediente, vuelve a sentarse.

—¿Le dice a usted algo el nombre de Jérôme Durietz?

Una subida de adrenalina le recorre a Sauvegrain el cuerpo y le arde en el vientre.

—¿Jérôme... Durietz? Pues no, la verdad...

—Se trata de un guionista francés que asegura que fue él el creador de la idea de *Deathfighter*. Tiene puesto cerco a mis oficinas y no deja en paz a mis colaboradores financieros. Esas cosas no me gustan *lo que se dice nada*.

Sauvegrain se ruboriza y se seca la frente.

—Sobre todo porque empieza a ser conocido entre nosotros a cuenta de no sé qué teleserie cuyos derechos acaba de comprar la NBC.

Sauvegrain carraspea y se retuerce en el asiento.

—Mire, señor Sauvegrain, hemos metido 90 millones de dólares en la producción de *Deathfighter 2* ya nadie le beneficia ese tipo de publicidad relacionada con la película. *Me importa un huevo* a quién se le haya ocurrido la idea, a usted, o a él, o a un imbécil cualquiera, ¿me comprende?

—Sí, yo...

—Podemos elegir entre dos posibilidades: o ese individuo miente, y acabo con él. O no miente, y entonces arreglaremos las cosas de otro modo. Pero para eso tengo que saber la verdad, y la verdad acaba siempre por saberse, lo sé por experiencia. Hay demasiado dinero en juego, ¿me comprende?

—Pero...

—Conteste sí o no: ¿a quién se le ocurrió la idea?

—Pues yo...

Stallone imposta la voz con increíble firmeza. Busca con la vista los ojos de Sauvegrain, que ya no se atreve a mirarlo de frente.

—Me esta usted obligando a repetirme, y eso es algo que me horroriza. ¿A quién se le ocurrió la idea?

—¿No sería posible llegar a un acuerdo?

—¿Llegar a un acuerdo? ¿He oído bien?

—...

—¿La idea fue suya, señor Sauvegrain?

—Digamos que yo di forma a una idea que...

—¿Era de él?

—Sí.

—Ha hecho bien en decirme la verdad.

—...

—Lo que espero ahora es que acepte callarse por dinero, por un dinero que saldrá de la parte que le corresponde a usted. Si no...

—¿Si no...?

—Ya sé cómo son esos tipos. Quieren que se hable de ellos, quieren figurar en los títulos de crédito, quieren unos daños y perjuicios tremendos. Y eso es algo que no nos favorece nada.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Señor Sauvegrain, baje a la tierra. Usted forzó las puertas de Hollywood, y se cerraron detrás de usted, igual que se cerraron detrás de mí hace veinte años. Está usted en el territorio de los más grandes. Eso es lo que quería, ¿no? Lo importante es el *show*, lo que el mundo entero ve en la pantalla. No necesita saber lo que sucede detrás, ¿me comprende?

—Sí.

—¿Ese tal Durietz vive en París?

—Sí.

—Pues le aconsejo que, en las próximas semanas, se vaya a pasar una temporadita a la otra punta del mundo. Suprimir al causante del problema es como suprimir el problema. ¿Me ha comprendido bien?

Sauvegrain no es ya capaz ni de pensar.

—Haga lo que estime más conveniente.

De repente, Stallone se queda inmóvil y mira hacia el espejo.

Silencio.

Cierra un momento los ojos y contiene la respiración.

En cuanto suena la VOZ de ¡CORTE! en la habitación de al lado, lanza un grito de triunfo como los de los campeones de tenis.

Sauvegrain oye voces tras el tabique.

Jérôme y Lina salen de la habitación contigua y se abalanzan hacia el actor para darle la enhorabuena.

—Ya sabía yo que era genial —dice Lina—. Los dobles no suelen ser muy buenos, pero Jeremy ha dado clases de interpretación.

Jérôme estrecha la mano de Jeremy con todo el agradecimiento del mundo en la mirada.

—¿Sabe que ha habido un rato en que creí que era el auténtico?

—Muy amable, pero es una exageración...

—De eso nada, de eso nada. Tiene esa mímica cuando dice: «Baje a la tierra... Baje a la tierra...», igualito que en *Rambo*.

—¿Le llamó la atención? Lo he trabajado mucho.

—Y además me encanta su forma de jugar con las gafas. ¿De dónde la ha sacado?

—De *Tango y Cash*.

—¡Claro!

A Sauvegrain le parece que está en otro sitio, pero en realidad no sabe dónde. Ahora salen de la habitación el cámara y el ingeniero de sonido. Lina llama al que hacía de secretario y al doble de Spielberg para dar a ambos la enhorabuena.

—Tenía doce stallones donde elegir, pero lo que me costó dar con un Spielberg. Menos mal que encontré a Stuart.

Se presenta en la suite el camarero del Ritz, empujando una mesita de ruedas con botellas de champán. Y en menos de dos minutos ya está montada la fiesta.

Sauvegrain no coge la copa que le tienden.

Nadie le hace caso.

Todos le hacen caso.

Busca los ojos de Jérôme, quien al fin se digna acercarse a él.

—Hay algo que no entiendo, Sauvegrain. ¿Cómo ha podido tragarse el discursito? «Lo importante es el *show*», «lo que el mundo entero ve en la pantalla», «no necesita saber lo que sucede detrás», etc. ¿Se creyó en serio ese montón de sandeces?

Sauvegrain se esfuerza en no dejar traslucir nada.

—¡Si era tan malo como una película mala de gangsters, Sauvegrain! En coherencia de situaciones, es usted un desastre, el guionista más desastroso del mundo. ¿Se imagina a un actor de la categoría de Stallone jugando a ser un Al Capone de pacotilla? Absurdo. No se lo habría creído nadie, ni siquiera en los años 30. De verdad que Hollywood no necesita nada de eso. De toda la vida, han sido los abogados los amos de las llaves del reino.

—...

—Y encima Sly es un tío encantador y muy por encima de esas cosas. Pregúntele a Jeremy.

—¿Qué quiere?

—Tengo la prueba filmada de que me robó *Deathfighter*, por no mencionar su complicidad en mi asesinato. Y seis testigos que pueden dar fe delante de cualquier tribunal, desde París hasta Los Ángeles.

—Le he preguntado qué quería.

—Ni más ni menos que lo mismo que Montecristo en la novela de Dumas. Quiero todos los contratos a mi nombre y una transferencia de todos los beneficios ya cobrados. Quiero una confesión completa ante los productores y ante Stallone. El pago íntegro de todos los gastos de esta filmación: un presupuesto monstruoso para cinco minutos de película. Debe de ser el cortometraje más caro del mundo. Pero merecía la pena. ¡Puede hacerse una idea de cuántas veces voy a ver esta pequeña obra de arte!

A Sauvegrain le gustaría decir algo. Soltar una risa sarcástica. Tomárselo todo con despego. Le gustaría hacer un mutis como es debido, pero no es capaz.

Jérôme mira cómo se aleja.

—Al champán, invito yo.

Mathilde

Mathilde se detiene un momento ante el espejo del lavabo para echarse una última mirada. Se encuentra más guapa que nunca.

Victor se abalanza hacia ella en cuanto entra en su despacho, le toma la mano, se la oprime contra el pecho y le besa la yema de los dedos.

—No me hagas esas cosas, que me vas a recordar mis dieciocho años.

La acomoda en un sillón y se queda de pie, a su lado.

—¿Por qué has tardado tanto en contestar a mis llamadas? Llegué a temer que estuvieras enfadada.

—Me parecía que me merecía algo más que un recado en el contestador. Es probable que hubiera respondido antes si me hubieras enviado una carta.

—¿Una carta? Ya sabes que no escribo nunca.

—Pues por eso. Me hubiera enternecido que hicieras una excepción por mí. Nunca he podido comprender que un hombre tan exigente con los escritos de los demás no haya sentido nunca la tentación de la escritura.

—Equivoqué el oficio.

—Ni una mala cartita de amor. En veinte años. O una notita en la esquina de una mesa. «Hasta mañana, amor mío».

—Sé expresarme de muchas otras formas. Preparo el Oolong Imperial como nadie.

—Sí, tu forma de preparar el té es inolvidable. Siempre hacías té cuando me comentabas mis manuscritos. Si tu despacho olía a bergamota, sabía que todo iría sobre ruedas. Si olía a té ahumado, iba a haber leña. Hoy tomaré un *bourbon*, de ese que guardas en el segundo cajón de la izquierda.

Victor tarda en reaccionar, convencido de que se trata de un juego.

—¿Ahora te das a la bebida?

—Ya no, pero me resultó muy útil cuando me expulsaste de este despacho.

—Nunca pretendí hacerte sufrir, Mathilde.

—No he venido para hablar de esas cosas. Cuéntame qué tal les va a mis amiguitas novelistas desde que has anunciado de forma oficial que todas se llamaban Mathilde Pellerin.

—¿No me guardarás rencor por eso? No hay editor en el mundo que hubiera resistido a la tentación de sacarle partido a una publicidad así. Treinta y dos novelas escritas por la única mujer del equipo de guionistas de Saga. ¡Treinta y dos novelas agotadas! Has pulverizado las cifras de Barbara Cartland y de Penny Jordan. He vendido los derechos de traducción a veintisiete países, con Inglaterra y los Estados Unidos en cabeza de la lista. Le he vendido seis al cine y la serie de *Janice* a la televisión.

—Así que esos veinte años de mi vida no han resultado inútiles.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir?

—Nadie me ha dado vela en ese entierro.

—Somos ricos, Mathilde.

Mathilde hace una pausa y toma otro trago de *bourbon*.

—¿Qué tal tu mujer?

—Sabes muy bien lo que significa para mí y por qué me casé con ella.

—Te ha dado dos hijos.

—¡Mathilde!

Queriendo abreviar, se inclina para besarla y ella se lo consiente.

—Nunca encontraré otro hombre que bese como tú, que acaricie como tú.

—¿Y por qué ibas a buscar a otro?

La abraza con más fuerza, pero ella, ahora, lo rechaza.

—Siéntate, Victor.

Una orden. Victor no sabía que podía poner un tono tan duro.

Obedece.

—Lo siento por Patty Pendelton, por Sara Hood, por Axelle Sinclair y por todas las demás. Yo les di la vida y tú las has matado. Igual has hecho bien.

—Tú y yo somos un equipo. Tengo grandes proyectos.

—Yo también. De entrada, voy a pedirte que salgas ahora mismo de este despacho. Te harán llegar tus objetos personales lo antes posible.

—¿...?

—Ya sabes que nunca tuve talento para inventarme pseudónimos. Siempre se te ocurrían a ti. Ahora, se le ocurren a mi contable. Finecma acaba de comprar el 12% de las Ediciones del Fénix. Provocom, acaba de comprar el 18% de las Ediciones del Fénix. El Grupo Berger acaba de comprar el 11% de las Ediciones del Fénix. Y, por fin, a The Mail D., sociedad de inversiones fantasma que no es sino el anagrama de Mathilde, le has vendido el 16% de las Ediciones del Fénix. Así que, con tu miserable 33%, ya no tienes la mayoría en este negocio. No te llesves el *bourbon* al irte, que está buenísimo.

Victor, sonado, esboza una leve sonrisa, como si quisiera corresponder a la de Mathilde. Ella le sostiene la mirada con una seguridad en sí misma de la que no se sabía capaz.

—No me hace ninguna gracia esa clase de bromas, Mat.

—Y yo, desde que soy guionista, no tengo ya ninguna paciencia para aguantar las frases hechas. Fuera de aquí.

Victor, para que le dé tiempo a pensar, enciende un cigarrillo; le da tres caladas consecutivas y lo apaga. Mathilde se cruza de brazos y lo mira de arriba abajo con una arrogancia que la hace parecer aún más atractiva.

—El Fénix es mío, Mathilde.

Ella se echa a reír.

—Jérôme me había dicho que un momento así resultaba divino, pero se quedó corto.

Victor da un puñetazo en la mesa, una patada a una silla y tira al suelo una hilera de libros. El león sigue rugiendo mientras se desploma con una flecha hincada en el costado.

—Prueba a arrastrarte a mis pies, nunca se sabe. A lo mejor, me compadezco de ti. También podría suceder que me dieras asco. Es un riesgo que tienes que correr.

—Tú sabes lo que el Fénix representa para mí. Si me lo quitas...

Se interrumpe en seco, incapaz de proferir una amenaza. Nota que la ira le está haciendo perder la partida.

Inesperadamente, se arrodilla a los pies de Mathilde.

Apoya el rostro en la rodilla de ella.

Mathilde le acaricia el pelo.

Se quedan así mucho rato, sin decir palabra.

Mathilde está recordando.

Luego, al rozarle la mejilla a Victor, se le queda una lágrima en el dedo. Se la lleva a los labios, para saber por fin cómo saben las lágrimas del hombre que tanto la hizo llorar.

—Se me ha ocurrido otra solución...

Victor alza despacio la cabeza como un perro servil.

—Te voy a dar una oportunidad para que sigas dirigiendo *mi* editorial.

—... Todo lo que tú quieras.

—Vas a escribirme una novela.

—¿...?

—Una novela de amor muy gorda y muy tierna.

Victor sigue sin entender.

—Quiero que me cuentes la historia de Victor y Mathilde desde el primer minuto en que nos conocimos. La primera mirada, las primeras palabras, los primeros gestos. Quiero leer todo lo que tenías en el corazón desde los primeros momentos. Quiero detalles de lo más íntimo de nuestros escauceos. Quiero ver en ese libro todo lo que nos decíamos por lo bajo; quiero quedarme maravillada ante el mínimo recuerdo, que podría haberseme olvidado. Quiero descripciones interminables de nuestros paseos nocturnos; quiero que me hables de la línea de mis piernas, como hacías entonces; quiero saber todo lo que pensabas cuando me besabas en público. Quiero que te acuerdes de todas mis novelas, y de cómo te las entregué. Tienes que recuperar todos los momentos importantes del principio, pero también todos los de después. Quiero el esplendor y quiero la decadencia. Quiero saber al dedillo cómo conociste a tu mujer, todo lo que me ocultaste; quiero todas tus traiciones, todas tus miserias y tus cobardías. Quiero que refieras de forma elocuente la espantosa vida que me diste. Quiero esos veinte años. Ante mi vista, en mis manos. Los quiero, para mí sola.

Al anonadado Victor ni siquiera se le ocurre incorporarse; sigue de rodillas.

—Quiero que sea un libro estupendo; quiero llorar cuando lo lea. Te doy un año para escribirlo. Si no me gusta, te lo tiraré a la cara y seguirás en ello hasta que concluyas esa joyita. ¡Te gustaba tanto hacer cosas así!

—¿De verdad vas a pedirme eso?

—Estoy segura de que no cogerás un negro. No puedo imaginarte contándole a nadie todos los detallitos de nuestra historia, todas esas cosas que no quieres que salgan a la luz por nada del mundo.

Mathilde suelta una carcajada.

—Vas a ver qué fácil resulta escribir una novela de amor. Vete a casa y ponte a trabajar. Apáñatelas para tener talento.

Le abre la puerta y lo empuja para que salga.

—Te bastará con acordarte de nosotros dos.

Louis

Louis entra el último en el teatro, cuando todo el público está acomodado en sus asientos, ya entregado, presto a la ovación. Siempre lo ha irritado un tanto que exista tan peculiar unanimidad incluso antes de alzarse el telón. Se pregunta si no será que el público va al teatro sólo para ver a los actores de cerca y convencerse de que son seres mágicos. Louis está dispuesto a admitir que hay personas que valen para hallar las palabras y otras que valen para decirlas, pero nunca ha entendido por qué veneraban a éstas e ignoraban a aquéllas. Cada vez que ve una sala con todas las localidades ocupadas, como ahora, piensa que, a lo mejor, a pocos pasos de allí, un joven dramaturgo, metido en un cuchitril, está escribiendo las cuatro frases que, un día, conseguirán que el teatro se venga abalo con los aplausos.

Algunas personas han llegado tarde y buscan sus asientos; los demás se impacientan. Un leve rumor de voces sube hacia el techo abovedado. Antes de salir de la sala, Louis lanza una última mirada circular a los espectadores, al telón, a las arañas, a los vestidos de noche. Por enésima vez, se repite que Lisa lo dejó por todo esto.

Sin vacilar, recorre varios pasillos, cruza entre el barullo de los bastidores y entra en un camerino sin que nadie lo invite a ello.

El actor, con los ojos clavados en su reflejo, se está pintando las pestañas con un lápiz negro. Vislumbra la silueta de Louis en el espejo y se vuelve, atónito.

—¿... Stanick?

Louis quita la ropa amontonada encima de una silla y se sienta.

—¿Quién le ha dado permiso para entrar?

Louis no contesta; el actor se encoge de hombros y sigue maquillándose.

—Salga a escena dentro de cinco minutos.

—Cinco minutos le cunden mucho a un actor. En cinco minutos, puede llevarnos muy lejos.

Inclinándose hacia el espejo, con la barbilla apuntada, el actor se empolva la cara con toques rápidos.

—No lo vi en el entierro.

—Ya había visto su cuerpo en el suelo, con la sien ensangrentada, mientras usted estaba en España.

—¿Pretende decirme que no le habría pasado nada si no me hubiera ido?

—Si uno deja sola durante tres meses a una mujer como Lisa, es que no la quiere.

El actor gira la cabeza para mover las cervicales.

—¿Y se ha molestado en venir sólo para decirme eso, Stanick?

Louis saca un papel doblado en tres y se lo entrega.

Asqueroso guionista birrioso y fracasado:

No te impacientes. Primero me ocuparé de ese actor de mierda. ¡Morirá igual que Molière! Y no porque se merezca semejante honor. Luego te llegaré a ti el turno, Stanick.

El actor tira el papel en un rincón de la mesa y se encoge de hombros.

—Un loco. Ya he recibido unas cuantas cartas por el estilo.

—Lo más inquietante del asunto es este *tercer hombre*. Asegura que quiso a Lisa más que nosotros dos juntos, y eso sólo puede decirlo un loco. ¿Se le ocurre quién puede ser?

—No hay un tercer hombre, Stanick. Sólo un desequilibrado que lee los periódicos. La policía opina que los chalados así nunca hacen nada.

Louis mira el pequeño montón de cartas que hay encima de una silla del camerino.

—¿No le ha enviado una notita alentadora con la única intención de apretarle un poco más las tuercas?

—A lo mejor. Pero nunca abro la correspondencia antes de salir a escena. Superstición.

Louis, un tanto desconcertado, se queda un momento pensativo. Tenía la esperanza de ver cómo se tambalea un hombre, pero, por ahora, no parece que haya nada de eso.

—Me voy de París esta noche. Es la única ventaja del oficio de autor; se puede ejercer en cualquier rincón. A usted, en cambio, todo el mundo sabe dónde encontrarlo todas las noches durante tres meses. Bien expuesto, a plena luz.

Unos golpes en la puerta, para meter prisa al actor. Éste contesta con un aluvión de palabras gruesas.

—Para eso ha venido, ¿verdad, Stanick? Quería *ver* este miedo.

Silencio.

De repente, el actor rompe a reír. Una risa compacta, que le sale de lo más hondo, una risa que nadie puede compartir. La expresión de una soledad. Y de una fuerza.

—¿Sabe por qué me importan un carajo esas notas, Louis? Porque nadie, ni usted, ni todos los que esperan en la sala, ni siquiera ese cuervo de mierda, pueden imaginarse el pánico que siento en este preciso instante. El pánico escénico. ¿A mí me va a dar miedo un anónimo? ¿A mí me va a dar miedo un imbécil de cuarta categoría que pretende hacerme daño fuera de aquí? Qué ridiculez...

Louis, que no se esperaba algo así, pierde de pronto toda su arrogancia y, transformado en espectador, mira cómo el actor da el último toque a su maquillaje.

—Lo que siento ahora mismo es algo así como el terror perfecto. Mi vida no tiene ya la menor importancia. Me gustaría largarme a las antípodas, dejar a todo el mundo plantado, insultar al universo entero, negar mi propia existencia, dar voces para que

alguien me despierte, llamar a mi madre, sí, a mi madre. Y, por cierto, ¿dónde estará metida la zorra esa...? Tranquilícese, Louis, usted pagó para presenciar un miedo ruin, y yo le brindo uno mucho más tremendo y mucho más elocuente. Un miedo de primera. Disfrute. Llevo un lobezno en lo hondo del estómago que mordisquea todo lo que late. Menudo apetito tiene el bandido. Lo conozco bien, llevo alimentándolo desde el primer día en que decidí dedicarme a este oficio. ¿Sabe cómo es el exquisito escalofrío de una gota de ácido en una úlcera? Me gustaría ver los daños con mis propios ojos, deben de parecerse a un verso de Victor Hugo: «... un campo de cadáveres al caer de la noche». Pero, claro, al cabo de un rato, uno deja de quejarse y se aguanta; y, si no, hay que dedicarse a otra cosa.

Nada está sucediendo como Louis tenía previsto. No sabe ya cómo recobrar el equilibrio.

—... La verdad es que es usted un tipo con agallas. Debe de ser eso lo que le gustaba a Lisa.

—Yo no nunca la incité a que lo dejase a usted, Louis.

—¿Y entonces por qué se fue, maldición? ¿Qué era lo que usted podía darle y yo no?

—Apariencia, un poco de apariencia. Lisa se moría por esas cosas, lo sabe mejor que yo. Nunca había ido a tantas cenas de sociedad como después de casarme con ella. Cuando me negué a que *Paris-Match* viniera a casa a hacernos un reportaje fotográfico, estuvo una semana sin hablarme. Estar sentada lejos del ministro en la entrega de los Molière le costó una enfermedad. ¡Si usted supiera hasta qué punto aborrezco todo los jaleos que se montan alrededor de este jodido oficio!

—Si yo hubiera conseguido alguna fama, sólo una pizca, una simple chispa de toda la que lo rodea a usted, a lo mejor ahora estaba aún conmigo, vivita y coleando.

El traspunte y el director del teatro entran por las malas. El actor los tranquiliza y pide sólo un minuto más de paciencia. Se van.

—Comprendo que todo le parezca una injusticia, Louis. Y, sin embargo...

El actor titubea; es la primera vez desde que llegó Louis.

—Sin embargo, si supiera hasta qué punto lo envidio...

—¿...?

—Los autores no necesitan a nadie. Son los primeros en saber cuál va a ser la primera palabra de la primera frase. Los demás tienen que amoldarse a la libertad y la fantasía de ustedes. Y el día en que nosotros interpretamos sus textos, ya están en otro lugar, lejos, preparando el siguiente viaje en el que todos queremos participar.

El corazón de Louis acaba de quedarse de pronto sin hiel.

El actor sale del camerino y da dos palmadas, como ateniéndose a un ritual que sólo él conoce.

Los dos hombres se dan un prolongado apretón de manos.

Y se miran a la cara. Debe de ser la primera vez que lo hacen.

—... Tengo que irme —dice Louis—. Pero estaré con usted *in mente*.

Antes de salir del teatro, Louis vuelve a la sala y se queda de pie, en la escalera, entre el silencio y las tinieblas.

Se alza el telón y allí está el actor, de pie.

Solo.

La sala aplaude estrepitosamente y Louis se suma a los aplausos por un breve instante.

La representación puede empezar.

Yo

—El Maestro solía decir: «La narración es como una flecha que apunta a su blanco no bien se tensa el arco».

—¿Dicho en cristiano?

—Que hay que saber siempre cómo va a acabar una historia nada más empezarla. El epílogo debe ir incluido en el prólogo. Es preciso saber la moraleja de la historia nada más decir: «Érase una vez...».

Como estaba acordado, nos hemos reunido todos en el bar de costumbre a las ocho y media de la tarde. Faltan diez minutos para que empiece el último capítulo de Saga. Diez minutos para la despedida.

Mathilde se ha pedido un calvados en vaso grande y un café. Está extrañamente hermosa, hermosa, exhausta y serena. Ha concluido una carrera frenética y la ha ganado. Hasta el final, estuvimos seguros de que se rajaría. Mathilde y su corazón montado sobre muelles. Mathilde, a quien se le puede pedir la luna a cambio de una sonrisa. No estábamos muy tranquilos al saberla encerrada en una habitación con ese fatuo que sólo se merece que le den de bofetadas. ¡Nuestra Mathilde ha resistido! Ha hecho morder el polvo al dragón de sus amores perdidos. Durante todos estos meses, ha sabido utilizarnos como una paleta de colores: un fondo de Jérôme para una venganza inventiva, una pincelada de Louis para la agudeza del trazo, una pincelada mía para el empuje resuelto. Mathilde está libre al fin, liberada de sus demonios. Eso que hemos conseguido con la Saga.

—Voy a echar de menos la vodka con pimienta —dice Jérôme—. Tengo que acostumbrarme corriendo al Jack Daniel's. Uno doble.

Pido lo mismo. Tristan lo está esperando fuera, desplomado en el Renault Espace que tienen alquilado desde hace dos días. Creo que nunca he visto a Jérôme tan feliz como esta noche. Me ha prometido que me pondrá la película en que Sauvegrain cae en la insensata trampa que le había montado. Debo decir que también he tenido algo que ver en la escritura de ese sainete. El diálogo es entero de Jérôme, pero la aparición furtiva de Spielberg se me ocurrió a mí (aplicando mi teoría de la credibilidad máxima mediante la sobrepuja y la inflación). ¿Cuántas horas habremos pasado perfeccionando esa escena tan sencilla que, por escrito, sólo ocupaba cinco hojas? Cuando ya llevábamos ocho o diez versiones, se la enseñamos a Louis, que cambió dos o tres frases y nos dio su bendición. Sin olvidarse de decirnos que estábamos como una regadera. El *casting* fue cosa de Lisa y sus buscadores de caras. A estar horas, Jérôme puede considerarse ya un hombre rico que acaba de recuperar el honor y la propia estima. Está dispuesto a que Hollywood entero le quepa en la palma de la mano. Parece como si saborease cada minuto de nuestra separación con mayor placer aún que el *bourbon*, igual que si estuviera elaborando ya un recuerdo.

Louis pide una *grappa*. Es su forma de darnos a entender que ya está lejos. También él.

—Es de novatos pretender arrancar a toda prisa de una idea inicial, con la esperanza de que se nos ocurra un final por el camino.

Un final. No le ha quedado más remedio que buscar un final antes de irse de París. Obsesionado por el fantasma de Lisa, no podía demorar más su duelo con el *actor*. La única que podía ayudarlo era Mathilde. La baza de corazones de nuestro maravilloso equipo es una consejera matrimonial de primera y una especialista en adulterios, pero, además, no tiene igual a la hora de descifrar la extraña lengua de los celos.

En el televisor colocado en alto en una esquina del bar, veo cómo los títulos de crédito se superponen a la cara del presentador de las noticias de las ocho. Ahora vienen la publicidad y el tiempo. Ya ha empezado la cuenta atrás. Es demasiado tarde para cambiar algo.

—Me encantaría ver qué cara pondría su Maestro al ver cualquiera de los capítulos de la serie.

Louis nos enseña una bolsa de deportes enorme y a punto de reventar.

—Me llevo la Saga íntegra en cintas, incluido el último capítulo. William me ha hecho una copia. Estoy seguro de que el Maestro la apreciará en lo que vale, por muchos tics nerviosos que le entren en cuanto pasa delante de un televisor. Estoy deseando enseñarle todo lo que he hecho mientras él no me estaba mirando.

«Mientras él no estaba mirando». Cada vez que Louis habla del Maestro, yo veo un ojo. Una mirada quizá. La de un *voyeur* o la de un Dios escudriñador. En la mirada de Louis, lo que se ve es la prisa por ir a reunirse con él.

La dicha de nuestros amigos no siempre es la nuestra.

—¿A qué hora sale tu tren, Louis?

—Dentro de treinta minutos, de la estación de Lyon. Llego a Roma mañana, a eso de las 10. Lo que me fastidia es esa cafetera de tren que va a Palestrina. Podría convencer a alguien de que me encargase una serie acerca de los trenes italianos...

—Si quieres, te dejamos en la estación. Hay sitio de sobra en el Space. Tengo que pasar a recoger a Oona y los treinta kilos de trapos que se ha comprado en París.

—¿Es un vuelo directo a Los Ángeles?

—Primero vamos a Montana, a dejar instalado a Tristan en casa de Oona. La verdad es que no sabía con quién dejarlo mientras tomo tierra.

Todo parece de lo más ultimado. Mathilde hurga en su bolso de Vuitton, buscando sus puritos. Ella tampoco ha dejado nada al azar.

—¿Podremos ir a verla a la isla esa?

—¡Pues claro! Pero no sé cuánto tiempo van a necesitar me.

—¿Por qué no nos cuenta de una vez de qué va ese trabajo secreto en esa isla misteriosa? No nos venga ahora con *clifhangers*.

—Son las tres personas del mundo de las que más me fío, pero he prometido no

decir nada y soy muy supersticiosa. En cuanto la cosa esté en marcha, les mandaré una postal a cada uno.

Está a punto de empezar el capítulo 80. Y antes de que concluya, mis tres colegas ya estarán lejos. Inaccesibles. Libres. Empiezo a preguntarme si he hecho bien en quedarme.

—¿Y tú, Marco?

¿Yo? Sí, claro. ¿Yo qué voy a hacer? Tengo que empezar mañana mismo a escribir una película. ¿Por qué me siento entonces tan desvalido?

—¿Estás seguro de que no quieres salir de París?

—Puedes escribir la película en donde sea.

—Cualquiera que os oyese pensaría que me va a pasar de todo...

Espero unos segundos, a ver si alguien me tranquiliza. Pero no me tranquiliza nadie.

—... ¿Creéis de verdad que me va a pasar de todo?

Hay duda en las miradas. De todos modos, no hay nada que pensar, sean cuales sean las repercusiones de este último capítulo, me tengo que quedar en París. La Saga nos acaba de dejar en tierra y estoy seguro de que Charlotte me espera en el muelle haciendo molinetes con la bufanda.

Mathilde es la primera en levantarse para romper un preocupante silencio.

—Debo estar en Austerlitz dentro de veinte minutos. Tengo el tiempo justo de coger un taxi.

Coge el bolso y da a los otros dos la señal de partida. Louis agarra sus maletas.

—Volveremos a vernos pronto, ¿no?

Nadie se atrevía a decirlo. He tenido que cargar yo con la papeleta. A menos que sea yo el único en desearlo de verdad.

—Venid a verme a Roma si tenéis un ratito.

—Os aviso en cuanto tenga una dirección en Los Ángeles.

Las palabras se nos atascan en la garganta. Nos damos un beso, y otro, y otro. Como si nada tuviera ya interés: ni los diálogos, ni las aventuras al doblar una esquina, ni el sentido de todo ello, ni lo que va a ser de cada uno.

Nos abrazamos con fuerza, seguramente por última vez.

Salen los tres del café en el preciso instante en que empieza a oírse la fuga de Bach.

Jodida Saga.

Ya estamos solos los dos.

*

Mis amigos acaban de dejarme solo y la noche va a ser larga. La primera noche de verano.

El cielo está rebosante de estrellas y todas las ventanas abiertas, hay cerveza fría

en la nevera, mis amigos ya estarán lejos, la mujer a la que quiero me ha abandonado y ya llevo mucha bebida en el cuerpo cuando llego a casa. Si no me pongo melancólico ahora, no sé para cuando lo voy a dejar.

Desconecto el teléfono; se pasaría buena parte de la noche sonando y yo pensaría, todas las veces, que era Charlotte. Y todas las veces me llevaría un chasco. Si realmente ha vuelto, bien puede esperar una noche más.

El calor hace pareja con el silencio.

Sois todos unos maricones por haberme dejado huérfano. Son las cuatro de la mañana, y la noche está tranquila como si nada hubiera pasado, como si nadie llorase sobre el cadáver de Saga. Yo tampoco pienso llorar; esa guarra me ha abandonado, a mí que la he querido como nadie y la he visto crecer como un padre. Revienta, perra; veinte millones de almas perdidas te echarán de menos, pero nosotros, no. Jérôme, Louis, Mathilde y yo te hemos cortado un sudario con la tela más negra que hemos podido conseguir, tan negra que, a su lado, las tinieblas parecerían encaje de lencería. ¿De dónde hemos sacado una tinta tan oscura? Es imposible saberlo. Ese estilo no era el nuestro. Hemos tenido que ahondar mucho en el infierno de nuestra inspiración, que escuchar a las musas de la abyección y la perfidia, que dejar reír a la hiena que dormitaba dentro de todos nosotros.

Me asomo a la ventana y aguzo el oído para oír el ruido del caos.

Nada.

Ni un soplo de aire.

¿Un suicido colectivo? ¿Veinte millones de muertos sobre mi conciencia? ¿O será que ya ha llegado el olvido y a todo el mundo le importa un huevo?

Sin embargo, todavía nos estoy viendo, ayer a las doce de la mañana, a mis compañeros y a mí sentados ante el televisor. Asqueados por nuestro propio afán de venganza. Yo ya había visto ese capítulo 80, el auténtico, el que le colamos a Séguret.

Hicimos un trabajo de orfebres y falsificadores gracias a William y a sus trucos de magia. Habíamos conservado decenas de secuencias sin montar; las volvimos a ver, las corregimos y las aumentamos, las encajamos, las montamos y las mezclamos, con mucha paciencia, para seguir siendo hasta el final los amos de nuestra aventura. ¿Cómo pudo creer Séguret que íbamos a consentir en que su mediocridad salpicase nuestra Saga? Walter sacó cosas de los capítulos antiguos, hizo *collages* de imágenes, e incluso consiguió meterles diálogos nuevos a situaciones que no tenían nada que ver. Y ese pequeño monstruo que creamos igual que investigadores locos, de noche, en secreto, lo han emitido anoche. Tuvimos incluso que inventar un guión mucho más complejo para que el capítulo pasase los controles técnicos y lo tomasen por el «listo para salir al aire» sin que nadie se maliciase nada. No escatimamos sesiones ocultas ni sesiones de «tempestades de ideas» con el demonio para burlar los poderosos engranajes que controlan el mundo de la imaginación. Antes de irnos, teníamos que organizar un final apocalíptico.

In cauda venenum.

Necesito volver a ver el capítulo a solas. Mientras se rebobina la cinta, me echo en el sofá, con una cerveza en la mano. Borracho. Mis amigos se han ido. La Saga ha muerto. Era preferible que la matáramos nosotros a verla viva en manos de Séguret. Ha sido un crimen pasional. Ni más ni menos.

Títulos de crédito.

CAPÍTULO 80

Walter se está preparando un cóctel con los restos de las botellas casi vacías del mueble bar de los Fresnel. Revuelve la mezcla con el dedo. ¿Qué imagen de él va a quedar? La de un alcohólico que no intenta ya superar nada de nada. Porque la vida es una mascarada y, a Dios gracias, el alcohol nos ayuda a librarla, a veces, de los andrajos que la cubren. La frase desnuda brotaba del corazón, y el alcohol nos brinda la mirada desnuda; y la embriaguez no es sino una morisqueta que le hacemos a la muerte. Por eso Walter ha vuelto a beber a más y mejor. Con el segundo vaso, se pone lírico; y, cuando se pone lírico, es apuesto. ¿Y mañana? Mañana, habrá muchas más copas que le darán fuerzas para brillar por las noches, Y para apagarse un buen día, poquito a poco. Muy poquito a poco. El parado de Roubaix recordará la lección.

Marie, nuestra Marie tan querida, ¿qué ha sido de ti? Creí en tu independencia, en tu sencillez intacta de muchacha. Sabías estar pendiente de los tuyos sin desentenderte de ti. A veces, sentías deseos que hacían que la mujer prevaleciese sobre la madre; ésa era tu fuerza. Y tu encanto. Y ahora has vuelto al redil tras la aventura. Culpable y cansada. Implorando el perdón con el filo de la mirada. Dios mío, qué triste es esta escena. Mathilde no te ha ahorrado nada. Por primera vez, te avergüenzas de tus arrugas y de esos cuarenta y cinco años que hoy parecen el doble. ¿Dónde han ido a parar todos aquellos pretendientes que habrían vendido su alma por ti? Walter te considera una puta por la que ya no merece la pena ni cruzar el rellano; y Fred te desprecia porque dilapidaste tu inocencia. Tu regreso a la trivial vida hogareña ni siquiera va a tranquilizar al ama de casa de Le Var. Esa mujer que nunca pudo irse con un desconocido guapo te guardará rencor eterno por haber regresado. Y las demás dirán que eres una cualquiera. No te merecías esto.

¿Qué ha sido del Jonas que nos hacía pensar que el vengador enmascarado a lo mejor no estaba del todo muerto? La respuesta es sencilla: si la única lucha auténtica de cualquier hombre es la que lo enfrenta con su propia cobardía, ¿por qué iba a librarse Jonas? ¿Por qué iba a ser precisamente él quien consiguiera el encumbramiento de su faceta heroica? Nadie nace con una faceta heroica. Ya era hora de que se reconociera en su fuero interno que sólo se vive una vez y que esa vida, como todas, consiste en pactos y vulgar cobardía. ¿Quién se atrevería a reprochárselo? ¿Quién iba a tener tanta desvergüenza? Desde luego que el pescador de Quimper no. Que los héroes levanten el dedo. Y que vayan ellos a enfrentarse con Pedro Menéndez. Pedro Menéndez los está esperando. Jérôme no se anduvo con chiquitas al escribir el texto de esta última entrevista entre ambos. Cuando Jonas le comunica a Pedro que tira la toalla, Pedro casi siente lástima por su enemigo de siempre. Mordécai necesita un guardaespaldas y le pagará a Jonas un sueldo espléndido. Menos da una piedra. El dinero y el heroísmo nunca han hecho buenas migas.

Y, por cierto, hablando de Mordécai: nunca supo qué hacer con tanto dinero, pero al final se le ha ocurrido algo. Desde que le dijeron que el Bien y el Mal estaban pasados de moda, se había puesto a leer. Sobre todo la Biblia y a Sade. Y, como por

casualidad, lo dejó anonadado la belleza del Eclesiastés, que es el único libro de aquélla que habría podido escribir éste. «Vanidad, todo es vanidad». Nunca había tenido nada tan claro como ese duelo de las ilusiones y las utopías. Ha dado con su verdad: la de su propio desencanto. Así que sólo se puede hacer una cosa: gozar. Gozar, gozar, mientras aún sea tiempo, pues todos los minutos nos aproximan a la nada. Busca en Sade todas las situaciones posibles de goce, llevando el placer y la decadencia a sus últimas consecuencias. Dedicar a ello toda su fortuna. ¿Veinte millones de personas? Es tanto como decir veinte millones de obsesiones y ansias que nunca podrán saciarse. Mordécai ha decidido vivirlas en nombre de todos.

Quien cree en el amor no puede por menos de creer en el odio. Así que a nadie debería extrañar que Mildred y el Ser se odien ahora tanto como se amaron antes. Mathilde no habría consentido que nadie la privase de esa tarea. Puso en ella un primor de costurera de las de antes. Describe con tanta minucia el proceso de descomposición de la pareja que se le quitan las ganas de seguir buscando a Charlotte. Tres secuencias breves le han bastado para descartar toda perspectiva de dicha conyugal. Toda una artista. Hasta Jérôme sería incapaz de tanta violencia. Como Mildred cuenta con una inteligencia superior, idea torturas morales de admirable complejidad. El Ser conserva intacta toda su hermosura silvestre y casi no se percata del daño que hace. Es su forma de ser. Desde la primera escena queda claro que esa pasión no puede desembocar sino en la eliminación de uno de los dos. Pero Mathilde no nos obliga a presenciar semejante espectáculo; más que llegar a ese desenlace, prefiere describir el infierno de cada instante. La pareja no es sino una prolongada sucesión de momentos que excluyen cuanto los rodea y se basa en un principio de vasos comunicantes que envenena todos los actos amorosos y gangrena cualquier satisfacción.

¿Y Bruno? ¿Y el joven Bruno? ¿Qué le va a pasar? Tiene la vida por delante. Debe encaminarse hacia la edad adulta y llevar el timón al tacto por toda esa extraña odisea que es la existencia. ¿Pero es acaso capaz de ello? Como todos los adolescentes, Bruno desconfía de sí mismo desde el principio de la serie. Y hace bien, porque en el fondo sabe ya que su vocación es la de sumarse a la inmensa mayoría y engrosar las filas de *los que están donde están porque a ver qué remedio les queda*. Esa jungla que quería desbrozar a machetazos no es sino un sendero recto y perfectamente balizado. Puede divisar el extremo opuesto. Y su lote de olvido ha empezado ya a destruir su lote de sueños. No será ni Rimbaud ni Évariste Gallois; no tendrá siquiera esos quince minutos de gloria que prometía Warhol. Así es la vida.

Menéndez, por su parte, nunca había dejado de hacerse ciertas preguntas, sin dar con más respuestas que el plástico y la dinamita. Eso es quizá lo que ha doblegado a Jonas, la íntima convicción de Pedro de que no hay más solución. Nadie sabe en realidad por qué Pedro pone bombas. Pero sean cuales sean sus razones, tienen que ser malas a la fuerza.

¿O no?

Claro que sí.

Aunque...

La cuestión queda pendiente a lo largo de todo el capítulo, como si fuera un enigma con cuya solución vale más no dar nunca. ¿Quién no ha pensado alguna vez, en una cabina de voto, con una papeleta en la mano: «¿Y esto para qué vale?»? ¿Quién no ha tenido nunca la sensación de que lo estaban mirando desde arriba como a una hormiga que perecerá aplastada cuando ya no desempeñe su tarea? ¿A quién no lo ha atormentado nunca lo absurdo de las instituciones? ¿Quién no ha sentido nunca el deseo de lanzar angustiosos gritos ante la injusticia y maldecir a los que se negaban a escucharlo? ¿A quién no le ha apetecido alguna vez mandar todo a tomar viento? Menéndez es, por supuesto, un cabrón y un imbécil. Sólo a la gilipollez individual se le puede ocurrir cargarse a base de plástico la gilipollez colectiva. Un día, morirá en una encerrona y le estará bien empleado. Pero ese día, mientras agoniza, no confesará las razones que lo han impulsado a cargárselo todo. Nadie lo sabrá nunca. Hemos respetado su secreto. Si alguien tiene empeño en enterarse, que vuelva a leer a Kafka.

¿Y Fred, el esperado por todos, el niño mimado de toda la Saga, el que es como el Salvador? Pues el Salvador está harto de la humanidad. La humanidad es una ingrata, la humanidad muerde toda mano que se tiende hacia ella, bien para mendigar, bien para socorrerla. Si inventa el remedio que restaña un daño, la humanidad abre otras diez llagas. Tiene un sexto sentido para hacer cosas de esas. Fred no despegaba los labios en todo el capítulo, pero su alarido interior nos perfora los tímpanos. El inventor de la máquina de destrozarse guerras, de la máquina de erradicar virus, de la máquina de dar de comer al hambriento, de la máquina de recuperar la esperanza está empezando a preguntarse si todo eso ha valido para algo. Es una lástima. Acababa de inventar una máquina para limpiar el inconsciente. Algo así como una cirugía del alma, que podría operarla, extirparle los quistes y los coágulos sin dejar secuelas. Pero la tira a la papelera nada más acabarla. A lo mejor había valido para algo. Vaya usted a saber.

Sólo había un final evidente, un epílogo posible: un sueño de Camille que nunca habíamos usado. Despertaba sobresaltada y su Jonas favorito la estrechaba en sus brazos. Sacamos ese sueño del cubo de la basura y lo introdujimos en la vida real de los personajes. Y, a lo mejor, en la vida sin más.

Camille llevaba ya demasiado tiempo amenazándonos con hacer algo así. La secuencia no puede ser más breve. Se mira en el espejo, se echa a reír, una risa de verdad, que le sale de dentro. Luego grita «¡Viva la muerte!» para quien quiera oírlo, se mete el cañón del revólver en la boca y dispara. Un impacto sangriento salpica la pared.

Títulos de crédito.

HYBRIS

No hay nadie en el pasillo.

Lo cual no quiere decir nada. Pueden estar apalancados en la escalera, igual que la semana pasada. Intento una salida, con el móvil en la mano por si se presenta una emergencia.

La lata es que en la comisaría de zona que me corresponde tienen una tele, bien escondida en un vestuario, para las largas noches de guardia. Esos muchachos son espectadores de primera hornada. El día en que fui a presentar una denuncia, los maderos desfilaron por el pasillo para ver qué pinta tenía yo. A algunos sólo se les leía en los ojos algo así como «Es él..., es él...». Otros resultaron más habladores («¿Pregunta usted por el inspector Jonas? Pues ha dimitido»), y no tardé en darme cuenta de que opinaban que todo lo que me pudiera pasar me lo había ganado a pulso. Desde entonces, sólo me dejo caer por allí si necesito un refugio durante un rato.

Tampoco veo a nadie en la parte de arriba de la escalera.

Parece que hay vía libre. Si alguien quisiera partirme la cara, ya se me habría echado encima. Incluso el memo del presidente de la comunidad de propietarios debe de haberlo dejado para luego. Está empeñado en pasarme la factura del destrozo de los buzones, de la rotura del ascensor y, sobre todo, de la limpieza de las pintadas, que empiezan en el portal, suben tres pisos y acaban como una palmera de fuegos artificiales alrededor de mi puerta («Te voy a volar la jeta», firmado Menéndez. «Pagarás por Camille y todos los demás», «Aquí yace una basura», etc.). Las hay a miles, unas encima de otras, ilegibles. Hay quien ha dibujado mi cara en el centro de una diana. Por lo visto todo el mundo sabe qué cara tengo. Ya se han encargado de ello los medios de comunicación. Apareció en la segunda página de uno de esos semanarios que hurgan en la mierda. Y debajo ponía «WANTED» y «elevada recompensa». ¿Quién ha dicho que a los guionistas nunca los salpicaba la fama?

Me han destrozado el buzón, así que el cartero deja pura y simplemente tiradas en el terrazo del portal mis dos sacas diarias de injurias. Hay cartas por todas partes; los que pasan las pisotean o las destrozan, y si estoy dos días sin recoger la correspondencia, el conserje las echa directamente al contenedor de la recogida de basuras. Si entre ese torrente de insultos y amenazas de muerte anduviera trasapelada una notita de Charlotte me sería imposible localizarla. Por curiosidad, cojo un par de cartas al pasar: «Querido guionista de los cojones; no te escribo en nombre mío, que yo estoy muy por encima de esas cosas, pero pagarla con los niños es la peor cabronada, etc.». «Muy señor mío: esto que ha hecho usted no tiene nombre. No debe usted de haber leído *La divina comedia* del Dante, pero sepa que el noveno círculo es para las personas como usted...». En el montón de hoy, hay un sobre que me llama enseguida la atención. Le doy mil vueltas sin acabar de creerme lo que estoy viendo, pero no, no es un sueño: soy un divo. La carta me ha llegado sólo con las siguientes señas: «Al único guionista de Saga que aún no ha salido del país, París». Ni a Papá Noel lo tienen tan mimado los de Correos. No me da tiempo a abrirla. Oigo chirriar la puerta del conserje y salgo del portal sabiendo ya lo que me

espera en la acera.

Los primeros días, creí que se trataba de una casualidad. Pero, a la larga, no me ha quedado más remedio que rendirme ante la evidencia. Delante del edificio en que vivo ha nacido una tradición bien parisina que no tardará en convertirse en atracción turística. Y la gente vendrá a ver mi calle, igual que va al Père-Lachaise. La acera del 188 de la calle de Poissonnière se ha convertido en un cementerio de televisores. Una marea nocturna deposita ante mi puerta decenas de cajones inservibles, que llegan hasta el arroyo. Los traen de todas partes. Se apilan delante del portal, se desperdigan en un *totum revolutum* por las inmediaciones. Pasa como con los chistes o los rumores; nadie sabe de dónde vienen pero se propagan más deprisa que un virus. Creo que han hablado del asunto en el informativo regional. De lejos, puede parecer arte contemporáneo; de cerca, es igual que un basurero. Pero también se puede considerar, apurando un poco el símbolo, que es una especie de mausoleo catódico y decadente, un monumento en memoria de las víctimas de la Saga. Vagabundos y buscadores de todo tipo de restos acuden a rastrear entre las piezas sueltas. Y el conjunto constituye un curioso ballet que me convierte en un fantasma mañanero al que no le queda más remedio que caminar pegado a las paredes. A fuerza de escribir cosas espantosas, acaban por suceder.

Doy la vuelta a la esquina en la luz del amanecer.

Nadie.

¿Qué es un barrio, en realidad, un triste barrio parisino, cuando se piensa que la jodida Saga se ha emitido por satélite en toda Europa?

Me meto en el metro para ir a Concorde. No sé cómo matar el tiempo antes de la hora de la cita y me siento ante las verjas del jardín de las Tullerías.

Nunca he tenido tantas ganas de hablar con alguien. Con quien sea. Cualquiera me valdría.

Desde que ya no paso por mi casa más que por ver si Charlotte ha dado señales de vida, el móvil es mi bagaje cotidiano. Valiosa herramienta si se pierde el rumbo; proporciona al errabundo la ilusión de estar unido al prójimo. Y eso es, en mi caso, mera ilusión. Aunque ya casi no recibo llamadas anónimas. Menos da una piedra.

No sé a quién llamar.

Mi madre tiene siempre puesto el contestador desde aquel famoso 21 de junio. Sus compañeros de trabajo le han pedido explicaciones por el asunto de la Saga. Ya nadie se sienta a su lado en el comedor. ¿Cómo iba yo a suponer algo así? Me da alojamiento cuando no sé adónde ir, pero siempre me quedo empantanado en unas justificaciones que no la convencen. No para de decirme: «Pero a quién se le ocurre..., pero a quién se le ocurre»; y ese estribillo me persigue incluso cuando estoy solo. El resto del tiempo me lo paso entre cines, cuartos de hotel y *fast-food* en bancos públicos. He convertido el vagabundeo en un arte mayor y el anonimato en deporte de riesgo. Mi vida parece una película sobre la Resistencia. Podría refugiarme en casa de alguno de los dos o tres amigos que me quedan, pero sé

perfectamente que sólo hablaríamos de *ese tema*. De *ese tema* y nada más. En cuanto sale a relucir el capítulo 80, no lo puedo remediar, tengo que contener las lágrimas. Y si bajase la guardia, acabaría llorando como un crío, sin saber muy bien por qué. No me siento ni pizca de culpable; ni por un momento me he arrepentido de lo que hicimos. No siento la necesidad de pedirle perdón a nadie. Querría explicar que ese capítulo no es un insulto que hayamos escupido a la cara de veinte millones de fieles seguidores. No teníamos intención de hacer una matanza de inocentes ni de que pagasen el pato esas personas a las que debíamos la existencia. Me ofrecieron que fuera a dar explicaciones en directo al plato de un programa de cotilleos de mucha audiencia y no quise. Era un juicio en toda regla y ya había sentencia: muerte por lapidación. La semana pasada venía, en un semanario de televisión, un artículo que se llamaba «Leña al guionista...». Seguramente me porté como un cobarde, pero habría sido peor el remedio que la enfermedad. No sé si alguna vez conseguiré volver a trabajar en lo mío. Los productores de la película que tenía que escribir este verano me han insinuado que nadie sería lo bastante insensato para contratar a un individuo capaz de apuñalar por la espalda a los que le dan trabajo. Mi vida de guionista ha sido breve. La Saga me dio todo y me lo quitó todo. Me ha arrebatado incluso cosas que no creía que se pudieran perder. Cosas a las que todo el mundo tiene derecho. Una hora de tregua, una palabra amable, que haya quien me escuche un segundo sin recriminaciones ni desprecio.

El sol está ya alto. La vida empieza de nuevo, sin mí. Necesito a Charlotte. Necesito que alguien me escuche un segundito sin recriminaciones, sin desprecio...

Ahora que lo pienso, hay personas que están para eso.

Marie recurría a ellas cuando necesitaba sacar fuera lo que no podía hablar con los suyos.

—Teléfono de la Esperanza. Dígame.

—... Buenos días.

—Buenos días.

—...

—...

—Llamo porque no tengo con quién hablar. Es terrible estar solo, pero darse uno cuenta de que está solo es todavía peor.

—¿Y sus conocidos? ¿No tiene familia? ¿No puede contar con nadie?

—En este momento no sé de nadie que quiera ser conocido mío.

—¿Qué quiere decir?

—¿A usted le gustaría tener amistad con el enemigo público número uno?

—¿Tiene problemas con la policía?

—Sí y no.

—¿No podría ser más concreto?

—No me busca la policía. Por lo menos, no de forma oficial. Sólo soy culpable de terrorismo ideológico, de manipular la ficción y de poner en peligro la seguridad del

Estado.

—...

—Ya he perdido el gran combate. La Nación contra Mí.

—Cuando las cosas van mal, muchas veces nos parece que existe un complot contra nosotros.

—¿Cree que soy un paranoico?

—No; quiero que me diga qué va mal con palabras sencillas.

—Cuando te encuentras todas las mañanas delante de tu casa montones de aparatos de televisión te cuesta explicar las cosas con palabras sencillas. Digamos que, vaya donde vaya, me miran como a un traidor. Y que voy a tener que cargar con eso durante años. Y, sin embargo, no me siento culpable. Mi verdadero problema es saber si debo irme o no.

—¿Irse?

—Huir, si prefiere. Intentar rehacer mi vida en otra parte. Me vuelvo loco dándole vueltas al tema. No me apetece nada abandonar mi país, la ciudad en que he nacido, las paredes que llevo viendo desde que era pequeño. ¿Cómo va uno a aceptar que está condenado al destierro?

—...

—¿Se hace cargo?

—Huir, destierro, rehacer su vida. Habla usted como un criminal de guerra. Si no me dice qué le sucede exactamente...

—¿También usted quiere frases desnudas? No fui yo solo. Éramos cuatro. ¿Le suena de algo la frase «A fuerza de escribir cosas espantosas, acaban por suceder»?

—...

—... ¿Oiga?

—Es usted uno de los guionistas de Saga.

—¿...?

—...

—También soy más cosas, ¿sabe?

—...

—¿Sigue ahí?

—...

—Ya ve que no soy un paranoico.

—...

—Vale más que cuelgue, ¿no?

—Espere; deje que le cuente una cosa. Aquí, en nuestra sede, tenemos un televisor y lo ponemos por la noche. Es una fuente de información, por si pasa algo que pueda provocar reacciones. Pero también es para nosotros un rato de distracción. A partir del otoño pasado, notamos que las llamadas disminuían mucho entre las cuatro y las cinco de la mañana. Con el paso del tiempo, se convirtió en una hora tranquila. Y empezamos a ver la serie Saga, como todo el mundo, para intentar

comprender el fenómeno. Puedo incluso decirle que me gustaba mucho ese personaje al que nunca se veía y que trabajaba en el Teléfono de la Esperanza.

—Me estaba temiendo que iba usted a sacarlo a relucir.

—No correspondía a nada real de lo que hacemos nosotros, pero no importaba. Todo lo contrario. Diría incluso que era un símbolo de cuanto sucedía en la serie. El punto de partida era fantástico, los diálogos, a veces, parecían cosa de locos, pero de todo aquello se desprendía una sensación de realidad muy fuerte, algo que tenía que ver con la vida de la gente, como una lengua que todos entendían, y todo el mundo acababa por verse reflejado. ¡Si supiera la publicidad que le hizo la serie al Teléfono de la Esperanza! Resultaba hasta un poco engorrosa. Había mujeres solas que llamaban para conocer aquí al hombre de su vida, igual que sucedía en Saga. Pero eso no es lo principal; lo interesante era fijarse en cómo la serie iba convirtiéndose en algo así como... un relevo nuestro. Y la tendencia se fue acentuando hasta llegar al éxito de los últimos capítulos. Mis colegas y yo nos hemos planteado muchas veces ese fenómeno de identificación con los personajes de Saga. Y debo reconocer que no hemos encontrado una respuesta satisfactoria. Pero el caso es que las personas que nos llamaban reaccionaban de dos maneras diferentes: unos encontraban *respuestas* según iba avanzando la serie; y otros encontraban al fin las preguntas que querían hacer.

—...

—En cualquier caso, algo había cambiado en sólo una temporada.

—... Eso que me cuenta me emociona mucho... No sé qué decirle... Ni se nos ocurrió que les estuviéramos dando tanto trabajo...

—Cuando nos están dando trabajo es ahora. Desde finales de junio, hasta hemos tenido que coger más gente. El sabotaje que montaron ustedes fue un éxito total. Nadie es capaz de sospechar el impacto que pueden llegar a tener en las cabezas de la gente unos personajes de ficción. Ustedes, que tienen tanta imaginación, no pueden ni imaginarse lo que la gente se apega a ellos. Son de la familia, se convierten en amigos fieles, e incluso hay quien los siente a veces más próximos que cualquier otra persona. Cuando sufren, se sufre con ellos; se comparten sus alegrías y se buscan justificaciones para todo lo que hacen. Se les espera, y se pone esperanza en ellos. Y ustedes golpearon con todas sus fuerzas en el punto más vulnerable precisamente en el momento en que todo el mundo se fiaba de ustedes por completo. Pusieron una carga explosiva en la ilusión que habían hecho nacer en quienes más la necesitaban.

—Eso es una exageración. Nosotros sólo...

—La visión del mundo que brindaron fue la de una jungla que acabará por tragársenos a todos. La vida es una enfermedad grave y, en el mejor de los casos, lo único que puede esperarse de ella es no sufrir demasiado en lo que llega el fin. ¿Una certidumbre? Sí, la tristeza universal; ése es el material que, como humildes artesanos, tenemos que labrar día tras día. Montaos vuestro propio caos, buenas gentes, así se ahorra tiempo. No hay remedio contra la desesperación; es un mal

endógeno e inmanente que se lleva metido en las tripas. Y el que necesite a toda costa una respuesta a la duda, puede estar convencido de que el suicidio es la más sensata. ¿Sigue usted ahí?

—...

—Y lo peor de todo es que lo han hecho con tanto talento que es imposible no quedarse impresionado.

—...

—Ahora voy a decirle exactamente qué les reprochamos; y, esta vez, me incluyo en el lote. Desde que se han ido, la gente se ha metido otra vez en su perrera. El pretencioso espectáculo de la mediocridad ha vuelto por sus fueros; el gran *show* del cinismo rey puede reanudarse. Nos han dejado solos frente a esta televisión de mierda. La última chispa de la conciencia se extinguirá bajo esa melaza de imágenes ansiolíticas que se avecina. No jugaron muy limpio que digamos cuando nos hicieron creer en Saga.

—...

—Cuelgue, por favor. Tengo llamadas en espera.

*

Alguien acaba de abrir el jardín de las Tullerías.

Un individuo que hace *jogging* se detiene un instante para recobrar el aliento, agarrado a la verja, y sigue luego corriendo a zancadas hasta el estanque central.

Seguro que la persona con la que he quedado me está esperando ya, en el mismo banco de la otra vez.

Claro que ya ha llegado; ahí está con su cara de conspirador y su pinta de espía. ¿Quién lleva gabardina en pleno mes de julio? ¿Quién se comporta como si fuera un muñeco de pim pam pum? ¿A quién se le ve más que a un chepa en un gimnasio?

—Señor Séguret, a pesar de todos nuestros agravios mutuos, permítame decirle que esta afición suya a las citas de serie B es grotesca. Detallitos así son los que le impedirán siempre llegar a guionista.

—Mire hacia otro lado como si no me hablase a mí.

—No sea ridículo. Tengo yo tan pocas ganas de que me vean con usted como usted de que lo vean conmigo. ¿No le parece que se pasa un poco?

—No es que yo esté convirtiendo esto en un asunto de Estado, ya lo sabe; es que ES un asunto de Estado. Ayer, Saga fue el segundo punto del orden del día del Consejo de Ministros.

—Usted fue quien convirtió la serie en herramienta del poder. Para nosotros, sólo era una teleserie. Cosas que le pasan a la gente, y nada más.

—Mi vida sí que es una teleserie por culpa de ustedes. Y cada capítulo dura dieciocho horas diarias. Si todavía no me he muerto es porque me han ordenado que enderece el rumbo para después de vacaciones.

—Ya me dijo eso mismo la semana pasada, pero sigue sin ocurrírseme cómo pedir a veinte millones de individuos que se olviden que lo que vieron el 21 de junio pasado, entre las nueve menos veinte y las diez y diez de la noche.

—Estamos sentados encima de una bomba, Marco.

—«Estamos sentados encima de una bomba, Marco». Es usted el peor dialoguista que he visto en mi vida. ¿Pero es que en las escuelas de ejecutivos no les enseñan a hablar? «Estamos sentados encima de una bomba, Marco».

—Lo que usted diga, pero es verdad.

—A mí ya me ha estallado la bomba. Me he quedado sin familia, sin trabajo, sin porvenir, sin nada de nada. Y ni siquiera puedo ir a quejarme al Teléfono de la Esperanza.

—¿Qué le pareció el capítulo de ayer?

—¿Se refiere a esa gansada que ha escrito a capón ese equipo suyo tan fino y tan trabajador? Pues si con eso era con lo que pensaba usted «enderezar el rumbo», ya se puede ir despidiendo. Es algo así como si le hubiesen encargado a Marguerite Duras que escribiera el próximo Robocop. ¿No me diga que se había creído de verdad que esa continuación ridícula iba a conseguir que el capítulo 80 se esfumara por las buenas?

—Las reacciones han sido catastróficas, tanto las del público como las del primer ministro.

—Ése es el error, Séguret. Sigue usted sin darse cuenta de que el primer ministro también es público, como todo el mundo. A él también le contaban cuentos cuando era un chaval. Él también iba con su novia al cine cuando era joven. Él también inventa cuentos ahora para sus nietos. Él también necesita su dosis cotidiana de ficción. Es posible que alrededor de la serie haya oscuras manipulaciones políticas, pero convénzase de que el primer ministro se siente tan traicionado como el parado de Roubaix, el ama de casa de Le Var y...

—Y el pescador de Quimper.

—Siempre se me olvida ése.

—¿Qué es lo que fallaba en ese capítulo?

—Desde lo más hondo de mi infortunio, me digo que podría estar en el lugar de usted y enseguida me siento mejor.

—Contésteme, por favor...

—¡Fallaba TODO! Sus guionistas no nos ahorraron ni uno de los tópicos del género. Se nota que andan como locos intentado poner un parche. ¿Y los diálogos? ¿Quiere que hablemos de los diálogos? Pues es muy fácil: parece que los ha escrito usted.

—El capítulo 81 pretendía poner un bálsamo en la herida, y ha sido como el vinagre.

—Lo que yo le decía...

—La Saga necesita una segunda parte que sea de verdad.

—La Saga era una alquimia sutil entre Mathilde, Jérôme, Louis y yo. Puede usted llamar a todos los guionistas del universo, incluso a muchos que serán mejores que nosotros. A lo mejor le fabrican una obra maestra. Pero no escribirán la Saga.

—Necesito su ayuda.

—¿Está de guasa?

—Los dos estamos viviendo un infierno. Usted necesita esa segunda parte tanto como yo.

—Demasiado tarde.

—Si no lo hace por usted, hágalo por veinte millones de personas. Hágalo por la nación. Hágalo por mis hijos, por el primer ministro, por los clubs de fans, por los importadores de vainilla, por lo que se le ocurra. O, si no, hágalo por la Saga.

—Nunca.

*

Me fue pisando los talones un buen rato. Y conseguí quitármelo de encima cogiendo el metro *in extremis* en la estación de Palais-Royal. No me he quedado en París por la Saga ni por miedo al destierro. Sólo me he quedado para buscar a la mujer de mi vida. Al fin me he dado cuenta de que yo tengo la culpa de todo lo que nos ha pasado. ¿Qué necesidad tenía de decirle cada dos por tres que, en cuanto salía de casa, me pasaban cosas de lo más emocionante? ¿Quién me mandaba hablarle de Camille, de Marie o de Mildred, como si fuera un Pigmalión presumiendo de sus Galateas? ¿Cómo pude olvidarme hasta de su existencia cuando la tenía ahí, al alcance de la mano, dispuesta a apoyarme en caso de necesidad? Bastaba con pedirselo. En las películas, a los chicos que se han metido en líos y andan huidos siempre los cogen porque quieren despedirse de su novia antes de salir del país. Siempre me pareció un recurso fácil y ni pizca de creíble. Y ahora les debo una disculpa a todos los rebeldes románticos. No pienso irme de París hasta no estar seguro de que Charlotte ha dejado de quererme.

—¿Y qué quiere que le diga que no le haya dicho ya la otra vez? Estuvo trabajando tres semanas en un sitio que estaba en La Défense. Y, luego, se buscó una comisión de dos meses en una pyme del extrarradio sin darnos casi explicaciones.

Que me tomen por tonto no suele importarme, salvo cuando estoy buscando a la persona a la que más echo de menos en el mundo. ¿Así que ésta es la «jefa de proyectos» de marras? Por teléfono, se la notaba más antipática, pero desde que me tiene delante, plantificado junto a la centralita con mi cara de acelga mal afeitada y con la ropa hecha un higo, se replantea a la baja sus ironías. Noto en este vestíbulo algo así como un tufo a consigna tajante; un poco más, y me sentiría como un indeseable si no fuera por esa tenaz curiosidad que despierto desde aquella noche de junio. La telefonista me ha mirado con cierto regodeo; hasta llegué a creer que le gustaba; pero tenía en los ojos esa cosa, esa cosa que dice «es él, es él», y que

siempre me parece que se refiere a otro. Arriba, en correcta formación en la pasarela de cristal y acero, están las compañeras de Charlotte.

—¿Y no me puede dar la dirección de esa pyme?

—Charlotte es muy independiente. Es capaz de esfumarse así, sin avisar.

A mí me lo va a contar la chalada esta.

—Si me dejase mirar en su despacho, a lo mejor encontraba un número de teléfono o algo.

—¿Y usted quién es para tener esas pretensiones?

Esta mujer me crispa, y me crispa, y me crispa.

—Señora jefa de proyectos, tengo que ponerla sobre aviso. Charlotte puede haberse muerto. O estar en peligro, en cualquier sótano húmedo. Tiene la esperanza de que sus compañeras de trabajo reaccionen, pero su superiora jerárquica pasa del tema. Cuando aparezca su cadáver, habrá una investigación, la interrogarán a usted, y no le va a ser fácil explicarles este comportamiento. Pueden caerle entre dos y cuatro años sin condicional. Sus niños sólo podrán ir a verla a Fleury-Mérogis un día a la semana. ¿Sabe que ya no hay rejas en los locutorios? Se habla con las visitas detrás de un panel de vidrio. Ni siquiera podrá darles un beso. ¿Y su marido? ¿Cree que tendrá paciencia para esperarla? Al principio, se dará a la bebida para ahogar la vergüenza; pero no tardará en sentirse muy solo, es algo humano. Piense en todas las canguros que pasarán por su casa, y en todas sus amigas, tan bondadosas ellas, que querrán echarle una mano. Con lo enternecedor que resulta un hombre que se ha quedado solo con dos niños pequeños.

—Ya sé que se dedica a eso, pero no tengo tiempo de escuchar sus lucubraciones. Si Charlotte da señales de vida, le diré que ha venido usted. Ahora, le ruego que se vaya y no vuelva.

A lo mejor Charlotte está escondida aquí, en cualquier rincón, abochornada. Me niego a irme y agarro a la jefa por un brazo, sin mala intención, lo suficiente para que diga a la telefonista.

—Mireille, llame a seguridad.

—La cosa es más grave de lo que usted piensa. Déjeme entrar, por favor.

—¡Suélteme!

Una de las chicas suelta un gritito. Los dos individuos de mono azul me cogen por los antebrazos para obligarme a salir. Estuve a punto de empecinarme, pero qué más querían los seguratas. Con lo que deben de aburrirse en estos edificios modernos.

*

Juliette está sola en casa. Charlie se ha marchado con los niños hasta mediados de agosto, a ver a los abuelos, y ella no va a reunirse con ellos hasta dentro de una semana. Me invita a comer, pero no acepto y me quedo de pie en la entrada.

—A la mejor amiga se le cuenta todo.

—Te equivocas, Marco. Las últimas semanas que pasasteis juntos ya casi no me contaba nada. Ni siquiera sé por qué te ha dejado.

—¿Me ha dejado?

—¿Cuánto tiempo hace que no sabes nada de ella?

—Más de seis meses.

—...

—Dime dónde está.

—Si lo supiera, te lo diría ahora mismo. No me gusta que la gente sufra, y menos un chico como tú. Pero hay que reconocer que esa memez de serie tuya tampoco ha servido para arreglar las cosas.

—¿Qué tienes que decir de esa memez de serie mía?

—Marco, eres increíble. Al principio, todos tus amigos estábamos orgullosos de ti...

—Tú no. Estoy muerto.

—¿Y pretendes que te quieran? ¿Y pretendes que Charlotte quiera a un tío al que se le ocurren esas cosas? ¿Ésa es la visión del mundo que le ofreces?

—¡Era una ficción! Sólo una ficción. ¡La vida no es así, la gente no vive así, en la vida de verdad no existen personajes como los de la Saga, y ya estoy hasta las narices de pasarme el día hablando de cosas tan lamentablemente triviales! ¡Hasta las narices! ¿Por qué tengo que andar diciendo estas cosas en la entrada de tu casa?

Un silencio ni pizca de sueco; más bien una frase muda muy larga, algo así como si hiciéramos una pausa para escuchar las cosas que no decimos.

—¿Puedo quedarme a dormir esta noche?

—¿...?

—Charlie no tiene por qué enterarse.

En contra de lo que esperaba, suelta una carcajada bastante sana.

—No pienso darte con la puerta en las narices, pero no estoy segura de que sea una buena idea.

Debe de tener razón. La beso despacio en ambas mejillas.

Otra vez estoy en la calle, como un animal acorralado y sin recursos en un mundo que confunde las majaderías que salen por la tele con la vida real. Ganas me dan de volver a escribir el mundo en la esquina de una mesa.

1. EL MUNDO

EXT. DÍA

El cielo es azul, la hierba es verde, entre los dos está el mar. Animales y hombres pueblan la tierra. Los primeros se pasan la vida follando; los segundos también, pero, a veces, dedican una hora o dos a lanzar el bumerán. Por culpa de una controversia relacionada con un verso de Rimbaud, media humanidad declara la guerra a la otra media. Tras una larga batalla que recurre a las armas más complejas y avanzadas (sonetos, cuartetos, poemas malayos, alejandrinos, odas), los vencedores consiguen que los dejen presenciar las obras de teatro que montan los vencidos.

Fin.

Para volver a encontrar a mi amada, no me va a quedar más remedio que apurar el cáliz hasta las heces y enfrentarme con esas personas a las que hasta ahora he rehuido: sus padres. Que siempre se han preguntado qué pintaba su hija con un tío que se ganaba la vida escribiendo diálogos de dibujos animados japoneses. Si no quieren soltar prenda, recorreré, al azar, todos los sitios a los que Charlotte le gustaba ir; me llevará el tiempo que me lleve, pero, al final, conseguiré plantearle dos opciones: o sale conmigo de este país de locos o nos decimos adiós para siempre. De todas formas, no me queda más remedio que largarme un año o dos, hasta que a la gente se le olvide la Saga. Tengo que escribirme el guión de otra vida en otra parte. Igual es posible.

—Siento molestarla, pero es usted la única persona que sabe dónde está Charlotte y necesito verla muy en serio.

—¿Marco?

—... Sí.

—Tienes razón. Tenemos que hablar de todo esto. ¿Cuánto tardarás en llegar?

—... ¿Está bien a eso de las doce?

—Te esperamos.

Una dosis larga de firmeza, una pizca de sequedad y una puntita de silencio bien frío: era su madre, hijo. ¿Cómo puede una chica como Charlotte haber nacido de tales padres? Ése es el único misterio de la creación que todavía no ha dejado de desconcertarme. Cojo un taxi para llegar lo antes posible y marcharme lo antes posible. Les apetece verme tanto como a mí verlos a ellos y ya se estarán relamiendo al pensar que van a poder insultarme a gusto y machacarme con malas noticias. El padre de Charlotte me abre la puerta con una sonrisa de oreja a oreja que me da muy mala espina.

—¡Qué pronto has llegado! Entra, muchacho, que nos está esperando el aperitivo.

Pensaba que iba a haber leña y la señora se me viene a los brazos, soltando una retahila de frases hechas para explicar cuánto se alegra de verme, propinándome interjecciones entusiastas y besos intempestivos, todo revuelto. Aunque sigo de pie, estoy KO. Me acomoda delante de una plétora de cuenquecitos llenos de cosas de picar y me sirve *manu militari* una buena ración de whisky. De entrada, dejo que den salida a todo lo que se les va ocurriendo sin decir esta boca es mía. De todas formas, no conseguiría decir nada aunque quisiera. Tanta benevolencia tiene que ser una estrategia; debo preparar mi defensa. A lo mejor han leído montones de novelas policíacas de esas en que los anfitriones se desviven por los invitados antes de arrearles un estacazo y enterrarlos en el jardín. Esta mascarada también puede querer decir algo más trágico: me añoraban porque Charlotte ha encontrado a un tipo mucho peor que yo.

—Marco, muchacho, ya tienes edad de tomar determinaciones de hombre. ¿Cuándo vas a decidirte a fijar la fecha de la boda?

—¿Cómo...?

—Estoy de lo más dispuesto a atender a tu petición de mano.

Lllaman a la puerta. Es la campana que me salva *in extremis* del *uppercut* antes del segundo tiempo. ¿Boda? ¿He oído bien? Entra un buen señor muy redondito que se suma a este aperitivo increíble.

—Étienne, éste es nuestro futuro yerno. Marco, te presento a uno de nuestros mejores amigos: Étienne.

—Soy un fanático de la Saga —dice éste—. Muchas cosas las vi venir antes de que sucediesen. Mire, por ejemplo, cuando estalla la tarta de cumpleaños del cajero jefe del Banco de Francia, yo ya se lo había anunciado a mi mujer dos capítulos antes.

Boda... ¿Charlotte les ha hablado de boda? No puedo creérmelo. Vuelven a llamar a la puerta.

—Hombre, ahí la tienes. Debe de ser ella —dice la madre.

—¿Quién? —pregunto, poniéndome de pie.

—Mi mujer —dice Étienne.

Me presentan a Simone, que confirma que su marido había adivinado efectivamente lo de la tarta de cumpleaños. ¿De qué tarta hablan? Los cuatro parlotean entre sí, dejándome a solas con mi vaso de whisky. Otra explicación: me están montando una sorpresa que ha organizado la propia Charlotte, que, por fin, va a personarse para anunciarme en presencia de su familia y sus deudos que ha concluido la cuarentena y vamos a casarnos ¡Lllaman otra vez! ¡Aquí llega!

—Marco, te presento a mi hermana y a mi cuñado —dice la madre—. Viven aquí cerca y tenían muchísimo empeño en conocerte. Con el tiempo que llevamos hablando de ti...

La hermana de mi futura suegra vive en el mismo barrio que la actriz que hace de Évelyne (a quien no se le ha subido el éxito a la cabeza y sigue siendo «una chica la mar de sencilla y muy alegre»). El marido de la hermana está encantado de «tener un artista en la familia». Llegan los Bergeron, que ya no sé si son vecinos o parientes. Respondo a las preguntas que me hacen sin llegar a entenderlas, confundo la tarta de cumpleaños del Banco de Francia con la explosión de Évelyne, pero nadie parece escandalizarse. En medio de tanto alboroto, consigo pescar a la madre de Charlotte.

—¿Es su hija la que ha dicho lo de la boda?

—¿Charlotte? Menuda extravagante está hecha ésa. Pero a ti, que tienes los pies en la tierra, ¿no te parece que ya va siendo hora de regularizar la situación?

—Tendríamos que hablarlo, y ni siquiera sé dónde está.

La madre pone un poco de música de fondo y le acerca los cacahuets al señor Bergeron.

—¡Es imprescindible que me diga dónde está su hija!

—No tenemos ni idea. Llevamos lo menos tres meses sin verla.

Hace diez cosas a un tiempo, charla con todo el mundo y me propone que, ya puestos, haga un brindis.

—¿Me está diciendo que lleva tres meses sin darles señales de vida?

—Mi marido habló por teléfono con ella la semana pasada. ¡Ya sabes cómo es! Incluso cuando era una cría, nunca se sabía por dónde iba a salir.

Se va corriendo a la cocina a buscar una fuente de *petits fours* calientes. Zigzagueo entre los invitados para llegar donde está el padre y lo interrumpo en plena charla. Si yo estuviera en su lugar, no me fiaría de mi aparente sumisión.

—¿Qué tal está Charlotte? ¿Qué le dijo? ¿Tenía algún problema? ¿Llamaba desde muy lejos? ¡Contésteme, coño!

Un tanto sorprendido, hurga en sus recuerdos mientras se pone ciego de pistachos.

—Pues todo parecía ir bien. Creo que estaba en provincias. O en el extranjero. Con ese trabajo suyo, nunca se sabe. Ya estamos acostumbrados. Por cierto, Marco, ¿cuándo vuelve a empezar la Saga esa?

Invisible, incorpóreo, cruzo por entre el barullo como un fantasma que ha perdido el sudario. Debería poner sitio a la plaza hasta el próximo telefonazo de la querida niña. Pero no me siento con fuerzas, y me encuentro en la calle y sin la menor pista. Me pasa lo contrario que *al hombre de la calle*, mi capacidad para anticipar acontecimientos no me vale ya para nada. Los aficionados sólo hacen lo que les apetece; improvisan y nada encaja ya en la historia prevista. Debería uno poder escribir su vida, escena a escena, y respetar el guión.

*

No sé si meterme en una boca de metro o en un bar insustancial. Mis pasos me llevan a un callejón insignificante y no hago nada por llevarles la contraria. En una película americana, ¿qué haría un tipo en mi situación? Pues habría recurrido hace siglos a un detective privado.

La idea no es tan descabellada como puede parecer. Necesitaría un individuo así. Un ojo a quien le importe un carajo quién pueda ser yo mientras le suelte la pasta y que sepa tirarle de la lengua a la jefa de proyectos sin que ella se dé ni cuenta. Al final del callejón, un tío con un traje gris azulado me tiende la mano. Su cara no me suena de nada.

—... ¿Lo conozco de algo?

Cuando alguien te tiende la mano, no puedes dejársela colgando. Así me educaron a mí. Otros dos tíos por el mismo estilo me rodean, en silencio.

Todo sucede muy deprisa. Está ensayado como un *pas de deux*: la puerta abierta del coche, la presión en las costillas, Marco en el asiento de atrás, y arrancando que es gerundio. Y todo sin que nadie diga ni pío. Yo tampoco. Es como esos segundos posteriores a un accidente de coche; notamos que acaba de suceder algo violento y esperamos que vuelva la conciencia. Ya hemos dejado muy atrás el callejón; el conductor da la vuelta a una esquina. Uno de sus acólitos va de copiloto, y el otro

detrás, conmigo. Los tres llevan un traje gris azulado idéntico, los tres tienen la mandíbula cuadrada y los ojos fríos como cacas de pez. Con el miedo metido en las tripas, balbuceo las frases más previsibles, y su absoluto silencio me reafirma en el convencimiento de que ya se las saben de memoria. No tarda el coche en meterse en un túnel. Aprieto mucho los párpados para oír cómo suena mi voz dentro de mi cabeza: «No, Marco, no estamos ya en la vida de verdad; la realidad no tiene ya nada que ver con lo que viviste antes de poner en marcha la Saga. Pero, pase lo que pase, que no se te olvide que tú eres el chico, el bueno de la película. Si no, acabarán por volverte loco entre todos».

—¿Adónde me llevan?

Silencio.

—¿No van a contestarme a ninguna pregunta?

El del asiento de delante dice, sin volverse:

—El guionista es usted, ¿no?

No sé qué examen quiere hacerme, pero, por extraño que pueda parecer, el tipo tiene razón. El guionista soy yo.

—Si intentase analizar la escena, diría que esto es una superproducción, en vista de los trajes a medida y el coche de lujo. El *casting* es irreprochable y ustedes actúan con sobriedad exquisita. Todo va por dentro, la escuela de Strasberg. Por lo que se refiere al diálogo, el tono general de la escena es excesivamente apagado. Si se me permite un consejo, siempre es arriesgado prolongar demasiado una situación de ansiedad; el espectador puede írsenos de las manos, porque, contrariamente a lo que suele pensarse, no es cosa que le agrada. En el cine, la gente se aburre en cuanto tiene identificado el procedimiento. En una secuencia de quince segundos, pasados los cinco primeros, el espectador puede empezar a bostezar. Cualquiera que no fuera yo, habría cambiado ya de canal hace un buen rato.

Había que intentarlo. No me he ganado un bofetón.

—Sí, pero usted sigue sin saber en qué bando estamos —dice uno de los individuos.

—Dice «bando» como si sólo hubiera dos: los policías y los delincuentes. Si estamos de verdad en una película de género, diría que ustedes no son ni policías buenos, ni delincuentes malos; ni tampoco delincuentes buenos o policías malos. Están muy por encima de todo eso. Desde un punto de vista técnico, si tuviera que nombrarlos en un guión, pondría *ESBIRRO 1*, *ESBIRRO 2*, *ESBIRRO 3*, sin marcar diferencias morales o físicas.

Intento quedarme con ellos a ver si reaccionan. Es arriesgado. Cara o cruz.

—... Siga.

—Vamos a probar todas las hipótesis. Son los tres de lo más ambiguo: no se puede saber si pretenden: a) degollarme en descampado; b) meterme en un jet para salvarme la vida; c) darme un susto de muerte para obligarme a hacer algo que no quiero hacer.

No reaccionan, pero me parece que la cosa tiene que ver con el apartado c). Esta mañana, le he jurado a Séguret que no pienso tener nunca más nada que ver con la Saga. La información ha llegado a esferas más altas, con lo cual me ha correspondido el honor de que me tomen como rehén estos tres tíos clónicos que salen de la mismísima Presidencia del Consejo o de una mala película de madalenos.

—¿No les parece que están sacando de quicio esta historia? Todos los días pasan por el televisor torrentes de imágenes, vemos morir a niños en directo, presenciamos guerras como si se tratase de un juego de ordenador. Nos muestran a corruptos y asesinos a los que la justicia declara inocentes. Nos atiborran de concursos para subnormales con presentadores que son analfabetos millonarios, nos obligan a ver toneladas de relatos de ficción que nos ablandan los sesos, todo el panorama audiovisual está en manos de cínicos que nos machacan con su prepotencia y su mediocridad. ¿Y LO ÚNICO QUE SE LE HA ATRAGANTADO A LA GENTE ES LA JODIDA SAGA? ¿PERO QUÉ MANÍA LES HA ENTRADO CON ESA SERIE DE MIERDA? ¿Y QUÉ MANÍA LES HA ENTRADO CONMIGO, QUE SOY UN GUIONISTA DEL MONTÓN QUE SÓLO PRETENDÍA HACER BIEN SU TRABAJO?

Tras unos momentos de pasmo, me piden que me tranquilice. Habría podido soltarle todo eso al tío del Teléfono de la Esperanza, o a Séguret, sin ir más lejos, o a mi queridísima familia política. Pues no, he tenido que dejarlo para los menos indicados. Se miran, muy divertidos. De repente, me da la sensación de que he dejado de existir.

ESBIRRO 1: Eh, chicos, ¿no os recuerda la parrafada en contra de la tele? Se me ha olvidado quién la largaba.

ESBIRRO 2: Walter Callahan, muy al principio. Nada más se le veía la cara, que cambiaba de expresión mientras miraba la tele. Sólo con un reflejo de los ojos ya se sabía qué programa estaban poniendo. Era bueno ese actor.

ESBIRRO 3: Sí, es el capítulo en que su primo Quincy está de paso por París.

ESBIRRO 2: ¡El primo Quincy! Ése que dice siempre...

ESBIRROS 1, 2 y 3 (a coro): *Here we go down and dirty!*

ESBIRRO 3: ¿Os acordáis de Clarisse, la amiga de Camille?

ESBIRRO 1: ¿La novatada presocrática?

ESBIRRO 3: Me gustaba a mí esa chica. Desapareció en el capítulo siguiente, se me ha olvidado por qué.

El coche sigue circulando por París sin itinerario fijo.

ESBIRRO 2: Se murió por culpa de la investigación del periodista que era, en realidad, el hijo de la víctima y le pide ayuda al propio asesino. Y el muy imbécil va y cae en la trampa.

ESBIRRO 1: Por entonces yo estaba convencido de que el asesino era Fred.

Pensándolo bien, sí que hay un itinerario fijo. El coche se dirige a un barrio que me es muy familiar. El mío.

ESBIRRO 2: Yo estaba seguro de que era Jonas, por esa teoría suya del «asesinato paradójico».

ESBIRRO 3: Pues yo creía que era aquella mujer de 60 años..., nunca me acuerdo de cómo se llamaba...

—No pensaréis plantarme en pleno día delante de mi casa, ¿verdad chicos? ¡Decidme que no vais a hacerme algo así!

ESBIRRO 2: ¿Cuál dices? ¿Esa que seguía viviendo en los años cincuenta?

ESBIRRO 1: ¡Yvette! Cuando se descalzaba para ponerse derecha la costura de la media..., ¡guau! Me recordaba a mi madre. ¿Sabíais que la única vez en que se pronuncia la palabra «Saga» en toda la serie, es Yvette quien la dice?

El coche enfila la calle de Poissonnière. A lo lejos, diviso un camión de la basura que está recogiendo un montón de televisores.

ESBIRRO 3: De eso nada. La dicen otra vez.

ESBIRRO 1: ¿Qué?

Unos tipos muy raros están haciendo pintadas con spray en las paredes de la calle.

ESBIRRO 3: Cuando Camille se encuentra a un turista que le dice: «Mi vida es una Saga, deje que se la cuente». Me tradujo la frase un amigo sueco.

Un puñado de individuos me está esperando, precisamente delante del número 188. El coche frena. Me aferró al asiento y a las manijas. El ESBIRRO 2 da la vuelta al coche para hacerme bajar por la puerta de atrás. El grupo de mirones, muy interesado, piensa que va a aparecer un VIP.

—¿No pensaréis abriros dejándome aquí?

Me sacan a tirones entre dos y me arrojan a la acera.

ESBIRRO 1: Ya puede poner ahora mismo manos a la obra.

ESBIRRO 2: De aquí a septiembre, TODO tiene que haber vuelto al orden.

ESBIRRO 3: Y, si no, la próxima vez elegiremos la hipótesis a).

Pegan un par de portazos y el coche se aleja. «¿No pensaréis abriros dejándome aquí?». A mí sí que me van a abrir, en canal, como me quede quieto un segundo más. Pongo cara de estar tan pancho y doy media vuelta, para dirigirme a la calle de La Lune. Pero no falla: tres tíos que estaban pidiendo mi muerte en tinta roja en la fachada de la casa se abalanzan hacia mí. Dos o tres inquilinos, el presidente de la comunidad y unas cuantas personas más aprovechan para hacer lo mismo. Otros individuos ajenos a dichas organizaciones y no identificados se apuntan. Me echo a correr. Corro, corro tanto que me estalla el corazón en el pecho. ¡Siempre te quise, Charlotte! He arriesgado mi vida por ti, pero me parece que mi instinto de supervivencia va a poder más y no dejaré de correr como un loco hasta llegar a la otra punta del mundo. Igual me estás esperando allí. ¡Ya llego! ¡Ya llego!

Me acorralan en la calle de Thorel. El enjambre me rodea. Me quedo quieto en el centro de un círculo de fuego. Más de un escorpión se volaría los sesos por menos. Antes incluso de poder decir esta boca es mía, ya me han cruzado el cuerpo unas

cuantas ráfagas de spray. Empellones, voces, creciente marea de odio; se me echan encima como perros de presa. Todos quieren participar; una cox me tira al suelo y unos pies me pisotean mientras intento creer con todas mis fuerzas que todo esto no es más que ficción.

Una sencilla farsa que consigue siempre que la fe prevalezca sobre la razón.

Pero que no impide que me hagan daño. Se me caen encima, todos revueltos, el peso me va a quebrar los huesos, uno me rematará disimuladamente y nunca se sabrá quién ha sido.

Espero.

Sin perder la esperanza.

Espero con los ojos cerrados.

Pero el calvario cesa de pronto.

El peso desaparece como por arte de magia...

Abro los ojos.

Un huracán de brazos y puños está dando leña al grupito de mis verdugos. No entiendo nada. Llueven trompicones y castañas más arriba de mi cabeza. Otros brazos me levantan del suelo y echo a volar por la calle de La Lune.

¡Igual que Cristo! ¡Han hecho de mí un Cristo!

Todo resulta cada vez más divertido. ¡Ya está! ¡Ya han conseguido volverme loco!
¡Vuelo!

Tres segundos después, me meten en la parte de atrás de una camioneta.

—Volvemos a la base...

—Hemos llegado por los pelos...

—¡Arranca, coño!

—Nosotros nos ocupamos de todo, Marco, no se preocupe.

Ése es el tipo de frase que provoca en el acto el efecto contrario. Media docena de individuos apiñados en la cabina me miran con sonrisa de tontos. Tienen más o menos mi edad. Los chicos parecen muy puestos en todas las técnicas de la guerrilla, y las dos chicas se comportan como luchadoras de elite.

Esta mañana, a eso de las siete, estaba en pleno drama psicológico. Un poco más tarde, interpreté un sainete costumbrista. A primera hora de la tarde, me he visto metido, sin pretenderlo en una película de espías de serie B. Pero la verdad es que no entiendo qué cojones hago en una película de guerra.

—¿Qué base es esa que decís?

—Está aquí mismo. Pero no es para contada, hay que verla.

—¿Pasabais por mi calle por casualidad?

—Siempre tenemos a alguien de guardia por si aparece usted, aunque es difícil de pescar. El compañero nos avisó y pudimos hacer una intervención de emergencia.

—¿Puede saberse quiénes sois?

—La delegación de los 61 presidentes de los clubs de fans de la Saga que hay en toda Francia.

Doy un hondo suspiro. Se creen que es de alivio, pero es de resignación.
Va a ser un día muy largo.

*

La camioneta se mete en un patio pavimentado de adoquines. En la planta baja de un edificio hermoso y vetusto veo un cartel: SE VENDE. El dueño es uno de la pandilla y lo ha ofrecido como punto de cita durante unos meses, hasta que alguien lo compre. Un comité de recepción me acoge con gran regocijo en cuanto entro por la puerta. Al enterarse de que venía, han preparado un modesto bufé y una pancarta de bienvenida. Llevan semanas esperando una ocasión como ésta. No sé yo si debo relajarme. Tras tomar una copa de champán, me enseñan el dormitorio de la comunidad, la sala de reuniones y lo que ellos llaman «el Museo», una especie de estudio acondicionado como un museo auténtico, con montones de cosas colocadas en pedestales. El jefe hace de guía.

Una pistola bajo una campana de cristal.

—Es la 9 mm de Camille; se lo compramos al *attrezzista* del primer equipo. Luego utilizaron otra pipa, pero ésta es la que lleva Camille en el capítulo 2.

En un expositor muy largo, hay alrededor de diez hojas de guiones.

—Esto lo recogió uno de los nuestros en las oficinas de producción antes de que lo tirasen a la basura. Es el borrador de la escena 18 del capítulo 62, cuando Mordécai le compra a Marie 2 000 dólares de gominolas. Al pie de una página, Louis Stanick añadió de su puño y letra: «Meter aquí una frase desnuda».

Un cacharrito de plástico transparente con un líquido blanquecino.

—La muestra de liposa que le enseña Fred al ministro de Sanidad. El *attrezzista* consiguió la mezcla con clara de huevo y manteca de cerdo, que le dio la señora del comedor.

Una botella vacía de vodka.

—Ya se imagina de dónde la sacamos, del cubo de la basura del 66 de la avenida de Tourville. Vodka a la pimienta Pieprzowka. Se dice que los que tomaban vodka eran Jérôme y usted, pero que Mathilde Pellerin nunca bebía alcohol y que Louis Stanick prefería la cerveza.

Por una pantalla, van pasando imágenes de la Saga.

—Una pieza de coleccionista: la grabación del capítulo 8, con la equivocación en el nombre de Éric; todo el mundo lo llama Jean-Jean. En las repeticiones y en las cintas lo corrigieron.

Estoy atrapado; no me queda más remedio que llegar hasta el final de esta absurda visita. Mi guía no me perdona nada, ni el menor recorte de uña, ni la menor anécdota sin interés alguno; y, cuanto más andamos por el museo, más me convenzo de que he caído en un refugio de dementes, de locos, de locos peligrosos, una secta de monomaniacos que me disecarán para convertirme en su mejor trofeo. Noto que los

ojos se me llenan poco a poco de lágrimas. Tengo que pedir perdón a Dios.

—¿Lo reconoce? Es el ejemplar de *El proceso* de Kafka que Menéndez tiene siempre a mano.

¿Dios?

Sí, claro, eso es...

¡Claro que es eso!

¡Detrás de todo este marrón está ÉL!

—Casi me jugué la vida para conseguir el frasco de colonia de vainilla de Walter. Y, encima, no huele a nada.

Dios me guarda rencor porque he jugado con el destino de la gente, porque lo he utilizado como personaje y lo he hecho hablar, a Él, cuyos designios son impenetrables. Creímos que éramos Dios, creamos un nuevo Becerro de Oro, e incluso nos mofamos de todos sus mandamientos, sin dejarnos uno.

—Un socio de París, que es escultor, ha reconstruido «el paisaje táctil» que menciona Bonnemay en el capítulo 67, o en el 68; ha usado cuatro piedras diferentes y...

Perdóname, Señor.

Me arrepiento. En serio. Sería una bobada que intentase mentirte si me lees con toda claridad el pensamiento.

Si supieras, oh Dios mío, qué bien me lo he pasado haciendo tu trabajo.

¡Tienes un curro genial, y poca gente lo sabe en este mundo! ¡Qué agradable era mezclar a manos llenas las peripecias! ¡Qué alegría daba ver cómo toda esa buena gente iba de un lado para otro, amaba, sufría! ¡Qué gusto da hacerles pasar malos tragos y premiarlos cuando se lo merecen! Así que, ¿por qué te cebas en mí? ¿En mí que conozco los trucos del oficio, en mí que soy capaz de predecir lo que va a suceder con cuatro secuencias de adelanto?

—¿Se acuerda del vestido fotocromático que Fred le inventa a Mane? Hemos conseguido el prototipo, pero sin el trucaje no funciona, ya lo hemos probado.

Podríamos haber intentado no ponerlos la zancadilla, como dos buenos colegas. ¿No te bastaba con ver que soy un infeliz que anda como loco buscando a la mujer de su vida?

¿No?

Tenías que demostrarme algo.

—¿Qué le parece el museo?

Tenías que demostrarme que vales mucho más que yo.

—¿No le gusta?

—Sí, sí, ya lo creo... Disculpe si me nota un poco ido... Es que es tan conmovedor...

Debería de haber una forma de apaciguar un poco a estos tarados; tiene que ocurrírseme algún lance apañado; ahora o nunca.

—Conservo unas cuantas piezas que son auténticas curiosidades; podría donarlas

al museo. Lo tengo todo guardado, se lo traigo antes de la noche.

—¿Qué tipo de piezas?

—Pues tengo libretas con anotaciones, cadáveres exquisitos completos; era a lo que jugábamos cuando no nos apetecía trabajar. Así nació el personaje del curandero. También me quedé con la Caja de las decisiones...

—¿La Caja de las decisiones?

—Desde que empezó nuestra colaboración, teníamos un sistema para elegir las diferentes opciones: la caja de zapatos. Debe de haber montones de papelitos dentro. No sé si les puede interesar. Lo tengo todo en un trastero de la avenida de Tourville.

—Hemos rebuscado por todas partes.

Seguro que son de intenciones pacíficas. Me veneran. Me idolatran. Tanto que el Altísimo se va a mosquear un poco más si cabe.

¡Dios mío, te juro que lo siento mucho! Sácame de aquí, ya he aprendido la lección.

—Igual es que lo tengo en casa.

—Luego. Ahora, tenemos planeado algo mucho más importante.

¿Intenciones pacíficas? ¡Una leche! ¿Qué se les habrá ocurrido ahora, joder? ¿Qué brillante idea has tenido, Señor?

—Cuidado con los peldaños, que la mitad están chingados.

Sé que he cometido un grave pecado, y a ese pecado los griegos le daban un nombre.

Hybris...

La conjunción de la desmesura y la insolencia. Atreverse a unir y desunir los destinos, haciéndole la competencia a Dios. Eso fue lo que hicimos, y lo hicimos con total impunidad, infringiendo todas las normas, llevados por la ráfaga de libertad mayor de que nunca hayan podido disfrutar unos escritores.

Los cuatro o cinco lunáticos que me dan escolta por este ruinoso pasillo dejan de charlar cuando llegamos ante una puerta de doble hoja. Si aullase como un perro que ventea la muerte, nadie me oiría. Si hiciera como que me indigno, les importaría un huevo. Me han salvado para pasarme la factura con más tranquilidad.

Las puertas se abren.

Un salón gigantesco, vacío, con alrededor de treinta sombras sentadas en sillas bien alineadas ante lo que podría tomarse por el decorado de la sala de un tribunal.

Un juicio...

Me juzgan a mí.

Me hacen sentarme en un habitáculo; y entran otras sombras, que se acomodan con una seriedad digna de los magistrados de mayor categoría.

Sumido en esta absurda pesadilla, me hago cargo de hasta qué punto los hombres, esos infelices chiflados, necesitamos creer en los cuentos. No pasaba día sin que alguno de los cuatro mencionase al ama de casa de Le Var y al parado de Roubaix. Pero entre aquellos veinte millones de miradas ávidas y anónimas, también estaba la

solterona de Avignon, el ermitaño de Vaucluse, el deprimido de Vendée y los huérfanos de todas partes. Estaban todos los destrozados, los abandonados, los inestables, los ansiosos y los dejados de lado. Quienes no tienen ni familia ni amigos, y quienes los encuentran a golpe de *zapping*. Los que precisan creer de forma tan vehemente que cualquier intento de verosimilitud les parece un estorbo. Cuando la realidad te deja en tierra y, ahí, en lo más barrido, ¿se pueden guardar distancias con la ficción?

De la identificación ya se encargaban ellos. A nosotros, nos bastaba con abrir una rendija en la puertecilla, para que se colaran por ella y aterrizasen en un mundo por conquistar. El camino estaba sembrado de celadas y trampas; había que descifrar claves e iluminar zonas sombrías. Y esa empresa los tornaba más altivos y más ágiles. Su Saga personal no empezaba de verdad hasta que concluía el capítulo, y poco importaba que el capítulo siguiente trajese o no respuestas a sus preguntas, porque ya se habían aventurado por esos lugares a los que nunca los invitaba nadie.

Y todo eso fue lo que matamos con el capítulo 80.

Estos que hoy me juzgan eran, sin duda, los creyentes más fervorosos, pero también los más vulnerables. Pedían mucho más de lo que podíamos dar.

*

Empieza a hacerse de noche. Mi celda, en el ático del edificio, es un piso pequeño, de dos habitaciones, con las ventanas tapiadas. El juicio ha durado cuatro horas largas. Mi abogado no ha estado nada mal; algunas de sus salidas han dejado a veces sin esquemas al fiscal. Pero no se pueden pedir milagros. Los cargos eran muchos, demasiados. Mathilde, Jérôme y Louis estaban ya condenados en rebeldía; sólo quedaba por decidir qué iba a ser de mí. ¿Qué tenía que decir en mi defensa? Una sarta de mentiras, que no se creyó nadie. Les he anunciado que la Saga iba a renacer de sus cenizas. Incluso he puesto unos cuantos ejemplos y he realizado una maniobra peligrosa, algo así como una huida hacia delante de la serie, llena a rebosar de promesas y sorpresas. Saga a caño abierto. He entonado una romanza acertando con las rimas por puro instinto.

He dado esperanzas así, por encima.

Y eso ha debido de dar pie a la sentencia.

—Seguramente sabrá de qué van los cuentos de *Las mil y una noches*.

—¿...?

—Tiene que sonarle a la fuerza el nombre de Sherezade.

—¿La princesa condenada a muerte? Contaba un cuento para embelesar al sultán, que la dejaba vivir mientras fuera capaz de seguir con la continuación.

—Pues a usted le daremos el día entero para inventar la continuación de Saga. Y nos la contará todas las noches, aquí mismo. Y todas las noches decidiremos si le dejamos seguir viviendo.

—¿Mil y una noches? ¿Están de guasa?

—Dos años y nueve meses.

—¿Pero cómo quieren que me dure el material dos años y nueve meses? Además, sin mis colegas, sólo podré darles un cuarto de Saga.

—El primer capítulo, mañana por la noche.

—¡Pero...!

—Si yo estuviera en su lugar, no andaría perdiendo el tiempo y me pondría ya a apañar unas cuantas situaciones. Y que no se le olvide Camille. Tiene que volver.

—¡Pero si se ha muerto!

—Arrégleselas como pueda.

De momento, sólo tengo una libreta y un lápiz; pero me han prometido que pronto podré disponer de un ordenador con todos sus complementos. Me van a tratar como a un príncipe de *Las mil y una noches*.

*

—Despierte, Marco. Soy yo, su abogado.

¿Mi qué? La habitación, con las grietas en la pared..., la libreta al alcance de la mano... Y mi abogado. Sí, es él, efectivamente. Creía que esta pesadilla se iba a disipar con las primeras luces del alba.

—¿Es ya la hora del capítulo? Todavía no se me ha ocurrido nada. Estoy seco, necesito más tiempo... Vaya a decírselo, por compasión.

—He venido a sacarlo de aquí.

—¿...?

—Levántese. Tengo una forma infalible de que pueda largarse de esta guarida de chalados.

¿Eres tú quién me lo envía, Dios mío? ¿Has oído mis plegarias?

—No sé quién es usted. Pero esta intrusión no me parece muy creíble que digamos. A menos que me vaya a pedir a cambio algo desmadrado.

—No voy a pedirle nada en absoluto.

—¡Como que me lo voy a creer! En la vida real no existen tíos así.

—En la vida real soy profesor de Historia en Choisy-le-Roi. Entre sus fans, había un abogado de verdad, pero se negó categóricamente a defenderlo. Yo lo he hecho con toda mi buena fe, pero la causa estaba perdida de antemano.

—Profesor de Historia y presidente de un club de fans de Saga. ¿Se está quedando conmigo?

—A decir verdad, mi verdadera pasión es la obra de Ponson du Terrail.

—¿...?

—... Ponson du Terrail. ¿De verdad que no le suena de nada?

—He leído muy poco en la vida, ¿sabe? Si me hubiera pasado menos tiempo mirando las gilipolleces que echan por la tele, no estaría hoy como estoy.

—El vizconde Pierre Alexis Ponson du Terrail es uno de los ilustres predecesores de usted. Novelista fecundo; pero, sobre todo, autor de folletines extravagantes. Miles de páginas en que demuestra una imaginación feroz capaz de meter a sus personajes a las situaciones más enrevesadas. Es cierto que ya casi nadie se acuerda de su obra, pero su protagonista entró en la lengua del vulgo para nombrar lo que no tiene nombre.

—¡Rocambolesco!

—Efectivamente, Rocambole. Que aparece en una treintena larga de novelas: *Los dramas de París*.

—Nunca las he leído.

—No tienen par. Una mezcla de situaciones sibilinas y pintorescas que dejan sin resuello a cualquiera. Cuando acabo la última línea de la última aventura de Rocambole, ya no me acuerdo para nada de la primera. Podría pasarme toda la vida leyéndolas en circuito cerrado. Pero la rigurosidad no era la virtud más destacada del buen Ponson; le traían bastante al fresco la verosimilitud y la psicología. Riñó con el director del periódico en que publicaba y escribió el último capítulo del folletín hecho un basilisco: encierra a su héroe en una jaula metálica y lo tira al charco, en un sitio en que cubre doscientos metros. El director, rabioso, recurre a otros escritores para que lo sustituyan, pero todos tiran la toalla.

Igual me habría pasado a mí. En cuanto me mandaron resucitar a Camille, se me hicieron un nudo las sinapsis.

—Menos mal que, tras mucho suplicarle el dueño del periódico, el gran hombre consintió en seguir escribiendo el folletín. Me preguntará cómo salió del aprieto, ¿no?

No es necesario. Bien sabe él que las anécdotas les resultan vitales a los individuos como yo.

—Pues de la forma más sencilla del mundo. Ponson comenzó el capítulo siguiente así: «Rocambole, tras salir de ese mal paso, subió a la superficie».

—¿Se atrevió a hacer eso?

—Ya lo creo.

¡Qué perfección! ¡Qué libertad! ¡Qué lección para nosotros! Y yo que pensaba que nuestra serie era un punto sin retorno, un *total borderline* como decía Jérôme. Si nuestros ilustres predecesores han tenido a bien permitir que nos lo creyéramos, ha debido de ser para velar mejor por nosotros. Homero, Sherezade, Ponson du Terrail y todos los demás hicieron este viaje mucho antes. Y llegaron mucho más allá.

—Usted y sus tres acólitos eran hasta cierto punto nuestros Ponson du Terrail modernos. Su Saga era un delirio descabellado, una gozosa huida hacia delante, y me divertí una barbaridad con ella.

—No estábamos a ese nivel ni con mucho.

—En cualquier caso, en memoria de tan buen hombre, me veo en la obligación de intervenir. Lo que él hizo por Rocambole, voy a hacerlo yo por usted. O, quizá, por la Saga.

*

Dos minutos después, voy corriendo como un poseso hacia Bastille. Libre, sudoroso, incapaz de saber qué me pasa y qué parte tienen en ello Dios, el diablo, la casualidad, el sueño, la realidad, la locura de los hombres o la mía. Sin resuello, apoyo la espalda en una fuente Wallace y me echo un poco de agua por la cara. Necesito un sitio tranquilo en donde descansar un ratito. Sólo un ratito. Con un vaso de vodka delante. Con una botella entera de vodka. Quiero emborracharme, hablar con personas sensatas. No hablar en absoluto. A saber en dónde voy a dormir esta noche.

Subo por la calle de La Roquette y me llaman la atención los guiños del rótulo luminoso de un bar.

ÉSE ES EL SITIO.

—¿Van a cerrar ya?

—Dentro de tres cuartos de hora.

—¿Tiene vodka a la pimienta?

—No.

—Pues déme la que sea, pero que sea doble.

El local está pasmosamente desierto. Abrigado, cómodo, pero desierto. Aferrado a la barra, encaramado en una banqueta, me bebo de un trago la vodka y pido otra. El camarero me coloca delante un cuenco con cacahuetes y pone un disco de jazz.

Se me normaliza el ritmo cardiaco. Lanzo un hondo suspiro de bienestar con los ojos cerrados.

Paz.

Me imagino pasando en este bar lo que me queda de vida, tomando vodka y oyendo tocar un saxo, solo, sin más compañía que la fantasmal sombra del camarero, que se mete en la trastienda. Ése debe de ser el secreto de la felicidad: no pensar sino en el momento presente, como si se tratase de parte de una película de la que no se sabe ni cómo empieza ni cómo acaba.

Entra una mujer y se sienta en una banqueta, a escasos metros de mí. Al vaquero que lleva le sobran dos tallas; viste además una camiseta vieja de manga larga con un letrero que pone: AMNESIA. Pide un *bourbon* Wild Turkey sin hielo y un vaso de agua.

La conozco.

Yo conozco a esta chica, coño.

No podía durarme la racha de suerte. Sólo era una tregua. Estaba demasiado a gusto en este bar hace menos de un minuto.

Tiene un poder de fascinación que, a falta de otros clientes, sólo se ejerce sobre mi persona. Ha entrado porque yo estaba aquí. «Los paranoicos pesan la realidad con balanzas más sutiles». Sí, ha venido por mí... Sólo le veo la nuca de tres cuartos. No quiere mirarme a los ojos.

Esa ropa de yanqui desaliñado, esas marcas en el cuello, esas ojeadas furtivas

pero increíblemente intensas...

—¿Mildred?

Lo que me habría gustado que no reaccionase. Su banqueta gira muy despacio hacia mí y su rostro se me acerca dentro del nimbo de un anuncio.

—... ¿Sí?

Me echo a reír.

Me acerco y le pongo la mano en el antebrazo para asegurarme de que es de carne y hueso. El camarero, intranquilo, le pregunta, desde lejos, si la estoy molestando. Ella niega con la cabeza.

Una cara increíble. Unos rasgos de torpe dibujo que inspiran respeto en el acto. En esos trazos ingratos hay algo antiguo y sagrado. ¿De dónde habrán sacado a esta chica?

—Tengo muy mala cabeza para los nombres, y más aún cuando se trata de actores. La vi una vez en un cóctel que organizó la productora; pero no hablamos. Me acuerdo de que dijo usted unas cosas bastante majas de los guionistas. Fue allá por el mes de febrero. Su apellido empieza por d, o igual es por t... Y se llama... ¿Sophie?

Me mira fijamente, con una mezcla de curiosidad y dureza.

—Habría preferido conocer a Mathilde Pellerin.

Pide otro *bourbon*. Eso era lo que bebía en el capítulo en que su padre y ella se cogían una cogorza juntos.

—Pues lo siento, pero se ha ido del escenario del crimen con los otros. Ella fue quien inventó el personaje de Mildred, quien le dio vida y lo pulió. Y también fue ella quien la emparejó con el Ser.

—No lo llame así.

—¿A quién?

—Al hombre al que quiero.

Me gustaría acordarme de las cosas que contaban de ella los periódicos... Sophie... nosequantitas. Creo que es del sur de Francia; de Niza o de Cannes. Antes de la Saga, presentaba una programilla en la televisión regional. A lo mejor la estoy confundiendo con otra. Le pregunto, subiendo la voz, que quién le ha dicho que estaba en este bar. Toma un trago de *bourbon* sin dejar de mirarme de pies a cabeza con un toque de desdén que me irrita.

—¿No iré a decirme que ha entrado por casualidad? Míreme a la cara cuando le hablo.

—Seguro que sabe que ya no me llevo muy bien que digamos con el hombre al que usted llama «el Ser». No me queda más remedio que irme de bares. Bien pensado, Dad tiene razón. No sé de nada mejor que el alcohol para relativizar un poco las cosas de este bajo mundo. En los peores momentos, pensé muy en serio en emprender una carrera de alcohólica. Porque es una carrera, algo así como un brillante itinerario profesional. Algunos triunfan en ella, y otros no.

—No intente quedarse conmigo en ese terreno, que sé muy bien cómo se pusieron

los actores después de la emisión del capítulo 80: adulteración de su imagen, abuso de confianza, etc. Me imagino que el asunto le sentó como un tiro a su grandísimo ego de actriz, pero la verdad es que eso a nosotros no nos importaba nada.

—Mi mayor suerte en la vida, fue el conocer al hombre al que quiero. La segunda, el ser tan inteligente. Sin mi portentoso coeficiente mental, seguro que habría acabado en el manicomio. Siempre anda una preguntándose si la supraciencia sirve para notar las penas más o menos. Antes del capítulo 80, no tenía ni idea. Pero ahora ya sé que cuanto más inteligente se es, menos se sufre. La sonrisa del pasmado y la felicidad del bobo sólo son quimeras. Yo he salido mejor librada que los demás, pero al hombre de mi vida no le quedaba el recurso de intentar *comprender* qué había pasado. Ya sabe usted cómo reacciona ante el mundo, ante las demás personas...

—¿Ha sido Séguret quien le ha pedido que me siga hasta aquí?

—... Sólo lo aventajo porque sé ver el sentido de las cosas. Y porque así puedo contemplar desde fuera mi propio dolor. Pero él sólo es capaz de sufrir, como un animal, porque eso es lo que es: un animal. Y yo sufro tanto como él al verlo hundirse.

—La verdad es que no está usted mal como actriz. No le va a costar encontrar otro trabajo.

—¿Se cree que las cosas me resultan sencillas? Un padre alcohólico, tan contento de serlo, pero alcohólico en fin de cuentas. Una madre que desaparece, aparece y vuelve a desaparecer. Un hermano policía que se convierte en un mandado. Y un pretendiente que vive como una fiera. Menudo número son los Callahan. Por no mencionar a quienes los rodean.

—¿Qué quiere de mí?

Apura el *bourbon* y el camarero le pone otro de oficio. Ella le da las gracias con la cabeza, como si fuera una parroquiana antigua.

—Se atiborran de palabras, de charlatanerías, pero lo que no intentan nunca es *entender*. Han condenado a nuestra pareja a un infierno, y vivimos los dos ese infierno a diario, cada día un poco más, hasta unos extremos que ni se les pasarían ustedes por esa imaginación tan fértil que tienen. Yo he soportado los dolores físicos más tremendos, pero no tienen ni comparación con lo que soporta él continuamente.

Deja un billete de cien francos al filo de la barra y se baja de la banqueta.

—Haga usted algo por el hombre al que quiero.

No puedo dejar que se largue sin acabar con esta mascarada. La agarro por un brazo. El camarero se acerca, intranquilo.

—Antes de irse, enséñeme sus cicatrices.

Se desprende de mí con violencia y me desafía con la mirada:

—Le va en ello tanto como a nosotros.

En el único capítulo en que se le veían las cicatrices, el maquillador tardó dos horas largas en hacérselas. Aunque él también puede estar metido en esto.

—¡Suélteme!

Un arrebatado de violencia se me sube a la cabeza. El camarero nos separa, me coge por las solapas y me arroja contra una mesa, que se cae al suelo conmigo.

Mildred ya ha desaparecido.

Me levanto despacio. El camarero me dice que me largue.

—¿Es la primera vez que viene esa chica?

Por toda contestación, me agarra por el cuello y me planta en la calle.

La busco con los ojos, parado en medio de la calzada.

Pregunto la hora a un transeúnte.

Las dos menos cuarto.

Señor, ¿es que no duermes nunca?

¿Has decidido no dejarme en paz hasta que me entere de qué he hecho mal? Pues quédate tranquilo, que ya lo sé. Si hasta puedo decirte cómo es tu monólogo interior. Voz de Dios en off: «Marco, guapito, quisiste jugar en el patio de los mayores. Quisiste desafiarme en mi propio terreno, pero ya voy Yo a enseñarte lo que es una acción dramática, una pista falsa, un efecto sorpresa. Te vas a enterar de lo que es vivir peripecias».

Ensáñate con los demás, que tienen tanta culpa como yo. Sólo Tú sabes en dónde se han metido Mathilde, Louis y Jérôme y lo que están haciendo en este preciso instante.

¿Dónde estáis los tres?

—Es él.

—Anda, claro que es él.

Se me están acercando dos sombras.

—¿Sabes quiénes somos?

Desde luego que lo sé. Sería el colmo que no lo supiera. Sois Bruno y Jonas. Pero como Mildred me ha montado hace nada el mismo número ya no me coge por sorpresa. Me doy cuenta perfectamente de que todo está muy bien preparado, pero no me apetece nada atenerme a este guión tan cuidado.

—¿Verdad que nos reconoces?

La peor faena que se le puede hacer a un actor es, precisamente, no reconocerlo.

—¿No te recuerda nada mi cara?

—Pues no.

—¿Ni la mía tampoco?

—La verdad, tíos, no sé de qué vais.

¿Pero qué se han creído los actores estos? Antes de que les dieran el papel, no eran nadie. Sin nosotros, no serían nadie. Y ahora van y reivindicán su carta de ciudadanía, exigen la vuelta a la normalidad.

Miserables personajillos nacidos de una pirueta de mi imaginación, me lo debéis todo.

*

Los miserables personajillos nacidos de una pirueta de mi imaginación me han dejado tirado en el arroyo con la cara hecha un cristo. Un policía y un jovencito que está dando sus primeros pasos en el mundo de los adultos pegan que ya, ya... No los habría creído capaces de algo así. De algo mucho peor, sí. Pero no de esto.

Me siento en el borde de la acera y miro pasar los taxis.

Estoy derrengado.

Me gustaría estar con Charlotte ahora, esta noche. Me daría ese pañuelo con el que nunca se seca las lágrimas que no llora para que me limpiase la sangre.

Una moto se detiene a mi lado.

—Oiga, ando buscando la calle de Poissonnière.

Veo que lleva, muy bien atada en el portaequipajes, una tele portátil que, seguramente, acaba de soltar el último suspiro.

—Siga derecho hasta République, métase por el bulevar de Bonne-Nouvelle y tuerza a la derecha en cuanto pase delante de un cine que se llama Le Rex. Si está buscando el 188, queda al final de la calle.

—Gracias.

El motor suelta un rugido y el motorista desaparece en la oscuridad.

LOS EXILIADOS

En cuanto, al salir del aeropuerto, vi a esos dos policías perfectos, supe que estaba de verdad en Nueva York.

Enfundados en ese uniforme azul oscuro que realza el amarillo de las chapas, con la matraca colgando hasta las tibias, un gorra que sería el sueño de los *backrooms* y unas Ray-ban de espejo que reflejan en segundos la imagen de un sospechoso.

Uno es tripón y va muy tieso; el otro es como un alambre y también va muy tieso. Y, por un momento, me transforman en un fanático empedernido de la Ley y el Orden. Viéndolos girar alrededor de un coche mal aparcado, me suben a la superficie burbujas de infancia. Vuelvo a ver mi tío Dominique, que no era capaz de contarnos cómo era Nueva York cada vez que volvía; se limitaba a decirnos que era «igual que en Kojac», y ahí se quedaba. Me acuerdo de que lloré de risa al ver la hilera de uniformes que perseguían a Buster Keaton en *Cops*. La primera vez que vi la foto del asesinato de Lee Oswald, entre dos policías, la violencia del instante me dejó tetanizado. Pero las imágenes apenas si tienen importancia comparadas con el revoltijo de tópicos de las series americanas de policías. A los doce años, pensaba que todos los maderos del mundo les leían sus derechos a los tíos a los que trincaban. Creía que bastaba con pagar una fianza para salir a la calle. Estaba convencido de que, ante un tribunal, había que jurar poniendo la mano en la Biblia. E incluso me quedé un tanto escandalizado a los quince años, cuando compré una botella de whisky sin que nadie me pusiera pegas.

No tardo nada en decidirme entre el metro y un taxi y me meto en uno de esos trastos amarillos con cuadritos blancos y negros para que me lleve a la ciudad.

—*Manhattan, Fifty Second and Eleven.*

Esos dos polis han bastado para calmar mi propensión a las imágenes míticas. No merece la pena que las ande persiguiendo; ya se me presentarán muchas más, ellas solas. Esta mañana, entre las primeras luces del bulevar de Bonne-Nouvelle, me di cuenta de que iba a echar de menos la Ciudad Luz. Ahora, al cruzar el puente de Brooklyn bajo un sol que derrite el asfalto, París me parece uno de esos chismitos de adorno que hay que sacudir para que nieve. Ya no sé de dónde vengo, y además me importa un huevo. Me apetece comer cosas grasientas. Me apetece beber cosas fuertes. Me apetece pasearme con el pecho al aire y la camiseta echada por los hombros. Me apetece señalarlo todo con el dedo, como un rapero. Edificios de muchos pisos y predicadores locos en las esquinas, limusinas de ventanillas ahumadas, *Nike girls* saliendo de las oficinas, *delicatessen* y vagabundos desfondados.

Estoy en Nueva York.

*

El taxi me deja en el cruce de la Calle 52 con la Décimo primera Avenida. De golpe, ya no hay gente, ni coches. Estoy entre un campo de baloncesto y un restaurante

vacío: el Zeke's. Entro por una puerta doble y bordeo una barra de diez metros de largo. De la cocina, sale un individuo con una bolsa de plástico atiborrada de cervezas chorreando agua fresca. Me acomoda en una mesa junto a la cristalera y me trae la carta. Prefiero esperar y mirar la calle.

Algunos rascacielos, unos bloques de casas de tamaño razonable, escaleras en las fachadas, como en *West side story*. A lo lejos, intuyo el río Hudson.

Espero, muy quieto.

—Estoy seguro de que te sientes como en un cuadro de Hopper.

Abrazos y palmadas en la espalda, al estilo mafioso. Jérôme va vestido exactamente igual que en París, pero aquí esa ropa le da un toque de elegancia.

—¿Hace mucho que has llegado?

—Vengo directo del JFK.

—¿Pero tú has visto esta puta ciudad?

—¡...!

—Nada más llegar, me metí en ella tan a gusto como en unas zapatillas de paño. Y me dije, igual que Judy Garland al final de *El Mago de Oz*: «*There's no place like home*». Y empecé a hablar como un tabernero viejo de Harlem; y a nadie le extrañó.

—Ya en París hablabas como un tabernero viejo de Harlem.

—Aquí hay algo que se respeta más que cualquier otra cosa: el derecho inalienable a ser un bicho raro. Si un tío anda por ahí con una nariz encarnada y salmodiando majaderías, a la fuerza tiene que ser un actor que está ensayando. Nadie te toma por un chiflado, siempre te conceden el beneficio de la duda. No entiendo por qué no existen muchos rinconcitos así en todos los países del mundo. Unas Babilonias para que las use quien quiera. Pasas ahí una semana, un año, y te vuelves tan pancho a la civilización para seguir con tu vida. Habría muchos menos problemas.

—Yo creía que tenías la base en Los Ángeles.

Me explica que hay que hacer en Nueva York tantas cosas como en Los Ángeles. Su contrato lo obliga a ir y venir dos veces al mes.

—¿Y Tristan?

—Está en Montana, con Oona. Yo quería que se viniera aquí, pero prefiere la vida rústica, ya conoces al pájaro ese. Voy a verlos un sábado de cada dos, hasta que Oona acabe de estudiar. Luego, ya veremos.

—¿Sigues con el *zapping*?

—Pues la verdad es que ya no. Tiene unos amigos que lo llevan en camioneta a que vea mundo. Estoy contento de que esté en ese sitio.

Pide por los dos; no entiendo ni palabra de lo que dice. Nos traen una jarra de vino californiano. Nunca he visto a Jérôme tan sosegado, tan a gusto. Tan adulto. Me apetece preguntarle si está por fin en donde siempre quiso estar o si todavía le queda camino por recorrer.

—Pues es difícil saberlo. Han pasado tantas cosas en tan poco tiempo. Soy asesor de la versión americana de Saga, pero la verdad es que los guionistas no me necesitan

para nada. Es sólo por cubrir las apariencias. Estoy escribiendo *Deathfighter 3* para Stallone, pero el asunto empieza ya a estar un poco visto. Me ha propuesto otro proyecto con Eastwood, y lo más seguro es que vaya adelante.

—¿Te refieres a *Clint* Eastwood?

—¿Conoces a otro?

—¿Clint en persona? ¿Harry el sucio?

—Callahan, el mismísimo Callahan. Le hizo mucha gracia cuando se lo conté. Un proyecto de película como ése es un follón de derechos que no hay quien se aclare. Se necesitan cargamentos enteros de abogados para clarificar los contratos y se tarda siglos. En lo que espero, le he propuesto a la NBC una idea para una serie; acaban de dar el visto bueno al capítulo piloto.

Me comunica todos esos acontecimientos extraordinarios con una sosería rayana en la perversidad. Si no conociera a Jérôme, estaría convencido de que pretende dejarme chafado. En realidad, es todo lo contrario. Jérôme habla con la modestia de un hombre que ha encontrado su camino, que no le quita el sitio a nadie, que está «*where he belongs*» como él dice.

—¡FORRADO! ¡Debes de estar forrado!

—No puedo quejarme, pero me he dado cuenta de que no estaba hecho para tener pasta. El dinero no me entusiasma. Y lo he intentado, ¿sabes? Lo poco que tenía en la avenida de Tourville me bastaba más que de sobra. Si vieras la vivienda que tengo alquilada. Un auténtico escándalo.

—¿Mil metros cuadrados en la Quinta Avenida? ¿De ésas que tienen el ascensor dentro?

—Vivo en un apartamento pequeñísimo en el piso de arriba de este restaurante. Ladrillos rojos, un asco de frigorífico y cucarachas en la bañera. Pero estoy tan a gusto.

Nos traen dos platos de cangrejos enteros aliñados con algo así como una salsa de perejil. No sé cómo se come esto, así que me fijo en mi acompañante, que se mete directamente al bicho en la boca, con caparazón y todo.

—*Soft shells*, especialidad de Nueva York. Pescan el cangrejo cuando está mudando y lo saltean. El caparazón está tan tierno como la carne.

Un rayo de sol barre la mesa. Rozan la cristalera algunas personas que hacen *jogging*.

—Me alegro de que hayas venido, tío. Sabía que te estabas colando al quedarte en París. He oído contar que el capítulo 80 no cayó nada bien.

No me habla de la cicatriz que luzco en plena jeta. Regalo de la Saga. Un desconchón la mar de hermoso junto al ojo. Poco más y parecería una escarificación, una marca de algo, cualquier gilipollez de ésas. El médico me ha dicho que este otoño ya no se me notará.

—¿Quieres frases desnudas o dulcifico el asunto?

—Frases desnudas.

—El país está a sangre y fuego y yo soy el enemigo público número uno.

—A fuerza de escribir cosas espantosas...

—Séguret ha sacado a relucir una imaginación portentosa para joderme vivo.

—Ya no me acordaba de ese nombre: Séguret... Visto de cerca, era una catástrofe; visto desde aquí, es un enanito de jardín. Comparado con él, cualquier productor americano parece un príncipe.

Calla un momento para beber un trago de vino. Unos chavales que miden tres veces más que yo se han incautado del campo de baloncesto. Aquí todo es *king size*, hasta los chavales.

—¿Cuándo te vuelves a París?

—Todavía no lo sé.

—Te he preparado una veladita muy apañada, pero quiero que sea una sorpresa. ¿Qué te apetece hacer esta tarde?

—No puedo tenerte pendiente de mí. Tienes trabajo.

—Eres como mi otro hermano, ¿y tienes miedo de molestarme? Dime qué te gustaría. Seguro que tienes algo pensado. Todo el mundo tiene algo pensado cuando llega a Nueva York.

—Aquí está parte de mi infancia. Quiero ver decorados.

—¿Ves aquel bloque de allí, entre los árboles? Pues justo detrás está la Calle 42.

—¿*Forty second Street*?

—Esa misma.

Me agrada ese toque «estoy en mi casa y vas a ver lo que es bueno». Le encanta iniciarme en Nueva York. Hemos hablado tantas veces de esta ciudad, de noche, en un rincón de la orilla izquierda del Sena, achicharrándonos con vodka...

*

Una hora después, estoy en *Taxi driver*. Con todo lo que eso implica: putas, chulos, pringados, alcantarillas humeantes y anuncios luminosos de Coca Cola. Una bocanada de nostalgia se me sube a los ojos y me cosquillea en la nariz. Para ocultar esta estúpida emoción, silbo *Macadam cow-boy* con la mayor naturalidad.

*

Dos telefonazos bastan para que me traigan un esmoquin a domicilio. Y una limusina con chófer nos está esperando abajo.

—¿Sigues sin querer decirme adónde vamos?

—Al cine.

No sé hacerme el nudo de pajarita. Jérôme me lo anuda con pasmosa destreza. Un individuo que, hace tres meses, era incapaz de abrocharse bien la camisa... Con

sonrisa idílica, hurga en un armario y vuelve con un paquete envuelto para regalo.

—¿Para mí?

—Yo creo que te va a hacer gracia.

Un juego de mesa con un tablero, unos dados, unas fichas y unas cartas. Se llama *Fictionnary*.

—Una noche, en Los Ángeles, durante una fiesta que era una pasada, estuve charlando con Vernon Milstein...

—¿El productor de *Fighting games*?

—Más que nada de la serie de los *Captain club*, pero no la han echado nunca en Francia. Le hablo de una idea para un juego que consistiera en crear una ficción hasta llegar al epílogo, con ayudas, efectos sorpresa, condiciones y trampas por el camino. De eso hace dos meses y el juego ya está listo y sale a la venta dentro de nada en cincuenta y dos estados. *God bless America!*

Una cosa tengo segura. No pienso jugar nunca con Jérôme al *Fictionnary*.

*

La limusina se detiene ante el Ziegfield Theatre, que brilla con mil luces para el preestreno de *Night calls*, una comedia sentimental con un fondo de enfrentamientos entre *gangs*. El espectáculo comienza con la llegada de los coches; cientos de mirones se apiñan delante de la sala para ver pasar a las estrellas de la pantalla.

Un abrecoches me abre la portezuela. Si me atreviese, podría poner un pie en la alfombra roja, enfrentarme con una ráfaga de fregonazos y hablar ante los micrófonos de tres cadenas de televisión. ¿Pero cómo voy yo a hacer algo así?

—¿Qué coño haces, tío? ¡Baja!

—Jérôme, tengo miedo...

Me hace salir de un empujón. Los diez pasos que me separan del vestíbulo son los más gloriosos de mi existencia pasada y futura. El resto de mi vida sólo podrá ser ya un declive. Entramos y unos individuos más conocidos que el presidente de los Estados Unidos se acercan a Jérôme para darle la mano. Las actrices que tienen al mundo entero con la boca abierta se echan en sus brazos. En un minuto, estoy cubierto de polvillo de estrellas y yo también reluzco. No es que todo esto sea como en el cine; es que es el cine.

—Oye, Jérôme, ¿ves a aquella señora del vestido largo? Cuando era pequeño, tenía un póster de ella en mi cuarto.

—Ahora te la presento. Es un cielo.

*

Estuve toda la película sentado al lado de ella. Cuando se encendieron las luces, me

preguntó qué me había parecido el argumento. Sin arriesgarme demasiado, le contesté que una película así sólo podía hacerse en esta parte del mundo. Después de un cóctel privado, en el que nos pusimos ciegos de beber, Jérôme y yo acabamos en el Village Vanguard, el lugar en el que nació el jazz, el lugar en el que quizá muera. Como estoy bastante cocido, no acierto a rechazar la copa que me trae el camarero. Jérôme presta una atención distraída a un *be-bop* del año de la nana.

—Esos que dicen que los yanquis hacen películas para los menores de doce años mientras la vieja Europa se dedica a elevar las almas son unos gilipollas.

Me da vueltas la cabeza. Jérôme no se da cuenta y sigue a lo suyo.

—Es el tipo de afirmación que tranquiliza a los majaderos. Los americanos, cuando quieren, son capaces de hacer llorar a moco tendido al mundo entero.

Me doy cuenta de que está tan borracho como yo por esa forma de asentir rabiosamente con la cabeza al final de cada frase.

—¿Y si te dijera que dentro de nada me van a invitar a la Casa Blanca?

Tengo que recuperar a toda costa la lucidez durante unos cuantos minutos antes de desplomarme en la primera cama que se me ponga por delante. Se me va a ir el tiempo, y, a lo mejor, mañana ya es tarde para decírselo. Y he venido a eso. Sólo a eso.

—Tengo que pedirte algo, Jérôme.

—Lo que quieras. Eres mi otro hermano. Lo que quieras, menos una cosa.

—Tenemos que arreglar lo que hicimos.

—A esa cosa me refería.

—Escribimos otra vez el último capítulo, sólo eso. Y nunca más volverás a oír hablar de la Saga.

—*Fuck you!*

—Tenemos que acabar lo que empezamos. Si no, nada volverá a ser como es debido.

Me agarra por la solapa del esmoquin y me mira violentamente a los ojos, como sólo puede hacerlo un amigo.

—Tienes que salir de ese país de una maldita vez; los tipos como nosotros no pintamos nada en él. ¡Aquí está el paraíso de los guionistas!

Hago un ademán para intentar calmarlo, pero no lo consigo. Vuelca el vaso de un codazo y ni se da cuenta.

—Aquí, no tienes que andar paseando un guión durante meses antes de que un funcionario se digne leerlo. Te plantas en un despacho y te conceden setenta y cinco palabras para defenderlo. Si lo consigues, sales con un contrato. En Francia, o tienes un enchufe o nunca se fijará nadie en ti.

Tengo que mantenerme firme. He hecho este viaje tan largo para convencerlo. Pero a Jérôme eso se la trae floja y sigue con su sermón.

—En Francia, si haces algo que pegue un poco te puedes pasar diez años viviendo de la fama y escribiendo mierdas. Aquí, puedes equivocarte una vez, o dos, como

mucho. Luego, te vas a la porra. En Francia, pretenden que te pongas de rodillas ante el genio de algunos directores imbéciles que lo más que han hecho es un cortometraje. Aquí, un autor tiene a veces más poder que un realizador. En Francia, ni siquiera leen lo que escribes, porque no hay casi nadie que sepa leer. Aquí, hay que sudarse el trabajo desde que amanece hasta por la noche, y, a veces, también de noche. Y, al día siguiente, vuelta a empezar. Una vez, y otra, y cinco, y diez, y quince versiones, hasta que la cosa funciona.

—Te necesito en París, Jérôme.

—Quédate aquí conmigo. ¡Somos de la misma raza! ¡Tú estás incluso más chalado que yo! Con todas las cosas que se te ocurren, podrían escribirse otras diez Sagas. Aquí necesitan a gente como nosotros. Dentro de seis meses, estarás escribiendo algo para Hollywood. Y, ya verás, será todavía mejor que lo que soñabas de chaval. Para eso sirve este oficio.

—Hay que acabar la Saga. Sólo un capítulo...

—¿Es que no nos tomaron el pelo ya bastante? Te digo que te quedas... Ni siquiera necesitas volver. Mañana por la noche, tienes un permiso de residencia *indefinitely*, un permiso de trabajo, un piso en Manhattan y un contrato. Los milagros son lo nuestro, tío.

—En un mes, rematamos la Saga. Luego, haré todo lo que me digas.

Jérôme mira el fondo del vaso, toma un trago de bourbon y cierra los ojos hasta que se le pasa la quemadura.

—¡Antes reviento!

Una isla.

A lo lejos, a estribor. ¿Cómo se las apañan las islas para parecerles tan altaneras a quienes quieren encallar en ellas? Ésta se limita a hacer lo que debe para que su hierática belleza resulte impresionante. Me he preguntado qué notaba yo, aquí y ahora, sentado en la cubierta de este barco, al ver cómo se aproximaba sin revelar, sin embargo, nada de sí misma. Una sensación desconocida. Algo parecido al respeto.

Para no pasar por París, tomé un vuelo Nueva York-Niza y otro hasta el aeropuerto de Hyères. Luego, he cogido este barco que hace el trayecto de ida y vuelta. Un rebaño de turistas me está poniendo de los nervios desde que hemos salido de la *Tour Fondue*. Le pregunto al guía, en un aparte, si todos los días visita la isla tanta gente.

—Antes, todo el mundo iba a la isla de Levant; pero desde que *ellos* han venido a vivir aquí, aquí es donde quiere venir todo el mundo. Y es normal, con todo el lío que se ha montado.

Aquí es la isla de Laud, la más meridional de las Hyères. Y lo del lío es un discreto eufemismo; los ecos de sociedad no hablan ya más que de este lunar que hace seis meses ni siquiera venía en los mapas. Nos llevan hasta un caminito desde el que se intuye, allá arriba, el castillo. Busco con la vista a la mujer que debería haber venido a buscarme al embarcadero. Como no aparezca dentro de cinco minutos, voy a tener que chaparme el circuito turístico y la visita guiada.

No, ya la veo, haciéndome señas desde lejos...

Viene corriendo y gritando de júbilo, con un pañuelo blanco a la cabeza y un vestidito de flores que ahueca el viento. La cojo al vuelo, doy vueltas con ella en brazos, me gustaría pasarme siglos con ella así, en vilo.

—Como mi chico nos vea, nos va a echar mal de ojo.

—¿Me partirá la cara?

—¡Qué va! Ése es más de venir a darme una serenata para demostrarme que me ha perdonado. ¿Ha tenido buen viaje?

—Me hubiera gustado más venir en temporada baja.

—Los turistas se van a eso de las cinco. Luego, la isla es toda nuestra. Hasta entonces, ya me ocupo yo de todo. Vamos primero a mi casa, a dejar el equipaje y, luego, a comer. ¿Le sigue gustando la pizza de anchoas?

—¿...?

—Era una broma.

Acuden a hacerse cargo de mi maleta unos criados disfrazados de *belle-époque*. Mathilde les da unas cuantas órdenes como si no hubiese hecho otra cosa en la vida. Uno de ellos nos propone llevarnos en un *buggy* pequeño muy curioso, pero los dos preferimos ir andando.

—Arriba, está el castillo. Iremos cuando se haga de noche. Yo vivo en esa casita de más abajo.

—¿No vive nadie en la isla, aparte de usted y ellos?

—Ningún nativo, si a eso es a lo que se refiere. El servicio se compone de alrededor de treinta personas, y yo tengo a mis órdenes a un equipo de seis asistentes.

—¿Para llevar... el negocio?

—Se lo puede llamar así. Viven en un palacete fantástico que no se ve desde aquí.

El camino corre entre palmeras gigantescas; hace calor y humedad. Me parece que estoy en Madagascar. Con este clima, entran ganas de vestirse de blanco y esperar a que caiga la noche. Cuanto más nos acercamos a la casa de Mathilde, más bonita me parece. Es como un pabelloncito de caza al estilo de Fontainebleau, todo de piedra blanca y con ventanas ovaladas. La piscina que hay a un lado no estropea el conjunto; apenas si se la intuye tras unos setos de adelfas. ¿Qué pinto yo en un sitio así? Dentro, la cosa va a peor. Aposentos en ringlera, paredes enteladas en tonos ocre y pastel, muebles de otros siglos.

—Mi habitación preferida: el gabinete.

—¿Un gabinete de los de verdad?

—De los de verdad. Se lo prestaré, si le da por tontear.

Me lleva a mi cuarto y me deja solo un ratito. Mi maleta está abierta encima de una butaca Luis XV, y toda mi ropa colocada en el armario. Me lanzo a la cama y nado a crol para llegar hasta las almohadas. Me entran ganas de gritar viva la aristocracia y vivan los privilegios. Por la ventana, veo a un chico alto, todo un tipazo, haciendo largos en la piscina. Una asistenta vestida a la moda victoriana me trae toallas y un albornoz con el escudo del castillo bordado. Me pongo una camisa blanca de manga corta y bajo a reunirme con Mathilde, que me está esperando al pie de la escalera.

—Esto es mejor de lo que me había contado.

—Hacía cincuenta años que no vivía nadie en este pabellón.

La sigo hasta un saloncito privado en donde está puesta la mesa. Echo mano, de entrada, a la botella de vino, pero el *maître*, que también va disfrazado, se apresura a servirme.

—He visto a un efebo a remojo en la piscina.

Mathilde apenas si sonrío y titubea un instante.

—Vino a visitar la isla hace tres semanas y se quedó. Es muy independiente, es su principal virtud. Cuando uno de los dos se canse, él cogerá la maleta y yo lo acompañaré hasta el embarcadero. Tengo la seguridad de que no tardará en venir otro a ocupar su puesto. No se enfade conmigo. La vida palaciega me ha vuelto muy frívola.

Todavía no me he acostumbrado a la nueva Mathilde. La otra, la que envolvía todas sus frases en un estuche de ternura, se ha quedado en el continente. Quizá es lo mejor que podía sucederle a esta mujer que me habla ahora con tanta crudeza. Nos sirven una comida exquisita y el mejor vino del mundo, pero tengo detrás de mí a un individuo que intenta anticiparse a todos mis gestos, y eso estropea un poco el conjunto. Mathilde lo nota y le pide se retire.

—Normalmente, vivo sola aquí; pero el príncipe quería que lo recibiéramos a lo grande.

No sé como no me echo a reír cuando dice «el príncipe».

—Si no me conoce.

—Es amigo mío, y con eso basta.

He venido a esta isla para hablar con Mathilde, pero también para intentar aclarar el misterio de su presencia en este lugar. Me he pasado todo el viaje intentando imaginar todas las hipótesis posibles, pero ninguna me ha satisfecho.

—En confianza, ¿existe de verdad ese...?, ¿cómo dice que se llama?

—El príncipe Milan Markevich de Laud.

—Oiga, ya está bien de gilipollices.

—Su nombre está en todos los libros de historia y él en persona lo espera esta noche para cenar.

—¿Con toda su tribu?

—Esos a los que llama tribu con tanta ligereza son no sólo una familia de sangre real sino también unos amigos míos muy queridos. Esta noche se los presentaré a todos; ya verá qué fácil resulta encariñarse con ellos.

Me bebo otro vaso de vino, por aquello de asegurarme de que no estoy soñando. El *lynch-bages* es tan bueno que tiene que ser auténtico.

—¿Va a decirme de una vez qué hace aquí, Mathilde Pellerin, en esta isla de opereta y viviendo entre todos estos ejemplares en fase terminal?

—Usted lo llama negocio.

Vuelve a sonreír. Socarrona. Triunfante. O sea, Mathilde.

—¿Se acuerda de cómo se reían los tres de mí cuando me veían recortar fotos en los ecos de sociedad y en la prensa del corazón?

—Se daba mucha maña para rodearse de una aureola de misterios. Y ése era el más impenetrable.

—Es que ya estaba pensando en la reconversión. Sírvase otra codorniz.

—¡Mathilde, por favor!

Prolongar la situación. He aquí una auténtica manía de guionista.

—En la actualidad, y descontando las estrellas de cine, ¿a quiénes les incumbe la delicada misión de hacer soñar a la gente?

Sugiero, sin pensármelo dos veces.

—¿A las testas coronadas?

—Exacto. Sólo que desde hace unos diez años hay un déficit tremendo en ese sector. Las monarquías van a menos y hacen el ridículo. Las princesas se inflan a parir mocosos y resultan de lo más vulgar. No hay ni una familia de sangre azul que tenga un poco de nivel. ¿Está de acuerdo conmigo?

—Si usted lo dice.

—Sueños perdidos igual a quiebra en los medios de comunicación, lo que equivale al crac de una industria antaño floreciente. Semejante desastre es, sin duda,

consecuencia de los tiempos que corren, pero también es dinero que se pierde. Menos mal que un puñado de hombres de negocios decidió hacerse cargo del asunto: los que venden papel couché, los que venden imágenes, los que venden lujo, los que venden arte de vivir, los que venden nostalgia, todos los que venden grandeza y los que venden decadencia. Si añadimos los productos derivados, es una pasta gansa que para qué le voy a contar.

—Pero... ¡eso es una inmoralidad!

—¿Y qué? Nos estamos cargando el *box office*, como diría Jérôme.

—No se puede engañar a la gente de esa manera... Con actores, con decorados...

—¿Qué dice de actores y decorados? El príncipe Milan Markevich de Laud y su familia están por encima de toda sospecha. Y ellos sí que cumplen admirablemente con las exigencias de su rango. Desde el siglo XVI, han tenido una trayectoria impecable. Ni una campaña, ni un hecho de armas en que no haya participado la estirpe de los Markevich. En 1906, en plena alianza franco-rusa, su padre, Féodor, se casó en París con la condesa de Laud. Vivieron en San Petersburgo hasta 1917, y luego se vinieron aquí. El príncipe Milan nació en el 18, pero menos de dos años después se habían arruinado y tuvieron que vivir en las dependencias del servicio y ser los criados de las cuatro o cinco familias de nuevos ricos que se fueron turnando en el castillo. Ha hecho falta un ejército de expertos en genealogía para remontarse hasta ellos; y una batalla jurídica increíble para que recuperasen sus bienes.

—¿...?

—No me mire así que todo es verdad. Ya se imaginará que no nos apetece nada que nos meta en un lío cualquier *free-lance* de *Le canard enchaîné*.

Le sirvo un vaso de vino para apaciguar el ambiente.

—Siga, Mathilde. Estoy preparado para oír lo que sea, pero, de momento, todavía no me creo nada.

—Una familia real, unas posesiones paradisiacas. Sólo les faltaba..., ¿qué les faltaba?

Hago como que lo pienso, pero me temo que ya lo sé.

—¿... Un cuento?

—Para que su vida diaria se saliera de lo corriente, para interesar al mundo entero, para enloquecer a los *paparazzi*, les faltaba un guionista. Había otros que también servían, pero teniendo en cuenta mis novelas, la Saga y mi inclinación natural hacia los cuentos de príncipes, me escogieron a mí. ¿Más setas?

*

Me tocó vivir una cena de gala con todo el encanto del siglo de Luis XIV. El protocolo exigía que Mathilde y yo nos sentásemos separados, pero ya me encargué yo de explicarle al protocolo que prefería volver a nado antes que verme encajonado entre una princesa viuda y un tío rancio. El príncipe, un señor mayor adorable que ya

no cumple los setenta y cinco, me recibió con unas cuantas frases muy finas y me presentó a toda su familia. Acabamos todos en el salón de audiencias del castillo, sentados a una mesa que medía veintitrés metros. Música barroca, lacayos, comensales destacados, sin olvidar a los periodistas, que esperaban fuera. No faltaba lo que se dice de nada.

—La lista de invitados se atiene a un lógica que nadie entiende —me dice Mathilde—. Con la ayuda de mis asistentes, escojo a los venturosos elegidos y dejo que se reconcoman los que venderían su alma al diablo por cenar aquí.

—¿Quién es aquella chica?

—¿Cuánto tiempo hace que no lee *Paris-Match*, Marco? Es Iliana, hija de Aymé y de Catherine de Laud, nieta del Príncipe. Tiene diecisiete años y no da pie con bola. Con ese tipo y esa cara, tenía que meterse a hacer cine. Leo sus guiones, le doy consejos para todas las estupideces que se le puedan ocurrir y todas las que no debe hacer de ninguna manera. Le escribo las respuestas para las entrevistas que le hacen y le recomiendo que no improvise demasiado cuando no me tiene a mano. Le estoy buscando un novio que deje a todo el mundo con la boca abierta. Creo que me voy a decidir por un médico de esos que se patean África acosando a los virus.

—¡Qué nivel! ¡Y qué bonito!

—El individuo que está sentado enfrente de ella, es su hermano Dimitri. ¿A que no es capaz de adivinar a qué se dedica?

—¿A no pegar clavo?

—Pues no. A no pegar clavo se dedica el tío Anthony. Dimitri escribe novelas de amor.

—¡No!

—¡De verdad que sí! Publica una por trimestre. Las escribo mientras miro la tele. Así no se me oxida la pluma. Lo más gracioso es que las firma con pseudónimo y las suposiciones corren que se matan. Se rumorea incluso que está escribiendo una novela erótica.

—No pensará hacer algo así.

—Ya lo creo que lo pienso.

—¿Y aquella señora que se está aburriendo tanto?

—Anna Watkins, la hermana de Anthony. Le he montado una carrera de mujer fatal de cuidado. Hace cinco años, dirigía un criadero de truchas. Ahora, se le atribuyen más suicidios que a Rodolfo Valentino.

—¿Y la silla vacía?

—Estoy más hueca con eso... Es el sitio de Virginie de Laud, la mayor de la familia, y princesa heredera. Tiene por costumbre esfumarse sin avisar y volver sin decírselo a nadie. No pasa día sin que algún periódico saque alguna exclusiva acerca de su misterioso paradero. Cada vez que regresa, le tengo preparada una historia diferente.

—¿Y dónde está ahora?

—En su cuarto, encima de las cabezas de los comensales. Hay días en que eso de ser princesa no es ninguna juerga.

—¿Cuántos personajes tiene a su cargo en total?

—Si cuento a los pretendientes y a unos cuantos primos, treinta y siete.

—¿Y de cuál está más satisfecha?

—Del propio príncipe. Es mi obra maestra. Lo he convertido en un descendiente bastardo de Pedro el Grande y, en la actualidad, es muy probable que tenga en su poder el famoso tesoro oculto de los Romanov. Su buena forma física es posible que se la deba a una pócima secreta cuya fórmula guardan celosamente los miembros de la dinastía.

—¿No le parece que corre el riesgo de pasarse un poco?

—A lo mejor. Pero, de momento, la cosa funciona. El príncipe viene a veces a hacerme sugerencias; yo le escribo sus discursos. Nos llevamos de maravilla.

—No sabía que tuviera conocimientos históricos tan punteros.

—Tengo a tres especialistas trabajando sobre el tema.

—Y los quiere a todos muchísimo, ¿no?

—A los treinta y siete no, pero a la mayoría sí. Ahora son mi familia. Me siento responsable de ellos. Vivir rodeada de esos personajes es la única felicidad que concibo.

*

La fiesta se prolongó hasta bien entrada la noche. Una recepción de los Markevich de Laud implica champán, billar, justas verbales y paseos con antorchas hasta el amanecer.

Son las cinco de la mañana; el sol empieza a despuntar. Mathilde ha encendido todas las luces de su gigantesca biblioteca y estamos tomando la última copa de champán.

—La necesito para remediar los daños del capítulo 80.

—Desde que llegó, estaba temiendo oír esa frase.

—Mathilde...

—Me cuesta negarle algo, Marco; pero hágase a la idea de que ya se lo he negado.

—La necesito.

—Cuando andaba recortando todos aquellos artículos de las revistas, ¿se acuerda de qué contestaba a todas las guasas para que me dejaran en paz?

—Se limitaba a decir: «Es mi jardín secreto», como si con eso nos fuéramos a callar.

—Asómese a la ventana. Mire hacia abajo y dígame qué ve.

Obedezco sin intentar entender nada.

¿Abajo?

Abajo, hay...

Hay, entre la penumbra, un decorado que nadie se ha atrevido nunca a dibujar. Hierba alta y flores maravillosas, un banco, un columpio, unas columnas griegas y... pavos reales. ¡Pavos reales vivitos y coleando, que se pasean por allí!

—Ése es mi jardín secreto. Existe de verdad. Aquí pienso vivir mientras dure. Aquí esperaré a que llegue el día del juicio, igual que una auténtica modistilla que ha conseguido todos sus sueños. Aquí veré cómo se va un amante y llega otro, hasta que ya no llame ninguno más a mi puerta. No volveré al mundo del que vengo; se lo dejo a usted.

—Sólo tardará una semana o dos.

—Que se vayan todos a la porra, y quédese conmigo. No puedo encargarme sola de los treinta y siete personajes.

—¡No tenemos derecho! ¡Tenemos que hacer esa tarea!

—¡Nunca!

Está rabiosa, y, sin embargo, no creo haber hecho nada del otro mundo para que se moleste tanto.

—Buenas noches. Tengo cuarenta años, son las cinco de la mañana y un chico más guapo que un sol está muriéndose de impaciencia a la puerta de mi cuarto.

Un cartel pequeño con forma de flecha sigue indicando el Abergio dei Platani, pero ya hace mucho que dejó de ser un hotel. Louis me lo ha repetido tres veces: «Cuando estés en medio de nada, en un sitio que parece el centro del mundo, es que ya has llegado». Gracias, Viejo...

De lo que estoy seguro es de que nunca he visto nada tan hermoso como esta Palestrina perdida en medio de la campiña romana. Veo una escalera muy rara, en plan trineo rústico, hecha de rollizos que suben, puestos de cualquier manera, hasta una altura de veinte metros.

—Ojo, que todo el mundo se la pega por lo menos una vez.

Por esta escalera a lo mejor se podía subir hace diez años, antes de que hicieran estragos en ella la grama y la lluvia. Me lo tomo con calma y llego entero. Louis me tiende una mano para izar me hasta donde está él.

—Creía que ibas a llegar a primera hora de la tarde.

—Es que hay que ver lo poco que raja la gente de por aquí. Me han llevado más tiempo los cinco kilómetros últimos que ir de Niza a Roma.

Ya lo creo que hay plátanos, por decenas, gigantescos, espléndidos. Crean una pantalla de frescor y penumbra, como si estuviéramos en el bosque más frondoso. El antiguo hotel está oculto entre ellos. Pasamos ante una glorieta en que hay dos tumbonas y una mesa.

—¿El recinto de las «tempestades de ideas»?

—Casi siempre, pero desde hace quince días el asunto se ha puesto difícil.

Nos acercamos despacio a la vivienda, como si no quisiéramos hacer ruido.

—¿Cómo está?

—No muy allá.

—¿Llego en mal momento?

Louis me sonrío con toda esa indulgencia que me consta que tiene.

—Qué va. Así aprovecho para dejar que descanse un día o dos. Yo también lo necesito. Entra...

El vestíbulo del hotel se ha conservado tal cual, el mostrador del conserje, el casillero de rejilla para las llaves, el de la correspondencia. Louis lo utiliza todo con bastante propiedad.

—Voy a darte la habitación azul; tiene tres ventanas, que dan al norte, al sur y al oeste. Hay teléfono. Nadie se levanta antes de las diez. Y cuando digo nadie me estoy refiriendo a mí, porque él es que ya ni se levanta.

—¿Estáis solos los dos?

—Sí. Cuando está trabajando, su mujer se queda en Roma. Y siempre ha ocurrido lo mismo desde hace treinta años. Yo creo que ella nunca ha estado aquí.

—¿Sabe que ha venido alguien a verte?

—Le hablo de ti muchas veces.

—¡Qué me dices!

—Cuando le dije que ibas a venir, comentó: «*Marco? Quelle che non sa scrivere*

a mano?». Porque yo le había contado que lo escribías todo en el ordenador, hasta la lista de la compra.

Es como una flecha que se hubiera clavado en pleno centro de mi tierno corazón. ¡El Maestro ha pronunciado mi nombre! ¡Sabe que existo, yo, Marco! Yo que nací en un suburbio de mierda en una época anodina. ¡Ese hombre que hace obras maestras como otros trabajan en una fábrica le ha reservado un rinconcito de su memoria a mi nombre!

En lo que antaño fue el comedor, Louis me hace un café exprés.

—¡Joder, qué bueno está!

—Viene un tío cada tres meses a revisar la máquina. El Maestro ya no toma café, pero tiene ese capricho. Ven, te voy a enseñar tu cuarto.

Subo una escalera y atravieso un pasillo. Al pasar ante una de las puertas, Louis aminora el paso y se pone un dedo en los labios.

El Maestro está dormido.

Louis abre la puerta de mi cuarto y la vuelve a cerrar para poder hablar en voz alta.

—Ando con cuidado, pero nunca he visto que le despertase nada. En el 72 o el 73, cayó un meteorito a tres kilómetros. Los campesinos de por aquí creyeron que era el fin del mundo. A la mañana siguiente, cuando el Maestro se enteró me puso al caer de un burro porque no lo había despertado. Y yo le dije: «El meteorito ha caído aquí por culpa tuya, Maestro».

Me ducho con el hilillo de agua fresca que la ducha tiene a bien concederme. Hace tanto calor que no necesito secarme. Con un roce de la toalla basta. En la glorieta, Louis, que tiene una botella de Martini en la mano, me anima a beber con él. Le pregunto qué tal va el guión.

—Un poco más despacio de lo habitual... El Maestro se cansa enseguida. Cuando consigue concentrarse, tiene tanta agilidad mental como un hombre joven. Y, en la sesión siguiente, puede estar completamente fuera de onda. Yo le digo: «Maestro, estaría bien que este personaje fuera un inmigrante capaz de entrar en contacto con la gente por sus destrezas. ¿Qué te parecería un pastelero, un pastelero tunecino?». Y él no me contesta nada; está en otra parte; a lo mejor, absorto en las imágenes de la película. Y al día siguiente me dice: «¡Un pastelero tunecino! ¡Estupendo! Podía hacer algo así como una tarta enorme que representase una mujer, y hacerla con esa pasta de almendra que es de colores fuertes, ¿sabes lo que digo?».

—¿Crees que tendrá fuerzas para el rodaje?

—Sí, porque en caso contrario no me habría pedido que colaborase con él. Se va a pasar todo el tiempo que tardemos en escribir el guión montándome el número de la *mater dolorosa*. Y, de golpe, el primer día de rodaje estará tan pancho. Habrá que empezar a preocuparse cuando llegue el último día.

—¿Qué le pasa?

—Todo y nada. Nota que ha llegado la hora. Los médicos quieren ingresarlo en

un hospital. ¡Precisamente a él!

—No todos habrán visto la película.

—Esa escena la conoce todo el mundo.

—El *travelling* entre sábanas blancas y barrotes de camas. El hijo, en recepción, que quiere ver a su padre agonizante.

—Es la última oportunidad para poder hablar con él...

—¡El celador que le dice que no hay visitas después de las nueve! ¡Sólo con hablar de la escena me dan arritmias! Ya me la contaba mi padre cuando yo era todavía un crío.

—Yo también me noto siempre un poco como si fuera un chaval cuando pienso en sus películas. Y eso que algunas las he escrito con él.

—¿Te acuerdas del viejo comiéndose el plato de *spaghetti*? Es sólo un personaje sin importancia, en segundo plano. Hace gestos que no se entienden. Al principio te ríes, y luego...

—La felicidad y la nostalgia se andan persiguiendo por toda la película. Si hasta consiguió colar un punto de sensualidad.

—En aquella película todo era un esplendor. Los sueños del tonto del pueblo, la escena del diluvio...

—... Y «La partitura del amor». Y cuando Zagarolo se cree que es Dante.

—Siempre ha dicho que, de todas sus películas, es la que menos le gusta.

—No le dieron la Palma de Oro porque ya se la habían dado el año anterior.

Con la memoria echando humo nos tomamos un Martini tras otro.

—Daría lo que fuera por trabajar con un gigante como él sólo una horita de nada.

—Es una oportunidad única. Pero también es una trampa. El Maestro no necesita que nadie le sugiera historias. Ya las lleva él dentro desde la primera sesión. Sólo necesita un tipo que esté lo bastante loco para sumergirse en su universo, hurgar en él y sacar a la luz bloques compactos. A veces, hay que ponerse botas de pocero. Nadie es nunca más que un pálido reflejo del mundo de su imaginación. Y, al final, te quedas al margen, porque la película será su película por los siglos de los siglos y para el mundo entero.

De repente, un grito quiebra la paz del atardecer.

—... LUIGI?... LUIGI..., PER LA MADONNA... LUIGI!

Louis se levanta y agarra la botella de Martini.

—Me lo conozco de memoria. Sabe que estamos tomando el aperitivo y se pone malo de envidia.

*

Hemos cenado al aire libre; no éramos capaces de irnos de la glorieta aunque la noche había refrescado mucho. El Maestro no salió de su cuarto y tomó sólo un caldito. Si hubiera estado presente, seguro que yo no habría conseguido articular palabra y los

tagliatelli de Louis se me habrían quedado atascados en la garganta. Nos zampamos la cena con ese vinillo del país recién sacado del tonel. Vi con mis propios ojos cómo el Viejo preparaba la pasta fresca en la enorme encimera de la cocina. Un redondel amarillo precioso que dobló como una cinta antes de preguntarme:

—*Fettucine? Spaghetti? Parpadelli? Tagliatelle?*

Escogí al azar, sabiendo que de todas formas iba a lamentar no haberme decidido por los otros. Pasamos el resto del tiempo preparando la cena, vigilando la salsa de tomate, cogiendo albahaca en el jardín, poniendo la mesa con calma, rubricando las pocas frases que decíamos con vasos de vino blanco. No sabía yo que tenía Louis ese talento de *mamma* romana.

—Cuando se trabaja con los italianos, hay que saber adaptarse. ¿Cuántas ideas geniales se me habrán quedado en el tintero porque había llegado la hora de la pasta? Son *todos* así; y lo eran mucho más en los años setenta.

Ya entrada la noche, me sacó una *grappa* de trufas blancas extraordinaria.

—La hacen en Venecia. Dan ganas de usarla como colonia.

—¿Cuándo vais a acabar el guión?

—Cuando el Maestro deje de orbitar alrededor de una idea que yo no acabo de captar. Me recuerda a un pintor que estuviera en su última época.

—¿Un pintor?

—Al final, todos se encaminan hacia la sobriedad máxima. Fíjate en Turner. Se quedan con un punto central, esencial, y lo que hay alrededor deja de tener importancia.

—El Maestro tiene fama de ser un perfeccionista y un trabajador incansable.

—Perfeccionista, a lo mejor. Pero trabajador incansable desde luego que no. Da lo mismo que esté enfermo o que esté sano, siempre pasa igual. Nos acomodamos, charlamos un rato y cuando estamos ya en lo que tenemos que estar, a él se le antoja jugar una partida de fútbolín o pasarse las horas muertas hablando por teléfono con su mujer. Vuelve; otro rato de cháchara, hablamos de las películas que nos gustaron en su día, de todas las que no escribiremos en la vida, decimos unas mentiras gordísimas, y ya es la hora de la pasta. De un día entero de trabajo, venimos a sacar en limpio media hora que valga para algo. Y, luego, un buen día, te das cuenta de que la película se está construyendo sola aunque no tengamos nada por escrito.

—No sé yo si conseguiré trabajar alguna vez para un director que convierte en oro todo lo que rueda.

—No es por desanimarte, pero de éstos quedan pocos. Las películas mágicas que han surgido del mundo imaginario de un solo hombre ya no le interesan a nadie. Ya están desterrados los visionarios que exploran los territorios ignotos del alma humana.

—El cine siempre necesitará iluminados como el Maestro.

—No estoy yo tan seguro. Antes, había algunos productores insensatos que ponían su dinero al servicio de un arte. Ahora sucede lo contrario. ¿Y por qué no,

bien pensado? Los individuos como Jérôme acabarán por demostrarnos que la lógica del dinero puede desembocar en cosas hermosas. ¿Quién sabe?

Cuando nombra a Jérôme, se me vienen a la cabeza las miradas de reojo que nos lanzábamos él y yo, en los primeros tiempos, cuando Louis recordaba sus años de Italia.

—Sabes, Louis, Jérôme y yo, al principio, no sabíamos qué pensar cuando nos hablabas de los italianos, del Maestro...

—¿Qué pasaba? ¿Que no habíais visto nunca mi nombre en unos títulos de crédito y os preguntabais si no sería un vejestorio que se había inventado su filmografía?

—...

—En aquellos años, los italianos habían comprendido que una película era un conjunto de talentos. Todo el mundo ponía su granito de arena, como en una buena bronca familiar. Cuando un Mario estaba trabajando con un Dino, se presentaba un Ettore a hacerles una visita y leía un trozo del guión, llegaba un Guido que aportaba una idea y llamaba a un Giuseppe para saber qué opinaba del tema. Los telefonazos iban y venían de Piamonte a Sicilia: «Ven a sacarme de este lío de mierda, porque esta puta historia me tiene ya hasta los huevos, *per la madonna*». Yo acababa de llegar y caí en medio de esa panda, fascinado y con la cabeza repleta de imágenes y de frases. Los muy cabritos enseguida me adoptaron. Me convertí en su mascota, *il Francese*. Decían que les daba suerte. Y me convertí en un asesor permanente, en un tío que estaba en todas partes y en ninguna. A veces, me pasaba la mañana metido en una comedia de las de toda la vida; por la tarde saltaba como una pulga en una serie B y por la noche cenábamos ocho o diez hablando de una película de *sketches*. Cobraba de todas las productoras que había en Roma, me bastaba con presentarme donde fuera, y tan pronto hacía los cafés como me escribía un diálogo entero yo solo o contaba lo que había soñado la noche anterior. ¿Cómo quieres que apareciera mi nombre en ninguna parte? Me decían: «Luigi, la próxima película tiene que ser la tuya, TU película; vendremos todos a echarle una mano». Pero ese momento no llegaba nunca. ¡Menuda panda de maricones! Lo bien que me lo pasé en esos años...

—Nos lo debías haber contado, Louis.

—Sería incapaz de decir qué es mío en todas esas películas. Pero una cosa es segura: yo estaba en todas partes. Una imagen, una frase, una idea. Fui dejando mi huella en veinte años de cine italiano.

Me arde la vergüenza en las mejillas; debo de estar como un tomate.

—Luego, conocí al Maestro y formamos un dúo. Pero para los productores, para el público, e incluso para el propio Maestro, una película del Maestro es una película del Maestro. Todo tiene que estar a su sombra, desde el esbozo de la idea inicial hasta el montaje final, pasando por el elenco de actores y, a veces, también la música. Nada de compartir autorías cuando Su Santidad pone su sello en algo. Y, bien pensado, vale más así.

—Nos lo debías haber contado, Louis...

—Maldita la falta que hacía que os lo contara. ¿Sabes por qué? Porque la complicidad y la ilusión de aquellos años los recuperaré con vosotros tres haciendo la Saga. Doy gracias a Dios por haberme hecho un eterno segundón, porque en caso contrario nunca hubiera participado en esa hermosa aventura.

Me está poniendo en bandeja la oportunidad soñada de sacar a colación el auténtico motivo de mi visita.

—... ¡Chiss!

Se pone en guardia como un perro de caza al oír un refunfuñar lejano y señala con el dedo la ventana del Maestro.

—Voy a ver si necesita algo.

Me voy detrás de él, pisándole los talones. Subimos las escaleras como ladrones. Louis abre despacio la puerta del Maestro y la vuelve a cerrar enseguida.

—Está dormido.

—Déjame verlo, Louis. Sólo una miradita. Regálame un recuerdo. Si algún día tengo hijos, les contaré este momento. Y ellos también lo contarán, y así tendré una oportunidad de quedar en la memoria de la gente.

Sonríe y vuelve a abrir la puerta del cuarto. Asomo la cabeza.

Ahí está el Maestro.

Con el perfil hundido en la almohada.

Tranquilo.

Perdido en el mundo de los sueños.

Esos mismos sueños que desde hace tanto se han convertido también en los nuestros.

—Gracias...

Louis me acompaña a mi cuarto.

—Oye, tengo que pedirte otra cosa. Tengo que decírtelo ahora, porque si no le voy a estar dando vueltas toda la noche.

No hay en su rostro el menor destello de sorpresa. Entra, apoya la espalda en la ventana y se cruza de brazos con cara de desafío.

—Te necesito en París para remediar las meteduras de pata de la Saga.

—Una mierda...

—No tenemos derecho a dejarla en ese estado.

—Al que no puedo dejar en este estado es al Maestro.

—Lo comprenderá, Louis. No tienes elección.

—Podías pedirme lo que fuera, menos que lo deje plantado precisamente ahora. Desde que se murió Lisa, sólo lo tengo a él. Y no quiero dejarlo solo en su última locura. Aunque, inmediatamente después, sea él quien me abandone una vez más.

Desde la ventana de la oficina, veo dos coches camuflados, uno de cada lado de la avenida, en los que dos pobres infelices esperan el relevo. También he localizado a dos maderos de paisano, uno en la terraza del bar, otro en el banco de enfrente del quiosco. No sé si dependen todos de la misma casa o si hay falta de coordinación entre los diferentes servicios. Pero lo que sí es seguro es que no nos perderán de vista hasta que hayamos terminado este último y definitivo capítulo.

—Tío, deja ya de mirar por la ventana, que nos tienes hasta las narices ¡Sólo faltaría que hubiera que tenerles lástima!

Desde que hemos reanudado el trabajo, Louis, Mathilde y Jérôme no pierden ocasión de decirme que estarían infinitamente mejor en otra parte. ¿De verdad ha sido necesario que los convenciera yo de que teníamos que acabar lo que habíamos dejado empezado? Ahora que los tengo delante, inclinados sobre sus monitores, lo dudo. ¿Han vuelto porque yo se lo rogué o porque la propia Saga lanzaba llamadas a las que no pudieron resistir?

Mathilde telefona a su isla en cuanto se le presenta una oportunidad. Su equipo le hace un resumen completo de todo lo que ha sucedido durante el día y ella les da las directrices para el día siguiente. Yo pensaba que el negocio ése le exigiría toda su disponibilidad intelectual, pero ¡qué va! Está concentrada al cien por cien en el último capítulo de la Saga.

Jérôme nos ha enseñado, no sin cierta arrogancia, un fax de Clint Eastwood que ha llegado esta mañana. Le ha gustado mucho el guión de *Full Time Love*, que nuestro muy querido colega le envió justo antes de darse esta vueltecita por París. Están citados en Nueva York dentro de diez días para hablar del asunto. Al ritmo que llevamos, Jérôme no le dará plantón.

El Maestro se ha ido a hacer localizaciones a Cerdeña y aprovecha para descansar mientras toma el sol y dibuja los decorados de la película que va a empezar. Louis está relajado. Cinecittá los espera a los dos en las semanas próximas.

—Eh, vosotros tres, estamos a 29 de septiembre. ¿No os recuerda nada?

—El 29 de septiembre del año pasado, tuvimos la primera reunión de trabajo en esta jodida oficina.

Nos quedamos un momento mirándonos y seguimos con el trabajo como si no pasase nada. Nos sobran las conmemoraciones y los recuerdos. Lo importante es el día de mañana, el capítulo siguiente de nuestras vidas, lo que va a ser de nosotros, ese porvenir que nos está esperando en alguna parte en cuanto entreguemos el último capítulo de la Saga.

Y en este capítulo sólo hay una cosa que contar.

Los primeros días, escuchamos las sugerencias de la gente que teníamos alrededor, intentamos enterarnos de qué era lo que más echaban de menos las personas a las que tanto había gustado la Saga. Todos nos endilgaron sus respectivas corazonadas y sus respectivas broncas. Pasaron revista a todos los personajes. ¿Qué futuro debían tener Mildred y el Ser? ¿Qué había sido de aquella vacuna contra el

miedo que nos tenía prometida Fred? ¿Pedro es bueno o malo? ¿Resucitará Camille? Y miles de preguntas más, a cuál más insospechadas, a cuál más apremiantes. Tuvimos que hacer balance de todas esas expectativas para rendirnos a la evidencia y admitir lo que ya sabíamos. ¿Qué son Camille, Fred y Mildred, Marie y todos los demás en comparación con esos veinte millones de individuos que dieron vida a la Saga? ¿Por qué llevar hasta sus últimas consecuencias los destinos de cada uno de esos personajes nimios que, bien pensado, tampoco son para tanto? Lo que nos interesa no es su Saga, sino la nuestra, la de la calle, la que todos llevamos dentro. El último capítulo, el postrero, tiene que servir de inspiración para veinte millones de Sagas. Y para conseguirlo necesitamos veinte millones de guionistas.

Ése que se rió y lloró con la serie; ése que sintió amor y odio; ése que llevaba en la imaginación, en la memoria y en el corazón cuanto de bueno podía aportarle la Saga. Ahora les toca a ellos escribir su propia Saga, día a día. Les hemos proporcionado herramientas suficientes para que se las apañen por su cuenta. Saben que nada está escrito y que las frases no son inmutables. Ellos son quienes mejor pueden pulir sus propios diálogos y escoger entre las mil bifurcaciones que les propone su vida.

Mathilde, Jérôme, Louis y yo les hemos revelado nuestros secretos de fabricación en este capítulo postrero.

A ellos les corresponde darles buen uso.

Para mayor pasmo de Séguret, hemos rechazado los decorados suntuosos, los presupuestos faraónicos, los especialistas en acrobacias y demás lujos propios de una superproducción. La Saga tenía que concluir como había empezado, con medios indigentes, para estar más cerca de quienes la siguieron desde el principio y de quienes se perdieron por el camino. El último capítulo transcurrirá en el salón de los Fresnel. Todos y cada uno de los protagonistas rizarán su propio rizo y la Saga pasará a la historia.

Regresar a las fuentes no siempre resulta cómodo; hemos pedido que el capítulo se emita de cuatro a cinco de la mañana. Pensar que Francia entera estará despierta a esas horas nos hace gracia y nos parece justo. Dentro de veinte años, todos se acordarán de esa noche en vela ante la pequeña pantalla.

Luego, nos separaremos definitivamente. Cada uno de mis compañeros volará otra vez lejos de París.

¿Y qué pasa conmigo?

Para mí todo empezó a ir muy deprisa a partir de la noche en que oí en el contestador la voz de Juliette.

«Charlotte está en París. En el apartamento que le prestaban cuando era estudiante. Yo no te he dicho nada y a ver si no haces el gilipollas».

*

Se abre un poco la puerta. Y, acto seguido, me dice que hable bajo, incluso antes de dejarme entrar.

—No sé si dejarte entrar.

—...

—¿Ha sido Juliette la que se ha ido de la lengua?

—¿No estás sola?

Mira de reojo hacia dentro, con cara de apuro.

—Entra.

Enseguida me pongo a buscar a una tercera persona. La puerta del dormitorio está cerrada.

—Esto está igual que siempre.

—Te puedes sentar ahí.

—...

—¿Quieres tomar algo?

—¿Qué hay?

—Baily's.

—Por lo menos, no has perdido el sentido del humor. Baily's...

—Pues el Baily's está muy rico.

—...

—Debe de quedar una cerveza.

A Charlotte nunca le ha gustado la cerveza. ¿Qué hace esa cerveza en su nevera?

—Has estado fuera de París estos últimos meses.

—Sí.

Vale. Me doy por enterado. Voy a tener que sacarle las palabras una a una, y eso es algo que me horroriza. En mi oficio, hay una norma esencial: está prohibido estancarse en un *túnel* de explicaciones. Por qué esto, y por qué lo otro, y fue así, y yo dije que había sido de la otra manera, y bla, bla, bla, y bla, bla, bla. ¿Por qué tenemos que pasar por situaciones de éstas en la vida, coño?

—¿Estás trabajando ahora?

—No, estoy de permiso. ¿Y tu serie?

—¿Qué serie?

—Pues esa que iban a echar por las noches.

—¿No me digas que eres la única persona del mundo que no ha oído hablar nunca de la Saga?

—Pues sí, mira, resulta que soy la única persona del mundo que no ha oído hablar nunca de la Saga. ¿La echaron o no?

—Te estás quedando conmigo...

—Me fui a Creuse. Ni televisión, ni prensa, y luz eléctrica de milagro. Así es Creuse.

—Pues sí, sí que la echaron.

—¿Y fue bien?

—No sé si es momento para hablar de estas cosas.

—Que sí, hombre. Un resumen rápido. Me interesa. Era tan importante para ti...

—Pues digamos que... Digamos que en un año he realizado un ciclo completo alrededor del Sol, pasando por todas las estaciones. He hecho algo así como un viaje iniciático de ciento ochenta grados. Al salir, era Homero; y al volver, era Ulises. Me he visto reflejado hasta el infinito, y me ha dado miedo. Hice retroceder los confines hasta que ellos me hicieron retroceder a mí, y he llegado muy lejos, más allá del bien y del mal. Pero no me bastó; y me lié con el diablo para acercarme a Dios y hacerme pasar por él a ratos. He dado una pasadita por la tragedia griega, la comedia a la italiana y el drama burgués. He tenido a Hollywood a mis pies y, por una noche, fui el invitado de unos príncipes. He manejado mil destinos tortuosos y tuve que cargar con veinte millones de almas. Pero ya ha vuelto todo a la normalidad.

Breve silencio. Me lo merezco. Me lo he ganado a pulso.

—¿Y tú, Charlotte?

—¿Yo? Yo he tenido un niño.

—...

La puerta del dormitorio está cerrada.

—El guionista soy yo, Charlotte. Las sorpresas, los lances inesperados y las frases bruscas son de mi competencia.

—Me parece muy bien. Pero yo he tenido un niño. Y si lo que te da miedo es que te mangue los diálogos, te lo voy a contar en plan sobrio: es tuyo, tiene tres meses, es un chico, le he puesto Patrick porque he pensado que dentro de treinta años ya nadie se llamará así, y quedará de lo más fino.

La puerta del dormitorio está cerrada.

... Necesito la escena de las explicaciones.

Exijo un túnel muy largo con todas las vueltas atrás y las aclaraciones narrativas que sean necesarias.

Tengo todas las preguntas por hacer.

Charlotte las está esperando. Y tiene todas las respuestas.

Noto que mis frases no van a ser nada brillantes.

—... ¿Por qué?

—Porque me dieron los resultados de los análisis precisamente cuando empezaste a trabajar en la serie. Quería decírtelo sin montar un número, con todas las precauciones necesarias, ya sé que eres un chico impresionable. Lo intenté varias veces.

—¿Y qué?

—¿Y tú me lo preguntas? ¿No te acuerdas de lo loco que te pusiste? ¡Loco peligroso! Estabas obsesionado con la serie, con tus colegas, con tus personajes. No te importaba nada más en la vida. Y no intentes decirme lo contrario.

—A lo mejor estuve un poquito polarizado...

—Incluso cuando estabas en casa, estabas en otra parte. Te estaban pasando cosas

mucho más emocionantes que las que te podía ofrecer yo. Y no te cortabas un pelo. Si una noche hasta me dijiste: «¿Qué tal en el trabajo? Se me ha ocurrido que Mildred podría currar en algo como lo tuyo, algo así, un poco descafeinado».

—¿Eso dije?

—Qué va, fue peor. Prefiero no acordarme.

—¡La Saga era la oportunidad de mi vida! Llegó en mal momento y nada más. ¡Habrías podido entenderlo! ¡Tener un poquito de paciencia! ¡Que te largases así, sin decir nada, a enterrarte en Creuse, sólo por eso, fue una cabronada!

—No fue sólo por eso, Marco, también fue por... esto otro.

Saca de un cajón el guión del capítulo 5 de la Saga y me lo alargas.

—Según tú, estabas escribiendo la octava maravilla del mundo. Este guión andaba rodando por encima de la cama y tuve la curiosidad de echarle una ojeada.

—Escena 21.

Arrugo la mitad de las páginas; tengo las manos cada vez más sudorosas..., escena 21..., escena 21..., ¿pero qué pondrá en esa jodida escena 21, me cago en...?

21. SALÓN DE LOS FRESNEL INT. DÍA

Jonas Callahan y Marie Fresnel están solos en el salón. Marie está preparando el té.

JONAS: Oiga, señora Fresnel, ¿Camille ha sido siempre como ahora?

MARIE: ¿Quiere decir así de melancólica, tan afectada siempre por todo? No. Era una niña muy vital; revoltosa, traviesa...

JONAS: Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que vuelva a serlo.

MARIE: Es usted un encanto, Jonas, pero, si quiere saber mi opinión, yo puedo decirle qué le devolvería la fuerza y el entusiasmo que ha perdido.

JONAS: Sería maravilloso. ¿Y qué necesita?

MARIE: ... Tener un niño.

Jonas se levanta de un brinco; se vuelca la taza de té ardiendo encima de las rodillas, pero parece no darse cuenta. Mira fijamente a Marie.

JONAS: Estoy tan enamorado de su hija que podría pedirme lo que fuera... Que renuncie a mi vida de policía para convertirme en el peor de los golfos. Que me hunda en el alcoholismo como mi padre. Que desentierre a Schopenhauer y lo resucite para obligarlo a confesar que estaba equivocado. Que me meta una bala en los sesos para demostrarle que la muerte no es nada de particular. Y mucho más podría pedirme. ¡Pero un hijo, no!

Se dirige hacia la ventana huyendo de la mirada de Marie.

JONAS: Si eso puede hacerla por fin feliz, que se lo pida a otro. Pero a mí, nunca. La idea misma de que un ser pueda haber salido de mi carne me horroriza. Quiero que todo concluya conmigo. Quiero ser el fin. No quiero traer al mundo a un pequeño para que sufra en la vida y, al final, reviente. No quiero tener que preocuparme de él. Bastante llevo ya encima. ¿Y si no fuera capaz de quererlo? ¿Eh? ¿Cree que el amor es algo natural? Me daría demasiado miedo la posibilidad de aborrecerlo desde que llegase y hacerle pagar que se estaba interponiendo entre mi persona y esa autopista por la que quiero circular a dos mil por hora. Traer un hijo al mundo... Si yo creyese que a este mundo le queda aún alguna oportunidad, no me habría metido a policía. No necesito ninguna prolongación. Nunca tendré hijos.

Sale del salón.

Cierro el guión y miro a Charlotte, más preciosa que nunca.

—¿A ver qué pinta tiene ese crío?

EL AMOR Y LA GUERRA

Louis.

Louis vive.

El Viejo...

Ahora que tengo la misma edad que tenía él cuando nos conocimos, me cuesta llamarlo así. Ya pasa de los ochenta. No entiendo qué le ha dado ánimos para aguantar tanto. Ni por qué, después de tantos años, quiere volverme a ver.

Hace seis meses, cuando volvieron a sacar la obra íntegra del Maestro, el nombre del Viejo estaba en los títulos de crédito de *Un attimo delle stelle*, su última película. Al fin, treinta años después, aparecía Louis.

Me vi una detrás de otra todas las películas del Maestro en la pantalla que mis chicos me regalaron cuando cumplí cincuenta y cinco años. Intentaba averiguar, de entre todas esas antiguallas, cuáles habían nacido de la pluma de Louis. En algunas ocasiones, me pareció que lo reconocía en ciertas frases y unas cuantas ideas retorcidas. Lo que sí es seguro es que las imágenes del Maestro habían permanecido intactas en mi memoria; sentía cómo se despertaban dentro de mí según iban desfilando por la pantalla. Las tenía guardadas desde siempre en el mismo cajón que mis recuerdos de la infancia.

Louis... Sales de un mundo de ultratumba y tantas cosas resucitan contigo... Hoy no sería ya capaz de hacer una reseña de todas las alternativas que me inspiraste en los últimos treinta años. Gracias a ti, soy en la actualidad uno de los *script-doctors* más solicitados de esta parte del globo.

Después de acabarse la Saga y deshacerse el equipo, escribí los guiones de alrededor de diez largometrajes. Algunos me reportaron grandes satisfacciones morales; otros, mucha pasta. Conseguí todos los premios a que se puede aspirar en este campo. Trabajé con los directores que de verdad me gustaban.

Y, de repente, me cansé de todo.

Patrick iba a cumplir los diez años; su hermana Nina no era aún más que una cosita de color de rosa; Charlotte se estaba convirtiendo en una ejecutiva de las que ya no quedan. Yo habría podido dedicarme a escribir guiones de películas en cadena, a inventar historias nuevas e idear conceptos vigorosos; pero ya no me divertía nada de aquello. O renunciaba entonces hasta a la propia idea de crear una *obra* o no renunciaría nunca.

Las intervenciones de urgencia me devolvieron la ilusión. «¿Oiga?... ¿Marco? Que estamos atrancados en la tercera parte y nos falta un efecto sorpresa antes de liquidar el *plot*». Entonces es cuando llego yo a toda pastilla con mi maletín de primeros auxilios para salvar a los guionistas del desánimo. Leo el guión, le hago un reconocimiento completo y comunico el diagnóstico. Llevo las vendas, las tablillas y todas las inyecciones necesarias. Veinte años de ayudas, veinte años poniendo parches, veinte años psicoanalizando a guionistas y directores en plena depre. ¡Anda y que no he visto guiones cojos y genios sumidos en la más negra miseria! ¡Anda y que no he visto llorar a productores a punto de quebrar y a actores que no conseguían

meterse en el personaje! Me encanta la mirada rebosante de esperanza del enfermo después del reconocimiento. Me encanta que me consideren su salvador. Y aunque todo esto no me ha proporcionado ni una migaja de fama, tengo la sensación de que he ejercido mi oficio según todas las reglas del arte.

—¿Charlotte? Voy a dejar de lado dos o tres días este guión sobre Porfirio Rubirosa. Louis necesita verme.

—Tú nunca te planteas que a lo mejor a la que dejas de lado es a mí.

—¿A ti? Pero... si vaya donde vaya te llevo en el corazón.

—¿Cuánto hace que no has escrito un diálogo?

—Unos quince años.

—Ya se nota.

*

La gente joven dice que en la actualidad se puede dar la vuelta al mundo en lo que se tarda en hacer un *zapping*. Sin embargo, treinta años después, a un extranjero le sigue resultando igual de dificultoso llegar al Albergo dei Platani. Al taxista parece que le suena.

Me acuerdo de las charlas con Jérôme, muy entrada la noche, en los tiempos en que escribíamos la Saga. Intentábamos imaginarnos el mundo del futuro y su desenfreno de imágenes nuevas. Si hubiéramos hecho alguna apuesta en aquel entonces, la habríamos perdido. Jérôme opinaba que la televisión gangrenaría los cerebros, que los niños nacerían con los ojos cuadrados y un callo en el pulgar de hacer *zapping*. En realidad, tras haber fagocitado la proyección de películas en las salas, la televisión cayó en la trampa de su propia omnipotencia. Con tantas ofertas, cada vez mejores, cada vez de más alcance, los telespectadores no sabían qué elegir y la duración de los programas cayó por debajo del umbral de los cuatro segundos. Tal era ya entonces la gran preocupación de Tristan, desplomado en su sofá: «Estarán poniendo algo mejor en otra cadena, seguro que están poniendo algo mejor en otro lado...». Y, de hecho, siempre están poniendo algo mejor en otro lado, así de claro. Tanto popurrí de imágenes y de sonido acabó por hartar a todo el mundo, incluso al ama de casa de Le Var. El parado de Roubaix dejó de existir y, por lo que se refiere al pescador de Quimper, no tengo seguridad de que haya existido nunca.

Los tres se han vuelto unos estetas. Se han percatado, a la larga, de que sólo el cine aportaba un poco de amor. Y ahora se ponen películas en sus pantallas gigantes, solos o en familia. Tan panchos. Porque si bien es cierto que se puede mandar la televisión al cuerno, no se puede vivir sin películas. Nadie ha dado aún con algo que cuente mejor un cuento que esas dos horitas de felicidad.

El hotel sigue pareciendo tan irreal como antes. Y tan protegido. La escalera donde se dejaba uno los piños ya no existe; se llega al edificio por una cuestecita de cemento que sube tranquilamente hasta el umbral del hotel. Me recibe, hablándome

en italiano, una mujer de unos cincuenta años. Entiendo todo lo que me dice. Me lleva al cuarto en que dormí la otra vez. No tiene pinta ni de enfermera ni de esposa. Mientras abro la maleta, oigo un grito que se me clava en toda la médula.

—¡MARCOOO! ¿QUÉ COÑO HACES QUE NO VIEEENES?

Todavía tiene buenos pulmones el Viejo. La mujer quiere acompañarme hasta su cuarto. Yo le digo que no es necesario. Louis no podía haber elegido otro que no fuera ése.

Se incorpora de los almohadones en que está recostado y me abre unos brazos desnudos, tan flacos que dan miedo. Tras la máscara de piel gris, se le adivina la calavera. Tiene la voz gargajosa, pero ya no le importa, y carraspea de forma aborrecible. Me da miedo partirle el esqueleto al abrazarlo. Ya no tiene ni gafas ni cejas, pero la mirada sigue ahí, maliciosa, con el mismo destello de bondad en la retina. Tardamos por lo menos un minuto o dos en poder decir algo. Tengo ganas de echarme a llorar, pero no debo hacerlo, no debo, joder. Louis, por favor, no vayas a decirme que me has hecho venir para verte morir. Louis, déjate gilipolleces de ese calibre.

—Siéntate ahí.

¿Cuántas veces habré contado la visión fugaz que tuve del Maestro dormido, en esta misma habitación? ¿Cuántas veces habré descrito la mesilla de noche y el color de las cortinas? Cada vez que lo repetía, me inventaba otro detalle, otra sensación. En treinta años, me ha dado tiempo de sobra para convertir este cuarto en un mausoleo.

—Qué detalle el haber venido enseguida. ¿No tienes nada que hacer en tu casa?

Le hablo de Charlotte, de mis dos hijos, de mis nietos. Y parece que se alegra. Quiere descripciones detalladas: las cosas tienen que ser vistas y vívidas.

—¿No tienes fotos?

Las mira con ojos de entendido, como si le fuera pisando los talones una dinastía entera.

—¿Y el trabajo?

Le cito algunos de los títulos más conocidos de mi filmografía. Se da cuenta enseguida de que mi trayectoria se parece bastante a la suya, pero no intenta hacer comparaciones.

—¿Sabes, Louis? En una revista, vino una vez el retrato de los diez directores europeos más valorados. Seis nombraron Saga al hablar de sus recuerdos de infancia, y tres decían que había tenido en ellos una enorme influencia.

—¿De verdad?

—Como te lo cuento.

Sonríe sin enseñar los dientes. Creo que se alegra de verdad.

—Hace siglos que no había vuelto a oír hablar de esa antigualla. ¿Tú crees que habría quien la aguantase hoy en día?

—No lo he intentado. Pero, dejando el cine aparte, ¿hay algo que aguante treinta años?

—He oído que han inventado un trasto interactivo que permite ajustar el argumento como si fuera el sonido o el contraste de imagen.

—¡No me lo recuerdes! Los chicos me lo regalaron por mi cumpleaños, con una pantalla tan grande como esa pared. Es algo así como un mando a distancia que te permite influir en el argumento. Técnicamente, son unos impulsos que envías y eligen entre diferentes versiones. No puedo explicártelo mejor. Por ejemplo, tienes una tecla que pone *Humor*, otra *Sexo*, otra *Violencia*. Y también puedes modificar la forma de ser de los diez personajes más importantes.

—*Per la madonna!*

—En cualquier momento, si aprietas las teclas adecuadas, puedes programar *Humor +*, *Violencia +*, *Exotismo +*; y si quieres que el protagonista se vuelva malo, aprietas 1-. ¿Entiendes?

—No, pero según lo cuentas parece estupendo.

—Es la mayor imbecilidad que he visto en mi vida. En los diez primeros minutos, apreté a fondo todas las teclas, no lo pude evitar: sexo a tope, violencia a tope, humor a tope. ¡Todo! No sabría explicarte la histeria que se formó, un cóctel de sangre y de carcajadas que te explota dentro de la cabeza, todos los personajes se vuelven unos chalados, y tú también.

—Es que querías tener la seguridad de que ninguna máquina podrá nunca chorizarte el trabajo.

—A lo mejor. Desde luego, por ahora el invento no resulta muy allá.

—¿Sabes algo de los otros dos?

Me gusta que diga «los otros dos».

—Al principio, nos llamábamos mucho por teléfono. Y, luego, ya sabes lo que pasa... He ido siguiendo un poco su vida, de lejos. Jérôme acabó por convertirse en el hombre famoso y brillante que ya sabíamos nosotros que era; pero entonces sólo lo sabíamos nosotros. Creo que se pasó a la dirección.

—Me escribió hace doce o trece años para decirme que iba a dirigir una película. Era como si me estuviera pidiendo permiso. ¿Cómo se llamaba lo que hizo?

—*Full Moon Head*. Me gustó bastante.

—A mí también, pero hizo bien en volver a los guiones. Es lo que mejor se le da. Vi una foto de él haciendo campaña a favor del presidente, que era muy colega suyo.

—Luego se separó de Oona y se casó con no sé qué estrella de cine a la que dejó quince días después para volver a casarse con Oona. Los americanos eran ya así cuando los Lumière inventaron el cine.

—¿Y ahora a qué se dedica?

—Ni la más remota idea. Hace cinco años que no se sabe nada de él. Y con Mathilde pasa lo mismo.

—¿Se largó de su isla?

—Después de tres o cuatro años. Luego, volvió a escribir novelas.

—¿Rosa?

—No he leído ninguna. Y después se marchó a Inglaterra y se casó con un duque o algo por el estilo. Desapareció de la circulación hace cinco años más o menos.

—¿Al mismo tiempo que Jérôme?

—Al mismo tiempo. Y no hay forma de saber qué ha sido de ellos.

—La buena de Mathilde debe de andar rondando los setenta. A esas edades, la gente no desaparece, se muere.

—Oye, Louis, ¿tú crees que habrán desaparecido juntos?

Soltamos la carcajada a un tiempo. La hora siguiente fue una «tempestad de ideas» total. Pensando en *los otros dos*, pasamos revista a todas las posibilidades habidas y por haber. Ninguna de las variopintas versiones resultó ni plausible ni lo bastante enloquecida para convertirse en verdad oficial. Así que nos quedamos con la más lírica: locamente enamorados desde el primer momento, Mathilde y Jérôme lo dejaron todo plantado para vivir una felicidad oculta en una comarca desértica en la que, ahora mismo, están engendrando toda una patulea de guioncitos.

—Con los años, se vuelve uno muy cursi. No me habías avisado, Louis.

No obtengo más respuesta que un gargajeo más largo que un día sin pan y, detrás, dos o tres tacos en italiano. Sigo hablando, por aquello de no quedarnos callados.

—¿Te dejó el Hotel de los Plátanos?

—Había prometido ponerlo en el testamento. Y lo hizo. A nadie le importaba un huevo esta ruina. Cuando se dice que Roma es el único lugar adecuado para esperar el fin del mundo, es verdad, pero tirando un poquito hacia el sudeste. Lo malo es que yo estaré aquí para ver el fin del mundo.

Esto es lo que me estaba yo temiendo desde que entré en el cuarto. Tuve incluso un vago presentimiento cuando Charlotte me dijo que Louis había llamado. Las frases reconfortantes, el apoyo, la metafísica: para diálogos de éstos no tengo ni pizca de talento, Louis.

—El fin del mundo se nos puede venir encima a todos dentro de diez minutos, con todas esas amenazas que llevan la tira de tiempo contándonos.

—Puedo decirte en qué momento la voy a espichar con un margen de dos horas. Pero prefiero callarme, porque te largarías a todo correr. No has cambiado, ¿eh, Marco?

—Nunca he visto que nadie cambie.

Silencio.

Silencio a lo sueco.

—He ahí una buena pregunta. Desde el punto de vista del guión, quiero decir. ¿Es realmente posible hacer que resulte creíble una reconversión de los personajes?

—Un personaje nunca debe ser igual al final que al principio —digo yo—. Porque, si no, el espectador se pregunta para qué tanto lío.

—Cuando pienso que me he pasado cincuenta años de mi vida adaptando la realidad, limando sus pequeñas asperezas, orientándola del lado del sol o del lado de la lluvia, según se me antojara. Tú que todavía estás en ese ambiente, deberías saber

si por fin se ha decidido alguien a votar una ley contra las personas como nosotros.

—Todavía no.

—¡Qué majaderos!

Apoya despacio la cabeza, ladeada, y cierra los ojos. ¡Louis, ni se te ocurra!

—No te preocupes que no es para ya mismo. Vete a dar una vuelta y ven a verme a última hora de la tarde.

No tiene que repetírmelo dos veces.

*

Después de tomarme un vaso de Chianti y una ensalada de tomate tremenda, como ya no se ve en ningún sitio, vuelvo a su lado. En la puerta de su cuarto, se me disipa una leve aprensión. Louis está mirando desde la cama, por la ventana abierta de par en par, una colina que la luz del atardecer tiñe de rojo a lo lejos. Con serenidad. Con esa clase de serenidad que resulta muy poco tranquilizadora.

—¿Quién es esa señora de abajo, Louis?

—Una chica que nunca se ha movido de aquí. Con el paso del tiempo, nos hemos hecho algo así como amigos.

—Es muy dulce. Y guapa.

—Lo que pasa es que cuando nos conocimos a mí no me quedaban ya muchos latidos de corazón que darle. Sólo tenía los justos para mí.

Pongo la mano en un estante, al lado de un libro. Louis aprovecha para cogérmela y estrecharla con la suya sin dejar de mirar la colina.

—Estoy fatal, Marco.

—Siempre has sido un quejica.

—Mira en el cajón de la mesilla de noche.

Me suelta la mano. Abro el cajón y saco un cuaderno de sucio, muy grueso y amarillento. Lo hojeo con muchísimo cuidado para que no se desbarate en polvo. Todas las páginas están atestadas de garabateos y anotaciones, de mil apuntes confusos. Reconozco la letra del Viejo...

—Una reliquia de aquellos años.

—¿Cuando trabajabas para los italianos?

—¿Te lo conté alguna vez?

—Hace treinta años.

—Mejor. Más vale que no me exceda hablando. ¿Te acuerdas de todas las divagaciones que se nos pasaban por la cabeza cuando andábamos con la Saga entre manos?

—Las películas que no escribiríamos nunca, las ideas más inconfesables, los diálogos más absurdos, las frases más descaradas, todo lo que nunca nos atreveríamos a enseñar a unos productores.

—Con los italianos, me pasaba la vida escribiendo, bebiendo, comiendo y

charlando de bobadas así. Tenía la mala costumbre de apuntarlo todo en vez de dejar que saliese volando en alas del momento. En ese cuaderno hay veinte años de películas perdidas. Frases que ningún actor ha dicho nunca; un revoltillo de ideas, unas ideas que, si las sacásemos a la luz, nos llevarían de cabeza a la cárcel. Te lo regalo. Puedes utilizar el material o dejarlo guardado en un cajón, como hice yo. Tú decides.

—No puedo aceptarlo, Louis.

—¿Para qué lo quiere Loretta? ¡Acabará en el camión de la basura!

Un interminable ataque de tos rubrica este breve arrebato de autoridad. El rostro grisáceo se le pone escarlata. No sé qué hacer para ayudarlo, como no sea darle palmadas en la espalda. Aunque me lo esperaba, con ellas se le pasa la tos. Recupera despacio el aliento.

—Si alguna vez vuelves a ver a los otros dos, diles que nunca dejé de acordarme de ellos. La sonrisa de Mathilde, los vocinazos de Jérôme. Y, sobre todo, la mirada de Tristan, perdida ante la pantalla.

De pronto, me aferra el brazo con mucha fuerza mientras le dura el espasmo, es decir, un siglo.

—Voy a llamar a Loretta...

—Todavía no.

Otro espasmo. Me temo que mi corazón va a fallar antes que el suyo.

Me pide que lo ayude a ponerse de lado.

—Prefiero tener los ojos cerrados; sigue hablando —dice.

—...

—Di algo; es lo mejor que puedes hacer.

Todavía no estoy decidido. No me va a dar tiempo. Valor, Marco. O lo lamentarás toda la vida.

—¿Sabes, Louis? Hay una cosa de la que deberíamos hablar unas palabritas tú y yo. Pero no estoy seguro de que quieras hacerlo.

—Te arriesgas ahora o no te arriesgas nunca.

Pues tiene razón el Viejo, qué carajo. Ahora o nunca.

—Hay algo que me ha tenido preocupado desde el primer momento, Louis. Así, como quien no quiere la cosa, le he dado muchas vueltas. He pensado en ello cientos de veces. Miles de veces. Y, a la larga, hasta se convirtió en una especie de desafío para el guionista que tú me ayudaste a ser.

—¿Un problema con un guión? Luminosa idea. Así moriré actuando, como Molière.

—Llevo treinta años analizando todos los aspectos de la historia y revolviendo en todas las posibilidades. Le he echado tanto tiempo que he llegado a la única versión que resulta relativamente sostenible.

—Siempre fuiste el mejor de los cuatro.

—Tiene que ver con la muerte de Lisa. De tu Lisa...

—...

—La mataste tú, Louis. No hay otro desenlace posible. He necesitado muchos años para atreverme a aceptar esa idea. Pero, desde el punto de vista del guión, no hay más solución que ésta. Y mira que he buscado otra...

Abre apenas los ojos. Una leve sonrisa vuelve a iluminarle un poco la mirada.

—Esta tarde, cuando oí tus pasos en las baldosas, me pregunté si te iba a hablar de esto o no. Uno siempre piensa que puede servirle de alivio a la conciencia.

—Pero tu conciencia nunca necesitó aliviarse.

—Creo incluso que precisamente por eso he aguantado tanto, ¿sabes? Todo fue más llevadero después de su muerte. Sufrí, sí, pero de otra forma. Yo podía imaginarme sin ella; pero imaginarla a ella sin mí era superior a mis fuerzas.

Suelto un tremendo suspiro de alivio. De triunfo.

—Dame la mano, muchacho.

Ha vuelto a cerrar los ojos.

*

Lleva mucho rato con mi mano cogida. Estoy pendiente de su respiración.

—Cuando pienso en este hotel, me da la impresión de que me muero por encima de mis posibilidades...

—Vas de culo, Louis. Eso no es tuyo; es de Wilson Mizner, un guionista de Hollywood.

Silencio.

Se le abre despacio la mano, desfallecida.

—De eso nada. Es de Óscar Wilde. No me ha quedado más remedio que chorizarle a alguien la última frase. No se me ocurría nada original...

El cuerpo se le paraliza de repente. Busca fuerzas para conseguir un poco de aire.

El brazo cae pesadamente al filo de la cama.

Le paso la mano por los ojos ya cerrados.

Manhattan no tiene ya nada que ver con aquella locura que casi ni me dio tiempo a intuir cuando vine en busca de Jérôme, hace ya tantos años. Todo es mucho más reposado, mucho más luminoso. La ciudad parece exangüe. Su ritmo cardiaco no llega a las treinta pulsaciones por minuto. La Babilonia de antaño se ha convertido en algo parecido a un aglomerado gigantesco e íntimo en el que sólo han conseguido prevalecer las finanzas.

El taxi se detiene ante un enorme edificio cúbico de acero y cristal que reconozco sin haberlo visto nunca; parece directamente sacado de un libro antiguo de geografía. La sede de la ONU.

—No quieren mudarse a otro sitio ni a tiros —dice el taxista—. Y la verdad es que tiene así como un toque de solidez, de eternidad. Resulta más bien tranquilizador, ¿verdad?

Me dirijo hacia el edificio con mi bolsa de viaje en la mano. La actual Organización de las Naciones Unidas no es ya como la de antaño. Ahora posee una autoridad indiscutible y a ningún país del mundo se le ocurriría poner en entredicho sus decisiones. Cruzo un primer cordón de militares, que comprueban mi pase y me indican el camino. Antes de llegar a la explanada, entro en un blocao pequeño en donde otros militares me pasan por el escáner de los pies a la cabeza. Rayos X y registro con unos instrumentos de una precisión pasmosa. ¡Cualquiera se anda aquí con bromas! Mi pase parece una tarjeta de crédito. Lo meten en un aparato que, en mis tiempos, habría podido tomarse por un detector de billetes falsificados. Dos individuos de bata blanca examinan la botella roja que han sacado de mi bolsa y me interrogan con la mirada.

—Vodka.

—¿Y por qué es roja?

—Porque es a la pimienta.

—Es la primera vez que veo algo así.

—Me ha costado bastante encontrarla. Tuve que encargarla a la fábrica; les quedaban unas cuantas.

Mi buena fe no los tranquiliza; abren la botella y vierten unas gotas en un tubo de ensayo, para comprobarlo.

—Échense un buen trago al colete, y se darán cuenta de qué va la cosa.

—¿...?

Ya sabía yo que a estos tíos no se les podía decir ninguna gracia. Ese científico paranoico de pacotilla no puede ni imaginarse que mis indagaciones para conseguir esta botella no tienen ni punto de comparación con las tres semanas que acabo de pasar antes de llegar hasta aquí.

No hacía falta que el Viejo me animara; yo tenía mil razones para volver a ver a Mathilde y a Jérôme. Tenía que decirles que nuestro equipo acababa de quedarse sin líder. Tenía que saber en qué andaban metidos, y si, en lo que fuera, andaban metidos juntos. Quería ver qué pinta tenían ahora. Quería recuperar ese aroma que flotaba

siempre en torno a Mathilde. Y muchas cosas más.

Me permiten cruzar la explanada; llego al pie del edificio y un pelotón de individuos con traje y corbata examinan, de uno en uno, mi pase y me envían a una ventanilla, en la otra punta del inmenso vestíbulo. Yo me imaginaba que aquello iba a estar de bote en bote, pero sólo oigo el eco de mis pasos, que retumba en un gran vacío.

Los dos llevan desaparecidos desde hace cinco años. He tenido que empezar, a mi edad, una carrera de detective. ¡Cuando me acuerdo de todos los personajes de investigadores que me he inventado! Siempre con una treta preparada para conseguir un indicio. Yo soy menos competente, y me he pasado dos semanas colgado del teléfono antes de poder concebir alguna esperanza. Recurrí a Patrick, que anduvo jugueteando con sus módems, sus pantallas y todos esos chismes que dicen que nos vinculan a la humanidad entera. Busqué por las productoras, la prensa, los amigos de los amigos. Lo que se dice todo. Rastreé por igual la pista Mathilde y la pista Jérôme y vi cómo convergían y, luego, se esfumaban.

En la ventanilla, el tipo que mira mi pase parece un tanto asombrado.

—¿Con quién está citado?

—Con Jérôme Durietz.

—¿Está usted seguro de que trabaja aquí?

—Y con Mathilde Pellerin.

—Tampoco me suena. Pero tiene usted un pase B. 1.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Van a acompañarlo al edificio de las conferencias para una entrevista.

Llama a un individuo que está hablando por un walkie-talkie y éste me invita a seguirlo. Ascensor, dédalos de corredores y despachos en ringlera. Aquí está todo el personal, nervioso, inquieto por el destino del mundo. Me piden que espere junto a la máquina de bebidas calientes.

Al cabo de quince días, conseguí pescar a Oona, que trabaja para un *trust* californiano. Se acordaba de mí. En la pantalla, seguía pareciendo el sueño perfecto de un único hombre. Me contó su vida, sus múltiples separaciones de Jérôme, hasta esta última, que parece definitiva. Me comunicó que Tristan había muerto hacía tres años. Estuvimos charlando hasta que le saqué que Jérôme trabajaba en la ONU. La primera sorprendida era ella y no tenía ni idea de qué pintaba en un sitio así. Me prometió que intentaría entrar en contacto con él; pero no me garantizaba nada.

Dos tíos me están interrogando como si fuera sospechoso de algo. Quieren saber quién soy, cómo conocí a Jérôme y a Mathilde y para qué demonios quiero verlos ahora.

—No se lo tome a mal. Son las normas del servicio de seguridad.

—Si Jérôme está en la casa, avísenlo de que he llegado.

—No por eso vamos a ir más deprisa.

En tres semanas, he aprendido a ser paciente. Me acordaba de los tiempos en que

andaba persiguiendo a la mujer de mi vida sin que nadie se dignase echarme una mano. La pista Mathilde no dio ningún fruto los primeros días. Lleva mucho tiempo donando sus derechos de autor a variopintas asociaciones que hablan de ella como de una santa, pero que en la vida la han visto. Su marido, el duque, es la discreción personificada; debe de estar muy quemado porque la prensa sensacionalista nunca los dejó en paz. Por fin, me dijo que, con vistas a la tramitación del divorcio, recibió una carta muy larga remitida desde la ONU. Así que le puse sitio a la gloriosa institución hasta que acusaron recibo de mi solicitud. Y una mañana, cuando estaba al borde del desaliento, recibí el pase.

De tanto dar vueltas por una tienda *duty-free* me están entrando ganas de pegar un buen chillido, sólo uno, lo imprescindible para calmarme los nervios. Una azafata me lleva al edificio de la Asamblea General. Me parece que estoy ascendiendo en el escalafón. Al doblar la esquina de un pasillo, veo de pasada *la* sala grande, ésa en que se reúnen los representantes de todos los países del mundo. La azafata me pone en manos de unos esbirros con corbata que me ayudan a salvar los últimos metros, en el último piso del edificio, en un rincón pegado a la cúpula.

Pasamos por tres salas de reunión, completamente vacías, y por una serie de pasillos totalmente desiertos, y llegamos ante una larga puerta corredera, tan gruesa como la de una caja fuerte. Me ruegan que entre y se quedan fuera.

Entro en una recámara que, al fin, se abre.

La habitación está casi vacía, con la excepción de una mesa muy larga de cristal, con una silla en cada cabecera.

Jérôme está sentado ante una gran pantalla de vídeo en que se ve un reportaje. En pleno centro del gigantesco holograma de un planisferio, la frágil silueta de Mathilde anda perdida entre el Japón y Australia. El sonido del vídeo cubre el ruido de mis pasos. Sus sentidos no son ya lo bastante finos para intuir mi presencia.

Dejo que me ignoren y me quedo un rato mirándolos. Jérôme, más grueso y con la barba entrecana, parece un viejo aventurero que hubiera decidido dejar de pasear las maletas. Ha prescindido incluso de su pinta de juerguista de Hollywood y ha vuelto a la ropa raída de antaño. Mathilde parece una maestra vieja, muy tiesa y consciente de su deber. Un traje sastre gris de falda larga, el pelo sujeto en la nuca y unas gafitas ovaladas. Ha dejado de fumar.

Jérôme mete la pausa y se vuelve hacia ella, con un mohín.

—Oiga, ¿no le parece que están bastante sembrados con eso del Frente Pacífico?

Mathilde no contesta y se encoge levemente de hombros.

—¡No se haga la sorda, coño!

—Saldrán adelante si los ayudamos.

—Sí, claro... ¿Ya no se acuerda de la cumbre de Córdoba?

—La situación es diferente por completo desde que hemos metido a Jeffrey en el circuito. Se fían de él, es una figura con carisma, saldrá elegido otra vez.

—Estoy dispuesto a esperar hasta las elecciones. Luego, ya veré lo que hago.

Silencio. Jérôme vuelve a poner el vídeo en marcha. Mathilde se aparta del planisferio para consultar un archivador abierto encima de la mesa grande de cristal.

—Ya que parece que anda un poco corto de decisiones, ¿qué me dice de Estocolmo?

—Lo sabía...

—Querido amigo, algún día tendremos que tratar el tema.

—Estoy buscando una solución.

—No bastará con el embargo.

—¡Ya lo sé!

—No se crea que vamos a llegar a ninguna parte por alzar el tono de voz.

—Ya me tienen todos hasta los cojones con esa gilipollez del bosque boreal.

—Esa impresión tenía yo.

—Estoy esperando el informe y le propongo que le demos la vuelta a la situación con ese arte que me caracteriza. Ni se lo olerán.

—No pienso dejar que varíe usted ni en sueños los acuerdos de los Dos Atolones. Vamos a intentar inventarnos algo menos... rústico.

—Gracias por lo de rústico.

—Ese chico italiano, el investigador, ha conseguido unos resultados estupendos. Sería cosa de mandarlo para allá. Así se animaría un poco el cotarro. Basta con buscarse un buen pretexto.

—¿El Nobel?

Mathilde alza de golpe la cabeza, deja de consultar el archivador y se vuelve hacia Jérôme, radiante.

—¡Excelente idea! Por fin vuelve por sus fueros, querido amigo. Si se le ocurriese algo igual de brillante para el incidente de Kobé...

—Hay que comprarles una ley y punto.

—¡Eso nunca!

No puedo contener la carcajada. Sorpresa. Mathilde se lleva una mano al corazón y Jérôme se levanta de la butaca.

Sólo la mirada de un amigo puede convertir una chispa en incendio. Un suave calor me brota del corazón y me entibia el cuerpo entero.

*

Jérôme abre unos ojos como platos al ver la botella de vodka.

—¿Todavía hay de esto?

—No.

Saca tres vasitos de un mueble pequeño empotrado en la pared. Les propongo que brindemos a la memoria del Viejo.

—¿Cuándo se murió?

—Hace un mes, en su hotel.

Todos andamos buscando algo que decir, pero hay un detallito que nos lo impide. Un precepto de Louis: «El guión no es verbo, sino, ante todo, imagen. Ningún diálogo supera al silencio».

Alzamos bien alto los vasos y los chocamos.

El bello rostro labrado de Mathilde se nubla de pronto al tomar un trago de la bebida roja.

—Incluso en aquellos tiempos, no conseguía yo entender qué gracia le veían a este veneno.

El efecto magdalena nos sonroja las mejillas. El alcohol te acerca a la tumba a pasos acelerados, pero también tiene el poder de quitarte de encima treinta años en pocos segundos.

—¿No lo han torturado mucho abajo?

—*El Proceso* de Kafka, ni más ni menos.

—No podemos remediarlo. Son bastante plastas en cuestiones de seguridad. Hay que reconocer que eres la primera persona que viene a vernos desde hace años. Y se les ha hecho rarísimo.

—Os he estado oyendo charlar. El diálogo parecía bueno, pero no me he enterado de nada.

Cruzan una rápida mirada. Se sonríen. Ninguna ternura amorosa, ninguna ambigüedad. Sólo una complicidad extraordinaria. Jérôme, un poco apurado, señala el suelo con el dedo para referirse a la sala de la asamblea general, que tenemos bajo los pies.

—En un principio, no vinimos para quedarnos tanto tiempo. Los de abajo sólo necesitaban una ayudita.

—¿Los delegados?

—Nos «invitaron» hace cinco años para que los asesoráramos. Y nunca nos fuimos.

—¿Para asesorarlos?

—Son unos teóricos bastante aceptables, pero les falta aplomo estructural.

—En cuestiones de imaginación son una nulidad.

—¿De qué demonios me estáis hablando los dos?

—Hágale una frase desnuda, Jérôme.

—Necesitan negros que les escriban la Historia, tío.

—Ya está bien de quedarse conmigo...

—También nosotros nos sentimos un poco sorprendidos al principio. Pero, a la larga, se ha convertido en un trabajo como otro cualquiera.

—Nos tratan como a príncipes. Tenemos cada uno nuestra *suite*. Ya ni siquiera nos apetece salir, ¿verdad, Mathilde?

Ella asiente con una sonrisa.

Un tanto pasmado, me siento en una de las dos sillas y miro el East River. Jérôme me echa en el vaso las últimas gotas de vodka.

Soy incapaz de decir nada. Intento imaginármelos aquí, a solas todo el año, en su torre de marfil.

Ella. Él. Su mutua atracción. Su enfrentamiento permanente. Su recíproca fascinación.

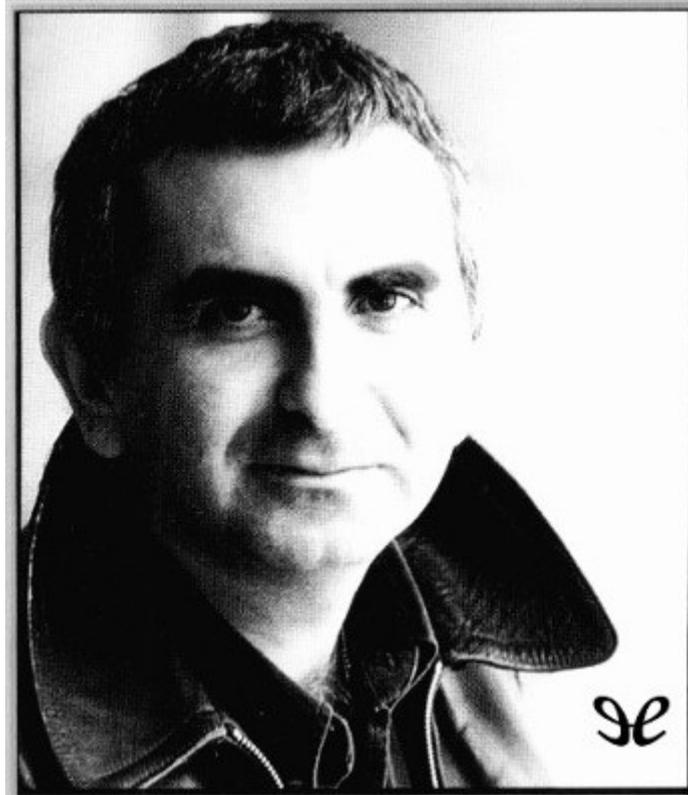
El apóstol de la violencia y la reina del amor.

Lo que tiene que haber en el mundo.

—No te vayas de la lengua, tío. No quieren que se sepa.

Es la primera vez que voy a tener que mentirle a Charlotte.

Pero tengo todo el viaje por delante para inventarme algo verosímil.



TONINO BENACQUISTA. Hijo de emigrantes italianos, Tonino Benacquista nació en París en 1961. Abandonó los estudios de cine para ser, sucesivamente, literista de coches-cama, colgador de cuadros, *pizzero* y parásito mundano, pequeños trabajos que le dejan tiempo para escribir y le sugieren el marco de sus primeras novelas: *La maldonne des sleepings* (1989), *Trois carrés rouges sur fond noir* (1990), *La «commedia» des ratés* (1991), *Les morsures de l'aube* (1992). Ha publicado también dos recopilaciones de cuentos, *La machine à broyer les petites filles* (1993) y *Tout à l'ego* (1999), y además escribe guiones para televisión, cómics y textos infantiles. Con *Saga* (1997) ha conseguido un reconocimiento internacional que lo ha convertido en uno de los grandes valores de la narrativa francesa actual. Como a uno de los personajes de esta novela, a Benacquista le es imposible «desconectar la máquina de hacer historias».